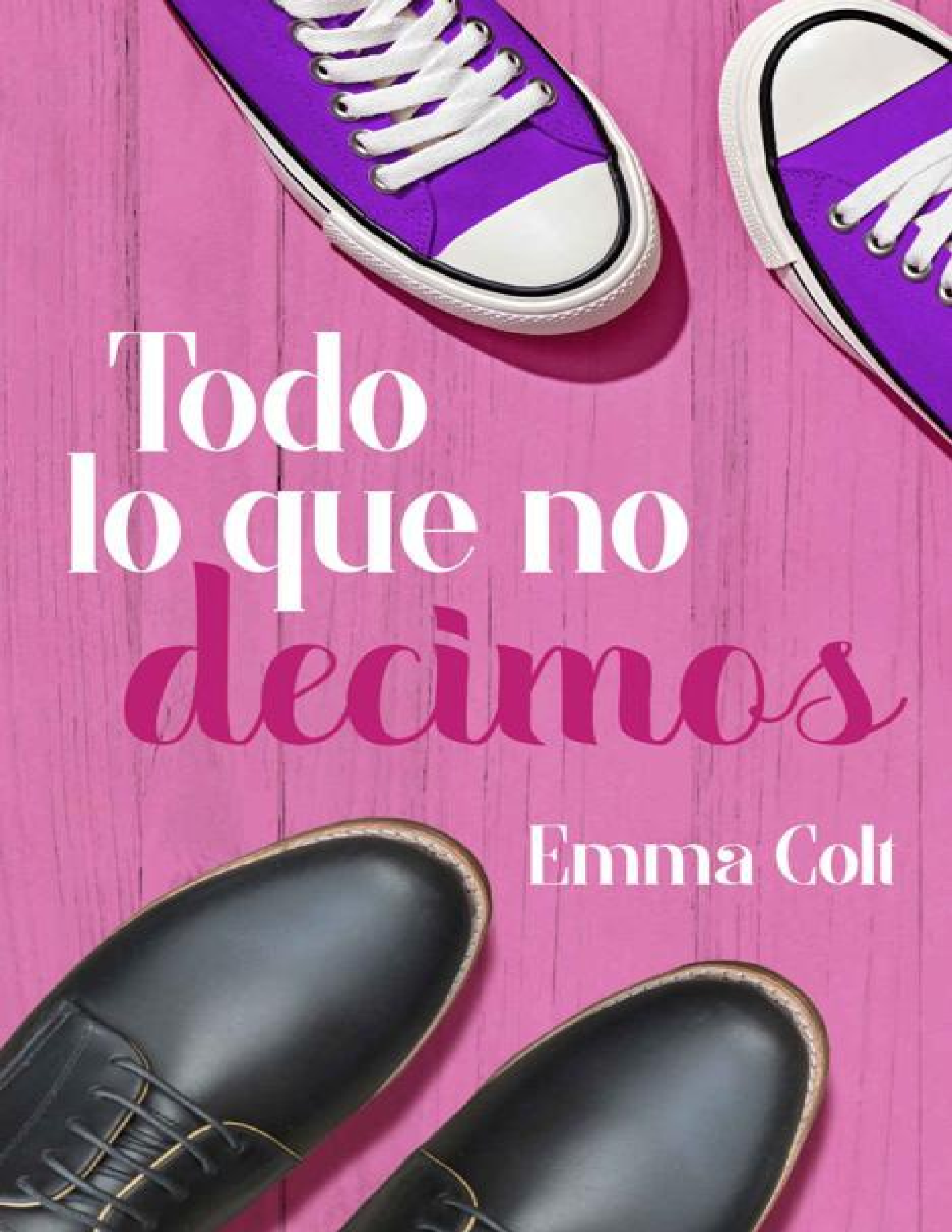


The background of the entire image is a vibrant pink with a vertical wood-grain texture. In the top right corner, a pair of purple high-top sneakers with white laces and white soles is partially visible. In the bottom left corner, a pair of black leather dress shoes with dark laces is partially visible.

Todo lo que no *decimos*

Emma Colt

TODO LO QUE NO DECIMOS

SERIE EVENTOS LUXE - LIBRO 1

EMMA COLT

ÍNDICE

<u>Prólogo</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Capítulo 34</u>
<u>Capítulo 35</u>
<u>Capítulo 36</u>
<u>Capítulo 37</u>
<u>Capítulo 38</u>
<u>Capítulo 39</u>
<u>Capítulo 40</u>
<u>Nota de la autora</u>

[Agradecimientos](#)

[¡Ayúdame a llegar a más lectores!](#)

[Todos los libros de Emma Colt](#)

[Secretos Inconfesables - Lee un fragmento](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

Todo lo que no decimos

© Amèlia Mora, 2023
<https://emmacolt.com>
emma@emmacolt.com

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito
Corrección: María Coco

ISBN: 978-84-947102-6-1

Todos los derechos reservados. Esto quiere decir que intento ganarme la vida escribiendo libros que te apasionen, así que por favor, no realices ningún tipo reproducción, distribución, comunicación pública o transformación totales o parciales sin mi previa autorización, tal y como establecen las leyes sobre la propiedad intelectual (pero estoy segura de que esto ya lo sabes ;). ¡Gracias por apoyar el trabajo de los autores!

Siempre, para H.

PRÓLOGO

Max

Me llamo Max Escudero y me gusta mi trabajo.

Eh, no hay nada malo en ello.

No es lo más habitual, lo sé. Pero qué le vamos a hacer, me gusta gestionar el pago de nóminas, preparar contratos, dar la bienvenida a nuevas incorporaciones y llevar a cabo las acciones necesarias para que los empleados estén a gusto y el clima en la empresa sea el mejor posible. Incluso me resulta entretenido revisar los materiales de formación en seguridad laboral en la oficina.

Admitir esto último ha provocado que me dediquen más de una mirada de extrañeza. De esas en las que es evidente que su propietario se está preguntando: «¿Este tipo está en sus cabales o solo lo parece?».

Es importante cuidarse durante las horas de trabajo, gente.

De hecho, yo mismo hoy no me he aplicado el cuento: llevo demasiado rato sentado ante el ordenador sin moverme ni descansar, y se me han entumecido los músculos. Pero no me importa porque estoy satisfecho después de un buen día de trabajo. Me estiro hasta que la espalda me cruje como una roca partiéndose en dos.

—Joder, qué daño.

Vale, creo que voy a contener un poco mis estirones satisfechos.

Miro el reloj. Ya son las seis, hora de dar el día por acabado e irme al gimnasio con Héctor.

Héctor...

Héctor no está bien.

No, no voy a pensar en eso ahora. ¿Para qué estropear un buen día cubriéndolo de nubarrones negros?

Aparto de mi cabeza la preocupación por mi mejor amigo y recupero el buen humor. Por desgracia, me quedo con el dolor de espalda. A ver qué puedo hacer hoy en el gimnasio. Dios, los compañeros de la sala de *fitness* se van a reír de mí y me llamarán abuelele.

Eh, treinta y seis tacos no son tantos.

No lo son.

¿Verdad?

Yo me siento joven de espíritu, pero confieso que eso de ver acercarse el cuatro impresiona un poco.

Como no soporto dejar el escritorio desordenado al final del día, me pongo a adecentarlo.

Entonces, una mujer que lleva el cabello canoso en un perfecto recogido en la parte posterior de la cabeza, pero los pómulos rojos de indignación, aparece en la puerta de mi despacho.

—¡No! —exclamo antes de que ella pueda hablar.

—Esto es inaguantable —dice con su voz áspera, ignorando mi negativa—. ¿Quién se ha creído que es?

Vale, debo hacer una corrección.

Me llamo Max Escudero y me gusta mi trabajo *casi siempre*.

Me disgusta despedir gente o tener que poner en su sitio a empleados problemáticos. Y, desde luego, me resulta muy desagradable que entren en mi despacho con el nivel de mal rollo que trae Teresa. Teresa es la mujer del moño perfecto y los pómulos que brillan como bombillas rojas.

Más de una vez me han dicho que esas cosas me afectan bastante porque soy un trozo de pan. No estoy seguro de que ese calificativo me entusiasme, la verdad. ¿Que no me gusten los enfrentamientos me convierte en un trozo de pan?

En fin, el caso es que ahora me toca comerme este marrón.

—Teresa, sé que no es de trato fácil, pero...

—¡Eso no es ser de trato difícil! ¡Es ser un gilipollas! —me espeta ella—. Dimíto. Y más os vale arreglarle los papeles del paro. Si no, ¡os denunciaré por acoso en el trabajo!

No espera mi respuesta y la última asistente de dirección que hemos contratado se larga. Sus tacones repiquetean con fuerza contra el suelo. Es fácil imaginarse que van dejando un rastro de ardiente fuego de indignación.

Un día y medio ha durado. Un día y medio.

Supongo que podría gritarle que no pienso arreglarle los papeles del paro. Que ni siquiera ha trabajado dos jornadas completas con nosotros y es imposible que pueda demostrar ningún tipo de acoso laboral, pero paso. Sé que tiene razón.

Me siento de nuevo y dejo caer la cabeza encima de la mesa con un gruñido desesperado, con tanta fuerza que me golpeo la frente.

Au. Joder, qué daño otra vez.

No sé en qué momento he pensado que había tenido un buen día de trabajo. Terminar la jornada con la espalda y la cabeza doloridas solo puede ser sinónimo de un día de mierda.

Nuestra empresa se ha convertido en un colador. No, un colador no. Más bien una presa con las compuertas abiertas por las que fluyen sin freno asistentes de dirección.

Cojo el teléfono y marco el número del fundador y director general de Eventos Luxe.

—¡Sí! —ladran al otro lado de la línea.

—Héctor, ¿qué demonios has hecho esta vez? —exijo saber.

—¿Ya se ha ido?

No me puedo creer lo que oigo. Ahora soy yo el que está tan indignado que incluso me cuesta que me salgan las palabras.

—¿Cómo? ¿Cómo que si ya se ha ido? ¿Es que te ventilas a los asistentes personales así de rápido adrede? ¿Quieres sentar algún tipo de récord mundial?

—Es una incompetente, Max. Apenas sabe usar el ordenador. Estaremos mejor sin ella —responde Héctor, impaciente. Encima el tío tiene el descaro de impacientarse—. Tráeme a alguien nuevo para mañana. Nos vemos en el gimnasio.

Y me cuelga el teléfono.

¡Me cuelga el teléfono!

Tengo que contenerme para no estampar un montón de veces el auricular contra la base,

imaginando que es la cara de mi mejor amigo.

No me fastidia que a última hora del día me toque ponerme a buscar un nuevo o una nueva asistente para Héctor. Eso es tan fácil como hacer una llamada. Cuando Héctor empezó a coleccionar despidos y dimisiones de sus ayudantes, opté por trabajar con una empresa externa que se encarga de hacer la selección previa de personal. Mi contacto allí, Sandra, ya está acostumbrada a que la llame cada dos por tres solicitando que nos envíen a alguien nuevo.

No, el motivo de mi frustración es que Héctor se ha convertido en un cabrón amargado. Y a veces no sé por qué sigo llamándolo mi mejor amigo. Lo único que hacemos juntos es ir al gimnasio y a tomar una cerveza de vez en cuando, y entonces nos limitamos a hablar de trabajo o de alguna noticia sin importancia.

En momentos así, pienso que debería pasar de él.

Pero no puedo.

Porque cuando pienso eso no solo me siento culpable, sino que recuerdo cómo era Héctor antes y le echo de menos. Echo de menos al Héctor junto al que me crie en el barrio, jugando en la calle y cometiendo ciertas travesuras de las que, por suerte, nuestros padres nunca se enteraron. Echo de menos al Héctor enérgico, divertido y ferozmente leal con el que arranqué la empresa Eventos Luxe.

No puedo estar más orgulloso de hasta dónde hemos llegado.

Empezamos organizando pequeñas fiestas y bodas cuando éramos más pobres que las ratas, y ahora somos la empresa líder del país en organización de eventos. Bodas, comuniones, celebraciones privadas, actos corporativos de todo tipo, fiestas para marcas de las que hablan en todos los medios de comunicación... La iniciativa fue de Héctor y él siempre ha sido el líder, y yo ya no organizo nada porque soy el jefe de Recursos Humanos (lo que de verdad me gusta), pero lo hemos logrado juntos.

Pero por el camino he perdido a mi amigo.

No es solo que se dedique a hacer de Barba Azul con sus asistentes (sin los asesinatos, claro), es que apenas presta atención al resto de los empleados. Y, cuando lo hace, es para criticar su trabajo.

Se ha convertido en un tipo serio, borde, que apenas sonríe y focalizado al cien por cien en seguir haciendo crecer Eventos Luxe. Y en cuanto a su vida personal... Sí, se relaciona con un montón de gente por trabajo y no le faltan ligues glamurosos por el entorno en el que se mueve, pero sospecho que soy el único amigo que le queda. Héctor está muy solo y creo que no es consciente de ello. ¿Cómo voy a abandonarlo?

Además, sé por qué ha cambiado así y lo comprendo. Tiene sus motivos, aunque yo desearía que no hubiese pasado. Ha caído dentro de un pozo y no sabe cómo salir de él. De hecho, creo que no es consciente de estar ahí atrapado. Y aquí es donde yo todavía me frustro más, porque no sé cómo ayudarlo. Una vez le sugerí con delicadeza acudir a un psicólogo y me miró como si le hubiera propuesto dejarnos crecer el bigote y usarlo para hacer macramé.

Se me escapa un suspiro desanimado y contrariado. Héctor es mi mejor amigo y quizás algún día se me ocurra una manera de ayudarlo. Rezo por ello.

Llamo a Sandra para pedirle que mañana nos envíen a un nuevo asistente y abandono el despacho cabreado, preocupado y cagándome en todo porque camino un poco doblado por el dolor de espalda y porque la frente todavía me palpita por el golpe. He tenido un día de mierda, ¿lo había dicho ya?

Pero cuando llego al recibidor del edificio, sucede algo... Algo que cambiará muchas cosas.

Carla

Cuando me avisan desde recepción que Jessica Beltrán está abajo, que quiere hablar conmigo y que se niega a subir, parece que el departamento de grandes fiestas de Eventos Luxe haya sido sacudido por un terremoto.

Álvaro palidece.

A Lucía se le escapa un gritito.

Los demás ya no están aquí, así que no pueden sufrir un ataque de pánico.

Yo quiero hacerme un ovillo en mi silla y quedarme allí. O, mejor, irme a casa, hacerme un ovillo en el sofá y echarme a llorar del agotamiento. Estoy tan cansada. De hecho, creo que sería mejor idea dormir en vez de llorar.

Pero no hago nada de eso. Me quedo donde estoy y finjo ser la Carla de antes. La que todo el mundo cree que es la Carla de siempre: la enérgica que puede con todo, la que tiene sentido del humor; la que ni siquiera parpadea ante la idea de tener que enfrentarse a Jessica Beltrán.

Me he convertido en una impostora.

—Ay Dios, que nos va a dar plantón —gime Álvaro.

—Supongo que es lo que pretende, sí —admito.

Es cierto, nos acaba de caer encima un buen marrón.

—¡Pero tiene que estar en la fiesta! —exclama Lucía, desesperada.

Esta noche por fin tendrá lugar una de las fiestas que llevamos meses preparando. La poderosa cadena de tiendas de ropa Mirage ha decidido lanzar su propia línea de cosméticos para hombre y mujer y hoy es su presentación oficial. Han contratado a Jessica como imagen de los nuevos productos; es decir, es impecable que la actriz esté en la fiesta. Pero Jessica es conocida tanto por su inmenso talento como por su carácter caprichoso, y todo el mundo sabe que cuando dice que no, nada ni nadie la hace cambiar de parecer.

Por favor, necesito que esta fiesta pase de una vez. Mañana le pediré a Mamen, mi jefa, mi mes de vacaciones. No está planificado, pero se nos acercan unas cuantas semanas tranquilas y puede prescindir de mí. Necesito encerrarme en casa y tumbarme en el sofá. Desaparecer un poco. O mucho.

Sin embargo, por ahora sigue siendo trabajo mío tratar con los famosos que invitamos a las fiestas o con sus agentes, así que me toca a mí bajar a hablar con Jessica.

Me digo que puedo seguir fingiendo un poco más que soy la Carla de antes e imagino que me crujo los nudillos. Es la primera vez que trabajamos con Jessica; me pregunto si seré capaz de

manejarla.

—Voy a hablar con ella —anuncio mientras me levanto.

—Vamos a perder nuestro trabajo —susurra Lucía con los ojos brillantes, como si ya estuviese visualizando el fin del mundo. Qué dramática es.

—Gracias por la confianza, tía.

Álvaro me pone una mano en el hombro.

—Carla, nuestro futuro laboral está en tus manos —me dice con solemnidad, como si yo fuera una soldado a punto de partir en una misión que decidirá si el mundo aguanta en pie o se hunde. Otro dramático—. Buena suerte.

—Anda, id a tomar una tila mientras hablo con ella —les recomiendo.

Mientras me dirijo al ascensor, me doy cuenta de que no me importa demasiado si acabamos todos de patitas en la calle. Eso me permitiría ir a encerrarme en casa y hacerme un ovillo en el sofá sin necesidad de pedir las vacaciones antes.

¿Debería preocuparme que no me importe?

Creo que sí...

A ninguno de mis compañeros de departamento les gusta tratar con los famosos y sus agentes. En general, son majos, pero también quisquillosos y suelen dar muchos dolores de cabeza. A la Carla de antes no le importaba hacerlo. En realidad, le gustaba, todo lo que fuese un reto le gustaba, y tratar con famosos sin perder la cordura lo es.

Pero ahora solo soy la Carla que finge ser la de antes, la impostora, y solo quiero hacerme un ovillo y... Me estoy repitiendo, ¿verdad?

Suelto un gran suspiro mental y me obligo a preocuparme un poco por el trabajo de mis compañeros. A Lucía y Álvaro no les falta razón. Los actos organizados por Eventos Luxe siempre transcurren y deben transcurrir de manera impecable. Es uno de los sellos distintivos de la empresa. Por eso tenemos la fama que tenemos y por eso cobramos lo que cobramos.

Si fracaso en mi charla con Jessica y la cara oficial de los cosméticos Mirage no se presenta a la fiesta de esta noche, nuestro despido será fulminante. Y lo hará el mismísimo Gran Agrio, también conocido como director general y propietario de Eventos Luxe. Seguro que lo adorna con una patada en el trasero.

O no, porque, aunque nos matamos a trabajar para él, parece que ni siquiera sabe que existimos. Y casi que mejor, porque qué ganas relacionarse con ese hombre. El enanito Gruñón de Blancanieves es una nube de algodón de azúcar a su lado.

Al menos no paga mal.

Las puertas del ascensor se abren y enseguida veo a Jessica, vestida con su deslumbrante ropa de marca, unos tacones que solo de mirarlos me da dolor de pies y un bolso gigantesco colgado del brazo. No cuesta adivinar que ese bolso está lleno y pesa. Yo siempre voy con mochila a todas partes y nunca he entendido ese afán por los bolsos descomunales. No entiendo cómo el mundo no está lleno de mujeres que caminan con un hombro más abajo que el otro o con un brazo de menos porque el bolso les cortó la circulación y se les cayó.

Jessica rebosa estilo, eso es innegable. Pero qué dolor de pies. Y de brazo.

En cuanto me ve, se me acerca con pasos rápidos, dignos de una atleta (¡en esos tacones!). Me recuerdo que estoy fingiendo ser la Carla de antes y que puedo con ella.

—Carla, ya era hora —dice, muy seria—. Oye, he venido en persona porque, dadas las circunstancias, me parece lo correcto. No voy a ir a la fiesta de esta noche.

Sí, lo hemos adivinado bien: Jessica Beltrán va camino de conseguir que nos despidan a todos.

Pero algo me dice que si se lo digo así no tendrá el efecto deseado. Algo me dice que se enfadará.

—Mujer, pero todos contamos contigo. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, no iré y ya está —dice, pero aprieta los labios y la barbilla le tiembla de una manera que delata que miente.

—¿Hemos hecho algo que te haya disgustado? ¿Nosotros u otra persona?

—No, no... Es solo que... —Se interrumpe, parece que le falta un poco la respiración. Lo veo venir, está a punto de pillar una de sus famosas rabietas. Y sí, no tarda en empezar a chillarme—: ¡Deja de atosigarme! ¡No pienso ir y punto!

Me pone unos morros quilométricos, los ojos le brillan y aprieta los puños con rabia. Solo le falta patear el suelo.

Por suerte para mí, las rabietas de los demás nunca me impresionan demasiado.

—¿Pero por qué, mujer? Tenemos todos unas ganas locas de que vengas —le digo, esperando que el peloteo la tranquilice un poco.

—¡Que no pienso ir a la fiesta, Carla! Estará Manu y...

Ah, aquí tenemos el problema real.

El tal Manu es Manu Becerro, futbolista estrella y novio de Jessica hasta hace poco... cuando una revista del corazón publicó unas fotografías en las que estaba metiendo la lengua hasta la garganta de otra mujer. Horas y horas de material para la prensa rosa, humillación pública para Jessica.

De repente la comprendo tanto que quiero decirle que se vaya a casa. Debajo de la pataleta, Jessica está sufriendo. Sé lo que se siente al ser una cornuda y entiendo que después de lo sucedido no quiera cruzarse con su ex.

Pero debe acudir a esa fiesta. No solo para que mis compañeros no pierdan su trabajo, cosa que he conseguido recordarme que sí me importa, también porque sé que si se esconde se sentirá peor. Apenas conozco a Jessica, pero, de repente, quiero ayudarla.

El instinto me dice que si me muestro comprensiva y compasiva la cosa no irá bien, así que opto por otra estrategia.

Pongo las manos encima de sus hombros.

—Jessica, cariño, te has comprometido a estar presente en esta fiesta y otros eventos promocionales de la marca. ¿Recuerdas cuánto te pagan por usar tu cara perfecta para anunciarse? —le digo sin tapujos.

—Un pastón —admite ella, que en seguida enrojece de la rabia—, ¡pero es que me da igual! ¡No pienso estar en la misma sala que Manu!

Abro la boca para seguir convenciéndola, pero se me adelanta.

—Decid a los de Mirage que tengo la gripe A, o varicela, o lo que sea, me da igual. ¡Pero no pienso ir! —añade con un chillido final que podría romper unos cuantos tímpanos—. ¡Y no me harás cambiar de opinión, cabrona de mierda!

Caramba, cabrona de mierda. Bueno, me han llamado cosas peores, así que por ahora no se lo tendré en cuenta.

—Jessica, tía, tienes que quererte más. Has ganado cuatro Goyas antes de los treinta y tres años, tienes más talento que Meryl Streep y Emma Thompson juntas, estás buena, estás forrada, medio país te adora y el otro medio te envidia —le digo. Funciona, porque ahora me escucha de verdad—. Que le den a Manu, Jessica. ¿Sabes qué pensamos todos cuando publicaron esa mierda de fotos? Menudo idiota. Menudo gilipollas que la ha dejado escapar.

El labio inferior de Jessica tiembla un poquitín.

—¿En serio? —pregunta, insegura como una adolescente.

—Claro que sí. No tienes que ir a esa fiesta pensando que Manu te humilló. Tienes que ir a esa fiesta pensando que él se lo pierde. Y con la cabeza bien alta, tía. Es él quien debería sentirse incómodo por estar en la misma fiesta que tú, porque tú le mirarás como lo que es, un imbécil que ya no pinta nada en tu vida.

Jessica me observa con la boca un poco abierta.

—Tienes razón —dice al fin con voz débil.

—Que le den a Manu.

—Que le den a Manu —repite con más energía.

—Así me gusta.

—¡Que le den a Manu, joder! —grita entonces, agarrando su bolso con fuerza y apretándoselo contra el cuerpo—. Nos vemos en la fiesta. Se va a enterar ese gilipollas, ¡porque lo único que va a ver es mi pared de indiferencia! ¡Joder y hostia puta!

La leche, esto sí que es venirse arriba.

—Ese es el espíritu —la animo.

Entonces, sin venir a cuento, me abraza. Sé por experiencia que los actores son muy emocionales y necesitan expresarse de esta manera, así que la dejo hacer.

—Ya sé que nos conocemos desde hace poco, pero te quiero mucho —dice.

—Gracias, cariño. Pero no vuelvas a llamarme cabrona de mierda.

—Sí, eso, perdón.

—No pasa nada. Nos vemos esta noche.

—Claro que sí. ¡Y seré la reina de la fiesta! ¡Joder!

Jessica da media vuelta y sale del edificio rebosando elegancia, energía y con la cabeza bien alta.

Bueno, parece que he conseguido salvar nuestros puestos de trabajo. No sé por qué Jessica tiene tan mala fama, tampoco ha sido tan difícil tratar con ella, ¿no?

Claro que, después de mi discurso, ahora me siento como una hipócrita.

Impostora.

Suspiro y doy media vuelta para regresar al ascensor, pero me detengo al encontrarme con Max, el jefe de Recursos Humanos. Me está mirando con la boca abierta y luce un chichón de tamaño considerable en el centro de la frente.

—Hola, Max. ¿Estás bien?

Él cierra la boca.

—Has manejado una rabieta de Jessica Beltrán —dice—. Y has hecho que se disculpara contigo.

Parece bastante admirado y no puedo evitar reírme.

—Jessica es famosa por no disculparse *nunca* —añade Max.

Max es un trozo de pan. Seguro que le parece que enfrentarse a Jessica es una de las peores torturas de este mundo.

—El mundo de las celebridades —digo—. ¿Te veremos en la fiesta de esta noche?

Esa es otra de las cosas buenas de trabajar en Eventos Luxe. Si es viable, los empleados podemos asistir a las impresionantes fiestas que organizamos. En otra época esto me encantaba. Ahora solo puedo pensar en ovillos y sofás.

—No, voy a cenar en casa de mis padres —dice él, aunque parece que su cabeza está en otra parte. Tiene la cara del que está maquinando algo.

—Bueno, me voy para arriba. Cuídate ese chichón.

—Ajá —responde él, que sigue perdido en sus pensamientos mientras saca su móvil y marca un número de teléfono. Mientras las puertas del ascensor se cierran ante mí, le oigo decir—: ¿Sandra? Ha habido un cambio de planes.

Carla

—¡Somos las putas amas, Carla!

Más que abrazarme, Jessica me está haciendo una llave. Me rodea el cuello con un solo brazo y me atrae hacia su pecho para darme un beso en la coronilla. La leche, me agarra con tanta fuerza que parece una yudoca. Cinturón negro, además. Espero que lo siguiente no sea hacerme volar por los aires y tirarme al suelo.

—Madre mía, Jessica, ¿cuánto has bebido? —le pregunto, riéndome mientras me zafo de su agarre.

—Cabrona, ya sabes que no bebo. ¿Has visto la cara de Manu cuando he pasado de él?

Está tan eufórica por haber aguantado el tipo ante su ex que parece que se haya bebido una botella de vodka ella sola.

—Eh, estoy orgullosa de ti. —Es cierto, ha sido toda una campeona.

—¡Gracias!

Sonríe con tantas ganas que ahora parece una adolescente despreocupada. Intenta agarrarme otra vez para hacerme otra de sus estrujantes llaves de cariño.

—Quita, que eres una bruta. —Me aparto—. Oye, algo me dice que te largarás en cuanto te dé la espalda. Al menos ve a despedirte de los de Mirage, ¿de acuerdo?

—Venga, va, pero solo porque te quiero. —Me da un simple beso en la mejilla y se pierde entre la multitud en dirección a los jefazos de Mirage.

Y ahora sí, mi trabajo en esta fiesta ha concluido. Esta vez les toca a Álvaro y Lucía estar de guardia hasta el cierre.

Dios, ya era hora. Vacaciones, sofá, ovillo, ahí voy.

Pero no puedo irme así como así. La Carla de antes no lo haría. Ella aprovecharía lo que queda de fiesta para pasárselo bien: se tomaría uno o dos cócteles, de esos tan dulces que horrorizan a mucha gente porque llevan licor de melocotón y algún zumo de fruta (qué le vamos a hacer si mis papilas gustativas adoran el dulce), bailaría, sociabilizaría con sus compañeros de trabajo. Si ahora me largo, estos mismos compañeros se extrañarán y querrán saber si me pasa algo. Así que me quedo.

Pero en cuanto me giro para empezar a buscar alguna cara conocida, me estampo contra un cuerpo fornido.

—Perdón —digo.

Cuando levanto la vista, me encuentro con un tipo que luce una sonrisa de cogerza absoluta.

Es de esos que intenta mantener un aspecto joven a base de bótox y la piel de su cara tiene un aspecto muy poco natural. Me estremezco, no puedo evitarlo. Esta es una de las cosas que veo en mi trabajo que no me gustan.

—No pasa nada, bonita —me dice como si esperara que me derrita a sus pies—. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo tú y yo?

Me agarra por la cintura e intenta atraerme hacia él y su aliento alcoholizado. Ah, qué asco. Preferiría haber pisado una mierda de vaca en mitad del campo, en serio.

—Y luego ya sabes —añade él.

No entiendo qué les pasa a las neuronas de algunos hombres que los llevan a pensar que es normal y aceptable decir y hacer estas imbecilidades. En esto, tanto la Carla de antes como la Carla impostora de ahora están de acuerdo. Y en lo que hay que hacer al respecto también.

Como respuesta a sus insinuaciones, le agarro la nariz y se la retuerzo sin piedad.

—Gña —se le escapa. Qué sonido más curioso.

—Prefiero morirme antes de que me sigas tocando, gilipollas —le espeto, y lo empujo para que se vaya.

Retrocede un par de pasos, sorprendido, y enseguida se lleva la mano a la nariz dolorida. Me fulmina con la mirada y empieza a alejarse, farfullando algo que no oigo y que me importa muy poco.

—Yo también quería invitarte a tomar algo, pero ahora tengo miedo —dice una voz de hombre a mi lado.

Me giro hacia él sonriendo porque ya sé quién es. David. Uno de los técnicos que ha venido de refuerzo para ayudar a instalar los equipos de luces y sonido. Ya hemos coincidido en varias fiestas y entre nosotros siempre ha habido... sintonía. Cuando hablamos nos reímos. Y entre su cabello rubio que parece incapaz de peinarse y sus ojos azules y traviosos (oh, y no olvidemos que en general está buenorro), pues da gusto mirarlo.

—Si eres respetuoso, te dejaré la nariz en paz —prometo.

Él sonríe con picardía, pero no dice nada. Me doy cuenta de que está pensando algo así como «deja mi nariz en paz, pero no dejes en paz otras partes de mi cuerpo». Le doy un cachete en el brazo.

—Marrano —le acuso.

Él levanta las manos, haciéndose el inocente.

—Yo no he dicho nada, lo has pensado tú sola.

Me río.

—Eh, deberías ver esto. —Señala detrás de mí.

Cuando me giro, descubro al hombre del «gña» tambaleándose al lado de una mesa cubierta de bandejas de canapés. Se tambalea tanto que da un traspiés.

—Ay, madre.

Tropieza con la mesa y se precipita por encima de ella dando una voltereta en el aire, con las piernas estiradas hacia arriba como dos palos de escoba rechonchos. Cae despatarrado al suelo, la mesa se vuelca y un montón de canapés salen volando por los aires, creando una fugaz lluvia de comida en miniatura.

Se oyen gritos alarmados entre toda la gente que hay alrededor. Un par de camareros enseguida se acercan a ayudarlo a levantarse y recoger el estropicio. Pobre gente, lo que tienen que aguantar.

La música está alta y solo nos hemos enterado de lo sucedido los que estamos cerca. David se está riendo a carcajada limpia.

—Esto es bastante histórico —digo.

Pero no supera la vez que cierto presentador superfamoso con demasiado ron con cola en la sangre se lanzó a hacer un *striptease* integral encima de la barra del bar... y acabó tropezando y cayendo sobre una generosa colección de botellas. De vidrio.

De cara a la prensa, sufrió un desafortunado accidente de coche.

—Entonces, ¿puedo invitarte a tomar algo cuando acabemos aquí? —me pregunta David cuando el hombre del «gña» ya se ha alejado y los pobres camareros siguen recogiendo.

Soy consciente de que, en realidad, David no me está proponiendo ir a tomar una copa y ya está.

La Carla de antes lo aceptaría. Hace mucho, mucho, que no me acuesto con nadie. Sé que David y yo nos lo pasaríamos bien. Nos reiríamos. Y sería solo una noche de ligera despreocupación, porque ninguno de los dos busca nada serio.

Pero ¿he dicho ya que solo puedo pensar en ovillos y sofás?

—Me encantaría, pero en cuanto salga de aquí tengo que ir a casa a preparar la maleta para coger un avión a primera hora —digo de manera muy convincente, como la impostora mentirosa en la que me he convertido—. ¿La próxima vez?

Por sus ojos pasa un relámpago de decepción. Debería sentirme halagada, pero solo consigo sentirme culpable. Supongo que es lo que tiene mentir con tantísimo descaro. Al menos David enseguida se recupera.

—Hecho —dice, y sonrío con sinceridad.

Nos despedimos y camino entre la animada muchedumbre buscando a algún compañero de trabajo. No tardo en encontrar a Sira y Gabriel, amigos del alma desde que ella empezó a trabajar en la empresa. Bueno, ya se conocían de antes, pero son uña y carne desde entonces. Sira trabaja en el departamento de Bodas y, desde hace año y medio, Gabriel es el jefe de Eventos Corporativos.

—Enhorabuena por otra fiesta perfecta —me dice Sira, haciendo el gesto de brindar con su copa.

—Gracias.

Es cierto, la fiesta ha sido un auténtico éxito.

La presentación de la nueva línea de cosméticos de Mirage ha ido como la seda. Jessica ha cumplido, la prensa se ha vuelto loca con ella y los productos (dos fotógrafos han tropezado y, literalmente, caído a sus pies en su afán por fotografiarla), los jefazos de Mirage están más que satisfechos y Eventos Luxe ha estampado su sello en otro acontecimiento: la organización ha funcionado más que bien, la decoración de la fiesta rebosa la elegancia mediterránea que tanto nos caracteriza y no dudo que el nombre de la empresa volverá a aparecer en los medios de comunicación.

Si alguien me hubiese dicho unos años atrás que una empresa como esta llegaría a ser tan conocida por el público general, no me lo habría creído. Pero, ver para creer, así es. Ahora, incluso las bodas y comuniones organizadas por Eventos Luxe son más admiradas que las otras. Tenernos a nosotros es un valor añadido.

—Oye, mañana iremos todos a tomar unas cervezas al acabar de trabajar. ¿Te apuntas esta vez? —me pregunta Sira.

—Vaya, no puedo. Tengo una cena familiar.

Al menos esta vez es cierto. Las otras veces que las cenas familiares me han servido de excusa... puede que no fuera tan cierto.

No es que la cena familiar me apetezca demasiado porque fingir ser la Carla de antes me va a

suponer un esfuerzo extra. Estar con mi hermana siempre lo es.

—Tu familia y tú cenáis juntos cada dos por tres, ¿eh? —dice Sira con los ojos entrecerrados.

La aparición de Sergio, el responsable de prensa, me salva de la mirada escrutadora de Sira. El pobre parece agotado. Estas fiestas en las que hay que coordinar tantos medios de comunicación le sorben toda la energía del cuerpo.

—Mañana tienes el día libre, ¿no? —le pregunto.

—Sí. Y después no pienso moverme de la cama en todo el fin de semana. Suerte que ya está a punto de acabar. Perdona —le dice a Gabriel justo antes de robarle su copa y terminársela de un solo trago.

—¡Oye!

Sergio se estremece.

—Ah, lo necesitaba. —Entonces me mira con sus ojos curiosos—. Por cierto, Marcos Carrasco te está buscando. ¿Por qué quiere hablar contigo?

Mierda, de repente la aparición de Sergio ya no me parece tan providencial.

—Ni idea. —Me encojo de hombros y procuro poner cara de ignorante absoluta. Sergio es una de las personas más cotillas que conozco. Si quieres que todo el mundo se entere de algo, cuéntaselo a él—. Oye, voy a buscarme algo para beber.

Me largo de ahí antes de que mi expresión delate algo.

Cuando me acerco a la barra veo un hueco libre, pero me detengo al descubrir quién hay justo al lado.

El Gran Agrio.

—Buf, qué pereza —digo para mí misma.

A ver, yo lo respeto porque Eventos Luxe es lo que es gracias a él. Y está de muy buen ver, cosa que hace más fácil cruzarse con él por la oficina. Pero el hombre tiene el carácter de una manzana agria. Qué digo una, de un árbol entero de manzanas agrias.

Da igual lo bien que trabajemos sus empleados, siempre encuentra algo que criticar. Al menos solo tienen que soportarlo los jefes de departamento porque son los únicos con los que se digna a hablar un poco. Mi pobre jefa siempre regresa de las reuniones con él de mala leche. El resto de los empleados, como una servidora, es como si no existiésemos.

De hecho...

Ahora que lo pienso, es más que posible que ni siquiera sepa que trabajo para él.

La Carla de antes se apodera de mí unos instantes y decido hacer una prueba.

Sigo avanzando y ocupo el hueco vacío en la barra. No recuerdo haber estado nunca tan cerca del Gran Agrio. El tipo es alto. A mí nadie me describiría como bajita, pero aun así me saca casi un palmo. Qué bárbaro, debe de llegar al metro noventa.

Miro hacia arriba para cotillear su eterna expresión de mal humor y para mi sorpresa descubro que sus ojos grises me están mirando. Le dedico una pequeña sonrisa. Él arquea una ceja, como si mi sonrisa fuera un atrevimiento muy descarado, y después pasa de mí.

Ja, lo sabía, no tiene ni idea de quién soy. Debería haber apostado con alguien que no me reconocería.

A mi lado hay dos chicas esperando a ser atendidas. Una de ellas da un respingo.

—¿Ese es Marcos Carrasco? —pregunta con la voz ahogada por la emoción.

La amiga se gira y sofoca un grito.

—¡Sí! ¿Has visto su nueva serie? Está increíble...

—Ay, madre, ¡que viene hacia aquí!

—Uy —digo yo.

Esta es mi señal para largarme de aquí. Adiós, cóctel con demasiado azúcar que ni siquiera me apetecía.

¿Sabes qué? Creo que paso de todo y me voy a casa. Enviaré un mensaje a Sira diciéndole que me he encontrado con unos amigos y me he ido con ellos.

Me agacho para esconderme y empiezo a caminar, pero como esto de caminar agazapada puede ser complicado, calculo fatal y me restriego por todo el pandero del Gran Agrio.

—Hala —digo.

Qué marrón. Bueno, o no. El Gran Agrio no sabe quién soy. Paso de detenerme a hablar con él.

—Disculpa, trasero —le digo a su pandero. Le doy una palmadita y me voy de allí sin molestarme en mirar hacia arriba.

Héctor

Una empleada acaba de restregarse por todo mi culo.

Y después le ha dado una palmada, disculpándose con él. Con mi culo.

Arqueo las cejas. En este mundillo de las fiestas y el famoseo me han pasado cosas raras, pero esta se lleva la palma.

Juraría que ella estaba intentando huir de Marcos Carrasco, que está aquí al lado buscando a alguien. Pero aun así ha sido raro.

¿Debería despedirla?

Creo que sí. Es una falta de respeto que no debería tolerar. Mañana hablaré con Max. Intentará convencerme de lo contrario, pero él es un blando.

Ahora que lo pienso... Sé que trabaja en el Departamento de Grandes Fiestas. Mamen me ha contado que una de sus subordinadas ha sido capaz de manejar una rabieta de Jessica Beltrán, que ha estado a punto de darnos plantón. Debería asegurarme de que no sea ella. La empresa no puede permitirse perder a alguien capaz de tratar con gente como Jessica.

Al menos la fiesta no ha ido mal del todo. La coordinación de la llegada de los famosos debería mejorarse y el servicio en la barra de bar es demasiado lento. Llevo casi cinco minutos aquí y todavía no se han acercado a preguntar qué quiero tomar. Resoplo, impaciente.

Saco el teléfono y le escribo un mensaje a Mamen.

«¿La trabajadora que lidió con Jessica tiene el cabello negro, media melena?».

No añado que también tiene pecas difuminadas en la parte alta de la nariz y los pómulos. No hace falta dar tanta información. Ha sido raro; al mirarla me he fijado en ellas y me han hecho pensar en el cielo estrellado. Una constelación de pecas.

La respuesta llega en seguida.

«Sí».

Parece que la empleada mantendrá su trabajo.

Guardo el teléfono.

Y sigo esperando a que alguien me sirva.

Creo que me iré. Ya he hablado con los de Mirage, que nos encargarán nuevos actos promocionales, y necesito ponerme a trabajar en los demás proyectos que tenemos entre manos. Debo supervisarlos todos para asegurarme de que no se cometen errores, y ahora que algunos departamentos están en una punta de trabajo se me acumulan demasiados correos electrónicos. Saco el teléfono del bolsillo y siento una pequeña opresión en el pecho al ver que me han entrado

casi veinte correos nuevos desde que la fiesta ha empezado. Los reviso, temiendo alguna urgencia, pero está todo bien. Puedo contestarlos cuando llegue a casa.

No me apetece demasiado irme a casa.

No sé qué me pasa últimamente, pero no me resulta agradable estar en mi piso. Creo que me he cansado de él.

Quizá debería mudarme.

O quizá es suficiente con cambiar la decoración. Sí, podría empezar por aquí. Puedo contratar a un interiorista. Ahora es algo que puedo permitirme.

Sigo esperando a que me sirvan. Voy a vetar este servicio de *catering* para futuras fiestas, esto no es tolerable.

—Héctor, cari —dice una voz melosa.

Paula consigue situarse entre el hombre que tengo al lado y yo. Me acaricia el brazo.

—¿Qué planes tienes para después? —me pregunta.

No debería seguirle la corriente. Ya nos acostamos una vez, y nunca repito. No quiero crear falsas esperanzas ni yo acostumbrarme a nadie.

Hoy no había pensado llevarme a alguien a casa porque no me apetecía. Pero la idea de ir a ese piso que ya no me resulta agradable y que tengo que redecorar me hace cambiar de opinión. Si no estoy solo no me fijaré tanto en el entorno. Las larguísimas piernas de modelo de Paula serán una buena distracción.

Pero debo dejar las cosas claras con ella.

—Sabes que no quiero ningún tipo de relación estable, ¿verdad? —le recuerdo.

Ella pone los ojos en blanco, como si fuera un pesado, pero sin dejar de sonreír.

—Que sí... Venga, vamos a acabar bien la noche.

Echo una última mirada a esa barra de bar desastrosa.

Qué más da, ya no necesito alargar más esta fiesta.

—Vamos.

Unas horas después, estoy sentado en la cama, apoyado contra el cabezal, observando a Paula vestirse. Ella sonríe, pero a mí me está costando la vida fingir ser amable. ¿Desde cuándo el sexo se ha convertido en algo tan... anodino?

Paula se ha corrido, yo me he corrido. No ha estado mal. ¿Pero por qué me quedo con la sensación de que no ha valido la pena?

La acompaño hasta la puerta de casa. Antes de salir, me da un beso en los labios.

—Nos vemos —dice, y se va.

Me apresuro a cerrar. Maldita sea. Acabo de verlo en su mirada. Para ella no ha sido solo una noche más. Me ha mentado, quiere que sigamos viéndonos.

Joder, sabía que era un error volver a acostarme con ella. Ahora esto será otro dolor de cabeza que añadir a todos los frentes que tengo abiertos en el trabajo, y no puedo permitirme distracciones. Me acuerdo de todos los proyectos que tengo entre manos. De la reunión que mantendré en unas semanas y que podría suponer el lanzamiento internacional de la empresa. Tenemos potencial para atraer a compañías extranjeras para celebrar sus eventos especiales aquí, en este entorno mediterráneo privilegiado.

Si no meto la pata.

No puedo meter la pata.

Pero tengo tanto trabajo que no sé si llegaré a todo. Debería ponerme a trabajar. Pero Paula me va a dar dolores de cabeza, lo estoy viendo. ¿Y por qué no consigo poner bien las estúpidas sábanas de la cama?

Los bordes de mi visión empiezan a oscurecerse.

Mierda. Ahora no. Olvídate de las sábanas, es mejor que trabaje.

Entonces llega la opresión en el pecho.

No, no, no.

Me cuesta respirar.

Intento abrir mi portátil, tengo que centrarme en trabajar. Eso me ayudará. Pero, joder, la mano me tiembla tanto que no puedo ni levantar la tapa.

La visión se me nubla.

Me duele el pecho.

Me cuesta respirar.

Puta ansiedad.

Carla

A la Carla de antes le gustaba esto. Caminar por la calle, animada por el ajetreo de primera hora, con el suave sol invernal acariciándole el rostro.

Pero anoche me dormí hecha un ovillo en el sofá y ahora me duele todo el cuerpo. Estoy cansada y tengo frío. Camino rápido, con la cabeza hundida entre los hombros, deseando llegar a la oficina para pedirle mi mes de vacaciones a Mamen.

Espero que no me exija muchas explicaciones.

El moderno edificio de Eventos Luxe, situado en el centro de la ciudad, me da la bienvenida. Nosotros ocupamos las dos plantas superiores. No hace mucho me encantaba venir a trabajar aquí. No sé si es otra cosa a agradecer al Gran Agrio, pero da gusto entrar en las oficinas. El suelo de parqué de madera, las paredes que combinan con acierto los colores gris y blanco con azul y amarillo, alguna pared verde y detalles en rojo, las convierten en muy acogedoras. Cada departamento tiene su propio espacio diáfano, con grandes ventanales que dejan pasar la luz del día y nos regalan unas bonitas vistas del centro de la ciudad. Hace tiempo que no las miro.

Cuando entro en nuestro despacho, sufro una decepción al descubrir que Mamen todavía no ha llegado. De hecho, no hay nadie más, soy la primera.

Me dejo caer en mi silla, agotada, y cierro los ojos.

Me sobresalto cuando suena el teléfono. Joder, sí que me reclaman pronto. No son ni las ocho y treinta y dos minutos.

—Sí —contesto.

—Carla, soy Max. ¿Puedes venir a verme?

—Claro —respondo extrañada. Más curiosa que preocupada, pregunto—: ¿Hay algún problema?

—Qué va, mujer —ríe—. Nos vemos ahora.

Cuando entro en su despacho, me recibe con una de sus agradables sonrisas.

—Gracias por bajar tan rápido. Siéntate, por favor.

Me siento en una de las sillas que hay delante de su escritorio. Él apoya los brazos encima, los dedos de las manos entrelazados. Parece un poco nervioso.

—Carla, necesito pedirte un favor.

—Vale... —respondo, insegura. No se me ocurre qué tipo de favor podría pedirme Max. Ni siquiera me atrevo a adivinar si será un favor personal o relacionado con el trabajo.

—Ya sabes que... eh... en Eventos Luxe solemos tener una gran necesidad de asistentes de

dirección.

No logro contenerme y se me escapa una risa. Qué manera más suave de decirlo. Todo el mundo en la empresa sabe que el Gran Agrio colecciona amantes y asistentes. Ligón y gruñón. Es una joya, el tío.

Max me dedica una sonrisa de disculpa, consciente de haber usado un eufemismo como la copa de un pino.

—Verás, tengo un pequeño conflicto con la empresa que nos envía los asistentes, y mientras no lo solucione no tengo a nadie para Héctor —explica.

—Vale... —vuelvo a decir yo, porque sigo sin saber a dónde quiere ir a parar.

—Me temo que será cosa de unas semanas. Mientras tanto... necesito que alguien de la empresa ocupe el puesto.

Ahora sí que sé a dónde quiere ir a parar.

—No.

Max me hace un gesto con las manos, como pidiéndome que no me alarme antes de tiempo. ¿Pero cómo quiere que no me alarme? ¿Trabajar para el Gran Agrio, estando en contacto con él? Eso sería peor que caer en el infierno, un infierno donde lo único que puedes hacer es comer alcachofa.

Odio la alcachofa. Solo de pensar en comerla me entran arcadas.

—No creo que a Mamen le parezca bien —añado.

—He hablado con ella hace un rato, me ha confirmado que se os acercan unas semanas más tranquilas.

Será cabrona. Mira que me gusta mi jefa, pero en estos momentos quiero estrangularla. Ni siquiera se ha dignado a ponerme sobre aviso.

—Carla, sé que trabajas más que bien y que no tendrás problemas en adaptarte al cargo —añade.

—Aunque me hagas la pelota no cambiaré de idea —le aclaro. No me comería una alcachofa ni por un millón de euros. Me enorgullece decir que soy una persona con principios y que no tengo un precio.

—Mientras estés en el cargo, a tu sueldo actual le añadiremos lo correspondiente a asistente de dirección —dice, deslizándolo hacia mí un papel en el que consta el sueldo mensual del ayudante del Gran Agrio.

Oh. Eso supondría doblar mis honorarios.

La Carla de antes habría echado sus principios por el retrete al momento. Por un millón de euros quizá sí que sería capaz de comerse una alcachofa.

Pero la Carla de ahora necesita su mes de vacaciones. Ovillo, sofá y todo eso.

Debo decírselo a Max. Decirle que no, que hoy he venido a la oficina con intención de pedir un mes entero de vacaciones. Que lo necesito como las plantas necesitan agua. Que estoy hecha polvo, que no sé cómo recomponerme y solo puedo pensar en dormir.

Pero no me salen las palabras. Mis labios no se mueven, como si estuvieran sellados con cemento.

¿Por qué es tan difícil decirlo en voz alta?

Mierda. Joder. No puedo hacerlo. Soy incapaz.

Me agarro con desesperación a la única vía de escape que se me ocurre. De hecho, es un gran inconveniente.

—El Gran... —me interrumpo a tiempo de corregir mi metida de pata—. El jefe colecciona asistentes como si comiera pipas.

—Héctor no podrá despedirte, ni como asistente de dirección ni de tu trabajo actual en la empresa. Firmaremos un contrato donde esto quedará especificado —asegura—. Solo te pido que tengas un poco de paciencia. Soy consciente de que Héctor no es de trato fácil y te estoy pidiendo mucho.

Max me mira esperanzado, pero yo sigo dudando.

Necesito el mes de vacaciones.

Estoy agotada.

Quiero mi sofá. Quiero ser un ovillo.

Díselo.

Díselo.

—Te subo los dos sueldos un veinte por ciento durante este tiempo.

Qué leches, olvida las vacaciones y di que sí. Max debe de estar desesperado.

Pero yo también lo estoy, así que busco una última excusa.

—No funcionará, Max. Siento decirlo así, porque sé que sois amigos, pero los dos sabemos que Héctor es un borde de cuidado. Y yo nunca dejo que los bordes me pisoteen como si fuera un felpudo.

Me estoy marcando un farol. Lo que acabo de decir es cierto para la Carla de antes. Ella habría pensado que, si pudo con Jessica, el Gran Agrio no debería ser mucho peor, ¿no? Ella no se achantaría ante él, sería otro reto al que enfrentarse.

Pero la Carla de ahora siente que no tiene fuerzas para lidiar durante semanas con alguien como el Gran Agrio.

Por desgracia para mí, mi intento de farol tampoco cuela.

—Nunca te pediría que dejases que los demás te pisotearan. Ni Héctor ni nadie —dice. Aparenta estar muy serio, pero ¿soy yo o está intentando contener una sonrisa?

Y me he quedado sin excusas. No se me ocurre ninguna otra, aparte de la verdad que soy incapaz de pronunciar en voz alta.

Suspiro para mis adentros. Adiós ovillo, adiós sofá.

—De acuerdo, hagámoslo.

Héctor

Por culpa del ataque de ansiedad, anoche no pude avanzar nada de trabajo. Al menos no acabé en el hospital como la primera vez, cuando creí que estaba sufriendo un ataque al corazón.

Pero estoy cansado y todavía me duele la cabeza. Odio los ataques de ansiedad. Me dejan con una sensación de debilidad en todo el cuerpo que no soporto.

Mi mal humor no mejora, más bien al contrario, cuando llego a mi despacho y descubro que todavía no tengo un asistente al que pedirle que me consiga mi café y mi *croissant* matutinos. ¿Se puede saber en qué está pensando Max?

Voy a coger el teléfono para llamarle, pero el maldito suena antes. Es una llamada interna.

—¿Qué? —ladro al auricular. Quien quiera que sea, espero que tenga un buen motivo para molestarme a primera hora. A estas alturas todo el mundo debería saber que no cojo llamadas antes de las nueve de la mañana.

—Héctor, enhorabuena por la fiesta de anoche. Me han dicho que fue un éxito —me saluda la voz relajada de Max.

Él siempre tan positivo.

—No fue mal. Hay unas cuantas cosas que deberían mejorarse. ¿Por qué no tengo asistente?

—Sí, por eso te llamaba —dice sin alterarse por mi recriminación.

¿Cómo consigue estar siempre de tan buen humor? No sé si eso es normal.

Max continúa hablando, ajeno a mi preocupación por él.

—Verás, tengo un pequeño problema con la empresa que nos envía a tus asistentes.

—¿Qué problema? —vuelvo a ladrar. ¿Por qué me lo cuenta? Yo ya tengo suficiente trabajo, que haga él el suyo—. Busca otra.

—A ver, vamos por partes —dice él, tan tranquilo.

La sien empieza a palpitarme, como si un pequeño martillo me estuviera dando golpes. Dentro de nada dolerá.

—Max, ve al grano de una vez.

—Sí, sí, eso intento —replica, todavía tan tranquilo—. En primer lugar, es la empresa que envía a los asistentes con mejor formación. Los que nos envíen de otras no te gustarán.

—Todavía no han enviado a ninguno que me guste.

—Vale, pues te gustarán *todavía menos* —aclara él—. Y, en segundo lugar, como hemos hecho una sangría con su cartera de asistentes, quieren cobrarnos más. Bastante más. Estoy renegociando con ellos, pero necesito unos días. No será rápido.

—No entiendo por qué renegociar... —empiezo a decir, pero me interrumpo—. Max, no tengo tiempo para esto. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Mientras lo soluciono, ocuparé el puesto una de las empleadas de Grandes Fiestas. Se les acercan unas semanas tranquilas y podemos hacerlo.

Lo que me faltaba. ¿Ahora pretende endosarme a alguien sin formación específica para el cargo?

—Max... —empiezo a decir.

—Héctor, tío, seguro que eres consciente de que lo tuyo con tus asistentes es digno de estudio —me interrumpe—. Has cavado tu propia tumba. Ahora te toca apechugar durante unas pocas semanas.

Entrecierro los ojos. Sus palabras han sido duras, pero su voz sigue destilando ese buen humor, que empieza a ser directamente proporcional a mi mal humor.

—No me parece buena idea. Haz tú un proceso de selección.

Max sigue a lo suyo, pasando por completo de mi indicación:

—Dos cosas importantes a tener en cuenta. Le hemos garantizado a Carla...

—¿Quién es Carla?

—La empleada que asumirá el cargo de tu asistente de dirección durante las próximas semanas —me dice como si yo fuera lento y no me hubiese enterado de lo que hemos estado hablando.

—No sé quién es esa Carla, pero ya me cae mal. Y tú también. Cada segundo que pasa estás elevando mi nivel de mal humor.

Max resopla y farfulla algo que no acabo de entender pero que suena a «no es que eso sea tan difícil».

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Decía que le hemos garantizado a Carla que en ningún caso perderá su puesto de trabajo actual. Tampoco este cargo temporal.

—¿Estás diciéndome que, aunque sea una incompetente, tengo que cargar con ella? —pregunto, incrédulo. No está formada para el cargo ni tiene experiencia, pero si lo ha aceptado es porque es tan soberbia que considera que estará a la altura. Es la receta perfecta para el desastre.

La opresión en el pecho empieza a regresar. No puedo permitirme lidiar con una incompetente. Me distraerá de mi trabajo.

—No es una incompetente —la defiende Max, pero él es un blando—. Es una de las trabajadoras más válidas que tenemos. Serás amable con ella y no la podrás despedir bajo ninguna circunstancia. Se lo he garantizado por contrato.

Por el amor de Dios. La opresión en el pecho aumenta. Los bordes de mi visión se oscurecen. No, no, tengo que controlarlo.

Respiro hondo para evitar que vaya a más.

Y el cabrón de Max se agarra a eso de «quien calla otorga» más rápido que una zancada de Usain Bolt en plena carrera.

—Genial que te parezca bien. Carla está recogiendo algunas cosas en su departamento, subimos en unos minutos.

Y cuelga el teléfono.

No, no cuelga el teléfono. *Me* cuelga el teléfono. A mí. A mí, el director general de la empresa. Pero si le llamo para seguir discutiéndolo acabaré con otro ataque de ansiedad que no me puedo permitir. Tengo demasiado trabajo.

A la mierda. Paso del teléfono y me pongo a revisar los correos electrónicos.

Llaman a la puerta quince eternos minutos después. Quince. ¿Cuánto tiempo necesita una persona para recoger algunas cosas de su escritorio? ¿Acaso vive ahí abajo y tiene que hacer una mudanza completa?

La puerta se abre antes de que yo responda y Max entra, seguido de... la mujer que anoche se restregó por todo mi culo.

Esto es... Ni siquiera tengo palabras para describir el tufo a desastre que desprende este despropósito de Max.

Miro a la tal Carla de arriba abajo. Viste tejanos, que es aceptable. Una blusa negra de corte bastante informal, pero que también es aceptable. Lo que no me parece tan aceptable es su calzado: unas zapatillas tipo Converse de un color morado tan vivo que deslumbra.

Aprieto los labios. El calzado revela mucho sobre la persona que lo lleva. Dice mucho de uno mismo si tus zapatos están limpios y bien cuidados o sucios y estropeados. Si son de buena calidad o baratos. Si su patrón es clásico, moderno, informal o deportivo. Si lo combinas con gusto con el resto de tu vestuario o si cometes unas excentricidades que ofenden a la vista.

El calzado es un revelador de personalidades.

Y el calzado de esta mujer grita rebeldía a pleno pulmón. Me da igual cuántas constelaciones dibujen las pecas de sus pómulos, no necesito una rebelde en el despacho. Habrá que pararle los pies. Dejarle las cosas claras.

—Ya estamos aquí, Héctor —dice Max—. Esta es Carla.

—Su escritorio está ahí fuera —les recuerdo, señalando con la barbilla el exterior de mi despacho.

La expresión de buen humor de Max se descompone. No me molesto en mirar a Carla y vuelvo a concentrarme en mi ordenador.

—Voy a ponerme al día —dice ella, y me hace el favor de desaparecer de mi despacho.

A Max le falta tiempo para cerrar la puerta tras ella.

—Héctor. —Su tono deja claro que no se irá hasta que lo mire, así que lo miro, pero antes resoplo para dejarle claro que me está haciendo perder el tiempo—. Nos está haciendo un favor. Sé amable.

Gruño como respuesta. Ahora el que resopla es Max, que por fin me deja en paz y puedo acabar de revisar los últimos correos entrantes del día anterior. Por ahora ignoro los de esta mañana y llamo a Carla.

Tarda demasiado en responder.

—Despacho del gran... —empieza a decir, pero se interrumpe— jefe... de Héctor Bosch.

Dios bendito, ni siquiera sabe contestar al teléfono. Me masajeo la frente y las sienes, pero este dolor de cabeza ya no se irá.

—Si la llamada es mía parpadea una luz verde —me toca explicarle—. Ven. Tendrás que tomar notas.

—Va... —la oigo decir, pero ya estoy colgando el teléfono.

Tarda demasiado rato en venir y no llama a la puerta al entrar.

—Si te llamo, tienes que venir al momento —le recuerdo sin dejar de revisar el informe de administración que me acaba de llegar.

—Perdón —dice ella de una forma mecánica, sin dar más explicaciones.

De reojo, la veo sentarse en una de las sillas que hay ante mi escritorio. Me mira, esperando a que hable.

—Reclama a Mamen el informe de la fiesta de Mirage. Cancela la comida que tenía prevista para hoy...

—¿Qué motivo doy? —me interrumpe.

—El que te dé la gana —digo, armándome de paciencia. Veo algo en el informe de administración que no me gusta—. Me... Joder, y dile a Carlos que en el informe sigue faltando la comparativa de beneficios, que ya se la he pedido tres veces. También necesitaré...

—Perdón, un segundo —vuelve a interrumpirme sin dejar de escribir en el cuaderno que ha traído. Me toca esperar a que termine de anotar sus cosas y entonces dice—: Vale, adelante.

Me contengo para no espetarle que es muy amable por su parte darme permiso para seguir hablando. Acabo de pedirle las cosas que necesito, pero tengo que soportar varias interrupciones más porque toma notas con más lentitud que la salida del sol. Incluso me da tiempo de ponerme a contestar correos electrónicos.

—¿Algo más?

—Sí. Pásame el mínimo de llamadas posibles. Cualquier cosa que tengas que decirme y si estoy en la oficina, no me llames por teléfono. Tenemos una aplicación de chat en el ordenador. Escíbeme por ahí.

—De acuerdo... ¿Algo más?

Sí, ya tarda en irse. Pero no lo digo en voz alta, porque ahora resulta que tengo que ser amable porque nos está haciendo un favor.

—Tráeme un cortado. Del tipo fuerte. Mitad leche, mitad café. La leche templada, que no hierva.

—¿Lo quieres ahora mismo?

—Sí, claro que lo quiero ahora mismo —contesto sin molestarme en disimular la impaciencia. ¿Qué cree, que estoy haciendo una reserva para el café de mañana por la mañana?

—De acuerdo.

Por fin se levanta y se va.

Cinco minutos después, entra en el despacho sin llamar a la puerta y deposita el café en mi escritorio. Sin posavasos.

—¿Y el posavasos? —digo justo antes de dar un sorbo al café. No es horrible, pero podría estar mejor. Como tengo clarísimo que a esta empleada no le puedo pasar ni una, le digo—: Está frío. Llévatelo.

Por supuesto, ni me digno a mirarla, pero de reojo veo su gesto de desconcierto.

—¿Ya no quieres café?

—Quiero un café que no esté frío. Hazlo otra vez, no lo calientes en el microondas.

Sin decir nada, coge la taza y se la lleva. Unos minutos después, regresa con un nuevo café y un posavasos. Es increíble, pero vuelve a entrar sin llamar a la puerta.

Ya está a punto de salir cuando le digo:

—Ahora tiene demasiada leche. Prepara otro.

No estoy siendo quisquilloso porque sí. Durante las próximas semanas tendrá que traerme varios cafés cada día; tiene que saber prepararlos como es debido.

Se queda un momento al lado de la puerta, observándome, pero por fin se acerca a buscar la taza y se la lleva sin decir nada. Su actitud no me acaba de cuadrar con la mujer que anoche tuvo el descaro de palmear y disculparse con mi culo después de restregarse por él, pero está bien, así será más fácil tenerla controlada. O conseguir que dimita y Max se digne a buscar a alguien adecuado para el cargo.

El siguiente cortado que trae tiene demasiado café y los siguientes siguen estando fríos. ¿Cómo es posible que le cueste tanto?

Con el siguiente se queda esperando al lado del escritorio a que lo pruebe y, cuando le pido

que lo repita, clava la mirada en mí durante varios segundos. Al fin, coge la taza y sale del despacho. Con suerte, en unos minutos llamará Max anunciando que la tal Carla ya ha dimitido.

No tengo tanta suerte. Unos minutos después regresa (sin llamar a la puerta, cómo no) y deja ante mí algo que parece un café con leche.

—A ver, Carla —digo, exasperado—. Te he pedido un cortado con café fuerte. Mitad leche, mitad café. Con la leche templada, que no hierva. No es tan difícil, ¿no? ¿O no te ves capaz de hacerlo?

—Ostras, ya me costó bastante aprender a hacer la O con un canuto —dice mientras coge la taza—. ¿Preparar un cortado con tantos detallitos? Creo que tendré que volver a la universidad, voy a necesitar uno o dos *masters*.

Paro de escribir el correo electrónico que tengo a medias y la miro. ¿En serio me ha contestado eso? Ella abre mucho los ojos.

—Uau. La leche, jefe, qué manera de girar la cabeza. Ha sido como si el ojo de Sauron se moviera para posar su aterradora mirada en mí. Qué impresión.

—¿Acabas de llamarme Señor del Mal?

Carla ríe, aunque yo no le veo la gracia. Frunzo el ceño. ¿A qué viene hablarme de esta manera?

—No era la intención, pero me alegra ver que conoces *El Señor de los Anillos*.

—¿No tienes una edad ya como para ir hablando de historias para niños?

—Qué le vamos a hacer, soy joven de espíritu. Es una pena que otros tengan el espíritu de un carcamal, ¿verdad? —dice con una sonrisa pícar. Me guiña el ojo y sale del despacho.

Me ha llamado carcamal.

Me ha llamado carcamal y se ha ido tan tranquila.

Y creerá que no lo he visto, pero por detrás de la sonrisa y el guiño de ojo ha pasado un destello de mala leche. Eso ya me cuadra más con lo que vi anoche de ella y no me gusta. Me falta tiempo para llamar a Max.

—Sí.

—Despídela.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Héctor? ¿Media hora? Vas a entrar en el Libro Guinness de los Récords, tío.

—He dicho que la despidas, Max —insisto, frustrado. Me da igual que sepa manejar a Jessica Beltrán, tiene que irse. Es la peor asistente de dirección que he tenido, y he tenido algunos y algunas horribles—. Mierda, soy el jefe, ¿por qué te estoy pidiendo permiso? Lo haré yo.

—Me estás pidiendo permiso porque sabes que por contrato no podemos.

—Max, me escupirá en el café, sé que lo hará. ¿Por qué has firmado esa barbaridad?

Max suelta una carcajada.

—Ostras, Héctor, me habría encantado verte la cara. Has sonado como un niño pequeño a punto de echarse a lloriquear.

Mi antipatía por Carla aumenta un poco más porque sé que Max tiene razón. Pero es que mi café es sagrado.

—Oye, tengo visita, debo dejarte. —Y por segunda vez esa mañana me cuelga el teléfono.

Mierda. Joder. Hostia. Cabrón. Cabrones todos.

Carla

Confieso que al principio me sentía un poco intimidada. Entre mi cansancio permanente y la fama del Gran Agrio, ¿cómo no iba a estarlo? Pero fíjate, el tío solo ha necesitado media hora para hacer aflorar lo mejor de mi sarcasmo. Repetir el mismo cortado ocho veces es más de lo que tanto la Carla de antes como la de ahora están dispuestas a tolerar.

—¿Qué tal si empiezas a llamar a la puerta antes de entrar? —me espeta el Gran Agrio cuando regreso con su enésimo café.

Como no me está mirando, porque en ningún momento despega la mirada del ordenador, no me contengo y desvío los ojos hacia el techo en un gesto de exasperación. Escondo la mano que tengo libre detrás de la espalda y le hago una peineta. Algo me dice que durante las próximas semanas voy a hacer muchas peinetas por detrás de la espalda.

No puedo negar que en mi familia tenemos la mala costumbre de llamar poco a las puertas, pero el tío estaba esperando que yo regresara con su cortado «mitad café fuerte mitad leche templada que no hierva», ¿no?

En fin.

Dejo la taza encima del posavasos sin esperar las gracias, que, por supuesto, no llegan. Lo que sí llega es una mirada desconfiada del Gran Agrio hacia el cortado.

Ah, ahora resulta que teme que le haya escupido en el café.

Esta vez sí que me contengo, pero para no reír.

Puede, solo puede, que por mi cabeza haya cruzado el pensamiento de depositar mis babas en este último cortado «mitad café fuerte mitad leche templada que no hierva». Se lo ha ganado. Pero eso de escupir en la comida o bebidas de los demás me parece una guarrada tan asquerosa que no lo he hecho. Ni siquiera se lo haría al Gran Agrio, que no solo es un amargado y un borde, también es un maleducado de cuidado.

Peeero... ¿y si le dejo con la duda?

—Espero que esta vez tenga la temperatura adecuada. Al principio he calentado demasiado la leche, pero he encontrado la manera perfecta de templarlo —digo.

Ahora sí me mira, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, y yo le dedico una sonrisa muy amplia.

—No te molesto más.

Me retiro hacia la puerta, donde finjo ser una idiota rematada y llamo a la puerta.

—Ay, no, que lo de llamar es antes de entrar —digo con una risilla.

—Por el amor de Dios... —le oigo farfullar, irritado, mientras cierro detrás de mí.

Me dejo caer en la silla del escritorio, donde aprovecho la soledad de mi nuevo despacho para apoyar la cabeza agotada en las manos. Agradezco la soledad, pero el Gran Agrio es tan desagradable que quiero echarme a llorar. No lo haré, claro. No pienso darle el placer a ese gilipollas. La Carla de antes nunca lo haría. Y voy a tener que fingir ser la de antes más que nunca o convertirá mi vida en un infierno. Va a ser tan cansado...

La tentación de ir a sincerarme con Max es más fuerte que nunca.

«Estoy agotada, necesito mi mes anual de vacaciones. Ya».

Es una frase sencilla, para nada complicada de pronunciar. Solo tengo que bajar al piso de abajo y decirla.

Pero mis piernas no se mueven.

Y yo suspiro y me pongo a revisar el listado de tareas encomendadas por el Gran Agrio. Lo primero que debo hacer es cancelar la comida, pero para ello necesito aclararme con el ordenador nuevo y los programas específicos de gestión de la agenda del Gran Agrio.

Me encuentro con un ordenador por el que han pasado tantas personas que es un caos descomunal de archivos, carpetas y aplicaciones. Me tocará ordenarlo porque no puedo arriesgarme a formatearlo y perder documentos importantes. Pero, al menos, no me cuesta aclararme con la agenda del Gran Agrio y en seguida puedo hacer esa llamada para cancelar la comida.

Por culpa del barullo tardo un poco en encontrar el programa para chatear con Aquél Al Que No Se Le Debe Hablar Directamente. Cuando al fin lo localizo, envío un mensaje.

«Ya he encontrado el programa de chat y lo tengo activo».

Y como yo soy así, busco en internet un GIF de un minion celebrando algo y lo pego en el chat.

La respuesta no tarda en llegar:

«Este es un chat de uso profesional. Empléalo como tal».

Me siento muy tentada de responderle con un GIF de un soldado cuadrándose y gritando «¡A la orden!», pero sé que no es buena idea.

Suelto un largo, larguísimo suspiro y sigo trabajando.

No llevo ni media hora poniéndome al día con todo cuando la puerta del despacho del Gran Agrio se abre y él sale caminando a toda velocidad mientras se va poniendo la americana de su traje. Me gustaría poder decir que el tipo viste como el carcamal de espíritu que es, pero no es cierto. Siempre viste trajes de corte impecable que consiguen ser elegantes e informales a la vez. Las corbatas las deja para ocasiones especiales. Y como es tan esbelto, da rabia lo bien que le sienta la ropa. De hecho, no puedo evitar que mis ojos echen un vistazo a su trasero (qué sé de primera mano que es muy firme) antes de que quede cubierto por la chaqueta.

Qué desperdicio y qué pena, un cuerpo tan bonito mezclado con ese carácter tan horrible.

Al llegar a la puerta, el Gran Agrio se detiene y me mira impaciente, como si esperara algo de mí.

—¿Sí? —pregunto alzando las cejas como él.

—Tengo reunión con *Marketing* —dice él, asegurándose de mostrar su irritación.

Echo un vistazo a la agenda del día, que tengo abierta en pantalla. Sí, es cierto, tiene reunión con ellos en la sala uno.

—Vale.

—Y tienes que acompañarme a las reuniones y tomar notas —me dice como si ya me lo hubiese repetido treinta veces, cosa que puedo asegurar que no es cierta.

—Ah, está bien saberlo. —Finjo alegría y despreocupación porque eso es lo que haría la Carla de antes.

Cojo libreta y bolígrafo y sigo los largos pasos del Gran Agrio hacia la sala uno. Cuando pasamos por delante de los demás departamentos, varios compañeros me ven, entre ellos Sira y Gabriel, y abren mucho los ojos. Yo los saludo con una sonrisa.

En la sala uno ya nos están esperando Rafael, el jefe de Comunicación y *Marketing*, y Ainhoa, su subordinada (y la que sospecho que, en realidad, hace casi todo el trabajo del departamento). Rafael es simpático, pero es de esas personas cuya principal habilidad es saber venderse. Saben parecer unos portentos, pero en realidad lo que hacen es rodearse de un buen equipo que les hacen todo el trabajo y él se atribuye el mérito. Da un poco de rabia, no lo voy a negar.

Al verme entrar con el Gran Agrio, Rafael solo arquea un poco las cejas. Ainhoa, en cambio, abre mucho los ojos, pero no dice nada. Está tensa. Ante ella tiene un portátil desde el que ya está lanzando una presentación de diapositivas al gran televisor que hay colgado en la pared.

—Buenos días —saludo.

Nadie más contesta. Hay tanta tensión en el ambiente que tengo la sensación de que me abofetea.

El Gran Agrio se sienta de cabeza de mesa, mirando el televisor y dándonos la espalda al resto. Creo que ni siquiera ha mirado a Rafael y Ainhoa. Y, sin más preliminares, Rafael se pone a explicar las diapositivas que se van proyectando en el televisor, que son un resumen de las campañas y otras acciones que el departamento tiene previsto llevar a cabo a lo largo del próximo mes para promocionar tanto la actividad de la empresa como algunos acontecimientos especiales que se acercan.

La supuesta reunión solo es eso. Rafael habla, Ainhoa hace avanzar las diapositivas, el Gran Agrio mira el televisor y yo me dedico a tomar notas absurdas de todo lo que Rafael dice y que ya aparece en las diapositivas.

Qué horror. Eso lo piensa sobre todo mi mano, que acaba agotada de tanto escribir.

Pero mi cabeza piensa que el departamento de Comunicación y *Marketing* (es decir, Ainhoa según mis sospechas) ha hecho un gran trabajo.

Cuando al fin, y gracias a Dios (eso lo piensa mi mano), alcanzamos la última diapositiva, Rafael calla y Ainhoa contiene la respiración.

—Estáis dando más peso a la promoción de las bodas, y no queremos parecer una empresa que principalmente organiza bodas —dice el Gran Agrio, todavía mirando el televisor.

Se levanta y se va, sin mirar a Rafael o Ainhoa, sin darles las gracias, sin felicitarles por el resto de trabajo bien hecho, sin despedirse. Estoy tan alucinada que me quedo ahí sentada, sin creerme lo que he visto. Rafael y Ainhoa no parecen sorprendidos, tan solo aliviados.

—Bueno, ha ido bien —valora Rafael.

Fuera de la sala de reuniones, oigo al Gran Agrio maldecir en voz baja. No tarda en asomarse por la puerta y mirarme con impaciencia.

—Reunión con Eventos Corporativos —dice.

Cierto, eso también estaba en la agenda.

Me levanto y camino obediente hacia la sala de reuniones dos.

Cuando regreso a mi mesa, tengo tropecientos mensajes y correos electrónicos de Sira y media

empresa preguntándome qué hacía acompañando al Gran Agrio. Opto por contestar el mensaje de Sira, explicándole que seré la asistente de dirección durante unas semanas mientras Max soluciona no sé qué problema, y le pido que haga correr la voz. No tengo tiempo de más, porque se me acumula tanto trabajo que al mediodía me toca comer ante al ordenador.

Yo ya sabía que el Gran Agrio supervisa el trabajo de la empresa como si fuera el general de un ejército. Pero confieso que no era consciente de hasta qué punto es incapaz de delegar. Sabe *todo* lo que se está llevando a cabo y cómo, opina sobre cada detalle y, además, se encarga de la importantísima tarea de relacionarse con buena parte de nuestros clientes y reunirse con futuros posibles clientes. Es una locura. No sé de dónde saca las horas para hacerlo todo. Su correo electrónico debe de pasarse el día echando humo, y yo me paso más horas de las que debería filtrando llamadas y enviándole avisos por el chat de toda la gente que quiere hablar con él.

Cuando por fin llegan las seis de la tarde, tengo la cabeza como un bombo.

«Me voy. Hasta mañana», escribo en el chat.

«No me has enviado las notas de las reuniones con *Marketing* y Eventos Corporativos», responde.

«Las pasaré a ordenador el lunes a primera hora».

«No. Las necesito ahora».

Aprieto los dientes. Es viernes y no he parado en todo el día. ¿Qué cree, que soy un pulpo de dieciséis tentáculos?

Me pongo en pie y voy hacia su despacho. Llamo la puerta y abro sin esperar a que responda.

—Disculpa, jefe, no he tenido tiempo material para pasar las notas a limpio.

Para variar, él ni se molesta en mirarme.

—Haberte organizado mejor el tiempo.

—Si me pongo a hacerlo ahora, se me hará muy tarde. Hoy tengo una cena familiar, es el cumpleaños de mi hermana.

—Haberte organizado mejor el tiempo —insiste con impaciencia—. Y ya te he indicado que cualquier cosa que necesites decirme, lo hagas por el chat.

Aprieto los dientes otra vez y añado una peineta por detrás de la espalda. Doble sueldo más el veinte por ciento, me recuerdo.

Cierro la puerta y regreso a mi escritorio. Llamo a mi hermana.

—Carluchiiii, ¿qué pasa?

—Voy a llegar tarde.

—¡No puedes llegar tarde hoy!

—Lo sé, lo sé. Es que no te vas a creer lo que ha pasado.

Y fingiendo ser la Carla de antes, le explico a mi hermana que ahora soy la secretaria temporal del Gran Agrio. Tengo que esforzarme más que nunca para mostrarme como la Carla de antes porque mi hermana es mi mejor amiga y me conoce demasiado. Bueno, no es la única. Violeta, Nuria y Sonia también son mis mejores amigas. Las cinco formamos un grupo muy unido desde el instituto, y me conocen demasiado. Todas ellas son peligrosas, y soy consciente de que llevo una temporada evitándolas mucho con pretextos de todo tipo. Pero para el cumpleaños de mi propia hermana ya no podía inventarme excusas.

—Bueno, pues acaba lo que te ha pedido ese cabrón y vente cuanto antes. Recuerdas que después iremos a bailar con las demás, ¿no? —dice mi hermana.

—Claro, mujer. Me muero de ganas —miento como una bellaca descarada.

Puede que el Gran Agrio me esté haciendo un pequeño favor obligándome a quedarme a terminar las estúpidas notas. Si llego tarde a la cena familiar, será menos tiempo que tendré que

pasar junto a mi hermana fingiendo ser la Carla de antes.

Pero, a la vez, me parece increíble y fatal que el Gran Agrio sea tan tirano y poco comprensivo. Me pregunto si cree que el mundo gira a su alrededor solo porque está buenorro. Seguro que sí, es un auténtico cretino.

Me quedo mirando el vacío un minuto entero, nadando en un mar de rabia.

¿Sabes qué? Este tío se va a enterar de lo que vale un peine. No tiene derecho a tratar así a la gente.

Tanto la Carla de antes como la de ahora saben tratar con un borde como él. Sonrisas, muchas sonrisas, puede que alguna broma y algún que otro sarcasmo.

Es algo temporal, sí, puedo hacerlo.

Sonrío.

Por primera vez en mucho tiempo, pensar en que llegue el próximo lunes y tener que regresar a la oficina no me agota al instante.

Héctor

Es lunes, todavía no he llegado a la oficina y ya estoy maldiciendo a Max. Quiero despedir a Carla y por su culpa no puedo. Y los odio a los dos porque sé que vuelvo a parecer un niño a punto de ponerse a lloriquear.

Ayer por la noche fui a revisar las notas de las reuniones del viernes y lo que me encontré cuando abrí los archivos... Eran las diapositivas que me proyectaron en ambas reuniones, todas y cada una de ellas, y debajo una explicación más detallada de lo que exponía cada diapositiva. ¿Qué mierda de resumen de una reunión es eso?

Lo peor de todo es que no sé si Carla lo hizo con toda la mala leche del mundo o si creyó estar haciéndolo bien.

Da igual. Sea una cabrona o sea una incompetente, merece el despido.

Pero tengo que tragar con ella.

Odio a Max.

Normalmente, me gusta caminar de casa a la oficina, sobre todo si hace buen día y puedo disfrutar del sol de primera hora, pero hoy todo me parece una mierda.

Cuando mi móvil suena y veo quién llama, respondo a la velocidad del rayo.

—Víctor.

—En tu cortado solo había café y leche. Bueno, y otras micropartículas no orgánicas, pero eso es normal.

—¿No hay rastro de saliva humana?

—Sin ningún tipo de duda: no.

—Ah.

—¿Puedo preguntarte para qué necesitas este análisis?

—Tenía la sospecha de que una empleada podría estar escupiendo en mi café.

Sí, el viernes, en vez de tomarme el último café que preparó Carla, lo guardé todo el día en el cajón. Y por la tarde se lo llevé a Víctor, un conocido que trabaja en un laboratorio, y acordé pagarle un dineral a cambio de hacerme el análisis en tiempo récord.

Víctor se echa a reír con ganas, y yo me siento ridículo por haber guardado durante un día entero un cortado en un cajón de mi escritorio. Pero es que estaba convencido de que Carla había escupido en él. Y si podía demostrarlo, seguro que era motivo de despido, sin importar lo que dijera el estúpido contrato de Max.

Ahora no sé cómo sentirme. ¿Aliviado porque puedo tomarme los cafés que prepare Carla o

decepcionado porque no he encontrado una excusa para despedirla?

En realidad, no necesito pensarlo mucho: lo que estoy es decepcionado.

—Bueno, pues ahora ya puedes estar tranquilo —dice Víctor cuando se digna a parar de reír.

—Ya. Te hago la transferencia ahora mismo.

Corto la llamada y le hago el pago desde el mismo teléfono.

Cuando entro en el despacho, Carla ya está en su escritorio. Bueno, parece que al menos es puntual. Es lo mínimo. Vuelve a vestir ropa informal pero correcta. La constelación de pecas sigue ahí, decorando su nariz recta, elegante. Sus labios me hacen pensar en un corazón. No sé por qué me fijo en esas tonterías, casi consiguen que me pase desapercibido su calzado: otras zapatillas, también de color morado. Increíble.

—Buenos días, jefe —me recibe con una amplia sonrisa.

La miro y frunzo el ceño mientras camino hacia mi despacho. ¿Por qué sonrío tanto? Ningún asistente de dirección me ha saludado nunca así, siempre son más contenidos. Y me llaman «señor». Nunca me ha gustado, pero tampoco he perdido el tiempo corrigiéndolos. Tampoco estoy seguro de que «jefe» me guste. No como ella lo dice. No sé si es respetuoso o se burla de mí.

Tengo tantísimas ganas de despedirla...

Al entrar en mi despacho, al menos hay algo bueno. Encima del escritorio me esperan el cortado y un paquete que deduzco que envuelve un *croissant*. El viernes a última hora di las indicaciones a Carla para asegurarme de que cada mañana tenga mi café y mi *croissant*.

Pero cuando cojo el vaso, lo noto frío. Apenas me atrevo a probar el café, que parece llevar tres días allí esperando. Y ahora que me fijo en el papel que envuelve el *croissant*... No es el mismo que usan en la cafetería donde los compro.

—¡Carla!

—Voy. —No tarda en asomar por la puerta su cara todavía sonriente—. Dime.

—¿Qué es esto?

Acaba de entrar en el despacho con cara de confusión.

—El café y el cruasán...

—Este café parece que haya sido traído desde el Polo Norte, y el *croissant*... —Abro el papel, temiendo lo que me encontrará—. ¡¿Qué es esto?!

Ante mí tengo una aberración de dos cuernos, cada uno apuntando hacia un lado distinto. Está cubierta de almíbar y, a pesar de eso, su aspecto es de estar más seca que la suela de un zapato. Seguro que ni siquiera es de mantequilla.

No puedo evitar llevarme la mano al corazón. El *croissant* es el único dulce que me permito comer a diario porque es una de las pocas maravillas que la humanidad ha inventado, y este... engendro es un atentado al *croissant*. Su autor debería estar en la cárcel.

—Es que hoy he venido pronto para avanzar faena, pero como me dijiste que lo primero que tenía que hacer al llegar era preparar tu café... He preferido hacerte caso —explica con cara de inocencia.

Entrecierro los ojos. Todavía no sé si se hace la estúpida o si de verdad lo es.

—Tu hora de entrar a trabajar es a las ocho y treinta minutos. Yo llego a las ocho y treinta y cinco minutos. El café debe estar recién preparado a esa hora.

—Ah, vale. En cuanto al cruasán, en la cafetería que me indicaste para comprarlo ya no les quedaban, así que lo he comprado en otro sitio.

Tiro la aberración a la basura.

—Un buen *croissant* nunca tendrá cuernos ni lleva almíbar —le hago saber.

—Vale. ¿Quieres que vaya a prepararte otro cortado?

—¿A ti qué te parece? —le espeto, sentándome en mi silla y encendiendo mi ordenador con gestos bruscos.

El resto del día va de mal en peor. Carla va tarde en todo lo que le pido. Le pido que me pase una llamada y tarda cinco minutos en hacerlo. Le pido que me recupere informes y fotografías y tarda más de media hora. Le pido otro café y tarda una hora.

—Perdón, jefe, ya iré cogiendo el ritmo —me dice con una sonrisa cada vez que le recuerdo que debe ser más rápida y organizarse mejor.

La mañana siguiente, cuando llego a la oficina, me mira con cara de disculpa:

—El café está recién hecho, pero hoy volvían a no tener cruasanes. Tienen algún problema con su proveedor habitual. Al menos he encontrado uno al que le han sido fieles.

—¿Perdona?

—El cruasán no tiene cuernos porque le han sido fieles. —Hace el gesto de doble sentido con los dedos y con cara de «¿Pillas lo gracioso que es?».

Ni siquiera me molesto en contestar.

Me encierro en mi despacho con un portazo, momento en el que oigo el ronquido típico de alguien que intenta contener la risa. Espío el exterior a través de las lamas de las cortinas que cubren las paredes acristaladas. Carla está ante el ordenador y me da la espalda, pero sus hombros tiemblan un poco. Sí, se está riendo. Pero, de nuevo, me queda la duda: ¿se ríe de su propia gracia o se burla de mí?

El día es tan malo como el anterior. Sigue yendo tarde en todo y sonriendo al respecto y es incapaz de seguir las órdenes más sencillas.

—Te he pedido que el agua estuviera fría —digo sin esconder el fastidio cuando me entrega una botella de agua a temperatura ambiente.

—La nevera de la cocina se ha estropeado. Me han dicho que vendrán a arreglarla mañana.

—En el edificio hay otros lugares donde encontrar agua fría. Espabílate —replico, devolviéndole la botella.

Ella solo alza las cejas, aunque se nota que intenta disimular que está molesta. Al ver que ya no sonrío, yo no puedo evitar hacerlo. Y, además, con malicia.

—¿Tienes algo que decir?

—No te preocupes, jefe, no volverá a faltarte agua fría en la oficina —se limita a responder.

Desaparece y al cabo de un rato regresa con una botella de agua fría.

La mañana siguiente, al entrar en el despacho, al lado del escritorio me encuentro una cubitera llena de hielo y botellas de agua.

Y sonrío. Sonrío porque la he pillado.

Carla no es estúpida. Para nada. Una persona estúpida no habría hecho esto, que tiene escrito por todas partes «¿Quieres agua fría? Pues toma agua fría».

Río para mí, aunque se me pasan las ganas cuando veo el paquete que envuelve el *croissant* de la mañana. Vuelve a ser de una panadería distinta. Lo desenvuelvo casi sin atreverme a tocarlo, como si temiera que fuera a explotar en cualquier instante. Por un segundo pienso que estoy exagerando hasta que diviso el horror que escondía el papel y se me escapa un lamento. Es un aborto de *croissant*, tan mal hecho que en vez de ser alargado con puntas casi parece un balón. Lo aprieto un poco y confirmo que está más seco que un desierto. Cae a la basura con un crujido digno de una piedra.

Me pongo a trabajar, frustrado porque en mi cafetería habitual estén teniendo tantos problemas con su proveedor habitual de *croissants*.

Un momento...

¡Un momento!

Héctor

A las ocho de la mañana del día siguiente, estoy en un bar de mala muerte. Me gustaría poder decir que a pesar de ser un tugurio sirven buen café, pero no, es un mataestómagos. Pero no me importa estar provocándome una futura úlcera porque desde una de sus mesas puedo ver la cafetería donde Carla debe entrar a comprar mi *croissant*. Sé que tienen, lo he comprobado.

A las ocho y veintiún minutos la veo aparecer por la calle en dirección a la cafetería. Preparo la cámara de mi teléfono y pongo a grabar un vídeo. Me aseguro de que se la vea en pantalla. Sí, ahí está. Sigue avanzando... un poco más... ¡y pasa de largo!

¡Lo sabía!

Y encima se atreve a mirar los *croissants* expuestos con absoluta indiferencia. El mal humor que me invade ante tal insulto se disipa cuando me doy cuenta de que ya tengo lo que necesitaba para despedirla. Sonrío. Pero irá bien tener más pruebas todavía, así que me levanto y la sigo con discreción por la calle.

Me enorgullece descubrir que tengo grandes capacidades para ser espía, porque la sigo sin que me descubra y soy testigo indignado de cómo entra en una panadería (que pertenece a una cadena que es famosa por la pésima calidad de su bollería) y compra uno de sus roñosos *croissants*. Pero lo tengo todo grabado. La he pillado con las manos en la masa.

La espero en la calle con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Apenas puedo contener mi sonrisa triunfal. Hoy va a ser un gran día porque conseguiré librarme de ella.

Cuando emerge de la panadería con el *croissant* en la mano, no tarda en verme. Da un pequeño respingo sorprendido, porque sabe que ha sido descubierta cometiendo el delito, pero tiene la desfachatez de recuperarse enseguida y dedicarme otra de sus luminosas sonrisas.

—Buenos días, jefe.

Clavo la mirada en el paquete que lleva en la mano. Ojalá tuviera rayos láser en los ojos y pudiera convertirlo en ceniza ahí mismo.

—¿Qué es eso?

—Tu cruasán. —Hace el ademán de entregármelo—. ¿Quieres comértelo ya?

Yo me aparto como si fuese veneno.

—¿Qué pasa con los *croissants* de la cafetería que te indiqué?

—Hoy tampoco tenían, siguen teniendo problemas...

Carla se interrumpe cuando yo ya no puedo contener más mi sonrisa triunfal.

—Claro que tienen, y lo sabes bien. Sé que los has visto; de hecho... —le muestro mi móvil

—, te he grabado, Carla. Tengo pruebas, y tú ya puedes ir recogiendo tus cosas.

Mi sonrisa triunfal flaquea cuando ella no muestra signos de preocupación. De hecho, mira mi teléfono con las cejas arqueadas y expresión muy poco impresionada.

—Me has grabado, ¿eh?

—Voy a hablar con Max —digo.

Ahora me mira a mí.

—Haz lo que tengas que hacer, jefe —dice, todavía sin asomo de preocupación.

Me da igual que sepa manejar a Jessica Beltrán, Eventos Luxe no necesita una empleada a la que le importa tan poco perder su trabajo.

Aprieto los labios y le doy la espalda para alejarme de allí en dirección a la oficina.

Unos minutos después, entro en el despacho de Max como una tromba. Ya ha llegado, bien.

—Hombre, Héctor, qué bien que vengas a verme. —Sonríe, contento de verme y sin darme oportunidad de hablar—. Iba a llamarte dentro de nada para preguntarte qué haces a finales de mayo. He pensado que podríamos ir un fin de semana...

La mención de finales de mayo consigue paralizarme y que olvide para qué he venido a su despacho. Ni siquiera oigo el resto de sus palabras.

Finales de mayo.

No me gusta pensar en finales de mayo.

Necesito cambiar de tema.

Diviso la vieja bolsa deportiva que Max lleva siempre al gimnasio.

—¿Has visto que tu bolsa del gimnasio tiene varios agujeros? —le interrumpo.

—¿Eh?

—Ahí. —Señalo uno de ellos—. De hecho, tu ropa de entreno también da miedo de lo vieja que está. ¿Por qué no te compras algo digno? Puedes permitirte.

Nunca he conocido a nadie como Max, que parece aborrecer el dinero que tiene en su cuenta corriente. Los dos tenemos dinero. Trabajamos mucho y levantamos una empresa que nos dio y nos da dinero, y hace algún tiempo invertimos bien parte de nuestros ahorros. Pero Max sigue vistiendo con ropa vieja o sencilla, su piso es igual de sencillo y su coche deja mucho que desear.

Se encoge de hombros ante mi recriminación.

—Esa ropa me resulta más cómoda.

Nos quedamos unos instantes en silencio. Él me mira, y lo conozco lo suficiente para saber que está valorando si volver a mencionar finales de mayo. Yo me pongo nervioso, no quiero pensar en ello.

Por suerte, antes de que él pueda insistir, recuerdo qué estoy haciendo en su despacho.

—Max, tienes que despedir a Carla, sí o sí.

Él resopla con un gesto de cansancio.

—Héctor, ya te he dicho que...

—Está trabajando mal adrede, Max. Da igual lo que diga el contrato, eso es motivo de despido —digo satisfecho.

—¿Carla trabaja mal? —pregunta, escéptico.

—Hace las cosas, pero lo hace todo a la velocidad de un caracol. Y lo hace adrede. Perdona, ¿te parece divertido?

—No, qué va, es que tengo una llaguita en la boca y como me molesta, hago gestos raros. Ya se me pasará.

El muy cretino cree que soy estúpido, pero ignora su sonrisa mal disimulada.

—Tengo pruebas. Sabes que una de sus tareas es traerme el desayuno, ¿verdad? Pues la he

grabado yendo a comprar mi *croissant* a una panadería de mierda en vez de la cafetería que yo le indiqué. Lleva días mintiéndome, diciendo que...

—¿La has grabado caminando por la calle? —En la cara de Max ya no queda rastro de su sonrisa.

—No, la he grabado pasando por delante de la cafetería e ignorando los *croissants*...

—Héctor.

El tono tan serio de Max consigue hacerme callar. ¿Qué le pasa ahora?

—¿Qué? —pregunto impaciente, mientras él cierra la puerta de su despacho.

—A ver, vamos por partes. En primer lugar, ¿en serio estás diciéndome que has seguido a una empleada y la has grabado caminando por la calle? ¿Ella lo sabe? —A medida que habla, Max va poniendo cara de susto—. ¡¿Qué quieres, que te denuncie por acoso?! ¡Hundirás la empresa!

Oh.

La he seguido por la calle y la he grabado sin su consentimiento ni autorización legal. Es cierto que puede prestarse a malinterpretaciones.

Max no ha terminado.

—Y, en segundo lugar, ¿se puede saber qué demonios te pasa? Te estás comportando como un crío —me espeta. Su preocupación de antes va dejando paso al enfado—. No, de hecho, lo retiro porque acabo de insultar a todos los niños del mundo. ¿De verdad estás poniendo en peligro tu empresa millonaria por un estúpido cruasán, Héctor? Si no te gusta el cruasán que te trae Carla, ¡cómpratelo tú mismo, por el amor de Dios!

Max me está echando un rapapolvo. No recuerdo haberle visto nunca así de enfadado. Es Max, el buenazo, el blando. Pero me está riñendo...

Y tiene razón.

¿Qué me pasa?

Estoy a punto de cumplir treinta y siete años, soy el propietario y director general de una empresa que factura varios millones de euros cada año y acabo de grabar sin permiso a una mujer comprando un *croissant* roñoso.

¿Qué me pasa?

Empiezo a sentir la conocida opresión en el pecho. Tengo que salir de aquí.

Abandono el despacho de Max, pero no me veo capaz de subir al mío. Regreso a la calle y me dirijo a la cafetería, donde compro un *croissant*. El breve paseo me va bien para tranquilizarme un poco, pero sigo sin saber por qué he actuado así, por qué me he obsesionado de esta manera por los *croissants*.

De vuelta a la oficina, voy directo a mi despacho. Carla está en su escritorio. Me mira y sonrío como si no hubiese pasado nada.

—Buenos días, jefe —me saluda.

La miro con el ceño fruncido y doy un agresivo mordisco al *croissant* que me he comprado.

—Que aproveche —dice ella, toda amabilidad.

Me encierro en mi despacho dando un portazo. Tiro a la basura el *croissant* roñoso (se me escapa otro lamento al ver su aspecto seco y deforme) que Carla me ha comprado y me pongo a trabajar. No pienso en nada más y eso me ayuda. Eso es lo que debo hacer, centrarme como siempre en el trabajo y olvidar el incidente del *croissant*.

Todo va bien.

Hasta que mi móvil suena y veo en la pantalla quién llama.

Paula.

Mierda, lo sabía. Sabía que esto pasaría. Maldito sea el minuto en el que decidí volver a acostarme con ella. Ahora no me dejará en paz y no tengo tiempo para esto. Necesito centrarme en mi trabajo, concretamente en el proyecto que hará que Eventos Luxe dé el salto internacional.

Dentro de unas semanas tengo una charla con una multinacional americana que se está planteando dejar en nuestras manos su reunión de celebración de los cincuenta años de la compañía, que también les serviría de acto para fomentar el trabajo en equipo entre sus miles de empleados. Sería el proyecto más importante en el que hemos trabajado nunca y conseguirlo será nuestro paso adelante definitivo. Es muy importante y por eso estoy preparando con tanta antelación la presentación que les haré. No puedo fallar. Hace mucho que me prometí a mí mismo que no volvería a fallar.

Miro el calendario que tengo encima de la mesa, el que me recuerda la vez que fracasé de forma estrepitosa.

No, no es el momento.

Necesito las notas de una charla que mantuve con *Marketing* sobre el evento de los americanos. ¿Dónde las he metido? No las encuentro y no tengo tiempo de buscarlas.

A través del chat, pido a Carla que me las envíe. Me contesta «Voy», pero pasan los minutos y aquí no llega nada. Reclamo las notas, sin ellas no puedo avanzar, y Carla responde tan tranquila que las está buscando.

Mi móvil vuelve a sonar.

Es Paula otra vez.

Mierda, mierda, mierda, sabía que era un error y, aun así, volví a acostarme con ella.

Empieza a dolerme la cabeza y la opresión en el pecho está regresando. ¿Cómo es posible que Carla tarde tanto en enviarme las notas? Seguro que las tiene retenidas solo para fastidiarme.

«Carla, necesito las malditas notas. YA», reclamo.

Ella vuelve a responder, pero en vez de hacerlo como una persona normal, escribe cada palabra en una línea. Cada vez que aparece una línea en la pantalla de chat va acompañada de un timbre sonoro. Es suave, pero suenan tan seguidos que me saturan la cabeza.

«Jefe».

«Estoy».

«En».

«Ello».

«Este».

«Ordenador».

—Carla...

«Está».

«Muy».

«Desordenado».

«Y».

«Hago».

«Lo».

«Que».

«Puedo».

Esto es intolerable. No puedo lidiar con esto. Me hará fracasar, fracasaré por su culpa y... A la opresión en el pecho se le suman problemas para respirar.

«Dame».

«Unos».

—¡CARLA! —vocifero.

Estoy furioso, no solo porque Carla me saca de quicio, sino porque no consigo detenerlo; voy a sufrir un ataque de ansiedad en la oficina. Maldita Carla.

Se me escapa una respiración ahogada.

—¿Jefe?

Me doy cuenta demasiado tarde de que en algún momento de la mañana he abierto la puerta de mi despacho.

No puedo permitir que oiga nada más.

No puedo permitir que me vea así.

Me levanto y me apresuro a alcanzar la puerta. Ella se está acercando, una expresión de preocupación en el rostro.

Le cierro en las narices y echo el pestillo.

Carla

Creo que el Gran Agrio está sufriendo un ataque de ansiedad.

Me quedo un rato ante la puerta cerrada de su despacho, sin saber qué hacer. ¿Debería intentar entrar, aunque él no quiera? Por cómo me la ha cerrado en las narices, es bastante evidente que no quiere. ¿Debería avisar a alguien, entonces? ¿A Max?

Acerco la oreja. No se oyen más respiraciones ahogadas. De hecho, me parece oír los típicos sonidos de una persona que se esfuerza por controlar la respiración. Eso me tranquiliza un poco.

Apoyo la mano en la puerta. Quiero llamar, quiero entrar para asegurarme de que está bien de verdad. Una desagradable sensación de culpabilidad me oprime el pecho. Creo que le he provocado yo el ataque de ansiedad con mis mensajes en el chat.

Esto me resulta tan inesperado como incomprensible. Soy consciente de que esa manera de enviar los mensajes es molesta, ¿pero tanto como para provocar un ataque de ansiedad? No puede ser. En todo caso, ha sido el desencadenante. Es decir, hay otras cosas en su vida que lo están agobiando mucho y esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Pero no es la primera vez que le sucede. Lo he visto en su mirada, sabía qué le estaba pasando.

Necesito sentarme.

Regreso a mi silla y me dejo caer en ella. Sigo observando la puerta. No soy capaz de hacer más porque estoy estupefacta.

Hasta ahora, en mi cabeza el Gran Agrio era un amargado y un borde, nada más. Pero de repente se ha convertido en un hombre que sufre. Un hombre amargado y borde que sufre.

El sentimiento de culpa pasa de ser desagradable a horrible y se expande por todo mi cuerpo. Él no está bien, sufriendo ataques de ansiedad cada vete a saber cuánto, y yo me he estado portando como... una incompetente.

Sí, eso es lo que he hecho.

Estos últimos días para mí han sido... entretenidos. En mi misión por plantar cara al Gran Agrio, por momentos he conseguido olvidarme un poco de la Carla de ahora, la que dedica todas sus energías a fingir ser la Carla de antes. Me ha costado un poco menos levantarme por la mañana. Pensar en acudir a la oficina no me hacía sentir tan cansada.

Pero ¿he ido demasiado lejos?

A ver, hay algo indudable: la actitud del Gran Agrio es inaceptable. No puede tratar así a la gente. Desde luego, yo no pienso permitir que me trate de esa manera.

Pero puedo comprender que Eventos Luxe es su empresa, y que todo lo relacionado con ella

sea muy importante para él. Quizá debí valorar eso desde un buen principio. Hasta ahora nunca he trabajado mal, pero estos días sí que lo he hecho. He fingido ser idiota perdida y lo he hecho todo a la velocidad del caracol solo para fastidiar al Gran Agrio.

Pues vaya, quizás sí que me he pasado un poco.

Miro al techo y suspiro.

Vale, haré un trato conmigo misma: trabajaré todo lo bien que pueda para el Gran Agrio Que Sufre, pero seguiré sin permitir sus borderías. Y no pienso comprarle sus cruasanes porque lo de esta mañana ha sido cruzar una línea. O quizá es la excusa que pongo, no lo sé, pero es que no me da la gana hacerlo.

Bien.

Decidido esto, me pongo a trabajar de nuevo. Al cabo de algo más de una hora, la puerta del despacho del Gran Agrio se abre. Le echo un vistazo discreto. Su aspecto es normal, pero debajo de sus ojos han aparecido unas sombras que delatan que no se encuentra muy bien. Su expresión deja claro que no quiere que le pregunte cómo está.

—Jefe —lo llamo.

Él se detiene y me mira sin esconder el fastidio. Teme que le pregunte por el ataque de ansiedad.

—No encuentro las notas que me has pedido por ningún lado —le informo. Es cierto. En el caos de ordenador que me encontré, y que todavía no he podido poner en orden, no hay nada parecido a lo que me ha pedido—. Ahora bajaré a hablar con Rafael y Ainhoa para que me repitan lo que hablasteis y reharé las notas, ¿de acuerdo?

El Gran Agrio se limita a asentir y abandona el despacho.

Antes de ir a visitar a Rafael y Ainhoa, paso a ver a Max.

—Carla. ¿Todo bien? —pregunta con aire preocupado en cuanto me ve.

Esta mañana, antes de que el Gran Agrio apareciera en la oficina, me ha llamado preocupado por el incidente del cruasán y las grabaciones. Le he asegurado que no pasaba nada y me he guardado para mí que la actitud infantil del jefe me había parecido ridícula. Un poco graciosa, incluso. Él y sus cruasanes.

—Todo bien —le aseguro—. Solo tengo curiosidad por saber cómo va la negociación con la empresa de los asistentes de dirección.

—Ah, eso. —De repente, parece aliviado e incómodo a la vez—. Me temo que la cosa sigue yendo lenta. ¿Crees que aguantarás unos días más?

Pienso la respuesta.

Me da pereza, pero recuerdo el doble sueldo más el veinte por ciento y se me pasa un poco.

—Creo que sí —digo. Después añado—: Pero seguiré comprándole cruasanes chungos.

Max ríe con complicidad.

—Me parece bien. Se lo merece. —No tarda en volver a ponerse serio. Quiere decirme algo, pero duda—. No siempre ha sido así, ¿sabes? Él...

Max se interrumpe. Sea lo que sea que ha convertido al Gran Agrio en lo que es, no ve acertado contármelo. No es asunto mío, y la verdad es que tampoco quiero saberlo. Su comportamiento sigue siendo injustificable.

—Bueno, de momento seguiremos lidiando con el Gran Agrio de ahora —digo mientras me levanto de la silla en la que me he dejado caer antes.

—¿El Gran Agrio?

Mierda.

—No sé de dónde ha salido ese apodo para el jefe, te juro que nunca lo digo en mi cabeza.

Max se echa a reír.

—Te agradecería muchísimo que me guardes el secreto. Mi relación con él ya es bastante tensa —le pido.

—Tranquila, me lo guardaré por si algún día necesito chantajearte.

Resoplo, divertida e incrédula. El buenazo de Max sería incapaz de chantajear a alguien.

Tras despedirme, voy a ver a Rafael y Ainhoa, que me hacen un buen repaso de las notas perdidas. Al hablar con ellos tomo consciencia de lo importante que es este proyecto para la empresa. Unos días de celebración y fomento del trabajo en equipo para una multinacional con miles de empleados. Es un superproyecto que, si conseguimos y hacemos bien, hará dar el salto internacional a Eventos Luxe. La empresa crecerá como la espuma.

Me tomo la libertad de añadir a las notas de la reunión con *Marketing* algunas ideas y observaciones propias sobre cuestiones a tener en cuenta para la organización. No estoy segura de que el Gran Agrio agradezca un trabajo que no me ha pedido, pero no puedo dejar de hacerlo.

Después de enviarle el archivo por correo electrónico, por el chat le informo de que he añadido notas más en él. No contesta, aunque el mensaje me aparece como leído. Cómo no, él y su buenísima educación.

Horas después, no ha hecho ningún tipo de mención a mis notas, ni en positivo ni en negativo. Decido valorarlo como buena señal: si al Gran Agrio le hubiese parecido que me he excedido o no le hubiesen gustado mis notas, me lo habría hecho saber con toda claridad y de la manera más borde posible y yo le habría dedicado una nueva peineta por detrás de la espalda.

Tal y como pacté conmigo misma, el día siguiente trabajo con absoluta normalidad. Es decir, sin buscar formas sutiles o descaradas de fastidiar al Gran Agrio. De hecho, al hacerlo vuelvo a darme cuenta de que fui demasiado lejos. No es propio de mí comportarme así. Me pregunto si debería disculparme con él.

No, ni por asomo. No creo que se lo merezca.

Cierto, no sé si el que habla es mi orgullo o la voz de la razón, pero no pienso disculparme. Me centraré en trabajar bien y punto.

Cuando me pide que le prepare una llamada con un cliente, lo hago al instante.

—Ah, vale —dice sorprendido cuando menos de un minuto después lo llamo para avisarle de que tengo al cliente en espera y se lo voy a pasar.

A las diez en punto estoy de pie al lado de mi escritorio, cargada con un viejo portátil que me ha conseguido Max. El Gran Agrio sale de su despacho y se detiene, sorprendido.

—¿Qué pasa?

—La reunión de las diez con Mamen —respondo.

No dice nada, pero me dedica una mirada tan desconfiada como desconcertada. Nos dirigimos a la reunión, donde tomo las notas en el portátil. Mi mano lo agradece infinitamente y, de esta manera, podré enviárselas muy poco después de que termine el encuentro con Mamen. Un encuentro, por cierto, en el que mi jefa de departamento hace un repaso de lo que están preparando para las próximas grandes fiestas, el Gran Agrio apenas la mira y cuando habla es para criticar con dureza nuestra tendencia a organizar mal la llegada de los famosos a los eventos y a elegir mal el servicio de *catering*. Le doy un diez a mi capacidad de autocontrol porque en las notas no añado un «El jefe es un borde y dice que...». No, yo cumplo y le envío las notas pronto y bien hechas.

—Necesito un café, Carla —me dice al regresar de la reunión, como si yo tuviera que ser capaz de leer su mente y traerle el café sin tener que pedírmelo. Estoy a punto de recordarle que no soy telépata, pero decido que hoy le daré un poco de cancha.

Voy a la cocina y preparo el café. Regreso al despacho, llamo a la puerta del Gran Agrio y entro.

—El café.

Él aparta la vista de su ordenador y me mira, de nuevo sorprendido. Cuando deposito ante él su café, me dirige una mirada llena de desconfianza. Qué nivel de exageración, en serio. Puedo comprender la sorpresa porque de repente trabajo bien, pero temer que estoy tramando algo... Bueno, allá él. Yo le sonrío como si no me diera cuenta de nada, cosa que solo consigue aumentar su inquietud. Pero no dice nada, ni para darme las gracias ni para criticarme. Se limita a mirarme de arriba abajo y fruncir mucho el ceño al fijarse en mis zapatillas moradas.

El resto del día transcurre de la misma manera. El Gran Agrio se sorprende tantas veces que temo que las cejas se le queden arqueadas por siempre jamás. Pero no critica, es impaciente y seco pero no desagradable, y la única desaprobación que percibo en él surge cada vez que mira mis zapatillas. No sé qué problema tiene con ellas.

Al acabar la jornada, pienso que el día ha sido bueno y me siento esperanzada. Quizás a partir de ahora los días con el Gran Agrio serán así. Quizás él rebajará su nivel de cascarrabias y yo podré hacer mi trabajo hablando lo mínimo posible con él. Y como estoy sola en mi nuevo despacho, tampoco tendré que hablar demasiado con nadie más de la oficina y podré usar de excusa el exceso de trabajo para comer sola aquí. No tendré que estar todo el día esforzándome por mostrarme como la Carla de antes y mi vida será mucho menos agotadora. ¿Dejaré de soñar con convertirme en un ovillo?

Carla

El día siguiente, cuando entro en el despacho del Gran Agrio para entregarle unos documentos que me ha pedido, descubro algo en su escritorio que hasta ahora me había pasado desapercibido: un calendario de la Asociación Contra el Cáncer. Es el que envían cada año a los socios. Lo sé porque mis padres también lo reciben; se asociaron después de que mi abuela enfermara años atrás.

Me quedo mirando el calendario, atónita ante la idea de que alguien como el Gran Agrio pertenezca a esta asociación. Pero cualquier pensamiento o pregunta al respecto huye de mi mente cuando lo descubro mirándome con cara de desaprobación absoluta. Me sorprende tanto que doy un pequeño respingo. La leche, creo que ya sé cómo se sentía el pobre Harry Potter cada vez que el cabrón del profesor Snape posaba su mirada en él. Qué cosa tan desagradable.

—¿Estás comiendo chicle en la oficina? —me espeta el Gran Agrio.

Mis ingenuas esperanzas de pasar unas semanas algo tranquilas trabajando para él se pierden por el retrete. Ay, qué pena y qué cansada vuelvo a sentirme de repente. ¿Por qué se me ocurrió pensar que el Gran Agrio dejaría de tener motivos para gruñir, ser borde o ser desagradable o todo a la vez? Si el tío vive para eso. Necesita encontrar cosas que criticar para poder respirar.

Igual que hice hace unos días con Jessica, vuelvo a imaginar que me crujo los nudillos, preparándome para la lucha. El pacto conmigo misma sigue en pie: trabajaré bien, pero no toleraré sus borderías.

Ahora decido ponerme en modo descarado máximo. Me quedo con cara de indiferencia absoluta y sigo masticando mi chicle. Después, me tomo mi tiempo para hinchar una pompa de generoso tamaño.

Con cada segundo que pasa, el Gran Agrio va frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos más y más. Si aguanto un buen rato, ¿se le convertirá la cara en una pasa y se arrugará sobre sí misma? Qué visión. Un poco asquerosa, la verdad. Me despista tanto que la pompa explota con un sonoro ¡plop!

—No sé, jefe, ¿tú crees que estoy comiendo chicle?

—No puedes comer chicle en la oficina.

—¿Por qué?

—No es profesional.

—Pero me ayuda a lidiar con el estrés de mi trabajo.

El Gran Agrio no sabe qué responder a eso, así que frunce más el ceño, cosa que no parecía

físicamente posible.

—No puedes comer chicle en la oficina. Vete de una vez, me estás haciendo perder el tiempo.

—Jefe, si has empezado tú esta apasionante conversación —digo saliendo del despacho.

Cierro la puerta antes de que pueda replicar nada más. Después, me falta tiempo para llamar a Max y preguntarle si existe alguna normativa de la empresa que prohíba comer chicle en la oficina.

—No, en absoluto —responde extrañado—. ¿Por?

—Nada, solo curiosidad. —Sonrío.

Y así empiezan las siguientes cuatro semanas de mi vida.

Esa misma tarde entro en el supermercado y compro el bote de chicles más grande que encuentro. Lo pongo encima de mi mesa, en un lugar bien visible.

La mañana siguiente, me lo encuentro en el cubo de la basura.

Por suerte, solo lo uso para tirar papeles, así que lo puedo recuperar.

Al día siguiente vuelve a estar en el cubo de la basura.

Pasan varios días así, hasta que compro cinta de doble cara extrafuerte, de la que podría sujetar un cuadro en la pared, y pego el bote en la mesa.

Esa mañana, al regresar al despacho después de ir al baño, me encuentro al Gran Agrio tirando de él con todas sus fuerzas. Solo le falta apoyar el pie contra el escritorio para poder hacerlo mejor.

—¿Todo bien, jefe? —pregunto con inocencia.

En ese preciso instante, consigue arrancar el bote. El Gran Agrio da un gran traspies hacia atrás, pero gracias a un milagro consigue no caerse de culo al suelo. En cuanto al bote, vuela por los aires con la tapa abierta y escupe los chicles como proyectiles por todo el despacho. Qué espectáculo.

—Cuidado, jefe, no te hagas daño —intento decir, pero apenas lo consigo porque se me está escapando la risa.

El se incorpora de golpe y me fulmina con la mirada.

—No te preocupes, ya lo recojo yo —consigo añadir.

El Gran Agrio, muy digno él, endereza la espalda y se va sin decir nada.

Ese mismo día repongo chicles nuevos en el bote, que vuelvo a pegar en la mesa. La mañana siguiente sigue en su sitio, pero está abierto y los chicles están en la basura. Así que ese mismo día compro un candado y se lo pongo.

Toma ya, Gran Agrio, supera eso.

Un día después, a mi bote le ha aparecido un segundo y descomunal candado, del que no tengo la llave, claro.

Al verlo me echo a reír y decido que la partida de los botes de chicle la ha ganado el Gran Agrio. Quién lo iba a decir, quizás el hombre tiene algo de sentido del humor.

Cuando el susodicho entra en el despacho cinco minutos más tarde, me dedica una sonrisa triunfal. Pobre. He dicho que ha ganado la partida de los botes, no la de los chicles.

—Buenos días, jefe —lo saludo. Hago una pompa con el chicle que estoy mascando mientras del bolsillo de mi pantalón extraigo un paquete entero. Se lo ofrezco—. ¿Quieres?

La sonrisa triunfal se le borra de la cara y se encierra en su despacho dando un portazo. Y sí, yo vuelvo a reírme.

El asunto de los chicles queda olvidado (más o menos, porque el bote con los dos candados gigantes sigue pegado a mi escritorio), pero entre horas de trabajo el Gran Agrio siempre

encuentra otros motivos de crítica o queja. Que si tardo demasiado en hacer algunas cosas (porque soy humana y a veces no puedo evitar retrasarme un poco, qué descaro el mío). Que si el café está frío, o es demasiado corto, o lleva demasiada leche, o la leche está demasiado caliente, o la taza está un poco sucia, y un largo etcétera.

—Caramba, jefe, nunca habría imaginado que una sola persona pudiera encontrar tantos motivos de queja solo con los cafés. Tiene mérito, ¿eh? —le digo un día, sonriendo.

Él frunce el ceño, no dice nada y sigue encontrando defectos a los cafés que preparo.

A veces también hago demasiado ruido, o hablo demasiado alto por teléfono, o me olvido de llamar a la puerta antes de entrar, o llamo demasiado fuerte antes de entrar, o solo llamo una vez antes de entrar, y otro largo etcétera. Mi colección de zapatillas moradas nunca recibe un comentario, pero sí un montón de miradas desaprobadoras.

Y, claro, también están los cruasanes.

Ah, los cruasanes.

Bueno, según el Gran Agrio se escribe *croissant* y no cruasán, tal y como me recriminó un día por el chat. Yo, a mi vez, le hice saber que el diccionario de la Real Academia Española admite la entrada *cruasán*, pero *croissant* no.

Cada mañana, el Gran Agrio se compra su propio cruasán. Cada mañana, yo le dejo encima del escritorio su cortado mitad café fuerte mitad leche templada y el cruasán más feo que he podido encontrar. Sí, me dedico a buscar críticas en internet de las panaderías que hay entre mi casa y el trabajo y voy a comprar los cruasanes a las que tienen las peores. Es divertido. Y más divertido es oír casi cada mañana los lamentos que se le escapan al Gran Agrio cuando descubre el bodrio de cruasán que le he traído.

No sé por qué sigue abriendo los paquetes, como tampoco entiendo su obsesión por los cruasanes.

«Deja de traerme cruasanes», me escribe de vez en cuando por el chat.

«No, jefe, el primer día me dijiste que era parte de mi trabajo traerte un cruasán cada mañana, y yo cumplo con mi trabajo», le respondo yo.

Así que sigo comprándole adefesios de cruasán.

Un viernes por la mañana, cuando suena el despertador, descubro que me pasa algo raro.

Estoy sonriendo.

Me quedo petrificada. No solo estoy sonriendo, sino que no me siento tan agotada. Y la idea de ir a trabajar no me pesa como una losa sobre los hombros. De hecho, tengo ganas de ponerme en marcha para salir en busca del cruasán más feo posible. Y a ver cuánto frunce el ceño el Gran Agrio cuando responda a sus antipáticos comentarios con mis sarcasmos finos e incontestables.

Me pongo en pie. Todavía siento que llevo a la Carla de antes y la de ahora conmigo, pero, aun así, me siento más ligera.

Es agradable. Muy agradable.

¿Cómo ha pasado?

¿Cuándo ha pasado?

¿Esto lo ha provocado el hecho de trabajar como asistente del Gran Agrio? No, no puede ser. En todo caso, habrá sido el aislamiento. Al pasar tantas horas sola en el despacho, no he tenido que esforzarme tanto para fingir ser la Carla de antes y me ha ayudado a descansar.

Decido no darle muchas más vueltas, sobre todo cuando me doy cuenta de que incluso me apetece salir a tomar algo con los compañeros de trabajo. Hace siglos que no lo hago.

Así que esa noche, aprovechando que van a tomar unas cervezas, me uno a ellos.

—¡Carla! —grita Sira al verme. Ella y Gabriel levantan sus cervezas a modo de saludo.

Yo sonrío. Sí, he echado de menos a esta gente.

Esta noche también están Ainhoa, Sergio, Álvaro, Lucía, algunos compañeros de administración y Bruno, la incorporación más reciente a la empresa.

—Tía, estás más desaparecida que el Hombre Invisible —me dice Sira—. Es como si el jefe te hubiese abducido.

—Ya ves —digo, poniendo cara de sufrimiento.

—¿Cómo de malo es trabajar para él? —pregunta Sergio.

—El tío es un gruñón del copón y encuentra maneras de criticar incluso una página en blanco.

A mi alrededor se oyen unos cuantos resoplidos de apoyo.

—Qué peñazo —dice Álvaro.

—Bueno, ya me he acostumbrado. Y procuro que me resbale todo bastante. —Me encojo de hombros.

—¿Cómo consiguió Max convencerte para que hicieras esto? —pregunta Sergio, siempre con sus preguntas para sacarle el jugo a todo. Ni que hubiese estudiado Periodismo.

Decido hacerme la misteriosa. Sonrío.

—Es un secreto que no desvelaré.

—Venga ya...

Sergio insiste, pero yo no suelto prenda. Tendrá que vivir con la incógnita, y todos acabamos riendo ante su evidente frustración por no saberlo. Al final, decide cambiar de tema.

—¿Y te has enterado de algo de su vida personal? —pregunta—. Desde la presentación de los cosméticos de Mirage, en las otras fiestas no he visto que se llevara a nadie a casa. Y ese día se fue con Paula Rivera, con la que repitió. Eso es...

Ahora todos pasamos a burlarnos sin piedad del amor de Sergio por el cotilleo. No tengo nada que contar sobre la vida personal del Gran Agrio, que no es asunto mío. Tampoco de sus frecuentes ligues, que son más que conocidos en la empresa: siempre modelos o actrices y nunca repite, en un claro patrón de incapacidad o falta de voluntad de comprometerse con nadie. Digno y típico de este mundillo del espectáculo y famoseo en el que se mueve.

Por fin dejamos de hablar del Gran Agrio y no pienso en él en todo el fin de semana.

Héctor

Estoy corriendo como si me persiguiera el mismísimo Satanás. En una de las cintas de correr del gimnasio, claro. En mi día a día nunca me persigue nadie para atacarme. Solo me faltaría eso.

Pero estoy corriendo como si alguien quisiera asesinarme ¡porque estoy furioso!

—Es respondona, impertinente y cree que tiene un sentido del humor digno de un monologuista. De hecho, no sé qué hace trabajando para Eventos Luxe, debería irse a actuar al Club de la Comedia —me quejo—. Y esas zapatillas moradas... No sé cuántas debe tener, Max, pero todas, absolutamente todas, son moradas. ¿Y sabes qué gritan todas esas zapatillas? ¡Rebeldía! ¡Rebeldía pura y dura!

Y no puedo dejar de fijarme en la constelación de pecas de su rostro bastante perfecto, cosa que me fastidia un montón.

Llevo un mes, soportándola. Un mes.

A mi lado, Max está subido a una máquina elíptica y moviéndose como si estuviera de paseo en un bote alquilado en un lago urbano. Tan tranquilo, el tío.

—A ver, ¿qué ha hecho hoy? —me pregunta.

—¡Se ha negado a acabar las correcciones de la presentación que necesito para pasado mañana!

—¿Así, sin más? —pregunta con expresión escéptica.

Encima tengo que aguantar que Max siempre se ponga de parte de Carla. Esto es el colmo. Subo la velocidad de la cinta; estoy tan indignado que necesito correr más rápido.

—¡Ha dicho que podía acabarlo mañana a primera hora y que no le daba la gana de hacer más horas extra!

También ha dicho que la presentación ya está muy bien, que las correcciones que le he pedido eran mínimas y que podía estar más que tranquilo. Cómo se atreve, con lo importante que es la reunión de pasado mañana y ella se niega a trabajar.

—Bueno, desde que es tu asistente ha hecho unas cuantas horas extra.

Otra vez poniéndose de su lado.

Abro la boca para preguntarle cuándo llegará el maldito reemplazo de Carla. Hace semanas que no lo pregunto, no desde el incidente del cruasán. Pero de mi boca tan solo sale un jadeo ahogado. Y creo que empiezo a marearme.

Me apresuro a bajar la velocidad de la cinta hasta detenerme. Me quedo ahí de pie, las manos apoyadas en las rodillas, chorreando sudor, jadeando e intentando controlar el mareo.

—Te has pasado con la velocidad —dice Max.

—Joder, eres más listo que Einstein, ¿eh? —le espeto. Al menos es lo que intento decirle, pero solo consigo emitir unos jadeos que más bien suenan como unos rebuznos. Mierda, qué vergüenza.

Max se parte de risa en mi cara y yo maldigo a Carla. Esto es culpa suya.

—Aparte de todas esas cosas que mencionas, Carla trabaja bien, ¿no? —pregunta cuando se cansa de reírse de mí.

Me veo obligado a apretar los dientes y asentir. Es cierto, trabaja bien. Y las notas propias que añadió en un documento sobre el evento de la multinacional americana y sus miles de empleados me fueron útiles para preparar la reunión con ellos. La que tengo pasado mañana y para la que Carla se ha negado a retocar la presentación.

Max me da una palmada en la espalda.

—Bueno, me alegra oír que estás contento con ella. A ver si consigo solucionar pronto el lío con la empresa de asistentes de dirección —me dice, y se va antes de que yo pueda replicarle que no estoy contento con Carla, que solo la tolero porque no tengo más remedio y que ella y su constelación de pecas me llevan por el camino de la amargura.

Pero solo consigo seguir emitiendo esos jadeos dignos de un asno.

Maldita Carla. Culpa suya.

Cuando llego a la oficina a la mañana siguiente, todavía estoy de mal humor y enfadado con Carla.

—Buenos días, jefe —me saluda ella con su habitual buen humor—. Ya estoy con los retoques a la presentación. En cinco minutos te la envío.

Ah, vale, supongo que eso no estará mal.

Entro en mi despacho un poco menos malhumorado. Como siempre, en el escritorio me esperan el cortado de la mañana y el maldito *croissant* que Carla se empeña en seguir trayéndome cada día.

Aparto el papel que envuelve el *croissant*... y me encuentro con una cosa hojaldrada que quiere ser un *croissant*, pero que tiene forma de zurullo deforme y a la que le han salido unos bultos que hacen pensar en unos ojos, una nariz y una boquita.

Encima de mi escritorio hay una caca de hojaldre que me está sonriendo.

No sé cómo sucede, porque esto es un nuevo atentado contra el *croissant*, pero se me escapa una carcajada.

Al instante, oigo a Carla levantarse y acercarse a toda prisa a mi puerta.

—¿Qué es ese ruido? ¿Estás sufriendo un ataque de algo? —pregunta con falsa cara de susto. Qué graciosa se cree.

Quiero ponerme serio y fulminarla con la mirada, pero la visión del *croissant* boñiga me lo impide. Lo empujo para tirarlo a la basura.

—Pobre zurullito —dice antes de desaparecer para regresar a su mesa.

De nuevo contra mi voluntad, una risa me burbujea por la garganta. ¿Dónde encuentra estos *croissants* tan feos? Podría abrirse un Museo del Horror del *Croissant* con todos ellos.

Después de tomarme el café y mi *croissant*, el que me he comprado yo, abro el correo electrónico. Carla ya me ha enviado la presentación corregida. Eso me da mucha tranquilidad y me dispongo a dedicar buena parte del día a acabar de preparar la reunión. En realidad, ya tengo

muy claro qué debo explicar a los representantes de la multinacional, pero no quiero arriesgarme a meter la pata. Tengo que conseguir este proyecto.

Estoy concentrado con este tema cuando, a media mañana, la puerta de mi despacho se abre de forma brusca. Ya está Carla otra vez con su mala costumbre de no llamar antes de entrar. Resoplo, molesto, y me dispongo a dejarle las cosas claras. Pero al mirar hacia ella no me encuentro con Carla, sino con Paula.

Paula.

¿Qué demonios hace ella aquí?

—¿Qué haces aquí, Paula? —pregunto sin ningún tipo de amabilidad.

Ella me dedica su sonrisa amable y seductora a la vez, la que parece querer decir que he sido un niño malo, pero que me perdona. Me señala con una revista que lleva en la mano, enrollada.

—No me has devuelto ni una sola llamada, Héctor.

Me asalta la opresión en el pecho. Eso no es cierto. Hace dos o tres semanas contesté a una de sus llamadas y le recordé que no quiero ningún tipo de relación estable. Ella respondió con un «Bueno, vamos hablando, ¿de acuerdo?», y en vez de darse por enterada ha seguido llamándome. Y ahora se presenta en mi empresa, en mi despacho.

¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Dónde demonios está Carla? ¿Por qué la ha dejado pasar?

En ese momento, Carla asoma la cabeza por la puerta.

—Paula, disculpa, no puedes estar aquí —le dice. Después me mira a mí—: Perdón, estaba en el baño.

—A ti tampoco se te ha perdido nada por aquí, bonita —le espeta Paula.

Me doy cuenta de que Paula no reconoce a Carla, a pesar de que tienen que haber hablado más de una vez. Paula es una invitada habitual en ciertas fiestas nuestras. La prensa rosa y no tan rosa la adora. Yo, al oír el veneno y el desprecio que destila su voz al dirigirse a Carla, me siento avergonzado de haberme enrollado con ella. Dos veces.

Imagino que ahora Carla le contestará con uno de sus sarcasmos y empezarán a discutir. Aunque yo haya fingido tener los ojos vendados en lo que refiere al mal carácter de Paula, sé de sobras la fama que tiene. Y no es buena.

—Paula... —empiezo a decir, porque lo último que me apetece ahora es presenciar una discusión.

Pero, para mi sorpresa, Carla se acerca un poco a Paula observándola con tranquilidad.

—Me encanta tu vestido —le dice.

Paula vacila. Parece que no sabe si Carla habla en serio o se burla de ella.

—Me encanta el estampado, el corte... Todo él. Te queda genial —añade Carla con lo que a mí me parece absoluta sinceridad.

Paula se relaja y sonríe.

—¿Sí? Es de mis preferidos.

Y empiezan a hablar del vestido como si fueran viejas amigas.

Yo no entiendo qué está pasando.

Paula ha sido muy desagradable con Carla ¿y ella le responde con cumplidos? ¿Se puede saber qué demonios está pasando?

A mí Carla nunca me ha hecho un cumplido, y soy consciente de haberle gruñido bastante. Siempre con razón, y por eso no lo entiendo. Mis quejas tienen razón de ser, pero las de Paula no. Pero Paula se lleva cumplidos y yo solo me llevo sarcasmos, *croissants* deformes y botes de chicles pegados a la mesa.

No estoy celoso de Paula, ¿eh?, pero esto es indignante. Otro motivo más por el que Max debe encontrar un reemplazo para Carla de una vez. No me respeta.

—Oye, ahora tengo al jefe superliado preparando una reunión importante —dice entonces—. ¿Te va bien si te llama en un rato?

Paula se gira para mirarme.

—¿Lo harás?

Yo asiento, porque soy incapaz de hacer otra cosa. Estoy demasiado sorprendido. Con una facilidad pasmosa, Carla se ha metido a Paula en el bolsillo y ha conseguido que se vaya sin que yo tenga que abrir la boca.

—Claro que lo hará —dice Carla con firmeza.

Salen del despacho todavía hablando. Antes de que Carla cierre la puerta, todavía tengo tiempo de oír cómo Paula le regala su revista porque ya ha terminado de leerla.

Increíble.

En fin. A pesar de todo, puesto que Carla me ha hecho el favor de quitarme a Paula de encima, cumpliré mi palabra y la llamaré dentro de un rato. Por desgracia, temo que no servirá de nada y que Paula no se dará por enterada de mis palabras, que serán «No quiero salir contigo. No quiero volver a acostarme contigo. No quiero nada contigo».

Intento olvidarme de Paula y de lo poco que me respeta Carla y me centro en seguir preparando la reunión de mañana.

Héctor

Cuando salgo de mi despacho un rato después para ir a comer, Carla está de pie al lado de su escritorio. En una mano sujeta los táperes en los que trae su comida cada día y con la otra sujeta la revista que le ha dado Paula. La tiene abierta por una página de lo que parece una entrevista. La está leyendo con una expresión en el rostro que nunca le he visto antes. Hay en ella una mezcla de tensión y desolación que resulta muy llamativa.

Carla me ve y se apresura a cerrar la revista.

—Que aproveche la comida, jefe —me dice forzando una sonrisa, y se va.

Sé que no es asunto mío, pero la curiosidad puede más que yo. Me acerco a su escritorio y la misteriosa revista. La portada luce una foto del actor Marcos Carrasco con una cita de algo dicho en una entrevista: «Nunca he estado mejor personal y profesionalmente», reza.

Abro la revista por donde la estaba leyendo Carla. Sí, corresponde a la entrevista a Carrasco.

Es el tipo del que Carla huyó la noche que se restregó por mi culo.

Cierro la revista y la dejo como estaba. Interesante.

Siento curiosidad, no lo voy a negar. Pero no es asunto mío. Además, Carla no me respeta. Paso del tema.

La mañana siguiente, cuando llego a la oficina, el escritorio de Carla está vacío. No hay un cortado esperándome en mi despacho ni un *croissant* deforme y seco.

Justo entonces me entra un mensaje de Max: «Carla está con gripe. Lo siento, hoy estarás solo».

Siento una decepción.

¿Por qué siento una decepción?

Bueno, estar sin asistente uno o más días es un inconveniente importante. Claro, es por eso. A ver cómo me las apaño.

Pero no tener que aguantar a Carla durante el tiempo que esté enferma será un alivio. Lo será, claro que lo será. ¿No tener que soportar sus zapatillas moradas de rebelde ni que me llame Señor del Mal o algo por el estilo? No podría pedir más.

Pero, a medida que me acerco a mi escritorio, me asalta la sensación de que algo no anda

bien. Está... vacío. Y no es el café lo que echo en falta. Es el *croissant*. El estúpido *croissant*. He llegado a esperar con curiosidad el momento de descubrir qué espantajo ha encontrado Carla esa mañana.

Ahora estoy contrariado. Carla me cae mal. ¿Cómo es posible que eche de menos algo que viene de ella? Y encima algo que es una burla hacia mí, una clara muestra de lo poco que me respeta.

Las siguientes dos horas, mi contrariedad va en aumento. Me siento solo y no lo entiendo. Siempre estoy solo en mi despacho. En realidad, siempre estoy lo más solo que puedo porque lo pido yo, porque lo necesito para concentrarme en mi trabajo.

Mi contrariedad deja paso al horror cuando me doy cuenta de que me he acostumbrado a las entradas y salidas nada discretas de Carla. Es ruidosa, su constelación de pecas llama demasiado la atención y es una respondona. ¿Por qué librarme de ella durante varios días no es un alivio? ¿Por qué me descubro imaginando cómo respondería a una de mis justificadas críticas?

Y cuando llega la hora de ir a la reunión con los representantes de la multinacional americana, echo de menos que Carla me desee buena suerte. Sé que lo haría y en eso no sería sarcástica. No lo hemos hablado, pero por algunos comentarios que ha hecho sé que le importa que la empresa consiga este proyecto.

Es horrible. Echo de menos a Carla.

¿Cómo ha podido pasar algo así? La mujer es como un grano en el culo. ¿¿Por qué la echo de menos?!

Salgo de la oficina de un humor de perros. Al menos de camino al encuentro consigo encerrar a Carla en una habitación de mi cabeza. Entonces mi humor mejora y bordo la reunión. Va como la seda, de principio a fin. Me relaciono bien con los americanos, no me atasco con el inglés, la presentación les encanta y el presupuesto les encaja. Ni siquiera intentan rebajarlo, y al acabar aceptan contratarnos. Les invito a comer en un buen restaurante porque, teniendo en cuenta el dineral que nos van a pagar, es lo mínimo que puedo hacer.

Al regresar a la oficina, paso por el despacho de Max. Cuando asomo la cabeza por su puerta me mira, intrigado. Él también sabía que hoy tenía la reunión.

—¿Cómo ha ido?

Yo no puedo contener más la sonrisa.

—Empieza a prepararte, porque vamos a crecer.

Ahora él también sonríe con ganas. Se acerca para darme unas palmadas en el hombro.

—Ostras, Héctor, enhorabuena. Bien hecho, tío —me felicita con sinceridad—. ¿Para cuándo es?

—Dentro de dos años. No tenemos que correr, pero quiero empezar ya a mover las cosas. Hay que hacerlo bien.

—Claro que sí.

Después de hablar un poco con Max sobre los próximos pasos a dar, regreso a mi despacho. Por ahora nos centraremos en este único proyecto internacional. Cuando hayamos demostrado al mundo y a nosotros mismos que podemos hacerlo bien, podremos ir a buscar más. Y la empresa crecerá. Eventos Lux podría llegar a crecer mucho. Esto hay que hacerlo bien, es muy importante. No podemos meter la pata. No *puedo* meter la pata.

La opresión en el pecho reaparece. Cuando entro en el despacho amenaza con crecer y crecer y acabar ahogándome otra vez. Pero, al encontrarme con el escritorio vacío de Carla, se detiene de golpe. Carla se escapa de la habitación imaginaria en la que la había encerrado y me recuerda que la echo de menos, que me gustaría que estuviese aquí para felicitarme.

Esto es absurdo.

Resoplo y me siento a trabajar; es lo único importante ahora mismo.

Pero este asunto de Carla me tiene desconcertado y contrariado y no logro concentrarme. Gracias, Carla, incluso sin estar aquí presente consigues fastidiarme. Maldita sea. Un grano en el culo, eso es lo que es.

Quizás un café me ayude a centrarme.

Me falta tiempo para bajar a preparármelo. Al acercarme a la cocina, me llega la voz de una empleada:

—... ha dicho que no quiere que nadie vaya a verla, que se encuentra fatal y lo único que hace es dormir.

—¿Hablas de Carla? —pregunto, entrando en la cocina.

Me encuentro con un pequeño corro de empleados de diferentes departamentos, todos ellos sujetando vasos o tazas de café. Por sus posturas relajadas, me pregunto cuánto rato llevan ahí de cháchara. Todos se sobresaltan al oír mi voz y se yerguen un poco al verme.

—Sí —contesta la empleada que estaba hablando. Si no me equivoco, es del Departamento de Bodas.

—¿Has hablado con ella? —le pregunto.

—No, solo hemos intercambiado algún mensaje esta mañana. —Parece desconcertada por mis preguntas. Sinceramente, yo también lo estoy, aunque procuro disimularlo.

Asiento mientras me empiezo a preparar el café. Los empleados se quedan allí, en su corro ahora silencioso.

—¿Se trabaja bien aquí, en la cocina? —pregunto sin mirar a nadie en particular.

El corrillo se disuelve entre varios carraspeos y todos desaparecen para regresar a sus puestos de trabajo. Yo también regreso a mi despacho con mi café y me siento ante el ordenador, pero, malditos sean todos los asistentes de dirección del mundo y el universo, no consigo concentrarme. No puedo dejar de pensar en Carla, en lo que ha dicho la empleada, que se encuentra muy mal y quiere estar sola. Si está tan mal, ¿no debería alguien asegurarse de que está comiendo como debe o tomándose los medicamentos necesarios? ¿Hay alguien haciéndolo?

¿Y por qué me preocupo así por ella? ¿Por qué? ¡¿Por qué?! ¡Redemonios!

Paso buena parte de la tarde así, recordándome que el bienestar de Carla durante una enfermedad no es cosa mía, que es solo una empleada, e intento centrarme en trabajar. Pero la preocupación regresa y me ataca una y otra vez, y en dos horas solo consigo escribir tres correos electrónicos. Tres míseros correos en dos horas.

Vale, esto no puede ser. No puedo permitirme perder el tiempo de esta manera y solo se me ocurre una manera de solucionarlo.

Recojo mis cosas y voy a ver a Max. Cuando le pido la dirección de Carla me mira con mucha extrañeza, pero me niego a darle ningún tipo de explicación. No, no se la voy a dar. Que no. He dicho que no.

—Solo quiero asegurarme de que está bien —acabo explicando.

Maldita sea, qué débil soy.

—Vale... —Empieza a decir algo del tratamiento y protección de datos personales que me importa muy poco.

—¿Me das esa dirección o no? —le espeto.

—De acuerdo, de acuerdo —dice, y por fin me la da.

Un rato después, estoy ante la puerta del piso donde vive Carla, cargado con una bolsa con comida preparada. He comprado caldo de pollo, una ensalada, pollo al horno, yogures y un zumo

de naranja recién exprimido. Casi todo es comida recomendada para la gripe. Lo he buscado.

Me siento ridículo.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy ante la vivienda de una empleada, trayéndole comida para la gripe? ¿Y si ya hay alguien cuidándola? Quizá tiene pareja o algún familiar está con ella.

¿De verdad esta es la única manera de conseguir dejar de preocuparme por ella y ser capaz de trabajar?

¿He dicho ya que esto es ridículo? No debería hacer esto. Debería irme.

Pero mis pies no se mueven.

—Maldita sea... —farfullo, y llamo al timbre.

Quizá la pille durmiendo y tarde en abrir la puerta. O quizá ni siquiera la abra.

Pero no, en seguida oigo unos pasos que se acercan y la puerta se abre.

La Carla que aparece en el umbral no es la que yo esperaba encontrar.

Sí, va en pijama, está despeinada y luce unas ojeras bastante descomunales, todo bastante normal para alguien que está enfermo. No obstante, es bastante evidente que no tiene fiebre. Lo que sí tiene son los ojos enrojecidos e hinchados de llorar. De llorar mucho.

—Tú no tienes gripe.

Carla

Esto no puede estar pasando.

Mi jefe, *mi jefe*, está en la puerta de mi casa y acaba de descubrir la gran mentira que he dicho para no ir hoy a trabajar. Me está mirando con el ceño fruncido y no sé si lo hace con curiosidad o enfado, pero estoy bastante segura de que espera algún tipo de explicación.

¿Qué hace mi jefe aquí? Esto no puede estar pasando.

La mano me tiembla y sujeto la puerta para detener el temblor.

La barbilla también me tiembla y aprieto la mandíbula, pero no funciona.

—Oh, Dios mío... —gimo, y me echo a llorar ante el Gran Agrio. Me gustaría poder decir que lo hago de manera contenida, pero no, más bien lo hago a moco tendido—. Ay, Dios, qué horror.

Empujo la puerta para cerrarla, porque quizá así el universo pueda borrar lo que acaba de suceder, pero el Gran Agrio la detiene con una mano y no me permite cerrarla.

—Espera, Carla, ¿qué pasa? —pregunta, haciendo fuerza para abrir la puerta.

No, no, no, que alguien me diga que esto no está pasando.

No consigo pensar con claridad y solo soy capaz de hacer una cosa. Bueno, dos. Una, seguir llorando como una magdalena. Dos, entrar en mi piso, dirigirme al sofá, hacerme un ovillo y cubrirme con una manta. No he hecho otra cosa desde ayer por la tarde.

Para mi desgracia, oigo la puerta de casa cerrarse y después los pasos del Gran Agrio que se acercan al sofá.

—¿Qué pasa, Carla? No estás enferma, ¿verdad?

—No, no estoy enferma. No tengo gripe, ni mocos, ni fiebre... No tengo ni una triste conjuntivitis. He mentido, ¿vale? —confieso sin dejar de llorar, lo que significa que hablo a gritos. Al menos la manta debe de amortiguarlos y no estoy dejando sordo al Gran Agrio—. Ya tienes tu motivo para despedirme, ya puedes hablar con Max.

—¿Pero ha pasado algo? ¿Tu familia está bien?

—Sí, sí, todo el mundo está bien. Nadie ha muerto ni ha sufrido un accidente grave ni nada por el estilo. Que he mentado para no ir a trabajar, jefe, ya puedes despedirme.

No dice nada. Escondida debajo de mi manta, esa que me gusta tanto porque en invierno es muy suave y calentita, le oigo dejar encima de la mesa la bolsa de plástico que traía y acercar una silla a mi lado.

En serio, esto no puede estar pasando. Estoy en mi casa, hecha un absoluto desastre de

lágrimas y mocos y vergüenza, y mi jefe se está sentando a mi lado. El mundo se ha salido de su eje y está girando a lo loco porque esto no tiene ningún sentido.

El Gran Agrio se queda en silencio un rato hasta que al fin pregunta:

—¿Tiene algo que ver con Marcos Carrasco?

Me sorprende tanto que se me corta el llanto de golpe. Aparto la manta y asomo la cabeza. Al verme, él da un respingo, sobresaltado. Normal, imagino que ahora mismo mi cara y mis pelos deben de dar bastante miedo.

—¿Cómo lo sabes?

—Eh... La noche que te restregaste por mi trasero...

—¡¿Sabes que fui yo?!

Tierra, trágame y no me permitas emerger a la superficie nunca más.

El hombre lo sabe y no había dicho nada. Hay que decir que su cara no muestra molestia, pero yo me estoy muriendo de la vergüenza.

—Esa noche me pareció que te escabullías de Marcos y ayer te vi leyendo esa entrevista...

Joder, qué observador. Mi cara se deforma en una nueva mueca horrible cuando intento contener otra vez las ganas de llorar, pero solo es un intento patético e inútil. Ya estoy llorando otra vez.

Sí, esto es culpa de Marcos. El imbécil, el gilipollas, el cabronazo de Marcos.

Entonces el Gran Agrio, que hace rato que se muestra sorprendentemente tranquilo, hace algo inesperado: de uno de sus bolsillos saca un pañuelo de tela limpio, algo que yo ni siquiera sabía que seguía existiendo, y me lo ofrece.

Yo me quedo mirando el pañuelo.

En serio, no entiendo qué está pasando. ¿Por qué el Gran Agrio no me está acusando de ser irresponsable, incompetente y poco profesional por ser incapaz de separar mi vida personal del trabajo?

Levanto la mirada hacia él, que me observa sin asomo de acusación en expresión. No sé si lo estoy interpretando bien, pero solo parece preocupado.

Al fin, me animo a coger el pañuelo.

—Gracias —murmuro.

Consigo tranquilizarme un poco mientras me seco las lágrimas y algunos mocos. Y el universo va a implosionar o algo por el estilo porque creo que estoy a punto de contarle al Gran Agrio qué sucedió con Marcos.

Sí, voy a hacerlo.

—Marcos y yo salimos durante dos años.

Nuestra relación nunca salió en medios de comunicación. En esa época, la prensa rosa todavía le dejaba muy en paz y a mí la idea de ser carne de *paparazzi* me horrorizaba, así que éramos discretos. De hecho, muy pocos mis compañeros de oficina sabían que éramos pareja.

—Hace un año descubrí que me ponía los cuernos. No había sido algo puntual, sino continuado, y como soy una idiota me he convertido en las dos Carlas y estoy agotada y ya no puedo más, pero él está en su mejor momento personal. —Lo he soltado hablando rápido, casi sin respirar.

Lo que más rabia me da es que estaba mucho mejor. Sentía que las dos Carlas estaban a punto de desaparecer y que estaba muy cerca de volver a ser una sola, la Carla de siempre. Incluso me estaba planteando contestar una de las llamadas de Marcos. Lleva unos meses intentando hablar conmigo, pero hasta ahora he conseguido evitarlo.

Entonces, ayer leí esa estúpida entrevista, donde presume de estar tan bien, y todo se vino

abajo. Porque él está estupendo y yo estoy hecha una mierda y no hay derecho. Debería ser al revés. Yo no le puse los cuernos con vete a saber cuántos tíos. Estaba superenamorada. Yo quería que la relación funcionara. Marcos era divertido, tierno, me apoyaba en todo y seguía mi ritmo de no parar quieta. Nos lo pasábamos bien. Sí, tenía sus momentos emocionales y de inseguridades, pero nadie es perfecto. También creía que Marcos era leal, pero resulta que las largas semanas de rodajes de películas y series eran la excusa perfecta para perderse en otros brazos.

Después de mis últimas palabras, el Gran Agrio alza las cejas y las frunce varias veces. Su rostro es un panorama de desconcierto. Es normal, soy consciente de que son palabras difíciles de comprender y pueden inducir a pensar que sufro de doble personalidad.

—Cuando me enteré de... —no termino la frase con «que no pasaba por la puerta de lo grandes que eran mis cuernos»— fue tan humillante que me negué a que Marcos viera el daño que me había hecho.

Y su infidelidad dolió mucho. Mucho. ¿He dicho ya que estaba superenamorada de él?

—Así que seguí con mi vida como si no hubiese pasado nada, como si solo estuviera cabreada con él. Y todo el mundo decía «oh, Carla, qué fuerte eres», «eso es tener los ovarios bien puestos», y yo lo único que quería era hacerme un ovillo en este sofá y llorar. Pero no quería que Marcos supiera que estaba mal, así que seguí fingiendo que era la de siempre, ¿sabes? Pero ya no era la Carla de siempre, solo era una Carla que fingía ser la misma de siempre, así que me convertí en la Carla de antes y en la Carla de ahora, la que finge ser la Carla de siempre. Y estoy tan cansada... Sigo diciendo cosas sin sentido, ¿verdad?

—No, te has explicado bastante bien —dice el Gran Agrio, que me está observando con mucha atención.

No tengo ni idea de qué está pasando por su cabeza. Solo sé que me mira con el ceño un poco fruncido y parece pensativo y preocupado a la vez.

—¿Sigues enamorada de él? —me pregunta al cabo de un rato.

La pregunta me sorprende, pero me doy cuenta de que, hasta ahora, ni yo misma me la he planteado.

—No, no lo estoy —respondo con sinceridad. Es cierto. Pensar en Marcos ya no me derrite por dentro ni duele, ni echo de menos los buenos ratos que pasé con él, ni tengo ganas de repetirlos. Solo estoy enfadada.

El Gran Agrio...

Desde que ha llegado aquí no ha gruñido ni una sola vez y empieza a parecerme raro seguir llamándolo el Gran Agrio. Pero llamarlo de otra manera en mi cabeza también es raro. Nos quedaremos con Gran Agrio.

El Gran Agrio me observa unos segundos más, reflexivo, como si estuviera resolviendo algún puzzle. Se aclara la garganta para hablar.

—Carla, creo que... —se interrumpe, parece que busque otra manera de expresarse—. Yo prefiero que regreses a la oficina, pero entiendo que necesites tiempo para ti. Tómame un día, o dos, o tres, los que necesites para ver si te ves con ánimos para regresar o si necesitas... una pausa. Si es lo que necesitas, lo entenderemos.

Ese nivel de comprensión por parte del Gran Agrio me pilla tan desprevenida que me quedo sin palabras. Solo acierto a asentir con la cabeza.

—¿Hay alguien con quién puedas hablar de este tema? —pregunta con delicadeza.

—¿Quieres decir un psicólogo?

Él levanta un solo hombro.

—Por ejemplo, sí.

—¿Te preocupa que sufra de doble personalidad, jefe? —le pregunto con una sonrisilla.

Él también sonríe y se relaja visiblemente.

—Puede ser un psicólogo, o una amistad, o un familiar...

Sí, podría buscar un psicólogo. También podría hablar con Celia (esa es mi hermana) o con Sonia, Nuria o Violeta.

Pero hasta ahora no lo he hecho.

¿Por qué no lo he hecho?

De repente, no comprendo por qué ni siquiera he confiado en Celia.

Creo que al principio me pudieron el orgullo y el enfado con Marcos. Quería que de ninguna manera le llegara que me había dejado hecha polvo. Y después... Pues supongo que sigue siendo el orgullo. O la vergüenza, quizá. Pensar en admitir que no estoy bien, y pedir ayuda por ello, me hace sentir mal. Como si tuviera la culpa de algo, de ser débil, de haber hecho las cosas mal. No sé, me cuesta explicarlo.

El caso es que creo que el Gran Agrio tiene razón. No puedo seguir así. Tengo que hablar con alguien.

Mi primera opción está clara.

—Creo que empezaré por mi hermana. —Sí, empezaré por ella, y a partir de ahí iremos viendo.

—Bien —asiente él. Parece que va a levantarse, pero vacila—. Envíame un mensaje cuando tomes una decisión.

—Vale.

—Cuídate, Carla.

—Vale —repito con un susurro. El Gran Agrio está preocupado por mí y está siendo más que amable. Nunca habría imaginado ver esta cara de él. Mejor corrijo esto último: creía que el Gran Agrio no tendría esta cara, esta capacidad, y me ha cogido desprevenida. Me hace sentir extraña, como si el suelo por donde camino se hubiese vuelto inestable.

Ahora sí, el Gran Agrio se pone en pie, imagino que para marcharse. Me levanto para acompañarle a la puerta. Él señala la bolsa que ha dejado encima de la mesa.

—Te he traído comida, por cierto.

—¿Me has traído comida?

Estoy tan sorprendida y tengo las emociones tan a flor de piel que la barbilla me tiembla y los ojos se me inundan de lágrimas. El Gran Agrio hace un gesto de alarma.

—No, pero no... —empieza a decir, pero acaba dedicándome una sonrisa que casi parece una disculpa—. Solo es comida.

—Es un detalle. —Sorbo por la nariz—. Gracias.

—No es nada.

Ahora sí, nos encaminamos hacia la puerta. Tardamos un microsegundo en llegar porque mi piso es minúsculo. El Gran Agrio abre la puerta y sale al rellano. Entonces recuerdo algo.

—¡Jefe!

Se gira de golpe, alarmado.

—¿Cómo ha ido la reunión con los americanos?

Cuando él sonríe me quedo un poco atontada. Es una sonrisa que no le había visto nunca, amplia, franca, que evidencia que está contento. Es hermosa y transforma su cara por completo. De manera positiva, claro.

—Hemos conseguido el trabajo.

—Qué bien, jefe, me alegro un montón. —Sonrío yo también—. Enhorabuena.

Él asiente. Parece que quiera decir algo más, pero se lo repiensa y se despide con un gesto de la cabeza. Yo le digo adiós con la mano y cierro la puerta. Me falta tiempo para apoyarme contra ella. Necesitaré un tiempo para digerir todo lo que acaba de suceder.

Héctor

En cuanto la puerta del ascensor se cierra ante mí, me apoyo contra la pared para descansar. No he hecho ejercicio físico, pero estoy agotado. Me sentía ridículo, pero venía mentalizado para atender a una persona enferma de gripe o algo similar. No esperaba encontrarme lo que me he encontrado, y ha sido... intenso. Extraño también. Pero, curiosamente, no me he sentido incómodo, y eso se me hace todavía más raro. *Quería* ayudar a Carla.

Carla.

De repente ya no es solo mi asistente de dirección impertinente, con tendencia a la rebeldía, demasiado sentido del humor, preocupación por su trabajo y con un rostro que me distrae más de lo que a mí me gustaría. He descubierto, y todavía estoy consternado por ello, que detrás de esa fachada Carla esconde una depresión.

Bueno, no soy sanitario, así que quizá no es una depresión. Quizá solo es un principio, o quizá no llega ni a eso, pero la cuestión es que Carla está triste. De repente, ya no es solo la asistente de dirección que me saca de quicio y a la que, de forma incomprensible, he empezado a echar de menos. Ahora es... una persona.

Quizás es porque la he visto por delante y por detrás. De forma figurada, claro. Uf, esas palabras pueden interpretarse muy mal. Quiero decir que supongo que es porque he visto el retrato completo.

Carla es una persona, una persona que no está bien, y lleva todo este tiempo disimulándolo. También conmigo. Fingiendo buen humor, sacando energías de debajo de las piedras para seguir con su día a día, para contestar a mis críticas con sarcasmos o respuestas llenas de su terrible sentido del humor. Contestaciones que hoy he echado de menos porque se han convertido en un entretenimiento para mí.

¿He sido más duro de lo habitual con ella solo para entretenerme? ¿He hecho eso con una persona que podría estar deprimida? Y no se ha quejado ni una sola vez.

La admiración que siento por ella es ahogada por el sentimiento de culpa.

Esto es muy desagradable. Hacía mucho tiempo que no me sentía culpable por nada.

Carla no volverá a trabajar durante una temporada porque yo he acabado de hundirla, ¿verdad?

Me asalta la opresión en el pecho, pero consigo controlarla. Carla se pondrá bien. Es fuerte.

Quiero que vuelva pronto a la oficina. Soy un cerdo egoísta, lo sé, pero es la única asistente de dirección que consigo soportar y que trabaja bien.

Pero es más importante que se recupere. Si lo que necesita es cogerse un tiempo para ella, que lo haga. Que vuelva a sentirse ella misma y se olvide del todo de Marcos Carrasco. Menudo gilipollas. Me siento tentado de vetarlo de todas las fiestas y eventos que organicemos, pero, mal que me pese, no nos lo podemos permitir. Es uno de los actores del momento.

Bueno, al menos en mi cabeza puedo imaginarme que se le congela la polla y se le cae a trocitos.

La puerta del ascensor se abre mientras me pregunto por qué demonios he preguntado a Carla si seguía enamorada de Carrasco. Por suerte, ella no se ha extrañado, pero yo sí. No creo que fuera relevante para nuestra conversación, no sé por qué lo he hecho.

¿Y por qué me preocupo tanto por ella? Solo es una empleada. La vida personal de mis empleados no es de mi incumbencia. Mi prioridad es mi empresa, no tengo tiempo para distracciones como esta.

Pero estará bien, ¿verdad? ¿Me he ido demasiado pronto de su casa? ¿Debería haberme quedado mientras llamaba a su hermana?

Descubro que estoy en la calle, todavía plantado ante la puerta del edificio donde vive Carla. Estoy a tiempo de volver a subir.

Niego con la cabeza. Eso sería una tontería, además de raro de narices. Soy el jefe de Carla, no su amigo. Vuelvo a recordarme que la vida personal de mis empleados no es cosa mía.

No obstante, sigo sin moverme de ahí, porque no sé qué hacer. Es tarde para regresar a la oficina y no me apetece ir a casa, la casa que tengo que redecorar porque ya no me gusta. Pero tengo trabajo que hacer, debería hacerlo.

Me apetece tan poco...

Estoy siendo ridículo.

Empiezo a moverme de una vez. Decido que iré caminando hasta casa, es un buen paseo. Como ya se hará un poco tarde, puedo aprovechar para cenar en algún restaurante. Y después ya me iré a casa a trabajar un poco más.

Mi extraño estado de ánimo y yo nos perdemos entre la gente.

Carla

Tardo un buen rato en conseguir despegarme de la puerta. Puedo afirmar que acabo de vivir una de las situaciones más extrañas de mi vida, en la que mi jefe con tendencia a gruñir y ser desagradable ha cuidado de mí en un momento de crisis absoluta.

Raro, raro, raro.

Descubro que todavía tengo su pañuelo de tela en la mano. Bueno, no pasa nada. Teniendo en cuenta que está lleno de lágrimas y mocos, tampoco iba a devolvérselo ahora. Primero lo lavaré.

Será la primera vez en mi vida que lavo un pañuelo de tela. De hecho, creo que es la primera vez que conozco a alguien que use pañuelos de tela y que no sea mi abuela. Pero supongo que el Gran Agrio tiene demasiado estilo como para ir por el mundo con pañuelos de papel envueltos en plástico.

Ignoro el pinchazo de culpabilidad por haber vuelto a pensar en él como el Gran Agrio y me pongo en movimiento. Me acerco a la bolsa que ha dejado encima de la mesa y saco su contenido. Hay un montón de comida. Hay caldo que huele de maravilla, una ensalada, pollo al horno, varios yogures y una botella con zumo de naranja que parece recién exprimido. Joder, menudo detallazo.

Me echo a llorar como una idiota de lo agradecida que me siento. ¿Quién iba a decir que el Gran Agrio era capaz de un gesto así?

Ahora la culpabilidad por llamarle Gran Agrio prácticamente me abofetea. No puedo seguir llamándolo así, no después de lo bien que se ha portado conmigo.

Me zampo un yogur porque no he comido nada en todo el día (aparte de lágrimas y mocos) y estoy muerta de hambre. Después, mientras me tomo el zumo de naranja, me armo de valor y llamo a mi hermana.

—Carluchiiii —responde, ella siempre tan animada.

—Celia... —digo yo con un hilo de voz temblorosa.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

—Es que... Esta mañana te he mentado. —Tendrán que darle un premio a la paciencia a mi hermana, porque intento aguantarme las ganas de llorar y entonces tardo siglos en pronunciar cada palabra. Al final no puedo más y me echo a llorar del todo mientras sigo hablando—. No tengo gripe, ¿vale? Ayer leí una entrevista a Marcos y...

—Oh, ¿y te has desmoronado?

—Sííí —confieso llorando. Ahora vendrán la sorpresa y las preguntas. Tendré que dar tantas, tantas explicaciones... Un año de explicaciones. Me canso solo de pensarlo.

—Ya era hora, Carla.

El llanto se me corta de golpe. Igual que cuando el Gran Agrio... el jefe ha adivinado que mi crisis era culpa de Marcos.

—¿Cómo que ya era hora?

—En menos de media hora estamos ahí.

—¿Estamos?

—¿Puedes aguantar ese rato?

—Sí, pero... —No entiendo que está pasando.

—Genial. Menos de media hora, te lo prometo.

Y corta la llamada. ¡Corta la llamada sin darme explicaciones! ¿Se puede saber qué está pasando?!

Estoy tan confundida que durante los siguientes veintitrés minutos solo hago dos cosas: guardar la comida en la nevera y quedarme sentada en el sofá sin hacer nada.

Al fin, llaman al timbre.

Cuando abro la puerta, me encuentro con cuatro rostros conocidos que me sonríen: mi hermana, Violeta, Nuria y Sonia.

Y, como al parecer me he convertido en una fuente humana, me echo a llorar otra vez.

—Carla, cariño —dice Violeta con voz compasiva antes de abrazarme.

Me dejo abrazar por todas ellas sin dejar de soltar lágrimas a lo loco.

—Sí que te ha costado, peque —dice entonces Celia. Solo es un año y medio mayor que yo, pero siempre ha tenido la costumbre de llamarme así.

Me libro de su abrazo y las miro con el ceño fruncido. Todas tienen la misma cara de «Ya era hora, bonita».

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto a Celia.

—Carla, ¿de verdad crees que nos hemos tragado en algún momento que lo de Marcos solo te cabreó y que lo superaste de la noche a la mañana? —dice mi hermana. Las otras asienten.

—Pero... —Es lo único que acierto a decir, pero en mi cabeza se acumulan las preguntas. ¿En serio? ¿Por qué no han dicho nada? ¿En serio? ¿Cómo lo sabían? ¿En serio?

Mi hermana resopla.

—Llevas un año ciega, hija mía. O más bien sorda. Los primeros meses intentamos hablarlo contigo en varias ocasiones, pero o cambiabas de tema o te empeñabas en decir que todo iba bien.

—Ni siquiera recuerdas que te propuse que fueras a hablar con mi prima, ¿verdad? —dice Sonia.

—¿Tu prima?

—La que es psicóloga.

Parpadeo una vez. Dos veces. Tres veces.

¿En serio?

No recuerdo nada de todo esto. Nada.

—Al final decidimos dejarte ir a tu ritmo. Pero te vigilábamos de cerca —añade Celia con el ceño fruncido. Por su expresión, no me cuesta adivinar que ha estado muy preocupada por mí.

De repente, vuelvo a sentirme muy culpable, y estúpida, y agradecida, y confundida, y mi jefe me ha traído comida, y me echo a llorar otra vez. Nuria me abraza.

—Bienvenida de vuelta al mundo —me dice.

Y acabo de derrumbarme del todo.

Un buen rato después estoy tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en el regazo de Celia. Creo que por fin he agotado mi depósito de lágrimas. Al menos eso espero, porque lo que ha llegado a salir en las últimas veinticuatro horas no es normal.

Celia me acaricia la cabeza mientras charla con Nuria, Sonia y Violeta. No sé de qué hablan. Solo sé que están relajadas, de vez en cuando ríen, y yo me dejo querer por las caricias de mi hermana. Hace un rato han preparado chocolate a la taza (certificado sin gluten y con leche sin lactosa, porque Sonia es celíaca e intolerante a la lactosa) y el aroma todavía flota en el aire. Estoy cómoda y me siento arropada.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz.

—Gracias —digo con un suspiro.

Ellas no dicen nada porque supongo que consideran que no hacía falta darlas. Pero yo necesitaba decirlo.

—No sé si me veo con fuerzas de regresar al trabajo —confieso.

—¿Tienes que decidirlo ahora? —pregunta Celia.

—No. Mi jefe ha dicho que puedo tomarme unos días para decidirlo.

—¿Tu jefe el antipático que te ha traído comida como un buen amigo? —pregunta Nuria. Ella siempre va buscando el cotilleo. Quizá debería presentarle a Sergio, son tal para cual.

—El mismo.

—Bueno, pues no tienes que decidirlo ahora —dice Celia—. Hoy me quedo a dormir contigo y mañana nos tomaremos el día de relax.

—¿Y tu trabajo?

—Ya lo recuperaré el fin de semana. Espero que seas consciente del sacrificio que hago por ti.

Mi hermana es diseñadora gráfica y autónoma. Una de las pocas cosas buenas que le encuentro al hecho de que sea autónoma es la posibilidad de organizar sus horarios como le dé la gana.

Sé que bromea con lo del sacrificio, pero la barbilla me tiembla igual.

—Gracias —digo con la voz rota.

Vaya, pues parece que mi depósito de lágrimas no estaba seco. O ya se ha rellenado de nuevo. ¿De dónde sale tanto líquido? Seguro que acabaré deshidratada.

Celia me abraza con un brazo y me da un beso en la cabeza.

—Deja de dar las gracias, mujer.

—Vale, lo intentaré.

Cuando las demás se van, momento en el que no les doy las gracias, pero sí les digo que las quiero mucho, Celia y yo nos ponemos a ver la película *Los Mitchell contra las máquinas*. Que sí, será una película familiar o para niños, me da igual, pero yo me parto de risa con ella.

El día siguiente, Celia me lleva a desayunar a una cafetería que han abierto hace poco y que tiene las mejores tartas y bizcochos del mundo. Es bonita, es acogedora y además se llama La Cabeza En Las Nubes. Creo que acabo de encontrar una nueva cafetería preferida.

Aprovechamos que el día ha amanecido despejado y nos pasamos la mañana paseando por el centro de la ciudad, disfrutando del sol de finales de invierno. Al mediodía compramos un montón de *sushi* y nos lo comemos en el parque Antiguo, una maravilla de lugar que se

encuentra cerca del centro. Es enorme, hay grandes zonas de césped, parques infantiles, y aquí y allí se alzan coloridas estatuas de personajes y objetos que parecen sacados de cuentos de hadas. Un brujo, setas de todos los tamaños, una casita hecha de galletas y dulces, un caldero gigante, un árbol con cara, un unicornio... Es genial.

Al acabar de comer, las dos nos tumbamos sobre el césped a tomar el sol.

—Mañana iré a trabajar —digo al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Sí.

Me veo con fuerzas de hacerlo. Después de la llorera de ayer, y de haber hablado con Celia y mis amigas, me siento mejor. Todavía estoy un poco rara, muy sensible, pero también me siento menos cansada. No siento que la vida me pese tanto sobre los hombros.

—Acuérdate de la prima de Sonia. Por si necesitas hablar —dice Celia.

—De acuerdo —digo con sinceridad. Si veo que sigue costándome demasiado moverme por el día a día, pediré cita.

Saco mi teléfono y envío un mensaje a mi jefe, haciéndole saber que mañana iré a la oficina. Su respuesta llega en seguida. Es un escueto «OK».

Guardo el teléfono mientras frunzo el ceño, preguntándome porque esa respuesta tan breve me ha decepcionado. Menuda tontería. Sí, me trajo comida a casa y fue muy amable, pero eso no cambia nada. Sigue siendo mi jefe. Lo normal y adecuado es que responda así.

Pero el caldo que trajo estaba de muerte. ¿Estaré cruzando una línea si le pregunto dónde lo compró?

Carla

La mañana siguiente olvido poner mi alarma y despierto cuando ya debería estar saliendo por la puerta.

—No me jodas.

Creo que es la primera vez en mi vida que olvido poner la alarma.

Como no tengo tiempo de pasar por la ducha, me recojo el cabello como puedo, cosa que me temo que significa que voy con mechones que sobresalen por aquí y por allá. Pelos de loca, vamos.

Me visto rápido y corro hacia el metro, que por una vez no sufre retrasos en hora punta. Aun así, llego veinte minutos tarde.

La primera persona de la oficina con la que me encuentro es Max, que me dedica una de sus sonrisas amables.

—¿Ya estás recuperada de esa gripe?

Veo que el jefe no le ha contado la verdad. Qué discreto. Otra cosa más que agradecerle.

—Gripe de un día y medio, y ya como si nada —afirmo.

—Bien, me alegro —dice Max antes de despedirse y seguir su camino.

Cuando Sira me ve pasar por el ancho pasillo de la oficina, me grita desde su mesa:

—Tía, ¿ya estás bien?

—¡Del todo! —digo yo sin detenerme.

Lucía también se alegra de verme llegar, pero por otro motivo.

—Gracias a Dios. Desvío a tu teléfono todas las llamadas al jefe, que me las estaban pasando a mí y me estoy volviendo loca. —Se va corriendo a hacerlo—. Ah, ¡y me alegra que ya estés bien!

Sigo mi camino, riendo, y entro en mi despacho. Cuelgo la chaqueta con prisas y me apresuro a ir hacia la puerta del despacho del jefe. Voy a abrirla, pero en el último momento recuerdo que no he llamado. Doy unos golpes suaves y abro. Asomo la cabeza.

El jefe está escribiendo en el ordenador, concentrado y con el ceño fruncido. Como siempre, vamos. De entrada, no me hace ni caso.

—Hola —digo con suavidad.

Y entonces sucede algo raro. Para de teclear, me mira y sonrío un poco, amable. Casi me caigo al suelo de la sorpresa y durante unos segundos olvido qué iba a decirle.

—Carla.

—Siento el retraso —digo, recordando lo que tenía que decirle. Hago una mueca culpable—. Me he dormido.

—No pasa nada. —Duda un segundo—. ¿Cómo estás?

Después de la escueta respuesta a mi mensaje de ayer no me esperaba esa pregunta. Tras la sorpresa inicial, pienso que se merece una contestación sincera. Acabo de entrar en el despacho.

—Estaré bien. —Es cierto, creo que lo estaré.

Él no contesta en seguida. Parece distraído por algo.

—Bien —dice al fin.

Hago el gesto de irme, pero entonces recuerdo que debo hacer otra cosa. Saco su pañuelo del bolsillo y se lo dejo encima de la mesa.

—Está libre de mocos y lágrimas —le informo.

Él resopla, divertido, mientras lo coge y se lo guarda.

—Por cierto, lo siento, como llegaba tarde no te he comprado el cruasán.

El jefe mira al techo.

—Y doy gracias a los cielos por eso —dice. Después añade, con cara de súplica—: No compres más aberraciones de *croissants*. Por favor.

—¿Aberraciones?

—De las peores que he visto.

No puedo evitar reírme ante la seriedad con que lo dice. Empiezo a recular hacia la puerta.

—De acuerdo. Quizá algún día entenderé esa obsesión por los cruasanes.

—Dices eso porque nunca, ni una sola vez en tu vida, has probado un buen *croissant*.

—Debe de ser eso —admito riéndome.

Cierro la puerta detrás de mí y me dirijo a mi escritorio, donde me encuentro con una sorpresa: el candado gigante, el que atrapaba mi propio candado y el bote de chicles, ha desaparecido. Caramba, esto suena a ofrenda de paz por parte del jefe.

Yo también quito el candado. Para quitar el bote de chicles necesitaré una rasqueta que me ayude a arrancar la cinta de doble cara extrafuerte. Tendrá que esperar, pero lo haré.

El día es extraño. Sigo teniendo demasiado trabajo, pero el jefe no es borde ni critica cosas de manera gratuita, no tengo que fingir buen humor y no me siento tan cansada como antes. Como siempre, la soledad de mi despacho actual ayuda, porque sigo sin tener que fingir ante los compañeros de trabajo. Me llevo muy bien con ellos, sobre todo con Sira y Gabriel, pero no creo que les cuente la verdad sobre lo sucedido. Sé que podría hacerlo y que reaccionarían bien, pero no me apetece hablar de ello más de lo necesario. Al menos, no ahora. Quizá más adelante.

Cuando termina la jornada me siento bien. Esto irá bien.

La mañana siguiente tengo una nueva sorpresa. Parece que llevo unos días coleccionándolas.

Cuando el jefe llega, deposita ante mí un paquete que tiene la indudable forma de un cruasán. Parece un poco... ¿Incómodo? No, creo que más bien parece inseguro.

—Este señor ganó el premio a mejor *croissant* el año pasado —se anima a decir.

—¿Disculpa?

—La pastelería que hace estos *croissants*. El año pasado ganó el concurso al mejor *croissant* del año.

—¿Existe un concurso de cruasanes? —Pasada la sorpresa inicial, apenas consigo aguantarme la risa.

—Veo que eres una auténtica ignorante en cuestiones del *croissant*. Seguro que ni siquiera sabes que hay un Día Internacional del *Croissant*.

—No, no puede ser.

—Es el 30 de enero.

Ahora sí, no puedo más y se me escapa una carcajada.

—No deberías presumir así de tu ignorancia —dice, aunque no parece ofendido. Señala el paquete—. Pruébalo.

Se encierra en su despacho y me deja sola ante el cruasán. Lo miro con desconfianza. «¿El mejor cruasán del año?», pienso incrédula. A ver... Un cruasán es un cruasán, y ya está.

Desenvuelvo el paquete.

De entrada, no puedo negar que el cruasán con el que me encuentro tiene buen aspecto. Desde luego, nada que ver con los monstruos que, estas últimas semanas, me he dedicado a buscar para el jefe.

Lo huelo. Mmm, vale, su aroma es de cruasán rico.

Rompo la punta y le doy un mordisco. Lo mastico con cuidado, procurando saborearlo.

Abro mucho los ojos.

Maldita sea, tendré que tragarme algunas palabras y cierta carcajada. El cruasán está crujiente, es ligero ¡y sabe muy bien!

¿Se puede saber qué mierdas de cruasanes he estado yo comiendo hasta ahora?

Sigo, a bocaditos pequeños, para que no se termine demasiado pronto. Me entristezco cuando no queda ni una sola miga y después me comporto como una persona supermadura. Una debe admitir sus errores.

Abro el chat con el jefe y escribo: «No está mal». Una puede admitir sus errores, pero no es necesario hacerlo de entrada.

La respuesta llega en seguida.

«¡¿No está mal?!».

«Vale, tenías razón. Estaba delicioso».

«Te lo dije».

Ignoro su último comentario sabelotodo y pierdo veinte minutos de trabajo de oficina buscando información sobre el concurso de cruasanes (¡es cierto que existe!) y en qué pastelería hacen el que me acabo de comer. Caramba, está bastante lejos de aquí. Si no recuerdo mal, el jefe vive por aquí cerca, debe de haber madrugado mucho para ir a comprarlo.

No sé cómo sentirme al respecto.

Sí sé que los siguientes días y semanas el mundo sigue fuera de su eje porque la vida no regresa a su normalidad.

Casi cada mañana, el jefe llega a la oficina con un cruasán para mí. Están todos que te mueres de buenos.

Por otro lado, había dado por sentado que me daría unos días de descanso, pero que después regresaría a las andadas y volvería a ser el Gran Agrio. O, al menos, algo parecido.

Eso no sucede.

Hay unos primeros días que me trata con muchísima corrección, todavía con cierta inseguridad, pero que acaba convirtiéndose en amabilidad. Ya no me critica cualquier tontería. No se enfada ni se impacienta conmigo. No fulmina con la mirada mis queridas zapatillas moradas. Las pocas veces que se queja, lo hace como una persona razonable.

De hecho, ahora me da las gracias. Incluso puedo hacerle bromas. Le pregunto si también existe un Día Internacional de la Magdalena y se ríe. Le pregunto si le explotaría el estómago si

su cortado tuviera más café que leche y se ríe. Nos contamos anécdotas vividas en las fiestas de la empresa y nos reímos. A ver, el jefe nunca se ríe a carcajadas, solo ríe por debajo de la nariz o resopla divertido. En él cuenta como una risa. Y el caso es que tenemos complicidad.

Es raro de narices.

Pero voy a trabajar de buen humor y cada día me siento más descansada. Cada día me cuesta menos. Quedar con mi hermana y las demás ya no se me hace cuesta arriba y vuelvo a salir a tomar cervezas con los del trabajo. Marcos sigue llamándome y yo sigo ignorando sus llamadas. Pero lo hago por pura pereza, ya no me hacen sentir mal.

¿Significa esto que la Carla de ahora ha desaparecido y vuelvo a ser la Carla de antes, es decir, la de siempre?

No, no siento que sea así. Parte de la Carla de ahora sigue por aquí. Además, me temo que la Carla de antes nunca regresará. Ella era confiada, se creía capaz de valorar si la gente era de fiar o no. Visto el desastre con Marcos, es evidente que estaba muy equivocada. Y no pienso permitir que vuelvan a herirme así. He aprendido la lección.

Una tarde, varias semanas después de mi crisis, el jefe me escribe por el chat: «¿Puedes venir un momento?».

«Bueno, pero solo porque me lo pides bien».

«Ja. Ja».

Mientras me levanto pongo cara de incredulidad. Es increíble. Ahora incluso bromeamos por el chat.

Entro en su despacho y ya estoy a punto de alcanzar las sillas que hay delante de su escritorio cuando recuerdo que no he llamado a la puerta.

—Oh, espera —digo retrocediendo.

Doy un par de toques a la puerta y vuelvo a dirigirme hacia las sillas. Él me mira con los ojos entrecerrados.

—No eres graciosa —dice, aunque el principio de sonrisa en sus labios desmiente sus palabras.

—Si tú lo dices —digo mientras me siento y preparo la libreta y el bolígrafo para tomar notas.

—Eso no te hará falta.

—De acuerdo. —Cierro la libreta.

—Quiero saber tu opinión.

Alzo tanto las cejas que temo que se me salgan de la frente. ¿El jefe, pidiendo la opinión a una empleada? Definitivamente, el mundo sigue fuera de su eje, y cada vez es más difícil que regrese a su rotación correcta.

—A raíz de cerrar el acontecimiento con los americanos, me ha escrito otra empresa americana. También quieren una propuesta de evento corporativo para ellos y presupuesto.

Mi primer pensamiento es «Eh, ¡que guay!», pero me contengo de decir nada en voz alta cuando veo la expresión del jefe.

—¿Y el problema es...? —Al parecer, él ve algún problema que yo ni atisbo.

—El primer evento ya será muy grande. Mi intención era, por ahora, centrarnos en este. Demostrar que podemos hacerlo más que bien. Y, después, ya abrimos a organizar muchos más —explica—. Me parece lo más prudente. Pero rechazar este...

—Te parece arriesgado.

El jefe asiente.

—¿Y si perdemos negocio por no coger un trabajo ahora? —plantea.

Lo observo, pensativa. Él se pasa la mano por el cabello y me fijo en que se ha arremangado un poco las mangas de la camisa y sus antebrazos quedan a la vista. Esos antebrazos anticipan unos brazos muy interesantes, bien definidos...

No, no, ¿qué estoy haciendo? Me ha pedido la opinión sobre este otro asunto, no que me coma sus brazos con los ojos. Además, es mi jefe.

Me obligo a centrarme. Carraspeo.

—¿Cuántos trabajadores tiene esta otra empresa?

—Ciento tres. Sería para hacerlo dentro de un año. Es decir, un año antes que el otro.

Entiendo sus dudas. El boca-oreja a nivel internacional ya ha empezado a funcionar. Si se sabe que hemos aceptado un solo encargo, nos hará parecer una empresa con demasiado poco músculo, y esa no es la imagen que Eventos Lux quiere ofrecer al mundo. Pero si queremos abarcar demasiado y la apuesta nos sale mal, el resultado puede ser desastroso.

—Esto te lo dirán mejor los de Eventos Corporativos, pero creo que mover a ciento tres personas, aunque vengan de fuera, no es tan complicado —digo después de reflexionar unos instantes—. ¿Y si aceptamos este encargo y después creamos una lista de espera?

—¿Una lista de espera?

—Tener la agenda ocupada, con clientes en cola, también da buena imagen. Es una manera de decir «somos tan buenos que todo el mundo nos quiere». Y si aparecen nuevas peticiones internacionales, no les decimos que no, pero los ponemos en lista de espera.

El jefe me mira mientras reflexiona. Sus ojos grises, que hasta ahora me parecían grandes y fríos, ahora me parecen grandes y fascinantes. Después sonrío un poco y me encuentro pensando que cuando sonrío así está muy guapo. Frunzo el ceño, confundida. ¿Qué demonios está pasando?

—De acuerdo. Lo haremos así. Gracias por el consejo.

—No es nada —digo, levantándome.

Me falta tiempo para abandonar el despacho, preguntándome si mis ojos se han vuelto defectuosos. ¿Qué es esto de que cuando pienso en mi jefe por mi cabeza aparecen palabras como «fascinante», «interesantes» y «guapo»? Qué cosas más raras que me pasan.

En fin, seguro que solo ha sido un lapsus puntual. No volverá a suceder.

Pero es horrible, porque sí vuelve a suceder. Un montón de veces. Sigo fijándome en sus brazos, y en sus ojos, y me encuentro pensando en lo atractivo que es su rostro. Me pregunto qué cuerpo esconden esos trajes que cuestan un riñón y medio. Cuando sale de su despacho y pasa por el lado de mi escritorio, mis ojos rebeldes se desvían siempre hacia su trasero y recuerdo lo firme que me pareció el día que me restregué contra él. Y, encima, cuando pienso en él me siento superagradecida porque creo que estoy mucho mejor gracias a él.

Esto tiene que ser algún tipo de síndrome de Estocolmo. Un síndrome relacionado con un jefe borde en vez de con secuestradores. Es lo único que explica por qué pienso estas cosas que están tan fuera de lugar. Puede que nuestra relación haya cambiado, pero para el resto de la empresa el jefe sigue siendo el Gran Agrio. Sigue siendo borde, críticón y desagradable. Horrible, vamos.

Una de las peores reuniones a las que asisto es con Carlos, el responsable de Administración. Como siempre, el jefe está sentado de cara al televisor, dándonos la espalda a los demás. Carlos está explicando el presupuesto que ha preparado con las necesidades para ampliar la empresa de cara a los eventos internacionales. Nada más empezar, el jefe ha empezado a hacer preguntas y críticas. No puedo negar que incluso yo puedo ver que al presupuesto le faltan partidas. No está bien, y no sé en qué estaba pensando Carlos cuando lo preparó. Bueno, corre el rumor por la

empresa de que él y su mujer están pasando por una muy mala temporada. Quizás es por eso que lleva un tiempo descentrado, porque Carlos nunca ha sido de cometer este tipo de errores.

Esto al jefe le importa un comino, claro. Su tono cada vez es más desagradable, parece a punto de ponerse a gritar.

De repente, se interrumpe y se pone en pie. Se gira para mirar a un sorprendido y pálido Carlos. El jefe nunca mira a los demás durante las reuniones. Sin embargo, ahora le está fulminando con la mirada.

—Corrige esta mierda —le espeta, y sale a toda prisa del despacho.

Ha sido muy rápido, pero yo he tenido tiempo de verlo. La tensión en su rostro, las manos inquietas, la respiración un poco acelerada.

El jefe está a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

Héctor

Hundiremos la empresa.

Hundiremos la empresa.

La empresa que tanto nos costó levantar con Max, y se irá a pique porque no tengo personal que esté a la altura de las circunstancias.

Fracasaré estrepitosamente.

La presión en el pecho va en aumento. Empiezo a tener problemas para respirar. Los bordes de la visión se me nublan.

Avanzo rápido por el pasillo. Necesito llegar a mi despacho cuanto antes. Necesito encerrarme. No puedo permitir que nadie me vea así. ¿Qué clase de jefe tiene ataques de ansiedad en la oficina, delante de sus empleados? Aunque, ¿qué más dará si la empresa se hunde? Hundiremos la empresa.

Contengo la respiración, nadie puede darse cuenta de lo que está pasando.

Al fin, veo la puerta de mi despacho. Me apresuro todavía más y entro en el único refugio que ahora tengo al alcance.

Pero cuando me giro para acabar de cerrar la puerta, descubro horrorizado que Carla está ahí mismo y pretende entrar en el despacho conmigo.

No, no, no.

Intento acabar de cerrar la puerta rápido para poder echar el pestillo, pero ella es más rápida y la sujeta.

—Jefe, espera.

No puedo más y se me escapa una respiración ahogada, ruidosa. Mierda. Hundiremos la empresa y yo no puedo respirar. No puedo respirar. Y el pecho me explotará en cualquier momento. Esto no puede ser bueno para el corazón. ¿Y si el ataque de ansiedad me provoca un ataque al corazón?

Intento respirar otra vez, pero apenas me entra aire. Maldita sea. Me alejo de Carla, contra la que ya no puedo luchar. Está cerrando la puerta del despacho con pestillo y se me acerca, preocupada. Yo retrocedo, negando con la cabeza. No quiero que me vea así. En el mejor de los casos solo necesitaré sentarme en mi silla o en el sofá. En el peor, acabaré en el suelo. Es humillante. No me gusta ser tan débil.

Me sobresalto al chocar contra la pared. ¿Desde cuándo este despacho es tan pequeño? Se supone que es el más grande de la oficina.

Al mirar a mi alrededor para estudiarlo, tengo la sensación de que las paredes se me caerán encima. Cierro los ojos y me apoyo contra la pared. Sigo sin poder respirar bien. Las piernas me flaquean. Deslizo la espalda por la pared, dejándome caer al suelo.

—Jefe —dice la voz de Carla.

Apoya las manos en mis rodillas. Durante unos instantes, me resulta agradable sentir sus manos cálidas a través de la tela del pantalón. Pero pasa pronto, porque sigo sin poder respirar, sigo sin ver bien, mi corazón amenaza con estallar.

—Jefe, quiero que cuentes de cien a uno, pero de tres en tres.

Frunzo el ceño. ¿Se puede saber qué dice?

—Hazlo, por favor —me pide con voz suave.

¿Estoy ahogándome y pretende que me ponga a contar como si estuviera en el colegio?

Me da un apretón suave en las rodillas.

—Te prometo que te ayudará a respirar mejor. Venga, te ayudo a empezar. Cien, noventa y siete, noventa y cuatro...

La promesa de respirar mejor es más que tentadora, y aunque no comprendo por qué quiere que me dedique a contar, le hago caso.

—Noventa y uno... Ochenta... Ochenta y ocho... Ochenta y cinco...

Al principio me resulta difícil. Sigo respirando mal y me cuesta contar, pero Carla me dice que lo estoy haciendo muy bien. Qué mentirosa es. Impertinente, rebelde y ahora también mentirosa. Pero sus manos cálidas siguen en mis rodillas, el tacto es agradable y no quiero perderlo, así que sigo contando.

Cada vez me cuesta menos. Cuando estoy a punto de alcanzar el cero, descubro que ya no tengo problemas para respirar. El pensamiento de hundir la empresa ya no me abrume. Estoy concentrado en los números.

—Y uno —termino.

Todavía con los ojos cerrados, apoyo la cabeza contra la pared. Respiro hondo. Estoy mejor, estoy mucho mejor, aunque el resto del día arrastraré el dolor de cabeza y la sensación general de debilidad. Pero puedo respirar. Nunca había conseguido controlar un ataque tan rápido.

Abro los ojos. Carla sigue ahí, sentada en el suelo, observándome con atención. Quiero hablar, pero todavía tardo unos largos instantes en poder hacerlo.

—Gracias —digo al fin, con la voz rasposa—. Siento que hayas tenido que verlo.

—Tú me has visto disparar lágrimas y mocos como un aspersor y me prestaste tu pañuelo. Estamos en paz —sonríe.

Río por debajo de la nariz. Disparar lágrimas y mocos, qué imagen. Esta mujer es tremenda.

Nos quedamos un rato en silencio, observándonos. Me fijo en su media melena oscura, que le cubre el cuello. Un día vino a trabajar con el cabello recogido y me distraje mirando la línea delicada de su cuello. Me imaginé enterrando allí el rostro, empapándome del aroma de su piel. Soy su jefe y ella mi empleada y es del todo inapropiado que piense esas cosas, pero ojalá de vez en cuando se recogiera el cabello.

Carraspeo. Sé que debería levantarme, seguir trabajando, pero todavía no encuentro las energías para hacerlo.

—Deberías irte a casa a descansar —dice como si me hubiera leído el pensamiento.

—Tengo trabajo.

Abre la boca para replicar.

—Tengo trabajo —insisto.

Carla no insiste. Nos quedamos un rato más en un silencio que, sorprendentemente, no es

incómodo.

—¿Hace mucho que tienes ataques de ansiedad? —me pregunta ella al final.

Vuelvo a cerrar los ojos, a apoyar la cabeza contra la pared.

Podría contárselo. Que empezaron un 30 de mayo, el día que Maite...

No, no puedo hacerlo.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Carla mira su reloj, que ocupa su muñeca junto a un buen número de finas pulseras de colores.

—Faltan dos minutos para la una.

—Tengo una comida dentro de una hora. Debería irme.

—Vale —dice, poniéndose en pie. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme, pero dudo si aceptarla. Ella no tarda en impacientarse—. Venga, jefe, no tengas tantas manías. Arriba.

Me agarra el brazo y tira de mí con una fuerza que no me esperaba. Esto es muy raro. Carla consigue descolocarme una y otra vez.

—Concertaré otra reunión con Carlos para que vuelva a presentarte el presupuesto. Lo revisaré antes con él, ¿de acuerdo?

—Ese no es tu trabajo.

—Bueno, así no vuelves a perder el tiempo. Y no será difícil, tengo anotados los comentarios que... eh... le has hecho con tanta amabilidad.

Resoplo indignado.

—Si hiciera bien su trabajo yo no tendría que ser «amable».

Carla suspira como si me diera por imposible. No sé qué he hecho ahora.

—Ay, jefe... Bueno, yo voy a seguir con lo mío. Que vaya bien esa comida.

Mientras la observo salir del despacho, no puedo evitar fijarme en sus piernas largas. Ojalá esa blusa fuera un poco más corta y... No, no puedo seguir por ahí. Del todo inapropiado, me recuerdo.

Trabajo, tengo que concentrarme en el trabajo. Hoy ya no puedo permitirme perder más tiempo. Recojo mis cosas y me voy. No miro a Carla al pasar por su lado, así evito pensar en cosas inapropiadas.

Carla

Estoy entrando en mi despacho cuando el jefe está saliendo del suyo, listo para irse.

—Necesito el dossier —dice.

—Vale, antes que nada, que no cunda el pánico. —Cómo no, con esas palabras consigo el efecto contrario: el jefe me mira con cara de alarma, en lo que puede ser el principio de uno de sus cabreos—. Se ha estropeado la impresora a color. ¡Pero no pasa nada!

Digo esto en un intento de aplacarle antes de que empiece a quejarse o a acusarme de no haber tratado la impresora con suficiente cariño o alguna estupidez por el estilo.

El lunes a primerísima hora tiene una reunión con un posible cliente: el propietario y presidente de una empresa textil quiere celebrar por todo lo alto los cien años de su empresa familiar. Con la particularidad de que el señor debe de tener la edad de Matusalén y todo lo que son nuevas tecnologías le provocan alergia, así que nada de presentaciones digitales. Lo quiere todo en papel. Hoy es viernes y el jefe tenía que llevarse el dossier para tenerlo el lunes, pero no lo tengo listo. Así que estoy preparada para una reacción parecida a si estuviera a punto de llegar el fin del mundo.

Sin embargo, para mi sorpresa el jefe ni siquiera hace amago de abrir la boca para hablar. Solo se me queda mirando, esperando a que siga hablando.

—Eh... —digo, en un alarde de locuacidad. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Estoy desconcertada—. Ya he hablado con una copistería que hay cerca de aquí. Pasaré ahora para que impriman y encuadernen el dossier. Varias copias, por si acaso. Y te lo llevaré a la fiesta de esta noche.

Sí, esta noche hay fiesta. La han organizado mis compañeros de departamento y, por primera vez, yo asistiré como empleada invitada y no como empleada de guardia. Estuve dudando de si ir o no, pero Sira me convenció. Será curioso vivir la fiesta desde el otro lado.

Y es gracias a eso que podré llevar allí el dossier para el jefe.

—Bien. Nos vemos allí —dice, y se va.

Yo me quedo mirando la puerta con cara de tonta. No entiendo nada.

Hace ya casi una semana que el jefe sufrió el ataque de ansiedad. Desde entonces, apenas me mira. Seguimos hablando como colegas y bromeando, pero menos. Y sus ojos ya no se detienen a mirarme. En lo que se refiere a mi persona, solo hacen un barrido rápido. Para mí es una clara señal de que en cualquier momento regresará el Gran Agrio, así que siempre que surge algún tipo de imprevisto me preparo para que haga su aparición estelar.

Yo casi que agradecería que el Gran Agrio regrese. Cuanto antes. Así me curará de golpe mi estúpido síndrome de Estocolmo Empresarial, porque sigo sin poder evitar comerme al jefe con los ojos. También voy por la oficina pensando que el hombre es la mar de atractivo y que desnudo seguro que todavía lo está más. Qué cosa más inconveniente, en serio.

Y no me molesta que él apenas me mire, ¿eh? Es lo mejor, sí.

Que regrese el Gran Agrio de una vez, por favor.

Eso o que Max me devuelva mi puesto de trabajo habitual.

De hecho, al salir de la oficina tengo la suerte de encontrármelo en el ascensor.

—¿Qué tal va tu negociación con la empresa de asistentes de dirección? —le pregunto.

Él suspira y mira al techo.

—Pues... No está siendo fácil, no. —Me mira preocupado—. ¿No estás bien con Héctor? Me había parecido...

—Sí, sí, estamos bien —afirmo. Es cierto. El único problema es que no paro de admirar su trasero. Eso no se lo digo, claro.

—Ah, bien, bien. Bueno, a ver si la cosa se soluciona rápido. —Las puertas del ascensor se abren y Max sale con prisas—. Bueno, nos vemos el lunes, ¡adiós!

Me dirijo a la copistería, donde tardan muy poco en imprimir y encuadernar tres copias del dossier. Después voy a casa, donde me toca revisar una parte de mi armario que hace más de un año que no toco: el de los vestidos de fiesta.

Cuando estoy trabajando en fiestas me arreglo con ropa muy formal, pero no me pongo vestidos. Esos siempre los he dejado para cuando asisto como invitada. No son vestidos clásicos de fiesta con brillantitos y cosas por el estilo que siempre me han parecido muy cursis. Soy consciente de que, con sus cortes y estampados desiguales, rozan la informalidad. Pero me encantan. Y todos combinan con alguno de mis zapatos o sandalias moradas.

Como no tengo tantos vestidos, no tardo en elegir uno. Lo combino con las sandalias, me maquillo y descubro que se me ha hecho tarde. Me voy de casa con prisas y estoy a punto de olvidar los dossieres, pero en el último momento recuerdo cogerlos.

La fiesta se celebra en el quinto pino. Sin embargo, gracias al doble sueldo más el veinte por ciento que estoy ingresando estos días, no me duele tanto pagar el dineral que cuesta el taxi hasta allí.

El lugar ya está a tope y los fotógrafos y periodistas que han asistido se están volviendo bastante locos con la presencia de algunos famosos. Arg, Marcos también está por ahí. Sigue llamándome de vez en cuando y yo sigo ignorando sus llamadas. Creo que algún día tendré que hablar con él, pero todavía me da demasiada pereza.

Me cuelo entre la gente procurando que Marcos no me vea y paso por el guardarropa para dejar el bolso, la chaqueta y los dossieres. Decido pasar primero por la barra del bar para pedir una copa. Después iré en busca de Sira y Gabriel. Creo que Ainhoa y Bruno también estarán por aquí.

A mitad de camino, veo algo que me deja helada. Es como si me hubiesen echado encima un cubo de agua enfriada con hielo del Polo Norte. Es el jefe, impecable y tan guapo como siempre... que va acompañado por una mujer despampanante. No es Paula, pero su complexión también grita modelo. Él le pasa la mano por la cintura, ella le está susurrando algo al oído y él sonríe.

Mi maldito síndrome de Estocolmo Empresarial hace de las suyas: me entran ganas de echarme a llorar. Enseguida me siento como una idiota por ello, claro. Me reprendo a mí misma. ¿Qué me pasa? El jefe, como Marcos, pertenece al cien por cien al mundillo del espectáculo y

famoseo: ligues sin ataduras, relaciones superficiales y muchas infidelidades. En lo que se refiere a relaciones sentimentales, quiero mantenerme a kilómetros de distancia de este entorno y sus gentes. Bueno, seamos sinceros: quiero mantenerme muy lejos de cualquier cosa que suene a relación sentimental estable. Así que el jefe puede hacer lo que le apetezca con otras mujeres.

Aun así, me siento mal por verlo con otra mujer.

«¿Eres idiota, Carla?», me digo.

Sí, al parecer sí que lo soy.

En fin.

Me obligo a darles la espalda y a dejar de pensar en ellos. Disfruto de la copa que me sirven en la barra. Río y bailo con los compañeros de trabajo. Ayudo a Ainhoa a librarse de un moscardón que no la deja en paz. Es siempre tan correcta que es incapaz de enviarlo a la mierda como se merece.

—¿Crees que esta vez podré invitarte a esa copa? —pregunta alguien a mis espaldas en cierto momento.

Es David. Me giro y me lo encuentro sonriéndome. Sus ojos, que brillan como los de un auténtico pillo, se deslizan por mi cuerpo sin ningún tipo de disimulo.

—Suenan bien —respondo.

Ni siquiera había pensado en que podría encontrármelo aquí, pero ahora me doy cuenta de que es lo que necesito: recuperar mi vida sexual, que a la pobre le han salido telarañas. Si tengo actividad por otro lado, seguro que dejaré de babear por mi jefe.

—Hoy ya he terminado. ¿Tomamos una última copa aquí y nos vamos? —propone David.

—Genial.

Nos abrimos paso hacia la barra mientras vamos hablando, sin prisas. Nos ponemos al día de nuestras vidas desde la última vez que nos vimos, aunque no hay demasiado que contar más allá de que estoy trabajando de forma temporal de asistente de dirección.

—¿Asistente de tu jefe? —dice con cara de susto—. ¿El que dicen que es tan borde?

—¿A ti también te han llegado los rumores? —pregunto, divertida y un poco sorprendida. El jefe es muy borde en la oficina, pero fuera de ella y con los clientes es un dechado de corrección. Serio y contenido pero cortés.

David asiente.

—¿Y cómo lo llevas?

—Bueno, al principio hubo un poco de tensión. Pero ahora no está mal —digo, sin entrar en detalles de todo lo que ha sucedido.

Cuando alcanzamos la barra tenemos que luchar un poco para abrimos paso entre la multitud. Es una barbaridad lo que bebe la gente en estas fiestas, parece que esté todo el mundo aquí concentrado.

Al fin encontramos un hueco, pero tropiezo con mis propios pies y me estampo contra el brazo de un hombre.

—Perdón —me disculpo.

Al mirar a la víctima de mi tropezón, descubro que es el jefe. Jolines.

—Carla. —Desvía la mirada hacia abajo, por mi vestido y hacia mis sandalias. Seguro que se está preguntando por qué soy incapaz de andar bien si apenas llevo tacón—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —digo, riéndome como una idiota. Qué triste, qué patética me he vuelto.

David tiene poco espacio y se pega un poco más a mí. El jefe lo mira con el ceño fruncido.

—Jefe, este es David —los presento.

David le dedica una sonrisa a modo de saludo, pero el jefe se limita a hacer un gesto leve con

la cabeza, todavía con el ceño fruncido. De verdad, qué antipático que puede llegar a ser este hombre. No consigo comprender por qué va así por el mundo.

Sin embargo, cuando vuelve a mirarme, su expresión se suaviza.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, mucho —digo, forzando una sonrisa. «Y no me importa nada de nada que hayas venido con uno de tus ligues de una noche, para variar», pienso. Estoy esforzándome mucho por creerme mis propios pensamientos—. ¿Y tú qué fallos estás encontrando a la organización?

Se lo pregunto así, a bocajarro, porque sé que habrá encontrado un montón.

—Bueno, la llegada de las caras conocidas ha estado un poco mejor coordinada, pero todavía es mejorable. El *catering* vuelve a ser un desastre y he tenido que ir yo mismo a dar indicaciones al *disc jockey*. No quiero que lo contratemos más, le gusta demasiado el reguetón. ¿De qué te ríes?

—La fiesta es un éxito, pero sabía que a ti te parecería que más bien roza el desastre.

David nos interrumpe un momento para preguntar qué quiero beber.

—¿Estás llamándome exagerado? —pregunta el jefe cuando acabo de hablar con David.

—Eso lo has dicho tú, yo no —sonríó con picardía, y él también sonríe.

—En esta vida hay que ser exigentes, Carla, si no...

—Eventos Luxe no sería lo que es sin exigencia, cierto. ¿Pero es necesario ser hiperexigente? La perfección es imposible.

Mientras hablamos, no puedo evitar pensar otra vez en lo atractivo que es y me siento... melancólica. Qué rara estoy. Intento poner cara de póker, pero no sé si lo consigo. Oh, Dios, seguro que se da cuenta de que le miro con ganas. ¡Disimula, Carla, disimula!

Estoy tan preocupada que tardo unos instantes en darme cuenta de que él no ha replicado a mi último comentario. Me está mirando. Y yo lo estoy mirando.

Esto es raro.

¿Qué está pasando?

Doy gracias al dios de los camareros cuando uno de ellos se acerca para dejar dos copas delante del jefe, cosa que me recuerda que él está allí con su modelo que quita el hipo. Se irá con ella a casa, y yo me iré con David. Y está bien, es lo que tiene que ser.

El jefe carraspea.

—Buenas noches, Carla.

No ignora a David, pero se limita a lanzarle otra mirada enmarcada por las cejas fruncidas y se va.

—Buenas noches —digo a su espalda.

Cuando vuelvo a girarme hacia David me esfuerzo por sonreír, pero necesito unos segundos para poder apartar de mi cabeza al jefe y lo que me hace sentir.

Después de tomarnos la copa que acabamos de pedir, nos vamos. David me lleva a una coctelería cercana, donde yo solo soy capaz de tomarme un cóctel sin alcohol. Si bebo más, acabaré como una cuba, y necesito mantener el control.

A medida que se acerca el momento de irnos a casa de uno de los dos, me voy poniendo nerviosa. Supongo que es porque hace mucho que no me acuesto con nadie. Pero antes no solía ponerme así de nerviosa. No sé qué me pasa. Quizás al final he bebido demasiado.

—Carla, voy a ser sincero contigo —dice entonces David, consiguiendo captar mi absoluta atención—. Me apetece mucho acostarme contigo. Pero tengo la sensación de que, si te invito a mi casa, mañana por la mañana me mirarás y te arrepentirás porque no soy tu jefe.

Abro mucho la boca, tanto que corro el peligro de que se me desencaje la mandíbula. No sé si

estoy intentando mostrarme sorprendida, indignada o solo intento disimular. No lo sé, porque mi cerebro acaba de sufrir un cortocircuito gigante, provocado por el mar de humillación en el que acabo de caer. ¿David se ha dado cuenta de que mi jefe me hace tilín?

—Mierda, me he equivocado. Debería haber pedido un cóctel con alcohol —digo al fin. Es la única manera de superar este momento. Con mucho alcohol.

David ríe.

—Oye, yo no le veo la gracia —me quejo. Mi jefe me está amargando la vida. Antes lo hacía en la oficina y ahora está hundiendo mi vida sexual.

—Bueno, creo que tu problema tiene una solución bastante sencilla. Habla con él.

—¿Perdona? —pregunto horrorizada. Después alejo su copa de él—. Has bebido demasiado.

—He visto cómo te miraba, Carla. Exactamente igual que como lo mirabas tú.

Ostras, creía que David era un tío bastante normal, pero me doy cuenta ahora de que estaba muy equivocada. Sufre alucinaciones. O se inventa cosas. O le gusta mentir. O todo a la vez.

—Vale, ¿sabes qué? Vamos a dejar este tema —pido. No estoy molesta, pero quiero hablar de otra cosa.

—Si tú quieres.

—Para mi jefe solo soy la asistente con la que le ha tocado cargar. Solo he conseguido que me tolere, nada más —le explico. Una clara prueba de ello es que durante el día apenas se digna a mirarme. Esto no se lo cuento a David, quedaría muy patético por mi parte.

—Creía que querías cambiar de tema.

—Sí que quiero, pero es que vas diciendo estas cosas... Y el lunes me tocará regresar a la oficina y...

Un momento.

El lunes.

¡He olvidado darle los dosieres!

Héctor

Acabo de dejar a Dunia en su casa. Me ha hecho el favor de fingir ser mi pareja y ligue de esta noche. Ha sido mi intento desesperado de hacer entender a Paula, de una vez por todas, que no quiero nada con ella. Ni relación estable, ni sexo esporádico, ni nada.

Por la cara que ha puesto al vernos y lo enfadada que se ha ido de la fiesta, creo que la patraña ha funcionado. Y ahora necesito un *whisky*.

Me sirvo uno. Generoso.

El *whisky* ni siquiera me entusiasma. Solo tengo una botella en casa porque alguien me la regaló. Pero esta noche me hará un favor, que es ayudarme a borrar las imágenes que vienen a mi cabeza una y otra vez.

La primera es el momento en el que he divisado a Carla en la fiesta. Nunca había experimentado antes la sensación de que se me cayeran las pelotas al suelo. De hecho, ni siquiera sabía que podía suceder. Pero es lo que ha pasado.

Lo que no sé es por qué ha pasado. Carla ni siquiera es mi tipo habitual. Hace años que solo me fijo en otro tipo de mujer, como Paula o Dunia, más clásicas y que visten con elegancia sin pestañear. Pero esta noche Carla estaba... El vestido ni demasiado ajustado ni demasiado holgado que rozaba la informalidad. El cabello recogido y la exhibición de su cuello largo. El maquillaje que hacía resaltar sus ojos.

Pelotas en el suelo, ya lo he dicho.

No olvidemos las sandalias; moradas, por supuesto. Río por debajo de la nariz. Esta mujer es de lo que no hay.

La risita se me corta cuando otras imágenes acuden a mi cabeza.

El rubio con cara de listillo que la acompañaba en la fiesta y que tanto se pegaba a ella. El rubio besándola. Hundiendo el rostro en su cuello, empapándose del aroma de su piel. Quitándole el vestido.

Cierro los ojos con fuerza, deseando que las imágenes se vayan. Todos los esfuerzos de mis últimos días por no sentirme atraído por ella han sido en vano. O, al menos esta noche, se han ido al garete.

Debería exigir a Max que espabile de una vez con el reemplazo de Carla. Llevamos meses así, meses, y esto es una distracción que ni quiero ni me puedo permitir. Cuanto más lejos esté ella, mejor. Si regresa a su puesto de trabajo habitual, todo volverá a la normalidad.

Sí, eso es lo que debo hacer. Cojo el teléfono con la intención de escribir a Max, pero mis

dedos se quedan quietos encima del teclado. No me salen las palabras.

Entonces entra un mensaje. Una extraña sensación me recorre el cuerpo cuando veo que es de Carla. ¿Significa esto que ya ha acabado de follar con su ligue y ahora me escribe para... ¿Para qué me escribe a estas horas?

Abro el mensaje, curioso.

«Jefe, ¡hemos olvidado los dosieres!»

—Mierda.

Con eso de perder las pelotas he olvidado por completo los malditos dosieres.

«Acabo de recogerlos del hotel, puedo llevártelos ahora», escribe después.

La idea de que Carla venga a mi casa me turba. Quiero verla y a la vez no quiero. No quiero ser testigo de su estado después de haberse enrollado con el rubio.

Pero necesito esos dosieres. Maldita sea.

«OK», respondo, y añado mi dirección.

«¿Sí? ¿No te molesto?».

«Está bien».

«OK».

Veinte minutos después, primero suena el timbre del portal y después el del rellano. Cuando abro la puerta allí está ella, con el mismo aspecto que en la fiesta. De repente, me relajo. Esto significa que no se ha enrollado con el rubio, ¿no?

—Hola, jefe —me saluda.

—Hola —digo yo, de bastante mejor humor.

Carla me tiende los dosieres.

—Siento el despiste.

Miro los dosieres. Debería cogerlos, decirle que no pasa nada, darle las gracias, desearle buenas noches y cerrar la puerta. Lo sé, es lo que debería hacer.

Pero hago otra cosa.

—Pasa, tómame algo —digo, cogiendo los dosieres y apartándome para dejarla pasar.

—¿Sí? —pregunta ella, dudosa. Mira hacia el interior del piso, como si esperara ver u oír algo o alguien.

—Estoy solo.

Ella parece sorprenderse mucho.

—Ah, vale —dice, más tranquila.

Entra en el piso y avanza con prudencia por el corto pasillo. Yo me río.

—Carla, no vivo en una casa del terror.

—¿No? Qué decepción —bromea. Después añade—: Es que estoy entrando en la casa del jefe, tengo curiosidad.

Llegamos a la amplia cocina, que se abre al también amplio salón comedor.

—Uau. Creo que mi piso entero cabe aquí dentro —dice ella mientras se acomoda en uno de los taburetes que hay al lado de la isla.

Es cierto. Su piso es muy pequeño, pero muy acogedor. Bastante más acogedor que el mío. Normal que haya dejado de gustarme.

—Pude comprar dos pisos y juntarlos —explico—. ¿Qué quieres tomar?

—Eh... Agua está bien. Esta noche ya he bebido mucho.

Le sirvo agua y yo sigo con mi *whisky*. Abro uno de los dosieres y le echo un vistazo.

—¿Has tenido problemas en la copistería?

—No, qué va. Allí trabajan bien.

Es cierto. La impresión es de buena calidad.

Cuando cierro el dossier y vuelvo a levantar los ojos hacia Carla, tengo un pequeño sobresalto que consigo disimular. Creo que me estaba mirando... con anhelo.

Ella parpadea y carraspea. Acaba de beberse su vaso de agua con cierta prisa y lo deposita con cuidado sobre la isla.

—Bueno, jefe, no te molesto más —dice, y se levanta para irse.

«No molestas», quiero decirle, pero las palabras no salen. Sigo atascado en esa mirada que le he descubierto. ¿Me lo he imaginado o de verdad estaba ahí? No es prudente preguntármelo, pero... ¿y si ella también se siente atraída por mí?

Esa línea de pensamiento es peligrosa.

Y puedo estar equivocado.

Creo que ni siquiera soy su tipo. Con lo que sé de Marcos Carrasco, no nos parecemos demasiado.

Pero mientras camino detrás de ella para acompañarla a la puerta, no puedo dejar de mirar su cuello o las curvas que su cuerpo dibuja en el vestido.

Carla abre la puerta. Se gira para despedirse, y entonces lo veo. Veo que sus ojos se desvían hacia mis labios y veo que al encontrarme más cerca de lo que esperaba aguanta la respiración.

Es como si soltaran la correa imaginaria que me sujetaba porque un segundo después la estoy besando. Acabo de acercarme a ella y capturo sus labios con los míos. A Carla se le escapa un suave gemido que, no lo voy a negar, me vuelve loco. Se pega más a mí y me deja hacer. Yo lo aprovecho para atraparla contra la pared y besarle y lamerle y mordisquearle los labios y la lengua como si me fuera la vida en ello. No era consciente de necesitarlo tanto. Me rodea con los brazos y nos apretamos todavía más el uno contra el otro, hasta que es imposible que ella no note que estoy duro como una piedra, hasta que ambos jadeamos con nuestros besos impacientes.

Nos separamos solo un poco para darnos un segundo para respirar. Observo la constelación de pecas que me llamó la atención desde el primer día, observo el resto de su rostro. ¿Por qué no vi desde un primer momento lo hermosa que es?

Sé que estamos cometiendo un error. Carla es una empleada. Yo soy su jefe. Y, a nivel personal, nunca repito. Nunca. No quiero esas complicaciones. Y enrollarnos para después vernos en la oficina puede crear muchas complicaciones, muchas tensiones.

Deberíamos dejarlo aquí.

Sin embargo, hoy mis labios parecen tener vida propia y se dedican a ignorar todo lo que piensa mi cabeza.

—Quédate —dicen.

Ella me mira con sus grandes ojos oscuros. Duda.

—Solo esta noche —responde al fin.

Solo esta noche me vale. Yo también quiero una única noche.

Cierro la puerta de casa y vuelvo a perderme en sus labios. Por fin puedo enterrar el rostro en su cuello y lo cubro de besos y respiro el olor de su piel. Por fin. Sin separarme de ella empiezo a empujarla hacia la habitación.

—Te enseñaría el resto del piso, pero estoy ocupado —bromeo entre besos.

Ella ríe.

—Está bien, te perdono —suspira. Juraría que se le ponen los ojos en blanco cuando vuelvo a besarle el cuello.

Y después de esto se acabaron las palabras. Los dos estamos impacientes. Nos quitamos la ropa el uno al otro, nos devoramos, me pierdo en su cuerpo suave y sus manos y su boca me

llevan al límite. Creo que se me escapa un gemido un poco desesperado cuando por fin me hundo en ella, porque el placer me abruma y lo ansío a la vez, y la atrapo contra el colchón y la cama se mueve y cruje siguiendo nuestro ritmo. A pesar de nuestras prisas, es largo, tenemos tiempo de besarnos más, acariciarnos más y navegar nuestros gemidos. Cuando ella se corre susurra mi nombre y me lanza a ver las estrellas en el mejor sentido de la expresión, a derramarme en su interior y perderme en un mar de intenso placer.

Carla

Uau.

Sí, mi cerebro está así de frito y eso es lo único que soy capaz de pensar sobre lo que acaba de suceder. Uau.

Uau en el buen sentido.

Uau, qué intenso ha sido.

Uau, qué a gusto me he corrido.

Uau, qué relajada me he quedado.

Creo que puedo atreverme a afirmar con seguridad que para Héctor (pensar en seguir llamándole «jefe» hace que se me ericen los pelos de forma desagradable) ha sido igual de uau que para mí.

Estamos los dos tirados sobre la cama, él boca arriba y con una pierna encima de las mías y yo boca abajo y con un brazo encima de su torso. El único sonido que se oye en la habitación son nuestras respiraciones aceleradas.

Es que ha sido... uau.

Y ha sido una primera vez.

No es que esté planeando repetir, pero mis líos de una sola noche nunca habían funcionado tan bien. Tampoco he tenido tantos, pero alguno ha habido. Y con los tres novios que he tenido a lo largo de mi vida, la primera vez siempre había el componente nervios porque esa persona te gusta mucho y quieres que salga tan bien que al final acaba saliendo no tan bien.

En fin, que esta vez ha sido uau.

¡Tan uau que ni siquiera recuerdo si hemos utilizado preservativo!

Levanto la cabeza de golpe, alarmada, y miro hacia abajo... Sí, ahí está. Buf, menos mal. Me permito volver a sumirme en mi dicha posorgasmo estupendo, nuestras respiraciones se van relajando... hasta que un repentino rugido rasga el silencio. Gimo y escondo la cabeza debajo de la almohada, avergonzada. Héctor ríe.

—Parece que alguien tiene hambre —dice.

Sí, cuando tengo hambre mi estómago es capaz de rugir como un auténtico león. Más de una persona ha huido asustada, creyendo que una bestia salvaje había escapado del zoo de la ciudad.

—No sé qué hora es, pero sí sé que hace muchas horas que no como —me defiendo.

—Puedo alimentarte. Tengo comida.

—Oh, eso sería un auténtico detalle —digo con entusiasmo, haciendo que Héctor vuelva a

reír.

—Veo que eres feliz con poco. ¿Qué te apetece?

—Dulce. ¿Tienes cruasanes?

Él me mira como si hubiera dicho una barbaridad.

—Los *croissants* se compran frescos.

—¿De esos envasados de supermercado no tienes? —pregunto con cara de inocente, solo para provocarlo.

—Me estoy repensando eso de darte de comer.

Ahora me río yo.

—A ver, míster cruasán, ¿podemos ver qué tienes y entonces decido?

—Claro, pero te advierto que mucha cosa dulce no tengo.

—Pues vaya —digo distraída, buscando algo que ponerme. Encuentro mis bragas, pero a saber dónde está mi vestido. Y, además, ponerme a comer ahora con el vestido será raro—. ¿Me prestas una camiseta?

Héctor rescata su pijama del suelo. Entre tanto frenesí ha caído junto a las dos almohadas y las sábanas. El pijama es de algodón y, cómo no, elegante. Me lanza la parte de arriba, que es con botones, y él se pone los pantalones.

Nos dirigimos a la cocina, donde Héctor abre un cajón de la isla y me señala el interior.

—Todo lo dulce está aquí. ¿Quieres beber algo?

—¿Tienes leche?

—De avena.

—Vale —respondo, y me entrego a cotillear el triste cajón de los dulces.

Contiene un paquete de galletas de esas que no me gustan nada porque parecen más secas y sosas que una suela de zapato. Sin embargo, a muchas personas les gusta mojarlas en el café. Qué raro es el mundo.

Aparte de las galletas hay un chocolate de, válgame Dios, noventa por ciento de cacao. Y un bote que, de entrada, no identifico. Al cogerlo y leer la etiqueta mis ojos se iluminan. Esto sí que es interesante. Es una crema de chocolate. No es ni una Nutella ni una Nocilla, claro, sino una marca italiana ecológica con aspecto de ser muy pija. Pero, con suerte, estará rica.

—¿Tienes tostadas?

Héctor abre un armario y saca una caja que contiene varias tostadas. Después me consigue un plato y un cuchillo.

—¿Tú no quieres? —pregunto, por si quiere que le prepare una tostada también.

—No, gracias. Con un poco de leche tengo suficiente.

Bebe su leche mientras me observa preparar la tostada. Cuando le doy el primer mordisco, pongo los ojos en blanco. Es involuntario, lo prometo.

—Leñe, qué buena está —digo.

Mientras sigo comiendo vuelvo a leer la etiqueta del bote. Tengo que comprar uno y dejársela probar a Celia. También le encantará.

Me termino la tostada en un abrir y cerrar los ojos, y después no me corto y me chupo los dedos.

—Buenísima. ¿Cómo eres capaz de tener un bote casi entero en casa?

—Vete a saber —contesta, aunque parece distraído.

—El día que me compre uno de estos botes, sé que no me durará ni tres horas.

Me doy cuenta de que Héctor me está observando con una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Tienes... —dice, señalando un lugar impreciso de mi cara o cuello.

—¿Qué? ¿Dónde?

Se levanta y se acerca a mí. Entonces mete el dedo en el bote de crema de chocolate y me ensucia el cuello.

—Aquí. Te has manchado. Te ayudo a limpiarte.

Acto seguido, con la mano que no se ha ensuciado me recoge el cabello para apartarlo de su camino y me limpia el cuello a besos y pequeños lametazos.

Y solo con eso ya vuelvo a estar más cachonda que... más cachonda que... yo qué sé, no puedo pensar con claridad y no se me ocurre con qué compararlo. Solo sé que todas mis células vuelven a pedir sexo.

Me agarra un momento para ayudarme a sentarme encima de la isla. Después, apenas me doy cuenta de que, mientras se entrega a mi cuello, me empieza a desabrochar la camisa del pijama. No la abre del todo, lo justo para dejar mis pechos al descubierto. Me ensucia los pezones y las partes más sensibles con más crema de chocolate, y después vuelvo a quedar presa del mismo desenfreno que antes. Las manos de Héctor, sus labios, su lengua, vuelven a explorarme y a arrancarme gemidos y suspiros. Carga conmigo hasta la habitación, hasta la cama, y esta vez ni siquiera me da tiempo de perderme también en su piel, porque no tarda en pedirme que lo monte, así, con estas palabras que no sabía que me excitarían tanto, y me siento encima y muevo las caderas para sentirlo entrar en mí, y vuelve a suceder. Ponemos a prueba la cama mientras nos aferramos el uno al otro, nos besamos, nos arañamos, nos acariciamos como si no pudiésemos vivir sin sentir la piel del otro. Y al final, por tópico que parezca, llegan los fuegos artificiales.

Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta. Despierto al cabo de no sé cuánto rato, un poco antes del amanecer. Nada más abrir los ojos me encuentro con el atractivo rostro de Héctor, que duerme plácidamente. Verlo así de relajado es extraño.

Me quedo observándolo unos instantes hasta que hace aparición un pensamiento que llevo horas intentando evitar.

Me he convertido en un cliché.

Soy la secretaria que se ha acostado con su jefe.

Sé que muchas parejas en el mundo se han formado así, pero ahora mismo no hay nada que me parezca más horrible que haberme convertido en un cliché en la vida real.

Además, Héctor y yo hemos pasado varias horas metidos en una burbuja de irrealidad. Ha estado bien, pero ahora la burbuja ha reventado y me asusto. No me arrepiento de haberme acostado con él, pero no ha sido prudente. Es mi jefe. Y yo todavía estoy saliendo de una etapa muy complicada de mi vida. Esto podría convertirse en una gran complicación.

Bueno, quizá no.

He sido clara con Héctor. «Solo una noche».

A él le ha parecido bien. Y, además, ya sabemos de qué pie cojea. Liges puntuales, nada más. Nada serio.

Es decir, estamos de acuerdo.

Así pues, esto no tiene que suponer ninguna complicación. Nos apetecía acostarnos, nos hemos regalado dos estupendísimos polvos y ya está. Ahora seguiremos con nuestras vidas como dos adultos, es decir, cada uno seguirá con su vida. Solo coincidiremos en el trabajo, y estará bien.

No hay que complicar las cosas de forma innecesaria.

Lo mejor será que me vaya mientras Héctor duerme. Así evitaremos una situación incómoda en la que nos veamos obligados a aclarar nada de forma innecesaria.

Dicho y hecho, hago un mutis por el foro.

Carla

El resto del fin de semana no hago mucho. Me quedo en casa porque todavía tengo la necesidad de pasar muchas horas en el sofá, tranquila. Solo salgo para verme un rato con Celia y las demás, a las que no pienso contar nunca lo que ha sucedido. Nunca entenderán cómo he pasado de echar pestes de mi jefe gruñón a acostarme con él.

A lo largo del sábado y el domingo me repito que la vida sigue igual. No ha cambiado nada. Absolutamente nada.

Solo que cuando Héctor llega el lunes a la oficina, después de la reunión de primera hora en la empresa textil, al instante recuerdo lo bien que huele su piel, lo mucho que me gusta que me bese el cuello y el gruñido grave y gutural que se le escapa cuando se corre. Ay, madre, con el calor que siento por todo el cuerpo espero no estar poniéndome como un tomate.

—Hola, jefe —me obligo a decir con una sonrisa que rezo para que parezca la misma de siempre—. ¿Cómo ha ido la reunión?

Él se ha detenido ante mi escritorio y me está observando, serio. Soy incapaz de descifrar su expresión. Tarda unos instantes en contestar.

—Bien —dice al fin—. Me acabarán de confirmar esta semana si les interesa, pero es casi seguro que nos contratarán.

—Genial, me alegro.

Él asiente, frunce un poco el ceño. Creo que se siente un poco incómodo. ¿Quizás también teme haber creado una complicación? Con lo importante que es su empresa para él, seguro que teme haber metido la pata de alguna manera. Pero yo lo último que quiero ser es la causante de un ataque de ansiedad. Otra vez.

—Está todo bien, jefe —afirmo con suavidad. Espero que entienda a qué me refiero.

—¿Sí? —pregunta él, todavía con el ceño fruncido.

—En serio —respondo, añadiéndole una sonrisa.

Esperaba ver un gesto evidente de alivio, pero Héctor se mantiene igual que antes. Como si no acabara de verlo claro. Sin embargo, al final dice:

—De acuerdo.

Me dedica una tensa sonrisa y se encierra en su despacho.

Me gustaría poder decir que las dos siguientes semanas transcurren con la normalidad que habíamos encontrado entre nosotros antes del viernes, pero no es así.

Bueno, hay una parte que sí que es igual. Héctor ya no me gruñe, pero sigue siendo un ogro

con el resto de los compañeros de la oficina. Me toca asistir a una reunión tan horrible con Mamen que comprendo que mi pobre jefa de departamento muchas veces se acabe comiendo ella sola una caja entera de palmeritas cubiertas de chocolate. Da igual lo bien que vayan las fiestas, para Héctor solo hay muchas cosas que mejorar. Las grandes fiestas que organiza Eventos Luxe llaman mucho la atención, así que son las principales representantes de la empresa, por lo que son muy importantes para él. Pero es que el tío quiere la perfección, y eso es imposible.

En fin, que esas cosas no cambian.

Yo procuro hablar con él con naturalidad, sigo haciéndole bromas como antes, de verdad que procuro ser la misma. Pero todas nuestras interacciones están teñidas de recuerdos y sensaciones. Recuerdos de esa explosiva noche en su casa y sensaciones que inundan mi cuerpo cada vez que lo tengo delante. Aunque no quiero, siempre acabo pensando en lo mucho que me atrae, tanto su físico como su cabeza.

«¡Que es un gruñón, Carla!», me digo una y otra vez. Pero no sirve de nada. Lo dicho, síndrome de Estocolmo Empresarial. O eso, o me he vuelto imbécil.

Su actitud tampoco ayuda. Sonríe ante mis bromas, pero, en general, lo noto más... suave conmigo. A veces incluso tengo la sensación de que me habla con melancolía. Pero no tengo claro de dónde surge. ¿Se la provocho yo por algún motivo? ¿Está pasando por una mala temporada y, claro está, no me lo cuenta? ¿Es su manera de asegurarse de que el ambiente entre nosotros en la oficina no se enrarezca? No lo sé. No tengo ni la más remota idea, más allá de que cuando se pone así me apetece acercarme a él, abrazarlo y, ya que estamos, darle unos cuantos besos y, por qué no, quitarle la ropa y meterle mano.

Fatal, que estoy fatal.

Y, encima, de vez en cuando lo descubro mirándome el cuello. Creo que le gusta y también le trae recuerdos, y eso me trae recuerdos a mí y...

¡Que es un ogro, Carla!

Seguir sintiéndome atraída por Héctor es lo último que debo hacer. Además, ¿a dónde puede conducir esto? ¿A una relación estable con él? Solo de pensarlo me dan escalofríos y la risa tonta a la vez. Ni él quiere una relación estable con nadie ni yo quiero una relación estable con nadie, y mucho menos con alguien que pertenezca al mundillo de la farándula como él. Además, seguro que esto es algo pasajero. Antes o después, la atracción morirá y todo volverá a ser como siempre. Lo más probable es que sea cuando al fin llegue mi reemplazo en el cargo de asistente de dirección. A ver si lo hace de una vez.

Héctor

Llevo varios minutos mirando el monitor de mi ordenador, con las manos colocadas encima del teclado, pero no hago nada. No logro concentrarme.

Llevo dos semanas en un estado de lo más desagradable.

Es culpa de Carla.

Sin embargo, soy incapaz de mostrarme enfadado con ella. Debería hacerlo, y así todo volvería a ser como antes, pero es que la mujer entra en la habitación y me pone de buen humor. Es fácil hablar con ella. Incluso ha conseguido que me acostumbre a su sentido del humor tan

malo. Y así es difícil enfadarse con alguien. Pero debería estarlo, porque me tiene viviendo en una contrariedad constante.

Me contrarió que se fuera de mi casa sin despedirse, aunque era lo mejor. Lo habíamos dejado claro: solo una noche, sin ataduras. Es lo único que yo busco, era el plan perfecto. Pero me contrarió. Y me contrarió que me contrariara.

También me fastidia que se comporte con absoluta normalidad, como si no hubiese pasado nada. Es lo mejor, lo sé. Es lo que pactamos, es lo que debemos hacer para evitar complicaciones o tensiones indeseadas, pero me fastidia. Y me fastidia que me fastidie.

Tampoco me gusta que su simple presencia me ponga en ese estado de relajación y buen humor. Parezco un idiota. Pero no consigo evitarlo, y encima cada vez comparto con ella más cosas sobre el trabajo. Dudas, anécdotas. Le pido su opinión. No es sensato porque solo es mi asistente personal, pero no logro evitarlo. Y no me gusta.

Pero todas esas cosas no son lo peor. Lo peor es que quiero repetir. Y no una sola vez, sino muchas. Quiero volver a tenerla atrapada entre mi cuerpo y el colchón. Quiero volver a ponerme cachondo viéndola comer una tostada de crema de chocolate. Me quedé con las ganas de hundirme en ella por detrás. Y en la ducha. Y en una silla. En un montón de sitios, joder.

Aparto las manos del teclado y me froto la cara. ¿Qué significa todo esto?

Sé que ya lo he dicho, pero necesito volver a decirlo: nunca repito. Nunca. No quiero nada que me acerque a una relación estable. Eso sigo teniendo clarísimo, y no va a cambiar. No quiero entrar en el juego de necesidades y, por encima de todo, de decepciones y sufrimiento. No, señor.

Entonces, si sigo teniéndolo tan claro, ¿qué está pasando?

A ver, quizá solo necesite poner las cosas en su sitio.

Carla es una compañía agradable. Por eso me siento cómodo a su lado.

A nivel profesional, es muy buena. Su formación y experiencia son distintas a la de un asistente de dirección y, de hecho, más cercanas a mi trabajo. Es normal que comente algunas cosas con ella.

En cuanto al sexo, solo es eso. Sexo. Es pura atracción física. Fuerte, sí, pero nada más.

Vale, bueno, quizás la situación no es tan grave. Lo único realmente llamativo es la atracción sexual, pero insisto, solo es eso. En algún momento pasará.

Ya está, doy el tema por zanjado. No vale la pena darle más vueltas, es perder el tiempo.

Respiro hondo, sintiéndome un poco mejor.

Vuelvo a colocarme bien ante el ordenador y me dispongo a seguir trabajando de una vez. No puedo posponer más el envío del correo electrónico que tengo a medias.

Sin embargo, mis dedos no llegan a pulsar ninguna tecla porque un recuerdo inoportuno asalta mi cabeza.

Los ojos de Carla, desviándose hacia mis labios mientras hablábamos esta mañana.

Es como abrir una compuerta. Después de ese primer recuerdo, lo siguen otros. Cómo se le escapa la mirada hacia mis antebrazos cuando me arremango un poco la camisa. Cómo más de una vez la he descubierto mirándome el trasero. Y no es propensa a enrojecer, pero en más de una ocasión me ha parecido que sus pómulos lo hacían.

Ella también lo siente.

Pero ha marcado las distancias de forma muy clara. Y a mí me parece bien. Repetir lo que pasó sería contraproducente. El desastre con Paula es un buen ejemplo de por qué.

La puerta se abre de golpe y la fuente de mis quebraderos de cabeza actuales entra como una tromba, dándome un susto de muerte.

—Jefe...

—Por el amor de Dios, Carla, deja de entrar así.

—Ay, perdón.

Deshace sus pasos para regresar a la puerta. La golpea dos veces con el nudillo.

—¿Se puede?

Cada vez, *cada vez* que entra sin llamar acaba haciendo lo mismo. Y se olvida de llamar muy a menudo. Yo, como un idiota, apenas consigo aguantarme la sonrisa.

—No sé cómo tienes amistades normales con ese sentido del humor tan pésimo —digo.

—¿Quién ha dicho que sean normales? —replica ella con descaro.

A mí me entran unas ganas locas de borrarle la sonrisa de la cara a besos, y solo de pensar en ello me pongo como una piedra. Suspiro para mis adentros. Sí, mi vida se está reduciendo a disimular mis erecciones ante mi asistente de dirección.

—Bromas aparte —continúa ella—, acaban de llamar los de Mirage. Piden adelantar la reunión del viernes a mañana a primera hora.

Cualquier tipo de pensamiento sexual huye de mi cabeza. ¿Mañana? Los de Mirage son un cliente demasiado importante como para decirles que no, pero...

—Todavía no he podido empezar a preparar la presentación —explico. Necesitaba quitarme otras cosas de encima y pretendía ponerme con ella mañana.

Carla resopla.

—Jefe, deberías delegar algunas cosas en otras personas. Las presentaciones son una de ellas.

—Son lo que convencen o echan para atrás al cliente. Son demasiado importantes.

—Hay gente en esta empresa más que capacitada para prepararte un primer borrador que tú después puedes revisar a tu antojo.

—Carla... —Empiezo a sentir opresión en el pecho. Esta discusión no es lo que necesito ahora.

—Voy a confirmar la reunión con Mirage para mañana y a limpiar tu agenda para el resto del día. Tú empieza a pensar cómo quieres enfocar la presentación, y enseguida vengo a ayudarte —dice, y sale del despacho sin esperar a que yo opine si me parece bien o no. Sí que me lo parece, así que no digo nada.

El nuevo evento que debemos preparar para Mirage no es demasiado complicado, pero en la presentación debemos ordenar bien las ideas y buscar las imágenes más adecuadas. Al final, hay que dedicarle algunas horas.

El resto de la tarde pasa volando. Nos damos cuenta de que es la hora de cenar cuando el estómago de Carla empieza a rugir como una bestia enfadada. Si he de ser sincero, da un poco de miedo.

—Estamos solos en la oficina —comenta cuando regresa de recoger el *sushi* que ha encargado en un restaurante cercano.

Comemos delante del ordenador y terminamos la presentación un poco después de las once de la noche. Me froto los ojos, cansado pero tranquilo. Carla se estira.

—Bueno, jefe, lo hemos conseguido.

Ostras, lleva toda la tarde igual. Jefe por aquí, jefe por allá, jefe por más allá. Hasta ahora no he dicho nada, pero ya no aguanto más.

—Carla —digo, haciendo girar su silla para ponerla frente a mí—, deja de llamarme «jefe». No me gusta. No, eso no es cierto. No lo soporto.

—Vale... ¿Y cómo quieres que te llame? ¿Señor Bosch?

La pregunta, unida a su mirada y sonrisa pícaras son más de lo que mi pobre cuerpo puede resistir. Todo yo me tensa y soy consciente de que se me oscurece la mirada.

—Llámame eso solo si quieres que te ate a la cama y te dé unos cuantos azotes. Y después te follaré sin desatarte.

Carla abre la boca, sorprendida, pero no escandalizada. De hecho, su respiración entrecortada y el ligerísimo rubor que le cubre las mejillas me dejan saber que... la idea le gusta.

La poca fuerza de voluntad que me quedaba se desmorona como una débil pared. Agarro a Carla por los brazos, la ayudo a levantarse y la empujo contra la pared.

—Odio que me llames «jefe». Llámame Héctor. Excepto si quieres que te haga todas esas cosas; entonces puedes llamarme señor Bosch —digo, y la beso.

Carla

Puede que sea una mala idea.

Puede que yo sea tan débil que debería avergonzarme.

Pero no me resisto al beso.

Al contrario, me entrego a él. Me derrito contra la pared y en los brazos de Héctor, y nos exploramos la boca con un poquitín de desesperación. Vale, con un poquitín no, con un montonazo. Como si llevásemos dos semanas aguantándonos las ganas.

El ardiente beso no tarda en convertirse en algo más. Héctor me sujeta por la cintura y me aprieta contra él. Yo le acaricio los brazos, la espalda, le aferro el culo. Me encanta el culo de este hombre, es perfecto. Introduce las manos por debajo de mi blusa y me aferra los pechos, arrancándome un gemido. Empiezo a estar tan excitada que temo que cometamos una imprudencia. Quiero acostarme con él. Ahora. Pero...

—Estamos en tu despacho... —consigo decir entre besos y suaves gemidos.

Héctor suspira con frustración, pero no deja de besarme el cuello.

—Lo sé. Y en cualquier momento aparecerá el vigilante nocturno haciendo una de sus rondas.

Noto su reticencia, pero acaba apartándose un poco de mí y nos miramos. Los dos estamos despeinados, con la ropa mal puesta y tenemos la respiración acelerada. Héctor aprieta la cadera contra mí y se me escapa otro gemido al notar su erección. Y volvemos a perder el control. Vuelve a besarme, y yo lo abrazo y atraigo hacia mí. Intento rodearle con las piernas mientras él sigue moviendo la cadera contra mi pubis. En estos instantes, en mi cabeza solo existe una palabra: *follar*. Follar, follar y follar. Por suerte, un pequeño pero certero rayo de luz se abre paso entre tanto descontrol. «¡Aquí no!», grita.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, los dos nos apartamos de golpe. Ahora estamos jadeando.

—Vale, sí, será mejor... —consigo decir, aunque no tengo claro qué diré después.

—Ven a mi casa.

Cierro los ojos. Quiero decir que sí. Ahora mismo no hay nada que desee más. Sin embargo, hay un gran «pero» a su propuesta.

—Por la mañana no me daría tiempo de pasar por casa. No puedo venir a trabajar con la misma ropa.

—Pues vente el viernes. Y quédate el sábado. El domingo.

—¿Quieres pasar todo el fin de semana conmigo? —pregunto, tan sorprendida como alarmada.

—Sí, follando. Pasémonos todo el fin de semana follando.

Ay, Dios, creo que voy a dejar un charco en las bragas. Y que Héctor esté otra vez besándome el cuello no me ayuda a controlarme.

—Pero... solo follar, ¿eh? —consigo decir. Necesito dejar las cosas claras—. No quiero meterme en ninguna relación.

Él se aparta y me mira, serio.

—Los dos estamos en la misma página. Solo démonos este fin de semana. Si después nos apetece repetir, lo haremos. Pero solo nos lo estamos pasando bien. Ninguno de los dos quiere una relación.

Asiento. Vale, está bien dejar las cosas claras. Aunque sigo teniendo otro gran «pero» a esto que estamos haciendo, sea lo que sea.

—No me gusta ser la secretaria que se acuesta con su jefe.

—Asistente de dirección.

—Tanto monta, monta tanto.

—Eres mi asistente solo de forma temporal. No cuenta —insiste.

Este hombre ¡qué tozudo es!

Tardo unos instantes en darme cuenta de que me está tomando el pelo. La sonrisa pícaro con la que me obsequia me coge por sorpresa. No recuerdo habérsela visto nunca, y le queda bien.

—Seremos discretos —promete, ya serio—. Solo el fin de semana. Y si después queremos repetir, lo seguiremos limitando a los fines de semana.

—Vale. Nada de besuqueos en la oficina.

Asiente con firmeza. Nos quedamos mirando otra vez. Ahora debería ser cuando nos separamos, nos damos las buenas noches y cada uno se va a su casa. Pero lo que hacemos es volver a abalanzarnos el uno sobre el otro para besarnos otra vez. Y otra.

Al final, nos enrollamos durante un buen rato, pero logramos controlarnos y la cosa no va a más. Cuando conseguimos despegarnos, nos alisamos la ropa, nos peinamos como podemos y emprendemos el camino hacia la salida justo cuando el vigilante nocturno entra en las oficinas de Eventos Luxe. Uf, por los pelos. En la calle, Héctor y yo nos despedimos y cada uno se va a su casa.

Esa noche uso el vibrador tres veces e incluso lo llamo Héctor, pero no es suficiente para ayudarme a controlar la desesperación que siento porque llegue el viernes.

El resto de la semana es una tortura. Cumplimos con lo pactado y nuestras manos y labios se mantienen alejados del cuerpo del otro, pero siempre que veo a Héctor por mi cabeza cruzan las palabras «follar todo el fin de semana». Y pienso en verlo desnudo, y me pongo cachonda, y joder, qué sinvivir.

Pero al fin llega el viernes. En la oficina somos tan discretos que ni siquiera mencionamos el tema, aunque estemos solos. Al mediodía recibo un mensaje de Héctor diciéndome que me espera a la hora de cenar, nada más.

A las nueve de la noche, cargada con mi mochila para el fin de semana, llamo a la puerta de Héctor. De repente, no estoy cachonda, sino muy nerviosa. Esto es una locura, ¿verdad?

No tarda en abrirme la puerta. Va vestido con un atuendo informal y sencillo que no le he

visto nunca, pero que le sienta de maravilla: tejanos y una camiseta negra. Va descalzo. Ostras, incluso sus pies son sexys.

—Buenas noches —saluda, apartándose para dejarme pasar.

Entro en el recibidor y me giro para mirarlo mientras cierra la puerta.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Tardo un momento en contestar. Sí, tengo un poco de hambre. Pero, para qué engañarnos, tengo más hambre de otra cosa.

—Puedo aguantar —digo.

Entonces Héctor hace algo que no espero. Se quita la camiseta negra a toda velocidad y la deja caer al suelo. Me dedica un alzamiento de cejas y una sonrisa que imitan a un seductor, claramente bromeando. Y yo me parto de risa. Quién lo iba a decir del Gran Agrio; resulta que esconde unas buenas dosis de sentido del humor.

—Ríete lo que quieras. —Me quita la mochila y la deja caer al suelo.

Después se agacha y me carga al hombro como un saco de patatas. Se me escapa un grito agudo muy poco digno.

—¡¿Qué haces?! —

—¿De verdad necesitas que te lo explique?

Mientras me lleva hasta la habitación vuelvo a reírme como una idiota. Allí, me deja en el suelo y empieza a quitarme la ropa. Lo hace con delicadeza, pero sin perder el tiempo. Cuando estoy desnuda del todo, me empuja con suavidad para que me deje caer sobre la cama y él se arrodilla entre mis piernas.

—Yo ya tengo cena —dice, y me paso un buen rato dando las gracias a la persona que inventó el sexo oral.

Esa noche ni siquiera cenamos. Después de echar un polvo en el que acabo gritando tanto que tengo que cubrirme la boca, caemos rendidos sobre la cama y nos dormimos. Detrás de su máscara de propietario de empresa serio, contenido y megaexigente, Héctor no solo esconde ese sentido del humor inesperado, también una intensidad tremenda en la cama. Es bastante maravilloso que un orgasmo te haga ver así las estrellas, la verdad.

Despierto cuando por la ventana empieza a filtrarse la luz del amanecer. La mano de Héctor me está acariciando la espalda. Se me escapa un gemido suave, perezoso. Es muy agradable.

La mano abandona mi espalda y desciende hacia mi cadera, hacia mi muslo. Me remuevo, un poco más despierta, y cambio la pierna de posición para que pueda acariciármela todo lo que quiera. La mano va moviéndose, ascendiendo hacia mi pubis, cada vez está más cerca... pero pasa de largo y me da un apretón en la nalga. Suspiro y me estremezco, porque estoy despierta y oficialmente excitada.

Héctor se pega a mí por detrás. Me besa el cuello, el hombro, la parte alta de la espalda. Gruñe y se estremece cuando acaricio su erección, y lo aprovecho para empujarlo para que se ponga boca arriba. Me doy un festín con su piel. Lamo su dureza y me excito todavía más al oír los gemidos que le arranco. Al final, no puede más. Ahora es él quien me empuja y me encuentro boca arriba, se pone un preservativo a toda prisa y entra en mí a duras penas conteniendo la fuerza. Nos besamos, nos movemos sincronizados, y vuelve a ser apasionado, desesperado, como si fuera la primera y única vez. Supongo que es lo que tiene el saber que esto es temporal, que quizá lo alarguemos más, pero que este fin de semana puede ser el último. Eh, si así conseguimos

corrernos tan a gusto como lo estamos haciendo, no pienso quejarme.

Después volvemos a quedarnos dormidos. Cuando despierto, por la ventana de la habitación entran unos rayos de sol de lo más agradables y por el piso flota un aroma delicioso a café recién hecho. La nariz tira de mi cuerpo y salgo de la cama. Sonríó al descubrir mi ropa plegada con esmero encima de una silla, al lado de la camisa del pijama de Héctor. Vale, pilló la indirecta.

Me visto solo con mis braguitas y la camisa y salgo al salón, donde Héctor está preparando la mesa para desayunar. Hay café, leche de avena, un plato con varios cruasanes de aspecto delicioso y... la crema de chocolate. Vuelvo a sonreír.

—Buenos días —digo.

—Buenos días —responde. Sus ojos se desvían hacia mis piernas desnudas.

Nos quedamos mirando un segundo, en silencio. Podría convertirse en algo incómodo, pero acabamos sonriendo con complicidad.

—Qué bien que hayas preparado el desayuno —digo mientras me siento en una silla.

—Sabía que el león que tienes en el estómago despertaría en cualquier momento y no me veo capaz de enfrentarme a él. —Héctor se sienta a mi lado.

Río mientras le doy una patada suave por debajo de la mesa. Después, me apodero de uno de los cruasanes y le doy un mordisco. Ah, qué bueno está.

—¿Dónde has encontrado estas maravillas? —pregunto con la boca llena.

—Otra pastelería que ganó un premio hace unos años. He pedido que me los trajeran a domicilio.

—¿En serio? Te habrán costado una fortuna.

Él se encoge de hombros sin darle importancia.

—Puedo permitírmelo. —Después añade con esa sonrisa pícara que me sorprende—: Y me gustan tus gemiditos cuando los pruebas.

Confieso que ayer, viniendo hacia aquí, tuve dudas. Una cosa fue acostarnos por un calentón que solo duró unas horas. ¿Pero pasar el fin de semana juntos y dejar de lado que somos jefe y empleada? No lo veía tan claro. Pero sí que lo conseguimos. Desde el viernes por la noche y hasta el domingo, solo somos un hombre y una mujer que se lo pasan muy bien en la cama juntos. Bueno, no solo en la cama. En la ducha también. Y el sofá. Y una silla. Y en el escritorio que Héctor tiene en su despacho, porque, por supuesto, hay un despacho en su casa.

En fin, en muchos sitios.

Héctor

Carla abre la puerta, pero se detiene antes de salir al rellano.

—Bueno... —Por primera vez desde que la conozco, parece insegura.

—¿El viernes a la misma hora?

Asiente, muy seria.

—Por favor —dice.

Me río y atrapo su chaqueta para tirar de ella hacia mí. Le doy un último beso o, mejor dicho, devoro su boca una última vez antes de permitirle escabullirse por la puerta.

—Hasta el viernes —me dice, como si no fuésemos a vernos mañana en la oficina. Pero está bien, creo que es una buena manera de separar nuestras dos vidas.

—Hasta el viernes —respondo, y cierro la puerta.

Al quedarme solo en el piso, durante unos instantes me siento desorientado. ¿Y ahora qué hago? Todavía falta un poco para cenar. Los fines de semana suelo dedicarlos a trabajar, pero siento una pereza tremenda solo de pensar en sentarme ante el ordenador. Eso me sorprende. No es propio de mí. Tampoco lo es no estar nervioso por no haber adelantado nada durante el fin de semana. Supongo que es porque estoy agotado. En el mejor sentido, claro. Estoy cansado y relajado a la vez. Una de las cosas buenas de pasarte el fin de semana practicando sexo.

Al final, decido cenar pronto viendo un partido de fútbol y después no tardo en irme a la cama, donde duermo como un niño. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí así.

La semana siguiente nos comportamos tal y como habíamos pactado: como jefe y empleada, nada más. Cuando estamos juntos en la oficina, solo hablamos de trabajo y fuera del despacho cada uno tiene su vida. Bien, está bien.

No puedo negar que, a partir del miércoles por la tarde, ya empiezo a pensar en el viernes por la noche que se acerca. El jueves no dejo de pensar en ello. El viernes, solo quiero que acabe el día para que lleguen las nueve de la noche. El peor momento lo vivo a las seis, un poco antes de la hora de irnos de la oficina, cuando me encuentro a Carla comiéndose un bocadillo descomunal de lomo mientras trabaja.

—¿Hambrienta? —le pregunto.

Ella asiente.

—Tengo planes para esta noche —dice como quien no quiere la cosa—, y no sé si tendré tiempo de cenar.

Me guiña el ojo y sigue trabajando, tan tranquila. Yo, en cambio, me he puesto tan duro de golpe que me duelen los huevos. Mientras me encierro a toda prisa en el despacho, me parece oírle reír por debajo de la nariz. No me molesto en comprobarlo. Si no pongo una puerta entre ella y yo, haré una tontería.

Me quedo hasta tarde en la oficina y de camino a casa también engullo un bocadillo. Porque Carla tenía razón: esa noche volvemos a olvidarnos de cenar.

Y durante las siguientes semanas, esto se convierte en nuestra placentera rutina. Entre semana trabajamos y los fines de semana follamos como desesperados. Sin hablar de compromisos ni temas comprometidos que lo enturbien. Jefe y empleada, y nada más, durante la semana; amantes, y nada más, el fin de semana. Nos funciona.

Lo único malo es que a finales de semana no me quito la impaciencia de encima. De hecho, un jueves me cuesta tanto concentrarme en las reuniones de trabajo que después de comer llego a la oficina de mal humor. Debería ser capaz de separar las cosas. Y quizá debería preocuparme que, cuando paso por delante de la cocina y veo a Carla preparándose un café, mi mal humor se disipe más rápido que una tormenta de verano. Entro en la cocina.

—Hola, jefe —dice al verme. Se apoya contra la encimera y empieza a tomarse su café.

Yo pongo los ojos en blanco por el fastidio mientras me acerco a la cafetera para prepararme un cortado. Sigue llamándome «jefe». En su obsesión por esconder a todo el mundo que nos estamos acostando, cosa que puedo entender, asegura que lo mejor es seguir llamándome «jefe» en la oficina.

—¿Qué tal tu comida y reuniones? —me pregunta.

Me apoyo contra la pared que hay frente a ella. Deja una buena distancia entre nosotros.

—Bien. Un poco aburridas, pero a veces son así.

—Pues mañana tienes un día parecido —me advierte ella, sonriendo.

Estoy a punto de replicar que al menos por la noche tendré una recompensa cuando el responsable de prensa entra en la cocina. La expresión de Carla cambia de golpe y se endereza. Al ver su alarma, yo la imito. Es cierto que quizá nuestras posturas, nuestras expresiones, eran demasiado relajadas.

—Uy, hola —dice el responsable de prensa, mirándonos con curiosidad.

—Jefe, ya te he dicho que hago lo que puedo con la cafetera —dice Carla, un poco indignada.

Vale... Por algún motivo, quiere que sigamos fingiendo que nos llevamos tan mal como al principio. Qué lejanas me parecen esas primeras semanas con ella.

No me importa seguirle la corriente, así que lo hago. Hago memoria de qué quejas tenía de ella esos días mientras la miro con los ojos entrecerrados.

—Ese no es mi problema, Carla. Solo te pido un café decente, no creo que sea tan difícil de hacer —le espeto.

Las palabras me saben a arena. Le acabo de repetir algo que ya le dije una vez. En ese momento me pareció que mi enfado estaba más que justificado. Ahora, sin embargo, hablarle así... Está mal.

Me doy cuenta de que lleva un paquete de chicles en la mano y recuerdo todo nuestro enfrentamiento por sus dichosos chicles.

—¿Y qué te dije de comer chicle en la oficina?

De nuevo, las palabras me dejan un mal sabor en la boca. Me hacen sentir como un imbécil.

Ella suspira como si yo fuera un exagerado, tira su paquete de chicles a la basura y sale de la cocina.

Por seguir disimulando, me quedo donde estoy y sigo tomando un cortado que ya no me apetece. Miro al responsable de prensa, que se ha quedado petrificado, con cara de querer estar en otro sitio. Señalo la cafetera con un gesto de la cabeza.

—Adelante —le digo.

—Está bien, acabo de recordar que he olvidado algo —dice, y huye de la cocina.

Se lo agradezco, porque así puedo tirar el resto de mi café y dirigirme al despacho. Solo necesito mirar a Carla para que ella comprenda mi pregunta silenciosa.

—Sergio es el mayor cotilla de la oficina —me informa.

—¿Quién es Sergio?

Carla me mira, incrédula.

—El hombre con el que acabamos de encontrarnos en la cocina —dice como si no pudiera creerse que tenga que explicarme algo así.

—El responsable de prensa.

—Exacto.

No sé por qué se escandaliza tanto, pero no le pido explicaciones. Me encierro en el despacho perdido en mis pensamientos, preocupado por la sensación de haber sido exagerada e injustamente desagradable con ella. No ahora, que ambos sabíamos que estaba fingiendo, sino cuando empezó a trabajar como mi asistente. Ese momento en el que ella estaba mal y yo fui despiadado.

Nunca he llegado a preguntarle si ya se encuentra mejor. Creo que es una pregunta demasiado íntima, además de que sería cruzar una línea. No tenemos ese tipo de relación. En cualquier caso, mi impresión es que está bien. Si no del todo, sí mucho mejor.

Por desgracia, pensar esto no me libra de la sensación de culpa, que me acompaña el resto del día y el día siguiente. Cuando nos encontramos en mi casa por la noche consigo olvidarlo, y me pierdo en el cuerpo de Carla, en su piel suave, en sus gemidos y sus uñas que me arañan la espalda mientras, al fin, vuelve a llamarme por mi nombre.

Pero el sábado por la mañana, mientras nos estamos desperezando en la cama, la preocupación me asalta de nuevo. Necesito hablarlo con ella. Sé que no forma parte del acuerdo, pero estoy harto de sentirme así.

—Oye. —Está tumbada boca abajo, con los ojos cerrados, y aprovecho para acariciarle la espalda y las nalgas—. Las primeras semanas de trabajar juntos... ¿Fui muy desagradable contigo?

Abre los ojos y me mira, sorprendida. Tras unos instantes empieza a incorporarse. Sus labios dibujan una sonrisa que parece privada, como si escondieran algo que solo ella sabe.

—A ver —dice, sentándose a horcajadas encima de mí—. Me da la sensación de que no eres consciente de una cosa.

Sé que debería estar mirándola a la cara, pero ahora tengo sus pechos delante y me distraen. Me gustan, y me gustan los ruiditos que hace Carla cuando los beso. Los apreso con las manos, pero ella me las aparta.

—Héctor, céntrate —me ordena.

—Así es un poco difícil.

Me da un cachete en el pecho.

—¿Quieres que responda a tu pregunta o no?

—Si insistes...

—Vale, pues nada. —Haciéndose la indignada, empieza a apartarse.

Yo me río y la sujeto.

—Es broma, es broma. Contéstame.

Ella me mira, se toma su tiempo para hablar. Me apoya las manos en el pecho.

—Héctor. Sí, fuiste desagradable —afirma.

Se me escapa un suspiro. Así pues, tengo motivos para sentirme mal. En su momento me parecía que todas mis quejas y críticas estaban justificadas, pero visto en la distancia... No sé qué me empujó a actuar así.

Abro la boca para disculparme, pero Carla se me adelanta.

—Pero creo que no eres consciente de que no solo eres desagradable conmigo.

—¿Ahora soy desagradable contigo? —pregunto, preocupado.

—No, ahora no. Lo eras. Pero con el resto de la oficina lo eras y lo sigues siendo.

Frunzo el ceño. La preocupación ha desaparecido y ha dejado paso al desconcierto.

—¿De qué hablas?

Ella parece asombrada.

—De verdad no te has dado cuenta, ¿eh?

Estoy confundido. En serio, no sé a qué se refiere.

—Sé que soy un jefe exigente. Pero si Eventos Luxe...

Me interrumpo cuando ella se echa a reír.

—¿Exigente? Héctor, pero si eres un ogro.

—¿Un ogro? —No me puedo creer lo que oigo.

—¿Te sabías mi nombre antes de que fuera tu asistente? ¿Te sabes el nombre de alguno de tus empleados que no sea un jefe de departamento? ¿Sabes cuántos años lleva Sergio en la empresa? Sergio es el responsable de prensa, por si ya lo has olvidado.

—Recuerdo quién es.

—Pues Sergio lleva cinco años en la empresa y hasta ahora no sabías su nombre.

—Pero eso no es ser un ogro.

—Ya. Sentarse en una reunión dando la espalda a todo el mundo tampoco es ser un ogro, ¿verdad?

—Es mi manera de concentrarme.

Carla hace un gesto de cómica exasperación. Parece estar divirtiéndose con esta conversación.

—Es de mala educación. Y dedicarse a criticar, gritar porque el café no es de tu agrado, despedir o ahuyentar asistentes personales como si comieses pipas o ir todo el día con el ceño fruncido así, porque soy un señor muy serio —dice, poniendo la voz más grave y frunciendo el ceño de forma exagerada—, es ser un ogro.

Me quedo mirando al techo, pensativo.

—¿En la oficina me consideran un ogro? —Supongo que a otras personas les preocuparía, pero a mí nunca me ha importado lo que los demás opinen de mí, excepto que soy capaz de organizar los mejores eventos. Mi única prioridad siempre ha sido contentar a los clientes.

—No, los demás te tienen miedo —sonríe ella—. Lo del ogro lo digo yo.

—Bueno, ya sabemos que tú eres una descarada y una impertinente.

—Ah, disculpe usted, señor Bosch.

Me quedo inmóvil. Después, la miro con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te dije que pasaría si me llamabas señor Bosch?

Carla abre mucho los ojos. Lo había olvidado. Intenta apartarse, pero yo soy más rápido. Chilla riéndose mientras la atrapo y la tumbo en la cama, boca abajo. Le ato las manos al somier utilizando los pantalones y la camisa de mi pijama como cuerda.

—¡Nooo! —grita, aunque no puede parar de reírse.

En realidad, no soy muy aficionado a los azotes, así que solo se lleva un par de cachetes antes de que me entregue a disfrutar de su cuerpo y arrancarle un orgasmo que la deja fuera de combate hasta la hora de comer.

Pero, cómo no, a Carla le gusta tener la última palabra. Al día siguiente consigue atarme a la cama y me castiga con su lengua y su boca hasta que le ordeno, aunque me temo que más bien suena a súplica, que me permita correrme.

Ojalá todos los castigos fueran así.

Carla

Hay llamadas telefónicas que ponen tu mundo patas arriba. Así, en un instante. Un segundo todo iba bien, y al siguiente todo se tambalea.

La recibo el lunes por la mañana, al móvil.

—Hola, mamá —contesto con curiosidad. No suele llamarme en horas de trabajo.

—Carla... —dice con voz contenida. Al instante sé que algo no va bien.

—¿Qué pasa, mamá?

—Es Celia... Ha tenido un accidente de moto...

Mi alma se encoge, mi corazón se encoge, mi estómago se encoge. No necesito mirarme en el espejo para saber que palidezco.

—¿Qué? —Son esos «qué» que te salen cuando has entendido a la perfección lo que te acaban de decir, pero desearías no haberlo hecho.

—Iba con un amigo, nos ha llamado él.

—Pero, mamá, ¿Celia está bien o no?

—No lo sabemos. Dice... Dice que se la han llevado al hospital, que estaba inconsciente...

Mi madre no puede más y se echa a llorar. A mí me gustaría hacer lo mismo, pero me obligo a aguantarme. Consigo que mi madre me diga a qué hospital la han llevado, le digo un «ya verás, solo será un susto» que no me creo ni yo y quedamos con encontrarnos allí.

Cuando corto la llamada ya estoy saliendo por la puerta del despacho. Héctor está fuera de reuniones, así que bajo al despacho de Max.

—Max, lo siento, tengo que irme —anuncio con urgencia—. Mi hermana...

Se me corta la voz. Max me mira con preocupación.

—¿Está bien?

Niego con la cabeza, esforzándome por aguantar la compostura.

—Ha tenido un accidente. Tengo que irme al hospital, ¿vale?

—Espera, espera, ¿a dónde tienes que ir? ¿Necesitas que te lleve?

—No, no, la han llevado al Central, cogeré un taxi. Gracias, Max.

Me marcho sin esperar su respuesta.

Cuando llego al hospital, voy directa a la sala de espera de urgencias. Mis padres ya están allí. Tienen los ojos enrojecidos y parecen haber envejecido diez años desde el miércoles de la semana pasada, la última vez que los vi. Nos falta tiempo para abrazarnos.

—¿Sabéis algo?

—No. Nos han dicho que todavía no pueden decirnos nada, que la están atendiendo ahora — contesta mi padre.

Quiero tirarme de los pelos, pero me contengo.

Descubro que, en un rincón de la sala de espera, está sentado Quique, un amigo con derecho a roce de Celia. Está muy pálido y tiene unos rasguños un poco feos en los brazos, pero ya se los han curado.

—Quique, ¿ibas tú con Celia? —le pregunto.

—Lo siento, Carla, se nos echó un coche encima y...

No puede seguir hablando. Parece a punto de echarse a llorar y le doy un apretón de consuelo en el hombro.

—Aparte de los rasguños, ¿estás bien?

Él asiente, pero a la vez hace un gesto que deja claro que eso no es lo importante ahora. Después, ninguno de los dos conseguimos pronunciar más palabras.

Y entramos en las horribles horas de espera. Esas en las que quieres gritar al personal del hospital, que quieres llorar, pero te aguantas y esperas y esperas y esperas.

La vida vivida al lado de mi hermana me pasa por la cabeza una y otra vez. Recuerdo la vez que, de niña, me enfadé con ella y dejé calva a su muñeca preferida. Como yo no tenía muñecas, como venganza ella rompió el Lego que yo llevaba semanas montando. Después nos peleamos rodando por el suelo del salón, tirándonos de los pelos, hasta que me golpeé la cabeza con una pata de la mesa. Celia fue la que me curó el chichón, el enfado olvidado al instante. Y después de eso, nunca volvimos a pelear así. Nos ayudábamos. Nos apoyábamos. Cree que no lo sé, pero cuando se encontró con Marcos por la calle después de que la verdad saliera a la luz, le pegó cuatro gritos y, en ese plan de superchunga que solo ella sabe fingir, le dijo que se había quedado con su cara y que vigilara las espaldas.

No puedo perder a Celia. Es mi hermana, es mi mejor amiga. Solo tiene dos años más que yo. Le queda mucho por vivir.

En algún momento llegan Nuria, Sonia y Violeta. También mis tíos. Todos traen algo de comida y bebida para nosotros, pero soy incapaz de comer. Me obligo a beber agua, pero no me entra nada más. Y suponiendo que lo hiciera, creo que lo vomitaría.

—¿Familia de Celia Olivares?

Todos nos levantamos de golpe, sobresaltando a la doctora que acaba de entrar en la sala de espera. Mis padres y yo la seguimos al pasillo, donde se presenta con amabilidad, aunque no hacía falta porque en esos momentos a ninguno de los tres nos interesa su nombre. Solo queremos saber de Celia. ¿Está viva o no está viva? Joder, es que ni siquiera sabemos eso.

—Primero las buenas noticias —dice la doctora—. Celia no tiene lesión cerebral. A pesar del casco, se ha dado un buen golpe en la cabeza, pero lo peor de eso será que le ha salido un buen chichón.

Me atrevo a respirar un poco aliviada. No hay lesión cerebral. Bien, eso es muy importante. Pero, al parecer, todavía nos queda la parte negativa.

—¿Y las noticias malas? —pregunta mi madre, que es todavía más impaciente que yo.

—Con la caída se ha fracturado la tibia y el peroné de la pierna derecha. Es posible que necesite cirugía, pero todavía no lo sabemos. En cualquier caso, será una recuperación larga — explica la doctora.

—¿Esas son todas las noticias malas? —pregunto.

—Sí —responde la doctora, mirándome como si me considerara una desalmada. «¿Eso no te parece suficiente?», dice su mirada.

Vale, sé que va a ser una putada para Celia, pero teniendo en cuenta que mi miedo era perder a mi hermana, me parece que haberse fracturado *solo* una pierna es un milagro. Y me permito respirar del todo, aliviada. Celia estará bien, Celia estará bien.

La doctora nos informa de que la mantendrán un rato más en observación y después la subirán a planta, donde deberá pasar una o dos noches. Por ahora, podemos entrar a verla de uno en uno.

Cuando llega mi turno, Celia me recibe con una sonrisa atontada por el cansancio y los calmantes. Yo me obligo a sonreír y contengo el estremecimiento al ver la enorme escayola que le cubre la pierna y las quemaduras y magulladuras en la mano, el antebrazo y el muslo derechos.

No tardo en salir. Sé que a mi madre le dará algo si no puede volver a entrar pronto para hacerle compañía. A mí ya me viene bien, porque necesito unos instantes para mí.

En vez de regresar a la sala de espera, voy hacia la puerta de entrada. Antes de alcanzarla se abre y la cruza alguien que no esperaba ver aquí.

—¿Héctor?

Camina hacia mí con expresión preocupada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Max me ha dicho que estabas aquí. Tu hermana, ¿está bien?

Estoy tan sorprendida y tengo tanta tensión acumulada dentro que me quedo sin palabras. Asiento, pero algo en mi interior se está desmoronando.

—Está bien. —Es lo único que consigo decir. Después me cubro la cara con las manos porque ya no puedo más.

—Eh, ven aquí —dice Héctor, y me abraza.

Yo escondo la cabeza en su hombro y me echo a llorar como una magdalena. Héctor me estrecha entre sus brazos y me deja llorar hasta que me tranquilizo un poco y puedo apartarme. Intento secarme las lágrimas, que siguen brotando sin cesar.

—Solo se ha roto la pierna y está magullada —consigo explicarle—. Aparte de eso, el susto que nos hemos llevado todos.

Héctor me pasa las manos por el cabello hasta sujetarme la cara con delicadeza.

—Bueno, me alegro de que solo se haya quedado en un susto.

Yo asiento mientras sorbo lágrimas y mocos.

—No hacía falta que vinieras —digo, aunque estoy muy agradecida que lo haya hecho. Pero esto no forma parte de nuestro trato, ¿no?

Él se encoge de hombros.

—¿Necesitas algo? ¿Que te traiga algo o te lleve a algún lado? —ofrece.

La barbilla me tiembla. Estoy a punto de echarme a llorar otra vez ante su amabilidad.

—No, gracias. Supongo que nos quedaremos por aquí un rato más y luego ya veremos cómo nos organizamos.

—De acuerdo. Pero si necesitas cualquier cosa llámame, ¿de acuerdo?

—Gracias, Héctor.

Él me da un beso en la frente y se va con paso decidido, sin mirar atrás.

Yo regreso a la sala de espera, sintiéndome más tranquila, un poco más liviana y algo confundida. Pero el resto de la tarde transcurre rápido entre estar pendientes de Celia, hablar con familiares y amigos que han llamado preocupados y organizar la noche que se acerca en el hospital. Cómo no, mi madre no nos da opción porque se quedará ella sí o sí a hacerle compañía. Un poco antes de la hora de cenar, ella y papá me envían a casa a descansar.

—Mañana ve a trabajar con normalidad —me dice mi padre—. En todo caso, ven a pasar la

tarde con Celia.

—De acuerdo —acepto, y después de entrar una última vez a ver a Celia para darle un beso (me sigue sonriendo como una tontorrón), me voy a casa.

Al entrar en mi piso, el agotamiento acumulado de todo el día y la soledad me golpean con fuerza. Creo que me arrastraré hasta la cama y ni me cambiaré de ropa. Solo cerraré los ojos deseando dormirme para no sentir nada.

Pero no alcanzo la cama porque me entra un mensaje. Es de Héctor.

«¿Estás en casa?».

«Sí», contesto.

Un segundo después, suena el timbre.

—¡Ah! —me sobresalto.

En la pantalla de mi portero automático veo a Héctor. Le abro la puerta de la calle como una autómatas sorprendida, y un minuto después está en el rellano, llamando a mi puerta. La abro. Creo que todavía llevo la boca abierta por la sorpresa.

—Hola —digo.

—Si molesto me voy, pero he pensado que quizá no habías cenado. —Me muestra la bolsa que lleva en la mano.

—¿Has vuelto a traerme comida? —pregunto, y me echo a llorar como una idiota otra vez. Aun así, encuentro aliento para preguntar—: ¿Hay caldo de pollo?

Él ríe por debajo de la nariz y asiente.

—Es que estaba muy bueno —me justifico, apartándome para dejarle pasar.

Él entra en el piso y deja la comida encima de la mesa.

—¿Tu hermana sigue bien?

—Sí —suspiro, dejándome caer en una silla—. Pero todavía tardarán un poco en saber si necesita cirugía.

—Bueno, esperemos que no. —Me observa unos instantes—. Creo que antes de cenar te sentaría bien una ducha.

Un instante después me está llevando al baño, donde me ayuda a desvestirme y a entrar en la ducha.

—Te espero fuera —me dice.

Tenía razón. La ducha me sienta de maravilla. Cuando salgo del baño ha puesto la mesa con platos y cubiertos para los dos y ha sacado el pequeño banquete que ha traído. Caldo de pollo, canelones de pescado, patatas asadas, pollo con salsa, macedonia y tarta de almendra.

—No estaba seguro de qué te apetecería —dice.

—Cualquiera de estas cosas habría estado bien —sonrío agradecida. Y es cierto. Todo lo que ha traído me gusta. No sabía que se hubiera fijado tanto en mis gustos alimenticios.

Nos sentamos a comer, pero apenas soy capaz de darle conversación. Primero, porque descubro que estoy hambrienta y estoy comiendo con desesperación. Y después, porque el cansancio empieza a vencerme.

—Ven, te acompaño a la cama —me dice en cierto momento.

Puede, solo puede, que se me hayan cerrado los ojos durante unos segundos mientras acababa de masticar.

En la habitación, abre las sábanas y me ayuda a tumbarme boca arriba. Se sienta a los pies de la cama, me coge el pie izquierdo... y empieza a hacerme un masaje.

—Ooooh, gracias... —digo con una mezcla de suspiro y gemido agradecidos.

No hay nada mejor que los masajes de pies. En serio, si me dan a elegir entre chocolate y

masaje de pies, no sé con cuál me quedaría.

Hoy, sin ninguna duda, me quedo con el masaje de pies de Héctor. En cuestión de minutos me sumerjo en el apacible mundo de los sueños.

Héctor

Carla no tarda en quedarse dormida. La observo descansar, tan relajada que sé que, en unos minutos, empezará a roncar con suavidad. Ella está empeñada con que no ronca, pero sí que lo hace.

Con cuidado, dejo el pie que estaba masajeando y la arropo con la sábana y el cubrecamas. Al hacerlo veo que la constelación de pecas que puebla su rostro ha regresado. Esta tarde, en el hospital, y luego, cuando he llegado a su casa, estaba tan pálida que había desaparecido de su piel. Estiro la mano, pero me contengo justo antes de acariciársela. No sé por qué me fascina tanto.

Hay otra cosa que tampoco sé, que es qué hacer ahora. ¿Me quedo o me voy a casa?

El cuerpo me pide quedarme. Carla estaba muy afectada, se nota que durante varias horas ha temido perder a su hermana. Sé lo que es perder a un ser querido antes de tiempo. El miedo que sientes, el sufrimiento, el desamparo. Conociendo a Carla, sé que tener compañía la ayuda.

Egoístamente, sé que a mí también me sentará bien quedarme. Ahora que ella está tranquila, yo también me siento mejor. Me resulta muy tentador tumbarme a su lado y abrazarla mientras los dos dormimos. Será agradable. Sé que me ayudará a descansar mejor de lo habitual.

Pero ese es justo el motivo por el que no debería quedarme, ¿no?

Además, no estoy seguro de que ella lo quiera.

No debería apetecerme quedarme. Eso me acerca demasiado a querer una relación, y sigo sin querer una. Lo de haber ido al hospital o traerle la cena no cuenta. Sé lo importante que es su hermana para ella, es lo mínimo que cualquier amigo haría.

No, no habrá relaciones para mí. No quiero el sufrimiento. No quiero que me causen ni causar decepción. Sobre todo, no quiero decepcionar a Carla. Sé que, antes o después, de alguna manera acabaría haciéndolo.

Me aseguro de que está bien arropada y recojo la mesa y los restos de comida. Abandono su piso, aunque me quedo un poco intranquilo. Irme es lo correcto.

Pero seguro que estará bien, ¿verdad?

El resto de la noche maldigo mi cabeza demasiado activa. No consigo descansar bien porque no dejo de pensar en Carla, en si estará bien. Y no me libero de la estúpida inquietud hasta la mañana, cuando llego a la oficina y me la encuentro en su escritorio, hablando por teléfono. Tiene buen aspecto, y sonrío como un imbécil cuando ella me dedica una de sus sonrisas.

—Sí, espero —dice al teléfono. Después me susurra—: Hola, jefe, tienes el café en la mesa.

Celia sigue bien.

Y se concentra en la pantalla de su ordenador mientras sigue pendiente del teléfono.

De acuerdo, lo pillo. Hice lo correcto. Está claro que quiere seguir marcando las distancias. Está bien, es lo acordado. Y es lo que yo también quiero.

Así que imagino que entierro a dos metros bajo tierra la absurda decepción que siento y me encierro en mi despacho.

Carla

No estoy decepcionada por haber despertado sola esta mañana.

No lo estoy.

No.

Vale, sí que lo estoy. Un poco. Pero no quiero estarlo. Ni forma parte del trato ni quiero nada con Héctor más allá de lo que tenemos. Y punto.

Finjo que no me importa que Héctor se encierre en su despacho sin decir nada más y me concentro en mi trabajo. No pienso en nada más y, cuando por fin llega la hora, abandono la oficina como si me persiguiera el pelotón de algún ejército.

En el hospital, Celia me recibe con una amplia aunque cansada sonrisa.

—Carluchiiii... —dice. Ya vuelve a ser ella misma.

Me abalanzo sobre ella para abrazarla y darle un beso. Con cuidado de no hacerle daño, claro.

—No vuelvas a asustarme así —le ordeno—. Y te prohíbo que vuelvas a montar en moto.

—No empieces como papá y mamá, por favor.

—¡Casi pierdes la pierna!

—Solo está rota, Carla.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Sabes el susto que nos llevamos? —digo, indignada.

Celia me aprieta la mano.

—Claro que lo sé. Pero, por suerte, solo fue un susto —dice con suavidad—. En cuanto a la moto, ya sabes que solo voy de pasajera muy de vez en cuando con Quique. Tuvimos mala suerte.

—¿Cómo está Quique? Ayer en la sala de espera apenas nos dirigió la palabra, pero creo que es porque estaba todo el rato intentando no vomitar.

Atención a lo que sucede a continuación. Mi hermana Celia, la que no tiene pelos en la lengua, la que a veces es bastante desvergonzada, se pone como un tomate al que le han metido una bombilla dentro. La piel de su cara brilla, en serio.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañadísima.

—Esta mañana me ha pedido que me case con él.

—¡¿QUÉ?!

Desde el pasillo, alguien nos chista.

—¡¿Qué?! —repito en un susurro.

—Dice que el accidente le hizo darse cuenta de que está loco por mí y que quiere casarse conmigo.

Me la quedo mirando con la boca abierta. Celia intenta mantenerse seria, pero una sonrisa delatadora se le escapa.

—¡Te gusta que te lo haya propuesto! —la acuso, divertida. Ella siempre marcando las distancias respecto a Quique y mírala ahora—. ¿Y qué le has dicho? ¿Ya tenéis fecha?

—No seas idiota, Carla. Acabamos de tener un accidente y los dos estamos conmocionados. No podemos decidir algo así en estos momentos.

—Es decir, que no le has dicho que no.

—No, pero le he dejado claro que antes de pensar en casarnos deberíamos salir como pareja. Nunca lo hemos hecho.

Me río como una idiota y, con tantas emociones a flor de piel, se me humedecen los ojos.

—Bueno, cuando queráis organizar la boda ya sabéis a qué empresa llamar. Tengo descuento de empleada.

Ella me saca la lengua.

—Ya. No te hagas la despistada, que no soy la única que tiene cosas que contar —dice.

Coge su teléfono, lo desbloquea y me muestra la pantalla. En un grupo de chat llamado «El nuevo amante de Carla» en el que están ella, Nuria, Sonia y Violeta, hay una fotografía del día anterior, cuando me convertí en un flan de mocos y lágrimas en los brazos de Héctor, en la puerta del hospital.

—Esas cabronas. Su supone que estaban preocupadas por ti, ¿y se dedicaron a hacerme fotos? —me quejo.

—No disimules, bonita. ¿Por qué te estaba abrazando el ogro de tu jefe? ¿Este ogro es la razón por la que llevas unos cuantos fines de semana dándonos largas con excusas baratas sobre el trabajo?

—Es que folla muy bien...

Tenía la esperanza de que el comentario escandalizara y despistara a mi hermana, pero no cuela. Me mira fijamente, seria.

—Desembucha —me ordena.

Yo resoplo.

—Conmigo ya no es un ogro, ¿vale? Y está bueno, y es cierto que folla bien... Pero solo es eso, ¿vale? Nos acostamos los fines de semana y ya está, hasta que uno de los dos, o los dos, queramos dejarlo.

—No te pega acostarte con tu jefe, Carla —se burla mi hermana.

Se me escapa una mueca de martirio.

—No me lo recuerdes —le pido—. Pero por eso hemos marcado bien las cosas. En el trabajo solo somos jefe y empleada, y los fines de semana solo follamos.

—Ya. Y por eso el día que leíste la entrevista de Marcos te llevó comida a casa y ayer vino a verte al hospital, ¿no? Porque solo estáis follando.

—Solo son cosas puntuales. Ayer por la noche también me trajo comida, pero...

—¡¿En serio?!

—Sí, e incluso me ayudó a meterme en la cama —digo con tono exasperado, para dejar claro a Celia que está sacando las cosas de quicio—. Pero solo estaba siendo amable. Después se fue; esta mañana me he despertado sola.

Mi hermana me estudia, reflexiva, y me siento como si estuviera pasando algún tipo de examen. Esto es absurdo. De verdad que Héctor solo estaba siendo amable. El hombre es así, leal con la gente que le importa. Es decir, es evidente que le caigo bien, ¿no? Pues solo tuvo un detalle conmigo en un momento complicado. No tiene más importancia.

—Solo folláis, ¿eh? —dice Celia sin esconder su escepticismo.

—Que síííí... Él no quiere ninguna relación seria, y yo no quiero una relación seria con él. Esto le viene bien ahora, pero el tipo es un ligón de cuidado y volverá a las andadas.

Es lo último que pienso decir sobre el tema, pero entonces Celia me pregunta:

—¿Tú estás follando con alguien más?

—Joder, no. ¿Por quién me has tomado?

—No vais en serio, ¿no? Podrías tener otro amante para los días de entre semana. Y él, ¿está follando con alguien más?

—¿Y yo qué sé? No es asunto mío —contesto, dejando claro que está siendo muy pesada.

Es que ni siquiera me lo quiero plantear, porque ¿qué voy a sacar de saberlo? Nada. No somos pareja y nuestro trato se limita a los fines de semana. Y punto. Entre semana, que cada uno haga lo que le dé la real gana.

Pero ahora tengo curiosidad.

Mierda, maldita Celia.

Mi sensación es que no, que Héctor no se está acostando con nadie más. Esas son las vibraciones que me transmite. Pero teniendo en cuenta que mi criterio en estos temas no vale nada y su bien conocida condición de alérgico al compromiso, seguro que me equivoco. Así que vete a saber, lo más probable es que sí que tenga más amantes.

¿Sabes qué? Pensar más en esto no me va a aportar nada, así que paso. Necesito cambiar de tema.

—Oye, ¿qué te han dicho hoy de la pierna?

Mi estrategia funciona y dejamos de hablar de Héctor para centrarnos en la pierna de Celia. Al parecer, la inflamación está bajando con rapidez, así que se quedará una noche más ingresada y mañana le harán otra prueba para confirmar o descartar si necesita cirugía.

Me tranquiliza ver que Celia es consciente de que le espera una recuperación larga. Y, como ella es así de fuerte, en vez de tomárselo como un gran contratiempo lo enfoca como algo por lo que tiene que pasar para volver a estar bien. ¿He dicho ya que admiro mucho a mi hermana? Incluso le hace ilusión volver a instalarse una temporada en casa de mis padres, porque, al menos al principio, va a necesitar ayuda para moverse.

Cuando más tarde llega mi madre para pasar la noche con ella, les recuerdo que cuenten conmigo para lo que haga falta y me voy a casa.

Carla

Puedo afirmar, sin ningún tipo de duda, que estoy viviendo una de las semanas más intensas de mi vida, tanto a nivel personal como profesional.

El día siguiente sucede algo histórico en la oficina.

A las once, Héctor tiene reunión con *Marketing*. Dos minutos antes, me armo con mi ordenador portátil y me quedo de pie al lado de mi escritorio, como si esperara una inspección. En un par de ocasiones he intentado convencerlo de que no es necesario que yo esté presente tomando notas. Siempre le preparan unas presentaciones estupendas y esas ya podrían servirle de resumen de lo hablado, pero no cede. Por cómo descarta el tema, creo que no hay nada que hacer. Quiere un resumen todavía más breve que la presentación y que, además, incorpore sus críticas. Y, encima, no se fía de que hagan el acta los mismos miembros del departamento. En fin.

Cuando Héctor sale del despacho y me encuentra ahí de pie esperando, toda seria, pretende fulminarme con la mirada (pero no le sale muy bien).

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

Yo sonrío con descaro. Es posible que sea con más descaro con el que un asistente de dirección debería sonreír a su jefe.

—De aquí al *Club de la Comedia*, jefe —replico.

Él ríe por debajo de la nariz y se dirige hacia la sala de reuniones número uno.

Rafael y Ainhoa nos esperan, sentados en los mismos lugares de siempre, con la presentación a punto. Yo también ocupo mi sitio habitual. Héctor se dirige a la cabecera de la mesa y empieza a sentarse mirando hacia el televisor... pero antes de sentarse del todo se detiene. Se queda unos instantes ahí, vacilando, y entonces se incorpora.

Sin perder ni un ápice de su dignidad habitual, camina hacia la silla que ocupa el otro extremo de la mesa y se sienta allí, de manera que nos ve a todos los presentes y también el televisor.

Mi sorpresa porque Héctor esté teniendo en cuenta mis comentarios sobre ser un jefe ogro se diluye cuando veo las expresiones de Rafael y Ainhoa, y me veo obligada a apretar los labios para no sonreír. Están mirando a Héctor como si le hubiesen crecido dos rábanos gigantes en la cabeza.

—Gracias por venir. Ya podéis empezar —dice Héctor, concentrándose en seguida en el televisor.

No parecía posible, pero tanto Rafael como Ainhoa abren todavía más los ojos. Rafael ya los tiene un poco saltones, y por un instante temo que se le salten de las órbitas con un ¡pop!

Y así se quedan los dos, mirando a Héctor sin reaccionar. Este no tarda en impacientarse y veo que el Gran Agrio amenaza con hacer acto de presencia. Pero en el último momento se contiene.

—Rafael. ¿Puedes empezar, por favor?

Su tono deja claro que no le gusta tener que repetirse, pero al menos no ha soltado una de sus borderías históricas.

Al fin, Rafael carraspea y empieza a hablar. Mientras empiezo a tomar notas en el portátil, de reojo veo que Ainhoa, apurada por la proximidad y mirada de Héctor, se va encogiendo sobre sí misma. Suerte que no se olvida de hacer avanzar las diapositivas de la presentación.

Unos minutos después, Rafael termina de hablar y Héctor dice:

—Buen trabajo.

Solo añade una pequeña observación que está tan bien dicha que no suena a crítica, sino a comentario constructivo. Y los ojos de Rafael y Ainhoa vuelven a parecer platos.

—Hasta luego —dice Héctor antes de salir del despacho.

Ellos dos siguen tan sorprendidos que ni siquiera son capaces de responder. Yo me limito a sonreírles y me apresuro a recoger el ordenador porque veo que Héctor me está esperando en el pasillo. Caminamos en silencio hacia el despacho. Solo abro la boca cuando ya estamos dentro:

—Felicidades, jefe, acabas de dar un gran paso adelante en tu evolución como persona. —Sí, me estoy burlando, pero a la vez me conmueve un poco que tenga presente lo que hablamos.

—¿Estás segura de que ha sido buena idea? —pregunta. Realmente no parece tener claro si ha obrado bien o no—. Parecían asustados.

—¿No estarías tú asustado si vieses el rostro de Dios por primera vez?

Él se queda inmóvil.

—¿Acabas de compararme con Dios?

—Veo que no has pillado el sarcasmo.

—Claro que lo he pillado. Y veo que sigues siendo una impertinente —dice, serio, aunque es evidente que no está molesto. Antes de encerrarse en el despacho, añade—: Ya hablaremos de tu impertinencia el próximo fin de semana. Envíame esas notas cuanto antes.

Yo me quedo mirando la puerta que se cierra mientras todas mis células se estremecen con placer anticipado. Intento no hacerle mucho caso y seguir trabajando, pero me despisto preguntándome si Héctor volverá a atarme a la cama. Nunca lo había hecho antes con una pareja y fue... interesante. Que estuvo muy bien, vamos.

Entonces, una pregunta con voz de Celia irrumpe en mi cabeza: ¿y si entre semana hace estas cosas con otras personas?

Ostras, malditas sean mi hermana y sus preguntas. Que no es de mi incumbencia ni quiero saberlo, jolines.

Pero es como si el karma o las energías del universo se hubiesen confabulado, porque la tarde siguiente oigo que el móvil de Héctor suena. Tarda unos segundos en contestar, pero cuando lo hace, me llega su voz que dice:

—Paula. —Justo después, cierra la puerta de su despacho y ya no oigo nada más.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla. «¿Lo ves? Tenías razón, ya no puedes fiarte de tu criterio», me digo. Héctor me transmite vibraciones de no estar acostándose con nadie más, pero aquí tengo la prueba de que estaba equivocada. Otra vez.

Un poco después, Héctor se va de la oficina antes de lo habitual, comportándose con

naturalidad. Yo no puedo negar que termino la jornada de bastante malhumor. No me apetece coger el metro en hora punta y sentirme como una sardina en una lata, así que decido caminar hasta casa. Es un trecho, pero me sentará bien. Me pongo los auriculares con música facilona y me pongo en marcha.

No llevo caminando ni cinco minutos cuando, dentro de una elegante cafetería con grandes ventanales, veo a Héctor y Paula. Están de pie ante la barra, ella con una copa de vino delante y él con una cerveza.

Debería pasar de largo, pero mis piernas echan raíces en el suelo y me quedo ahí, viendo como Paula extiende una mano cariñosa hacia el brazo de Héctor. Sus intenciones son claras. Y ya sabemos qué pasará a continuación, ¿no?

Héctor se aparta.

Oh.

De hecho, Héctor no parece muy contento. No sé qué espeta a Paula, pero no le sienta muy bien. La modelo le da la espalda y se camina hacia la puerta con pasos enfadados.

Oh, oh, y yo tengo que largarme de aquí, a ver si alguno de los dos me descubre y piensa que les estaba espiando. Qué horror.

Me apresuro a seguir mi camino, sin saber cómo sentirme. No puedo negar que ya no estoy de tan malhumor, pero eso es engañarme a mí misma. Puede que Héctor no se esté acostando con Paula, pero puede que con otras mujeres sí. Y si no lo está haciendo, en cualquier momento volverá a las andadas. No debo confiarme.

Por suerte, el largo recorrido y la música me ayudan a desconectar de todo y cuando llego a casa ya he dejado de pensar en Héctor, Paula y preguntas inoportunas.

Ese fin de semana, el sábado por la mañana lo paso en casa de mis padres haciendo compañía a Celia. Ya le han dado el alta y estamos todos más que contentos porque al final no tendrán que operarla, aunque ella ahora está preocupada porque necesita entregar algunos encargos y, por culpa de la pierna lesionada, no puede pasar muchas horas delante del ordenador. A la hora de comer consigo convencerla de que dedique unos días a terminar esos encargos y después se permita pedir la baja médica al menos un par de semanas. Después ya valorará si puede seguir trabajando.

—Vale, pero si estoy dos semanas sin currar me aburriré mucho. Necesito que me consigas una videoconsola —dice, enfurruñada.

—Hablaré con Quique. Seguro que él puede conseguirte una —respondo sin esconder el retintín en mi voz.

Ella enrojece, pero es incapaz de no sonreír como una idiota.

Cuando llego a casa de Héctor a media tarde, no consigo pasar del recibidor sin que me desnude del todo. Al parecer recuerda lo que dijo sobre mi impertinencia, porque me ata a la cama para castigarme por ella. Lo de castigarme es un decir, claro, porque los gritos que se me escapan con la cara apretada contra la almohada no tienen nada de dolor y sí mucho de orgásmicos.

Qué maravilla de tarde y de noche.

Por la mañana me despierta el sol que entra por la ventana.

Abro los ojos y enseguida me doy cuenta de que me siento... bien. No solo descansada y satisfecha y un poco animada. También... bien.

Al pensar en ello, también me doy cuenta de que el cansancio que durante tanto tiempo me ha acompañado ha desaparecido del todo. Hace mucho que no pienso en hacerme un ovillo en el sofá. Pensar en trabajar o en estar con gente me anima en vez de agotarme.

Creo que la Carla de ahora, la que se agotaba fingiendo ser la Carla de antes, ha desaparecido. Por fin. ¿Significa eso que ha regresado la Carla de antes, que vuelvo a ser la Carla de siempre? Bueno, nunca volveré a ser la misma exactamente. He madurado y aprendido lecciones por el camino, pero creo que sí, que puedo decir que soy la de siempre.

Sonríó.

He superado a Marcos.

Me incorporo en la cama, contenta. Siento un subidón de energía. Antes del desastre, los fines de semana siempre me buscaba alguna actividad que hacer fuera de casa. Pero dejé de hacerlo, y de repente me entran unas ganas locas de montarme un plan.

—Desprendes tanta energía que me has despertado sin necesidad de tocarme —murmura Héctor con voz somnolienta, todavía con los ojos cerrados.

Me arrodillo en la cama para mirarlo.

—Es que... Necesito hacer algo. Ir a alguna parte.

—No. Duerme.

Me pone la mano en la cabeza y, sin piedad, me la empuja hasta que vuelvo a estar tumbada en la cama, boca abajo. Me río e intento liberarme, pero mantiene la mano en mi cabeza. Al final, opto por olvidarme de cualquier tipo de dignidad y levanto primero el culo. Me arrodillo y después puedo hacer fuerza con las manos y la cabeza para incorporarme de nuevo.

—Hace siglos que no hago algo físico —digo mientras doy saltitos sobre la cama.

—¿Y el sexo de las últimas semanas y de anoche qué es? ¿Y no dijiste que habías vuelto a clases de *spinning*? *Spinning*, a quién se le ocurre —murmura.

—Ya me entiendes. Una actividad fuera de casa y del gimnasio.

Héctor bosteza y se frota la cara con la mano para desperezarse.

—Vale. Vamos donde quieras.

—¿En serio?

Él asiente como si no fuese nada del otro mundo.

—Sí, claro. ¿Qué propones?

Héctor

Carla parpadea un par de veces. No sé si está sorprendida o pensativa. Estoy demasiado dormido como para valorarlo. No he dicho ninguna tontería, ¿verdad?

Entonces sonrío.

—¿Qué te parece si vamos a hacer *puenting*?

Ahora el que parpadea dos veces soy yo.

—¿*Puenting*? —pregunto poco a poco.

—*Puenting*.

—¿Haces *puenting* a menudo?

—Lo he hecho alguna vez.

—¿Puedo prohibirte que vuelvas a hacer *puenting*?

—Claro que no —dice ella, riéndose como si yo le hubiera hablado en broma.

Pero yo no podría estar hablando más en serio. Solo de imaginarme a Carla haciendo *puenting* ya la veo estampada contra el suelo porque la cuerda se ha roto.

—Vale, por tu cara veo que debo buscar una actividad más adecuada para un abueleto.

—Oye, que tengo treinta y seis años. Todavía me faltan unos meses para cumplir treinta y siete —replico, intentando defender mi honor—. A ver, ¿cuántos tienes tú?

—Treinta y dos.

—Claro, si es que eres una cría. Por eso haces tonterías como el *puenting*. La juventud de hoy en día no tenéis remedio —digo, consiguiendo mantenerme muy serio.

Carla se parte de risa, porque es así de facilona, y se sienta a horcajadas encima de mí. Todavía no se ha dado cuenta de que, si hace eso y está desnuda como ahora, sus pechos siempre me distraen.

—A ver, viejales, ¿has ido alguna vez a Laser Tag?

—¿El de las pistolas láser? —pregunto a sus pechos. Lo siento, soy humano y me gustan, no puedo evitar mirarlos.

—El mismo.

—No.

—¿Cómo es posible que seas el propietario de una empresa de eventos y nunca hayas pisado el Laser Tag?

Ahora sí que la miro a la cara.

—¿Estás cuestionando mi profesionalidad?

—A ver, tengo motivos para hacerlo... —bromea.

Grita cuando la tumbo sobre la cama y me coloco sobre ella.

—¿Cómo es posible que estés a punto de acabar atada a la cama otra vez?

—No, no —dice ella riendo y removiéndose. Consigue escabullirse y ponerse en pie—. Ahora ya me he hecho a la idea de ir a Laser Tag, no puedes quitármelo.

Yo finjo que me da una pereza tremenda salir de la cama y pasar por la ducha, pero menos de media hora después estamos en la calle, desayunando unos *croissants* y café. Cuando llegamos a Laser Tag nos dan chalecos de colores, nos entregan armas láser, nos colocan en equipos contrarios con otras personas y nos sueltan en una sala laberíntica que brilla con luces fluorescentes. Ahí dentro ignoramos a nuestros compañeros de equipo y nos dedicamos a perseguirnos y dispararnos el uno al otro. Acabamos jugando tres partidas que siempre gana Carla por goleada, porque la mujer es más escurridiza que una ardilla y siempre consigue sorprenderme y huir antes de que yo pueda contraatacar.

Me lo paso bien, tan bien que en cierto momento tengo que detenerme a pensar cuánto hacía que no me divertía tanto. ¿Alguna vez me he divertido tanto? De niño sí, ¿pero de adulto? Toda mi vida la he dedicado al trabajo, a Eventos Luxe.

Estoy en medio de mi epifanía, sobre la que no sé qué pensar, cuando aparece Carla y me dispara varias veces seguidas. Y el juego sigue.

La verdad es que no solo me divierto, también me pongo muy cachondo. Eh, no pienso disculparme. Ya he dicho que soy humano, ¿no? Pues, a mí, jugar a perseguir a Carla me pone.

Cuando un poco más tarde cruzamos la puerta de casa, me falta tiempo para abalanzarme sobre ella. Intenta escabullirse entre risas, pero esta vez no es ni más hábil, ni más rápida, ni más fuerte que yo. La atrapo y no tardo mucho en tenerla desnuda sobre la cama, debajo de mi cuerpo. Estoy a punto de hundirme en ella con impaciencia, pero entonces me mira a los ojos y sonrío, cómplice, confiada, dulce como pocas veces la veo, y siento la necesidad de frenar.

En vez de hundirme en ella vuelvo a besarla, pero esta vez sin prisas. Le acuno la cara, perdiéndome en la suavidad de sus labios, de su lengua. Le acaricio el cuerpo y disfruto de su calidez y el olor de piel, y cuando por fin me hundo en ella me permito ir lento y disfrutar de cada movimiento de nuestras caderas. Y sé que estoy siendo tierno, que estoy demasiado pendiente de sus expresiones y sus gemidos, que desde que ella me visita los fines de semana mi piso ha vuelto a gustarme, que me estoy encariñando. Sé que no debo, que no quiero, pero me permito hacerle el amor así.

Más tarde, procuro olvidarme de ello.

A lo largo de la semana siguiente, en las reuniones sigo haciendo las cosas de manera distinta. Me siento de manera que veo tanto el televisor como a los presentes, a los que también saludo. Les digo que han hecho las cosas bien, aunque sea una obviedad, y expreso con delicadeza (no vaya a ser que alguien se me rompa como una copa de cristal de Bohemia) las cosas que veo que han hecho mal. Antes de irme, me despido y les doy las gracias.

Según Carla, si no hago todas estas cosas, soy un ogro. Esa es su teoría, pero teniendo en cuenta las caras de miedo y tartamudeos con los que suelo encontrarme, creo que todos preferirían que las cosas fuesen como antes. Pero cada vez que lo hago, Carla me sonrío y me felicita. En cambio, cuando Carlos consigue impacientarme otra vez y le pregunto cómo es posible que su mujer lleve más de quince años aguantándole, Carla me fulmina con la mirada y

más tarde me dice: «Jefe, te has pasado tres pueblos. Eso ha sido un nivel 9,9 de ogro, y el máximo es un diez».

Qué exagerada es.

Hay momentos en los que pienso que todo esto es absurdo, pero Carla ya me ha demostrado que es buena en su trabajo y que conoce bien la empresa, así que, no sé, supongo que no cuesta nada probarlo unos días.

También me gusta cuando me sonrío.

Mis pensamientos sobre la sonrisa de Carla se esfuman cuando, al anotar en la agenda una reunión para la semana que viene, veo qué fecha se acerca.

Finales de mayo.

La opresión en el pecho me toma por sorpresa. Me doy cuenta de que hacía algunas semanas que no la sentía. También llevo un tiempo sin ataques de ansiedad. Pero ahora se acerca el 30 de mayo y se me corta un poco la respiración. Quiero ignorar la opresión en el pecho, la ansiedad, pero no lo consigo.

Unos toques en la puerta me distraen y me salvan de seguir cayendo en el agujero al que iba de cabeza. Carla entra con un vaso en la mano.

—Tu café de las doce —dice, depositándolo en mi escritorio. Ahora ni siquiera tengo que pedirselos. Al parecer, tengo una rutina y se ha fijado en ella—. ¿Va todo bien?

No sé qué debe de transmitir mi expresión, pero me mira con preocupación.

—Sí —miento—. ¿Me llevarás a otro sitio este fin de semana?

Su cara se ilumina.

—Dalo por hecho. En realidad, ya sé dónde podemos ir. Han abierto un *escape room* cerca de aquí y me muero de ganas de ir a probarlo.

—Suenan bien —digo, más animado gracias a su entusiasmo.

—Lo sé —responde, fingiéndose una soberbia.

Río por debajo de la nariz. Esta mujer parece tener la necesidad de estar haciendo siempre el payaso. No me voy a quejar, porque hoy lo agradezco: cuando sale del despacho, estoy sonriendo.

El fin de semana descubro que el *escape room* es un lugar enorme, que en realidad dispone de varios *escape rooms* distintos. Si quisieras, podrías pasarte aquí varios días seguidos entrando y saliendo de las diferentes salas. Elegimos uno en el que debemos resolver un crimen. Es entretenido e ingenioso, aunque creo que a Carla le gusta bastante más que a mí. A ella le gustan los retos con límites de tiempo, mientras que a mí me ponen nervioso. Pero es difícil no reírse ante su emoción cuando resuelve un acertijo y el juego nos permite seguir avanzando.

Al salir, nos detenemos un momento en la recepción para estudiar las descripciones de todos los *escape rooms* que tienen. A Carla no solo le gustaría volver, sino que ambos tenemos claro que hay que conocerlos de cara a los eventos que organice la empresa.

—¿Carla? —dice una voz conocida detrás de nosotros.

A mi lado, Carla se tensa. Yo disimulo un pequeño respingo. Sé quién es.

Carla se gira.

—Marcos.

Héctor

La observo con atención, preocupado por su reacción. Sé que ante el actor mantendrá el tipo, ¿pero qué pasará después?

Marcos se mantiene a una distancia prudencial de Carla, aunque se nota que le gustaría acercarse a darle dos besos. De hecho, por cómo la mira... En su mirada hay un claro arrepentimiento... y anhelo. Después de lo que le hizo, ¿y encima tiene los huevos de mirarla así? Procuro mostrarme impasible, pero confieso que me cuesta un poco.

Él me mira un momento con algo de curiosidad, pero enseguida vuelve a centrarse en Carla.

—¿Cómo estás? —le pregunta.

—Bien —contesta ella. Después saluda con la mano a dos chicos que esperan un par de pasos por detrás de Marcos—. Hola Edu, Martín.

Ellos la saludan con simpatía.

—Te he estado llamando —dice entonces Marcos.

Me doy cuenta de que allí sobro. Aunque me gustaría convertir a Marcos en una zanahoria y después partirlo en dos, esta conversación no es de mi incumbencia. Me alejo unos pasos, y no sé si agradecer o maldecir el griterío de todos los grupos que hay en la recepción y que no me permiten oír su conversación.

Por suerte, no se alargan mucho. Carla no tarda en venir a buscarme y salimos a la calle. Está inusualmente callada.

—¿Estás bien? —pregunto.

Hace tiempo me dijo que ya no estaba enamorada de Marcos, pero ¿y si ahora que lo ha visto en persona se ha dado cuenta de que no es cierto?

—Sí, Marcos está superado —asegura—. Solo... No quiero volver atrás, pero me da pena que acabara todo tan mal.

Pero... Eso es desear que las cosas se hubiesen desarrollado de otra manera. Es decir, desear una segunda oportunidad para que esta vez todo vaya mejor, ¿no?

Me estoy poniendo de mal humor, así que no replico. Además, los dos sabemos que lo nuestro tiene fecha de caducidad. De hecho, puede ser que el fin lo marque el deseo de Carla de querer volver a intentarlo con Marcos. Creo que sería un error por su parte, pero, como ya he dicho antes, no es de mi incumbencia.

—Está empeñado en que hablemos un día, pero no sé qué quiere. Ya no hay nada más que decir —comenta, aunque parece decírselo más a sí misma que a mí.

Ya te diré yo lo que quiere Marcos. Meterse en tus bragas otra vez, eso es lo que quiere.

—En fin, da igual. Es agua pasada, hablemos de otra cosa.

—Como quieras —digo, aunque por dentro no podría agradecerérselo más.

Nos ponemos a hablar de otras cosas y el resto del día transcurre con normalidad. Sin embargo, cuando Carla se va a su casa y me quedo solo, no puedo obviar la realidad que se acerca. Estamos a finales de mayo.

Sé qué sucederá mañana a primera hora. Max se presentará en mi despacho y me preguntará cómo estoy, si necesito algo y que por qué no hacemos algo juntos las tardes de esta semana aparte de ir al gimnasio. Es lo que hace cada año, y cada año le contesto que bien, que no y que no.

Me doy cuenta ahora de que cada año se va de mi despacho con la expresión un poco decepcionada. Quizás esta vez pueda ahorrárselo.

El día siguiente, soy yo el que entra en su despacho a primera hora. Le tiendo una bolsa de papel que contiene una sencilla caja de cartón.

—Te he traído el desayuno —anuncio.

—Caramba, muchas gracias —dice él, agradecido, mientras coge la bolsa.

Extrae la caja, la deposita encima de la mesa y la abre con curiosidad.

—Madre mía. —Se asombra cuando ve la pequeña colección de pequeños *croissants* de chocolate que contiene. Le falta tiempo para llevarse uno a la boca. Se le escapa un suspiro complacido—. Vale, ya puedo morirme.

Sabía que le gustarían. El chocolate es la perdición de Max, y estos *croissants* son de lo mejor que probado.

—Gracias. —dice. Los ojos le brillan.

—No es nada.

De repente, me siento incómodo. Creo que nunca había tenido un gesto así con Max. Hace mucho tiempo que conozco la existencia de estos *croissants* y nunca antes se los había traído.

El mismo Max interrumpe mis desconcertantes pensamientos cuando dice:

—¿Sabes? Corre un rumor tremendo por la empresa.

Al instante pienso en Carla y en su temor a que se descubra que estamos liados. Maldita sea, creía que estábamos siendo más que discretos.

—¿Ah, sí? —replico, disimulando la inquietud.

—Sí. Se dice que en las reuniones miras a la gente a la cara y que estás siendo amable.

Una sonrisa aflora en sus labios. No es burlona. En realidad, Max está contento.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

«Ha pasado Carla, que dice que soy un jefe ogro», pienso, pero no lo pronuncio en voz alta. Si lo hago, Max hará más preguntas, o sospechará lo que está pasando entre nosotros.

Me limito a encogerme de hombros.

—No sabría decirte —digo.

Max no pierde el buen humor, aunque su expresión denota que sabe que no estoy siendo sincero.

—Bueno, que sepas que es un buen rumor —dice antes de meterse otro *croissant* en la boca—. Por cierto, parece que pronto tendremos resuelto el problema con la empresa de asistentes de dirección y Carla podrá regresar a su puesto de trabajo habitual. Es lo que querías, ¿no?

—Sí, por favor —miento con todo el descaro del mundo.

Soy consciente de que Carla está desempeñando un trabajo que no es el suyo y de que debe de tener ganas de regresar a su cargo habitual. Pero me he acostumbrado a su presencia y su

manera de hacer. De todos los asistentes de dirección que he tenido, es la que más me gusta.

Me voy después de que Max prometa mantenerme informado. De camino a mi despacho, la sensación de incomodidad regresa. Me he quedado con las ganas de confiarle la verdad. Pero pensar en hacerlo... No creo que sea capaz de dar el paso. Hay algo que me bloquea.

¿Por qué?

Max es mi mejor amigo. Sé que es discreto y que nunca traicionaría mi confianza. ¿Por qué soy incapaz de confiar en él? ¿Y por qué nunca antes le había traído unos *croissants* de chocolate?

No lo sé, y si lo pienso con detenimiento, tampoco sé decir cuándo fue la última vez que confié en él. Hago un repaso mental del tiempo que hemos pasado juntos últimamente, en el gimnasio, comiendo juntos, tomando una cerveza o un simple café en la oficina.

Solo hablamos de trabajo.

A veces él me cuenta cosas de sus padres, pero yo nunca le pregunto por ellos ni le hablo de mi vida personal o le pregunto por la suya. Solo le hablo de trabajo.

¿Qué clase de amigo soy? ¿Siempre he sido así?

No, no siempre.

Hubo una época en la que nuestra relación no giraba solo alrededor del trabajo. Sabía todo lo que pasaba en su vida, nos reíamos... Pero es lejano, tan lejano que podría creer que estoy inventando recuerdos.

Me masajeo la frente, intentando aliviar el repentino dolor de cabeza que me asalta. Sabía que esta semana iba a ser mala, ¿pero encima esto? Ahora no me veo capaz de hacer frente al descubrimiento de que me he convertido en un mal amigo.

Tomo aire para controlar la respiración que se me ha empezado a acelerar. No quiero tener otro ataque de ansiedad, no puedo permitir que esto avance. Necesito pensar en otra cosa.

El trabajo, el trabajo siempre me ha ayudado. Si estoy centrado en mis obligaciones profesionales, no pienso en todas estas cosas que tanto me alteran. Mi trabajo siempre ha sido mi salvación, y de nuevo me aferro a él.

Desbloqueo el ordenador, abro el correo electrónico y me centro en trabajar y no pensar en nada más.

Carla

«Tomamos ese café cuando tú quieras».

Hago una mueca y abandono el teléfono en mi escritorio. Si no está conmigo, no tengo que pensar en Marcos. Me dirijo a la cocina. No es hora de mi descanso, pero necesito una café con desesperación.

Por desgracia para mí, de camino a la cocina los pensamientos sobre Marcos no me abandonan. El otro día, cuando coincidimos en el *escape room*, me dijo que entendía que no hubiese contestado a sus llamadas, pero que había estado intentando contactar conmigo porque quería hablar. Tan solo que tomemos un café un día de estos, nada más.

No estoy segura de qué quiere hablar, aunque algo me dice que debe de haber tenido alguna revelación divina y querrá disculparse por lo sucedido. Tener esta charla con él me da una pereza tremenda. Pero como soy una blanda o una idiota, o quizá ambas, le prometí que me lo pensaría. Conozco a Marcos y sé que, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no se detiene hasta conseguirlo. No me apetece ser borde con él y exigirle que me deje en paz, la verdad. Y quizá una charla nos venga bien para cerrar este capítulo de nuestras vidas y seguir adelante.

Cuanto antes me lo quite de encima, mejor.

Pero me da pereza.

Creo que hoy todavía no contestaré a su mensaje.

Pronto, lo prometo.

En la cocina me encuentro con Sira.

—¿Cuándo te dejarán regresar a tu puesto? —me pregunta.

—No lo sé, yo ya no pregunto.

Es una cuestión sobre la que intento no pensar demasiado porque tengo sentimientos encontrados al respecto. Quiero regresar a mi trabajo en Grandes Fiestas. Es para lo que me contrataron y es lo que me gusta hacer. Además, ahora que ya no siento la necesidad de esconderme del mundo, empiezo a sentirme sola en el despacho de dirección. Pero también estoy a gusto con Héctor, y no negaré que le he cogido el gustillo a estar al día de todo lo que se cuece en la empresa o a que Héctor me pida su opinión sobre decisiones empresariales. Mi nivel de implicación ha ido un poco más allá de lo requerido a un asistente de dirección, pero no me quejo. Al contrario.

Pero no sé muy bien dónde me deja esto. ¿Me aburriré cuando regrese a mi cargo habitual o lo agradeceré?

—Y, oye, ¿a qué se debe el cambio en el jefe? Está tan amable que la gente no sabe si celebrarlo o saltar por la ventana porque significa que se acerca el fin del mundo o algo así — pregunta Sira, interrumpiendo mis reflexiones existenciales sobre mi vida laboral.

Me río y me encojo de hombros.

—No lo sé. Se habrá dado cuenta de que no le vale la pena pasarse el día gruñendo.

—¡Carla!

Tanto Sira como yo nos sobresaltamos. Héctor está en la puerta de la cocina. Por si su tono no lo había dejado claro, su expresión acaba de confirmar que está de mal humor.

—Tenemos una reunión y tú estás aquí, fuera de horario de pausas, y ni siquiera te llevas el teléfono para que pueda localizarte —me espeta—. Espabila. Sala dos.

Héctor se va sin esperarme.

Abro mucho los ojos mientras me obligo a mantener la boca cerrada. Si me permito abrirla, la mandíbula se me caerá al suelo del asombro. No me lo puedo creer.

—Vaya, parece que volvemos a las andadas —dice Sira.

—Ya te digo —replico yo, mientras vacío lo que quedaba de mi pobre café en la pila y pongo el vaso a lavar.

Corro hasta mi escritorio, donde compruebo la agenda. Sí, me he despistado y teníamos una reunión hace cinco minutos. Me apresuro a coger el portátil y me dirijo a la sala dos, donde Héctor vuelve a estar sentado de cara al televisor dándole la espalda a la pobre Mamen, que no sabe qué cara poner. Al entrar, mi jefa de departamento mira con ojos interrogantes: «¿Y este cambio? ¿Qué ha pasado?», parece preguntarme.

Yo me encojo de hombros. Héctor lleva toda la semana raro. Está serio, a menudo perdido en sus pensamientos, y dice tener tanto trabajo que apenas da conversación. Pero esto de ahora... El Gran Agrio ha regresado.

La manera como me ha hablado en la cocina me ha molestado.

Bueno, vale, más bien me ha herido un poquitín. Con todo lo que ha pasado, ¿y ahora vuelve a hablarme así?

Decido darle el beneficio de la duda. Puede que tenga algún motivo. Héctor es muy hermético sobre su vida privada, es decir, no suelta prenda, pero después intentaré hablar con él. Puede que contar lo que le preocupa lo ayude.

Sin embargo, al terminar la reunión abandona la sala sin esperarme. Su lenguaje corporal transmite con claridad que quiere que lo dejen en paz, así que me limito a regresar a mi escritorio y mirar la puerta cerrada de su despacho con inquietud. No me gusta no saber qué está pasando. ¿Está siendo un imbécil y se merece un rapapolvo o necesita ayuda?

No tardo en obtener la respuesta a mi duda.

—¡Joder! —grita. Lo oigo a través de la puerta cerrada.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. ¿Entro a ver qué pasa o espero?

—¡Me cago en la puta! —grita ahora.

Inclino la cabeza hacia un lado. Todavía no tengo claro qué es mejor hacer. El Gran Agrio querría que lo dejaran en paz. Teniendo en cuenta que ha regresado con todo su esplendor, quizá es lo que debería hacer.

Entonces oigo una respiración ahogada.

Me pongo en pie al instante y me apresuro hacia su despacho. Entro sin llamar y cierro la puerta detrás de mí.

Héctor está de pie, apoyándose en la mesa con las dos manos, la cabeza caída hacia el pecho. Le cuesta respirar.

—Héctor.

Levanta la cabeza y me mira, su mirada oscurecida por una mezcla de enfado y miedo.

—Tengo una reunión en el banco y me he manchado la camisa de café. ¡Joder!

Es cierto, tiene una mancha de café en el pecho. Es pequeña, pero se ve.

—¿No tienes una de repuesto aquí?

—La gasté hace un tiempo, ¡y tú no la has repuesto! —me acusa.

—¡Primera noticia de que tenía que hacerlo! —me defiendo.

Me arrepiento al instante de mi réplica. Así no ayudo a Héctor. Al contrario, solo alimentaré su ansiedad.

—A la reunión puede ir Carlos solo...

—¡No!

—... o podemos llamar y posponerla. Puede esperar uno o dos días.

Es cierto. Con la previsión de crecimiento de la empresa, Héctor está valorando la posibilidad de comprar unas oficinas. La reunión en el banco solo es para informarse sobre un posible préstamo para financiar la compra.

Héctor niega con la cabeza.

—No, no puede esperar —murmura, y vuelve a ahogarse.

Al ver que las piernas amenazan con fallarle, lo sujeto y lo acompaño hasta el sofá, donde lo empujo con suavidad para que se siente. Cada vez respira peor.

—Se me nubla la vista —murmura.

Me arrodillo ante él y apoyo las manos en sus rodillas.

—Héctor. ¿Recuerdas lo que hicimos la otra vez? Cuenta de cien a...

—¡No quiero contar! Quiero que se pase, joder.

—Cien, noventa y siete, noventa y cuatro... —empiezo a contar, ignorando sus quejas.

Sigo contando hasta que él se me une, y después lo dejo hacer solo. Necesita hacer la cuenta hacia atrás una segunda vez, pero al cabo de unos minutos lo peor del ataque de ansiedad ha pasado. Héctor se deja caer sobre el respaldo del sofá y cierra los ojos. Me siento a su lado.

—Oye, ¿qué te pasa esta semana? —le pregunto con suavidad—. ¿Tienes algún problema? ¿Ha pasado algo?

Tarda uno o dos minutos en contestar. Espero, paciente. Casi me parece ver las tuercas de su cerebro girando, valorando si confiar en mí o no.

Carraspea.

—Hoy se cumplen años... Alguien a quien quería murió.

Lo miro, consternada. No esperaba que se tratara de algo tan grave.

—¿Quién?

Héctor sigue sin abrir los ojos. Frunce el ceño. Yo aguanto la respiración.

Al fin, abre los ojos y me mira.

—Siento haberte hablado mal antes —dice.

Empieza a incorporarse. Yo fuerzo una sonrisa, disimulando mi decepción.

—No pasa nada. ¿Estás mejor?

Héctor asiente mientras con los dedos se masajea la frente, el puente de la nariz, las sienes, como si buscara aliviar la presión. Si fuera fin de semana, me sentaría detrás de él y le haría un masaje en la cabeza para ayudarlo a sentirse mejor. Pero estamos en la oficina y él ha vuelto a marcar los límites de nuestra relación. Amantes, pero no entramos en temas demasiado personales.

—¿Puedes cancelar la reunión? —pregunta sin mirarme.

—Claro.

Me levanto porque me está dejando claro que ya no me necesita.

—Gracias —dice.

Pero su voz suena ausente, ahora mismo está perdido en un mundo del que yo no puedo formar parte. Vuelvo a tragarme la decepción, me hiere que sea incapaz de confiar en mí. Salgo del despacho repitiéndome una y otra vez que no es de mi incumbencia.

Carla

Me aguanto las ganas de ir a preguntar a Max por la persona que Héctor amaba y que murió. Por un lado, seguro que no me contaría nada. Por el otro, sería una falta de respeto hacia Héctor.

Sin embargo, no puedo evitar preguntarme a mí misma, hacer teorías al respecto. ¿Fue un familiar? ¿Sus padres? ¿Un hermano o una hermana? ¿Una pareja? ¿Quizá una novia o una esposa? O quizá... Me estremezco solo de pensarlo. ¿Quizá un hijo? Uf, todas las opciones son igual de malas.

Nadie ha mencionado nunca nada en la oficina, así que no es algo que se sepa. Debió de suceder hace mucho tiempo.

Al menos, el ataque de ansiedad marca un antes y un después en su comportamiento en la oficina. El Gran Agrio desaparece y regresa el nuevo jefe Héctor, el que se esfuerza por ser respetuoso con sus empleados. Creo que no es consciente de que, desde que ha empezado a hacerlo, el ambiente en la oficina ha mejorado. No es que fuese malo, pero siempre ayuda a mejorar las cosas saber que un ogro no va a atacarte verbalmente en cualquier momento.

El jueves, Celia me pide que no vaya el sábado por la mañana a hacerle compañía. Ya estará Quique con ella. Teniendo en cuenta que mis padres no estarán porque tienen sus propios planes para ese día, me puedo imaginar qué harán esos dos.

—Ten cuidado con la pierna, no te hagas más daño con alguna postura rara —le digo con una sonrisa burlona.

Me río mientras esquivo la almohada que me lanza a la cara.

Envío un mensaje a Héctor para hacerle saber que puedo ir a su casa el viernes por la noche.

«OK. Trae ropa cómoda. Tejanos, sudadera», responde.

«Vale. ¿Por?», replico yo, curiosa. Pero ya no obtengo respuesta.

El viernes, cuando Héctor me abre la puerta de su casa, va con la chaqueta puesta y lleva una maleta de viaje en la mano.

—Nos vamos —anuncia.

—Vale. ¿A dónde?

—Es un secreto —responde, y no consigo sonsacarle nada más.

Bajamos al aparcamiento de su edificio, donde nos montamos en un coche que yo no sabía que Héctor poseía. Abandonamos la ajetreada ciudad y conducimos unos cuarenta minutos, adentrándonos por bosques y montañas frondosos y húmedos. Siempre me maravilla que los tengamos tan cerca de casa.

—Ya estamos a punto de llegar —dice Héctor, que toma un desvío de la carretera.

Nos adentramos por un camino hasta que alcanzamos un cartel que anuncia el hotel Cabañas. El lugar es lo que su nombre promete: esparcidas por el bosque hay pequeñas cabañas de madera con aspecto de ser tan acogedoras y románticas que se me abren los ojos como platos.

—No conocía este lugar —digo.

—Es nuevo. Todavía no está abierto al público. Están haciendo unos días de promoción entre unas cuantas personas que podemos ser buenos clientes —explica—. Y he pensado que, aparte de venir a probarlo, te gustaría.

—¿Es solo alojamiento o tiene algo más?

—Tiene algo más. Pero lo descubrirás mañana.

—¡Venga ya!

—Paciencia, Carla, paciencia —sonríe mientras baja del coche.

La cabaña es tan acogedora por dentro como por fuera. Tiene una pequeña cocina en la que nos espera una cena fría dentro de una cesta de mimbre. Vale, no suelo ser cursi, pero este lugar me parece tan mono que me derrito y estoy toda la noche sonriendo como una idiota.

Por la mañana, nos despiertan unos golpes suaves en la puerta. Al abrir, nos encontramos otra cesta de mimbre en el suelo. Contiene un desayuno a base de zumo de naranja, café, tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, algo de fiambre y unos bollos rellenos de chocolate que se deshacen en la boca.

Comemos en el pequeño porche, donde hay una mesa y dos cómodas sillas. Lo hacemos en silencio, disfrutando de la comida y los sonidos del bosque. Me permito apoyar las piernas en el regazo de Héctor, que me acaba haciendo un pequeño masaje en los pies. Cierro los ojos y alzo la cara hacia el sol que se filtra por entre las hojas de los árboles.

Esto es vida y los demás son tonterías.

Al cabo de un rato, Héctor se levanta para recoger y anuncia que debemos irnos. Estoy muerta de curiosidad, así que no discuto y obedezco cuando me indica que me vista con tejanos, zapatillas y sudadera.

Nos adentramos por un camino que discurre entre cabañas y árboles. Está señalizado con carteles que indican cómo llegar a cada alojamiento y también a un parque, aunque no especifica qué tipo de parque es.

A medida que nos acercamos al lugar, de vez en cuando nos llega un zumbido curioso. Sé que lo he oído antes, pero no logro identificarlo. Miro a Héctor, cada vez más impaciente, pero él se limita a sonreírme.

—Te lo estás pasando en grande a mi costa —lo acuso, dándole un cachete.

—Un poco sí.

Al fin alcanzamos la entrada del misterioso parque, que nos da la bienvenida con una pequeña cabaña que hace de recepción. Hay unas pocas personas que parecen clientes, como nosotros. Entonces lo veo. Una cuerda tensada que discurre del tronco de un árbol a otro.

—¿Eso es una tirolina? —pregunto.

—No solo hay una. Hay muchas. Es un parque de tirolinas.

Abro mucho los ojos, asombrada.

—¿Un parque solo de tirolinas?

—Hay alguna red y algún puente colgante, pero el tema principal son las tirolinas.

Creo que la boca se me debe poner redonda, haciendo una O perfecta, de la emoción. Esto es... ¡maravilloso! ¡Me encanta!

—Ya me parecía que te iba a gustar.

Estoy a punto de lanzarme a sus brazos, estrujarlo y darle un beso delante de todo el mundo, pero una chica con el uniforme del parque se nos acerca. Nos da la bienvenida y nos explica las normas del lugar. Después nos entrega casco, arnés, chaleco y el resto de materiales que necesitaremos para engancharnos a las tirolinas, y nos ponemos en marcha.

—¿Qué circuito prefieres hacer? —pregunto. Los hay de varios niveles, de más suaves a más intensos según la longitud de las tirolinas.

—El que tú quieras.

—¡Ya lo tengo! Los haremos todos —decido.

Agarro a Héctor del brazo y tiro de él hacia la primera tirolina del circuito más suave.

—¿Todos? —Parece un poco impresionado.

—Claro, así podremos informar bien a los clientes que traigamos aquí.

Me lo paso bomba el resto de la mañana, de tirolina en tirolina. Héctor me sigue, contenido como siempre. Doy por sentado que esta es su manera de vivir la diversión, hasta que en el circuito que tiene las tirolinas más largas veo que duda.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Él asiente, pero no resulta muy convincente. Cuando me quedo mirándolo, esperando una respuesta sincera, echa un vistazo desconfiado a la tirolina que tenemos delante.

—Digamos que este tipo de emociones no son santo de mi devoción.

—¡Pero si llevas toda la mañana montándote en ellas! —exclamo, escandalizada.

—Está bien, Carla.

—Espérame abajo.

—Carla, está bien. Me gusta acompañarte.

Me quedo sin palabras ni objeciones, así que terminamos el circuito y regresamos a la cabaña a comer. Por si me quedaban dudas del esfuerzo que ha hecho Héctor esta mañana, lo que sucede después de comer es una buena prueba de ello: ni siquiera se toma un café y se queda dormido un buen rato. Claro que quizá solo estaba haciendo acopio de energías, porque al despertar me arrastra a la cama y nos pasamos el resto de la tarde haciendo el amor.

La mañana y parte de la tarde del domingo la pasamos en un pueblo cercano, paseando por su zona antigua y disfrutando de las vistas que ofrecen las montañas que lo rodean. En cierto momento pasamos por delante de una panadería que tiene unos cuantos cruasanes expuestos. Héctor, que cualquier día creará la secta del *croissant*, no puede resistirse y se compra uno para probarlo. Cuando le da el primer mordisco, frunce el ceño y se queda pensativo. Sigue comiéndose el cruasán así, en concentrado silencio, hasta que se lo termina.

—Espera un segundo —me dice, y regresa a la panadería con paso decidido.

Unos minutos después, sale cargado con una bolsa que contiene cinco cruasanes.

—Algo me dice que ese cruasán te ha gustado —digo, incapaz de esconder la sonrisa.

—El mejor que he probado —asegura.

—Caramba, eso son palabras mayores.

—Tendré que mudarme a vivir aquí.

Lo dice tan convencido que por un instante creo que habla en serio. Mi cara debe de ser un poema porque arquea las cejas.

—¿No me ves capaz de vivir aquí?

Me echo a reír.

—¡Pero si eres un urbanita sin remedio!

Héctor también sonríe.

—No sé de dónde has sacado esa idea. —Me atrae hacia él y me da un beso en los labios.

Un estremecimiento me recorre de pies a cabeza, tan fuerte como la onda expansiva de una explosión. Por suerte, Héctor no se da cuenta, ni siquiera parece darle importancia al hecho de haberme besado en público. Nunca lo hemos hecho antes. Me libera y seguimos con nuestro paseo como si no hubiese sucedido nada digno de mención.

Esa tarde, Héctor me acerca con el coche hasta la puerta de casa.

—Gracias por el fin de semana. Me lo he pasado muy bien —digo.

El asiente y sonríe.

—Un placer.

Yo desciendo del coche sin reclamar ningún beso ni despedirme. Intento que no parezca que estoy huyendo, aunque es lo que estoy haciendo. Al cien por cien. Necesito refugiarme en mi piso.

Cuando por fin cierro la puerta, dejo caer la mochila al suelo, hundo los hombros y me cubro la cara con las manos.

Qué desastre.

Creía que había aprendido la lección, en serio.

¿Cómo he podido permitir que pasara?

¿Esa especie de explosión que he sentido antes? Eran mi corazón y mi cerebro dándose cuenta de que me he enamorado de Héctor.

Me he enamorado de Héctor.

¿Cómo no iba a hacerlo? No voy a hacer un repaso de todas sus buenas cualidades porque solo conseguiré enamorarme un poco más de él.

Idiota, idiota, idiota. Me he enamorado de alguien en quien no confío, que sé que en una relación acabará haciéndome daño. Suponiendo que hubiese una relación, claro, porque ya sabemos que él no quiere una. Yo tampoco la quiero.

Pero como soy una contradicción viviente, me he enamorado perdidamente de él.

Vaya puta mierda.

Carla

Si alguna vez he tenido dudas, ahora ya lo sé: soy patética.

Esta mañana he llegado al trabajo decidida a cortar con Héctor. Incluso había decidido y ensayado las palabras con las que lo haría: «Héctor, me lo he pasado muy bien, pero creo que ha llegado el momento de que cada uno siga su camino». Y le sonreiría, y a él quizá le sabría mal perder sus polvos del fin de semana, pero era lo que habíamos acordado y todo iría bien. Él seguiría con su vida y yo fingiría estar estupenda y feliz y me refugiaría en Celia y mis amigas para recomponer mi pobre corazón roto.

Sabía que sería difícil para mí, pero también sabía que era lo mejor. Unos minutos de incomodidad y dolor para estar mejor a la larga.

Lo malo era que tendría que esperar todo el día para hacerlo. Teniendo en cuenta que sabía que me daría la llorera después de hablar con él, mejor poder irme a casa justo después.

Bien, pues sí, he llegado a la oficina mentalizada, imaginándome cual boxeadora con sus guantes a punto, lista para el combate. He preparado el cortado mitad café fuerte mitad leche templada para Héctor, lo he dejado en su escritorio y me he sentado en mi sitio. Él ha llegado menos de tres minutos después, impecable con su traje, con la barba sin afeitar de algunos días, sus ojos grises que ya no me parecen fríos.

—Buenos días —ha dicho, dedicándome una sonrisa cómplice.

Doy gracias que a las personas nos sea físicamente imposible convertirnos en charcos de babas rebosantes de corazoncitos y amor, porque es lo que me habría sucedido a mí. Habría empezado por derretirse mi sonrisa de idiota feliz, seguida por el resto de mi cara y, por último, todo mi cuerpo, convertido en babas y más babas de amor.

Por suerte me he mantenido sólida y he conseguido responder con otra sonrisa, aunque no he hablado porque sabía que se me rompería la voz.

Y cuando Héctor se ha encerrado en su despacho, se me ha escapado *un suspiro de amor*. En serio. Nunca me había pasado algo así ni sabía que podía suceder.

Un suspiro de amor, tú.

Lo dicho, patética.

Paso el resto del día en un estado constante de nervios y ganas de llorar, necesitando y temiendo la llegada del momento de hablar con Héctor.

Al mediodía como sola en mi despacho porque temo que Sira, Gabriel y los demás me noten extraña o que yo sea incapaz de aguantar el tipo. A lo largo del día solo voy a la cocina a buscar

los cafés para Héctor y, con la excusa de tener demasiado trabajo, no me quedo a charlar con nadie ni tres segundos.

Cuando llegan las seis de la tarde, recojo mi escritorio, me dejo las cosas a punto para poder salir corriendo, carraspeo, enderezo la espalda, tomo aire y me dirijo al despacho de Héctor. Ha llegado la hora de tener LA conversación.

Llamo a la puerta y entro.

—Héctor...

Él me recibe con una expresión risueña en el rostro.

—Fíjate, te has acordado de llamar a la puerta —dice, como si pareciera muy complacido de verme.

Todo mi cuerpo se estremece. Yo creo que incluso mis intestinos lo hacen. Quizás sí que acabaré desafiando las leyes de la física y me convertiré en un charco de babas de amor.

—No te acostumbres. —Sonrío como una idiota. Y después, enseguida, añado—: Me voy a casa, nos vemos mañana.

Me desea que pase unas buenas tarde y noche y yo me voy. Así de rápido, sin ni siquiera dudar o intentarlo. Hasta ahora no me consideraba una cobarde, pero al parecer sí que lo soy.

Cobarde cuatro veces, porque el resto de los días de la semana sigue pasando lo mismo.

¿Por qué somos así, las personas? ¿Por qué nos cuesta tanto cortar con algo que nos está haciendo daño? Sé lo que debo hacer, sé lo que necesito para estar bien y, aun así, soy incapaz de cortar con Héctor.

Esto me hace pensar que hay otra cosa en mi vida con la que debo cortar: Marcos. Como ignoré su último mensaje, está volviendo a llamarme. La próxima vez que lo haga, le responderé y quedaré con él para cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

El jueves por la tarde, Violeta, Nuria, Sonia y yo vamos a pasar un rato con Celia. Las demás se van antes de cenar, pero yo me quedo y así cenamos en familia.

En cuanto Celia y yo nos quedamos solas en el salón, se gira hacia mí y me dice:

—Venga, desembucha.

—¿Eh?

—No te hagas la idiota. ¿Qué pasa?

Arg, malditas hermanas que saben si estás mal solo por la manera como parpadeas.

Suspiro de forma dramática, como lo haría una diva.

—Tengo que cortar con Héctor —anuncio.

—¿Y eso?

—Porque me gusta demasiado —digo, toda mi atención puesta en un hilo rebelde de mi pantalón.

—Vamos, que te has enamorado.

Escondo la cara detrás de las manos, avergonzada.

—Enhorabuena, Carluchi, me alegro por ti.

¿Enhorabuena? ¿Cómo que enhorabuena? ¿Se ha vuelto loca?

—¿Enhorabuena? ¡Pero si es un desastre! —me quejo.

—¿Por qué?

—¿A ti qué te parece? No tenía que pasar, solo nos lo estábamos pasando bien —le recuerdo.

—¿Y has hablado con él?

—¿Hablar?

—Sí, Carla, hablar con él sobre lo que sientes —dice mi hermana como si yo fuera una niña pequeña a la que hay que hablar con mucha paciencia.

—¿Qué dices? —pregunto horrorizada—. En esto Héctor y yo no estamos en la misma página...

—¿Eso lo dices del tío que te trajo comida cuando creía que tenías gripe, y que fue al hospital a verte, y que te cuidó en casa el día que yo tuve el accidente?

—Que sea considerado no significa que sienta lo mismo que yo —aseguro. Después añado—: Además, es que da igual, no quiero una relación estable con él. No solo no confío en él, sino que el hombre es demasiado complicado. Nunca habla de nada personal, es... Dejémoslo, ¿vale?

Celia no llega a replicar porque, gracias al cielo, papá me pide que ponga la mesa para cenar.

El viernes por la tarde, soy una cobarde de nuevo. Confirmo a Héctor que lo veré en su casa a las nueve y abandono la oficina sintiéndome muy mal conmigo misma. Sin embargo, por el camino tomo una decisión: me daré el fin de semana. Sábado y domingo, y nada más, para disfrutar de unos últimos días con él.

El domingo, antes de irme a casa, cortaré con Héctor de forma definitiva.

El fin de semana vuelve a ser perfecto. Llueve los dos días, así que ni nos planteamos salir de casa. Hacemos el amor, comemos tranquilamente, vemos un par de películas acomodados en el sofá, donde Héctor me acaba haciendo dos maravillosos masajes de pies.

El domingo por la tarde, cuando estoy caminando hacia la puerta, cargada ya con mi mochila para irme a casa, el corazón me late desbocado. Debo hacerlo ahora. No puedo posponerlo más.

Abro la puerta.

Carraspeo.

Me giro para hablar.

Me sobresalto al descubrir que tengo a Héctor mucho más cerca de lo que esperaba. Lo tenía justo detrás. Y vuelve a sorprenderme cuando me agarra por la cintura y me empuja con suavidad contra la pared. Me besa los labios, los mordisquea, los lame. Después, nuestras lenguas se encuentran y seguimos besándonos, sin prisas pero con ardor y, a la vez, dulzura.

—¿La semana que viene? —susurra cuando se separa de mí.

Yo asiento, incapaz de hablar porque el beso me ha derretido el cerebro, y al llegar a la calle me echo a llorar.

El lunes aprovecho que Héctor estará toda la mañana de reuniones y, a primera hora, bajo a ver a Max. Como siempre, su puerta está abierta.

—Hola, Max —saludo—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. Pasa y siéntate —dice, señalando la silla que hay delante de su escritorio.

Me siento y me distraigo observando su mesa, su despacho. Estoy posponiendo el momento.

—¿Va todo bien? —pregunta al ver que no me decido a hablar.

Me obligo a sonreír.

—Sí, sí, es solo que... ¿Falta mucho para que soluciones el problema con los asistentes de dirección?

Max vacila.

—No falta mucho, no... —Su mirada perspicaz me estudia—. ¿Ha pasado algo con Héctor?

«Si tú supieras», pienso. Suspiro para mis adentros.

Necesito distanciarme de Héctor. Si no le veo ni hablo con él en toda la semana, creo que me será más fácil cortar con él.

—No, no —miento.

Pero estoy tan angustiada por lo mucho que me está costando cortar con Héctor que me sucede algo horrible: se me empiezan a escapar las lágrimas, que resbalan por mis mejillas. Y, para acabar de adornarlo, las acompañan algún que otro sollozo.

Esto es el colmo de la humillación. Tengo la sensación de que llevo una temporada llorando sin parar. ¿Qué me está pasando? Nunca he sido de llorar tanto ni con tanta facilidad. Pero ahí siguen las lágrimas, llevándome la contraria.

—Es que echo mucho de menos mi puesto habitual de trabajo —digo con la voz ahogada por intentar controlar el llanto. Ostras, no me he convertido en una persona patética, sino en superpatética. Qué lamentable.

Max abre mucho los ojos, alarmado.

—Vale, pero... ¿Seguro que no ha pasado nada?

—En serio que no —aseguro intentando secarme unas lágrimas que se niegan a detenerse—. De hecho, no le digas nada a Héctor, por favor. Ahora estamos bien... Solo intenta acelerarlo, ¿vale? ¿Por favor?

—Sí, sí, haré lo que pueda.

—Gracias, Max. De verdad que estoy bien, ¿eh? —digo todavía llorando—. Solo tengo el día un poco sensible.

—Claro, claro. Te diré algo lo antes posible.

Héctor

Hoy he quedado con Max para comer. Después de una mañana entera de reuniones, será agradable pasar un rato con él.

Sin embargo, cuando lo veo cruzar la puerta del restaurante empiezo a pensar que quizá me he precipitado en mi afirmación. Desde la mesa que nos han asignado le veo lucir unas cejas tan fruncidas que forman un valle.

—Hola —digo cuando llega a mi lado. Confieso que hablo con un poco de miedo.

Max ni saluda. Con gesto malhumorado, deja caer encima de la mesa su teléfono, que repiquetea de forma escandalosa.

Es tan extraño ver a Max así que ni me atrevo a hablar. Lo observo sentarse en su silla, enfrentada a la mía, apoya los brazos en la mesa y me clava la mirada. Ah, al parecer yo soy el causante de su mal humor.

—¿Qué ha pasado con Carla? —pregunta.

Ahora el que frunce el ceño soy yo, desconcertado.

—¿Cómo que qué ha pasado con Carla?

Pasar han pasado muchas cosas, pero no estoy seguro de qué me está preguntando. Entonces se me ocurre otra posibilidad y me preocupo.

—¿Carla está bien? ¿Le ha pasado algo?

—Sí, físicamente está bien, no me refiero a eso.

¿Físicamente?

Cada palabra que sale de la boca de Max me desconcierta más. Si Carla está físicamente bien, ¿quiere eso decir que emocionalmente no? Pero eso no tiene sentido. Estaba mucho mejor, ¿no? Es más, yo habría dicho que estaba del todo recuperada de su ruptura con el imbécil de Marcos.

—Max, no sé de qué me hablas. ¿Puedes contarme tú qué ha pasado?

—¿Has vuelto a ser desagradable con ella? ¿La has insultado?

—Claro que no —respondo, molesto—. ¿Podrías dignarte a darme más información? ¿Qué has hablado con ella?

—Lo que haya hablado con Carla es privado entre ella y yo.

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—Es decir, te ha pedido que no me lo cuentes —deduzco.

Max no contesta, pero veo en su mirada que he acertado.

Disimulo la inquietud. No solo me disgusta no saber qué está pasando, sino que pensar que Carla siente algún tipo de malestar conmigo y no ha querido contármelo... No me gusta cómo me hace sentir.

—Cuéntamelo, Max.

—Es privado. Y tú mismo deberías saber qué has hecho.

Contengo el impulso de llevarme las manos a la cabeza y tirarme de los pelos mientras grito «¡Que no lo sé, joder!». Decido jugar sucio. En otras circunstancias me sabría mal aprovecharme de las debilidades de Max, pero esta batalla debo ganarla.

—Max, si no me lo cuentas, le diré a Carla que has venido a pedirme explicaciones. Y solo con eso ya has incumplido tu promesa, ¿no?

Aprieta los labios. Sí, he jugado muy sucio, porque sé que le sabría muy mal ser pillado en una falta así.

—Ha venido a pedirme que le encuentre sustituto cuando antes, ¡y se ha echado a llorar, Héctor! Hablamos de Carla. ¿Cuántas veces la has visto llorar?

Varias veces, de hecho, pero eso es entre ella y yo. Además, no es importante. Lo que sí es importante es que Carla haya hecho esa petición echándose a llorar. En la oficina la he visto bien, y los dos últimos fines de semana han sido... muy agradables. No la he visto disgustada en ningún momento.

¿Ha estado fingiendo conmigo? Me molesta no haberme dado cuenta. Pero ¿ha sido porque es muy buena disimulando su malestar o porque yo no estaba atento?

¿Y por qué fingiría estar bien conmigo para después ir a pedir a Max que la aparte de mi lado? No tiene sentido.

¿Se está cansando de mí y por eso quiere distancia? Una fuerte presión me inunda el pecho al pensar eso. Sin embargo, la ignoro, porque eso sigue sin tener ningún sentido.

Si Carla ya no está a gusto conmigo, solo tiene que cortar la relación. Es lo que acordamos.

Pero insisto, cuando estamos juntos no parece a disgusto. Ni en la oficina, ni los fines de semana. De hecho, este fin de semana pasado estaba muy... apasionada y un poco cariñosa a la vez.

Un segundo...

¿Y si el problema no es que esté a disgusto conmigo, sino que está demasiado a gusto?

Acordamos que lo nuestro nunca iría a más, así que esto quizá la está haciendo sufrir. Y necesita distancia.

¿Carla siente algo por mí?

De repente, esta extraña situación sí que tiene sentido.

No sé cómo sentirme al respecto. Por un lado, es un problema. Solo habíamos acordado divertirnos. Ninguno de los dos quería una relación. Pero, por otro lado, la idea de que Carla sienta algo por mí no me despierta ganas de salir corriendo, aunque es lo que debería. En cambio, me siento... bien.

Me doy cuenta demasiado tarde de que se me escapa una pequeña sonrisa.

Max abre mucho los ojos.

—Oh, Dios mío, te has liado con Carla —adivina, con cara de mucho asombro—. Tú te has liado con ella y ella... ¿En serio se ha liado contigo?

—Oye, no sé por qué te extraña tanto que pueda estar interesada en mí —digo, un poco ofendido.

Max ignora mi comentario.

—Claro, os habéis enrollado y ahora que pasas de ella... —dice como un padre

decepcionado.

—No paso de ella. Este fin de semana lo hemos pasado juntos, y hemos quedado para el próximo —se me escapa al intentar defenderme.

De repente, Max parece muy interesado.

—¿Estáis pasando los fines de semana juntos?

Me niego a contestar sus preguntas. No es asunto suyo. Enfurruñado, contemplo mi copa de vino negro. Por desgracia, al parecer mi silencio me delata, porque prosigue con su interrogatorio.

—¿Desde cuándo?

Resoplo, dando mi silencio por una pérdida de tiempo.

—Un par de meses, ¿vale?

—¿Pero sois pareja?

—No, no, qué va.

—Ya.

—¿Qué significa ese «ya»?

Max no contesta. Me observa, pensativo. Ahora es él quien luce una pequeña sonrisa.

—Cuando os junté nunca pensé que... —murmura. No termina la frase.

—¿Cuándo nos juntaste? ¿A qué te refieres?

—No, nada en especial —dice, pero un leve rubor cubre sus mejillas.

—Max.

—Héctor.

—¿Se puede saber a qué te refieres? ¿Qué has hecho? —insisto.

Max vacila. Parece que esté valorando si contarme la verdad o no. No sé por qué pierde el tiempo; los dos sabemos que me lo acabará contando sí o sí.

—Verás... Puede que... —Carraspea—. Puede que no haya ningún problema con la empresa de asistentes de dirección.

—¿Disculpa?

—Venga ya, Héctor, ¿qué querías que hiciera? Casi ibas a asistente por día, y entonces vi a Carla manejando a Jessica Beltrán y...

Jessica Beltrán es esa actriz tan insufrible. ¿En serio me está comparando con ella?

—¿Y pensaste que también podría manejarme a mí? —Supuro indignación por cada poro de mi piel.

—Bueno, lo ha hecho, ¿no? Las cosas han mejorado mucho —se excusa.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. Max consideraba que mi actitud era tan lamentable como la de Jessica y puso a Carla para que... ¿Para qué? ¿Para que me sacara de quicio? Porque eso era lo que hacía al principio. Ella y sus zapatos morados me tenían desquiciado. Y después...

—¿Tú también consideras que soy un ogro en la oficina?

Max intenta esconder una sonrisa detrás de la mano.

—¿Eso te ha dicho Carla?

El muy cabrón se lo está pasando bomba a mi costa. No pienso ni dignarme a contestarle.

En ese momento, el camarero se acerca con nuestros platos. Siempre que venimos a este restaurante Max come lo mismo, así que he pedido para los dos antes de que llegara.

—Gracias —le agradece el traidor de mi amigo con una amplia sonrisa. Se dedica a maquinan planes más retorcidos que Cruella de Vil a mis espaldas y, al parecer, le salen bien. Con lo contento que está, es lo que parece.

Despliego mi servilleta con un gesto enérgico y me la coloco en el regazo.

—Todavía no busques un reemplazo —le ordeno con expresión severa mientras cojo los cubiertos.

Necesito tiempo para digerir el posible descubrimiento sobre los sentimientos de Carla y decidir qué hacer al respecto. ¿Debería preocuparme que no me esté planteando cortar con ella de inmediato? Yo sigo sin querer un compromiso.

¿Verdad?

En realidad, estas dudas me preocupan. Tanto Carla como yo podemos acabar perjudicados si no corto el asunto de raíz.

—No puedo esperar —replica Max a mi orden, sacándome de mis preocupadas reflexiones—. Tal y como he visto a Carla...

—Max, me lo debes.

Me dedica una mirada cargada de insultos, pero se lo piensa.

—Te doy unos días —accede—. Además, si algún día descubres lo que le estás pagando a Carla desde que es tu asistente, te arrepentirás de haberlo pospuesto.

Tardo cinco minutos más en sonsacarle el acuerdo económico al que llegó con Carla. Cuando sus palabras entran en mis oídos, dejo la copa de vino sobre la mesa con tanta fuerza que el pie se parte.

—¡Cuánto?! —medio grito.

Max me hace un gesto con la mano para restarle importancia, como si yo fuera un exagerado.

—Disculpa a mi amigo, es un Conan y a veces no mide bien su fuerza —le dice al camarero que se ha acercado a recoger el estropicio de la copa. Después, se dirige a mí—: Sabes que la empresa se lo puede permitir, sobre todo si ayuda a que las cosas funcionen mejor y los empleados estén más a gusto. Además, ¿vas a decirme que Carla no es buena trabajando?

—Claro que es buena, pero...

Carla ha llegado a ser tan valiosa para mí en la oficina que se merece ese sueldo y más, pero aun así... No es la cantidad lo que me molesta, sino que Max haya actuado así a mis espaldas.

Al llegar a la oficina todavía estoy enfurruñado. Max me da una palmada amable en la espalda.

—No te pongas así, viejo ogro —me dice de buen humor—. Y aclara bien las cosas con quién tú ya sabes. No metas la pata.

Lo fulmino con la mirada y nos separamos, cada uno en dirección a su despacho. ¿Por qué iba a meter yo la pata? ¿A qué se refiere? Lo único que yo necesito es aclararme las ideas.

Si he de ser sincero, estoy hecho un lío. No sé lo que quiero. Parece que estoy planteándome romper la promesa que me hice tantos años atrás, y eso me preocupa. «No acabará bien», me recuerdo. A pesar de ello, sigo dudando.

Cuando entro en el despacho y veo a Carla, me asalta una presión en el pecho distinta a la que me hace compañía desde hace tantos años. Son nervios positivos, es mi cuerpo reaccionando a lo mucho que me gusta tenerla delante.

Mierda, estoy bien jodido.

Fuerzo una sonrisa al pasar por su lado, camino de esconderme en mi despacho. Ella alza la mirada hacia mí, pero, para mi alivio, en seguida la desvía cuando su móvil empieza a sonar.

Estoy dentro de mi despacho, a punto de cerrar la puerta, cuando la oigo suspirar y contestar.

—Hola, Marcos —dice.

Me quedo petrificado, la mano en el pomo, incapaz de eliminar la pequeña rendija a través de la que me llega la conversación de Carla con su ex.

No debería escucharla.

Debería cerrar la puerta.

Pero no dejo de preguntarme qué hace Carla hablando con Marcos. ¿No se suponía que no quería saber nada de él?

No es asunto mío. No lo es. Ni debería sentirme tan molesto como me siento porque esté hablando con él.

Pero me quedo donde estoy, escuchando por la rendija como un lamentable espía.

—Sí, lo sé... De acuerdo —dice Carla al teléfono—. ¿Esta tarde? De acuerdo, esta tarde está bien. —Algo contesta él al otro lado que ella ríe con suavidad—. Hasta luego, Marcos.

Acabo de cerrar la puerta con muchísimo cuidado, asegurándome de no hacer ruido.

No me lo puedo creer, Carla va a verse con su ex. De hecho, ahora que lo pienso, puede que ni siquiera sea la primera vez que se ven desde que nos lo encontramos en el *escape room*. Carla y yo solo pasamos los fines de semana juntos, no tengo ni idea de qué hace las tardes de lunes a jueves después de trabajar. Había dado por sentado que se veía con amigos, con familia, que iba a esas clases de *spinning*. Pero no hablamos de ello porque ese es nuestro trato.

Sin embargo, que Carla se esté viendo con Marcos a la vez que conmigo...

Ya lo sé, ya lo sé, no tengo la seguridad de que lo esté haciendo. Pero me queda la duda.

Y es una duda que me pone de muy mal humor.

Carla

Nunca me había considerado una de esas personas que se pasan el día sufriendo por amor porque se enamoran del primero que pasa o tienen más mala suerte que un gafe en temas de corazón, pero parece que estaba del todo equivocada. O quizá antes no lo era y ahora sí que lo soy. O me he vuelto masoca. O alguien me ha echado un mal de ojo amoroso.

Sea cual sea la explicación, es horrible. No se lo deseo a nadie.

Primero fue Marcos y ahora Héctor. Hoy no ha llegado a la oficina hasta después de comer, momento en el que se ha encerrado en el despacho y no ha vuelto a salir. De hecho, me ha dicho que necesitaba concentrarse mucho y que no le molestase nadie, por favor.

Debería estar agradecida por un día así, ¿no? Debería estarlo, sí, porque es lo que yo quería: distancia.

Pero ahora me siento mal porque he visto poco a Héctor y el rato que hemos pasado juntos en la oficina apenas me ha hecho caso. Es lamentable, lo sé. En mi cabeza me imagino que me arrodillo al suelo y, con los brazos levantados hacia el cielo, grito al karma que qué he hecho yo para merecer esto. ¿Por qué la vida es tan complicada? ¿Por qué?

Descubro que ya estoy ante la cafetería donde he quedado con Marcos, así que obligo a mi imagen mental a levantarse y recomponerse.

Entro en el local, preparada para esperar un buen rato. Marcos es un tardón patológico. De hecho, eso es lo que provocó el inicio de nuestra relación: era la estrella invitada principal en unas fiestas y debíamos asegurarnos de que aparecía en hora, así que me tocó presentarme cada vez en su casa para asegurarme de que se vestía y salía con el tiempo suficiente. Me burlé sin piedad de él por tener que hacerle de canguro a sus treinta años, y como Marcos nunca ha sido un estirado y tiene sentido del humor, no se enfadó. No, de hecho, me pidió salir. Y así empezó lo nuestro.

—Carla —dice una voz en cuanto entro en la cafetería.

Es Marcos. Me giro hacia él, incapaz de esconder la sorpresa. Se está levantando de una mesa cercana, donde ya le han servido una cerveza.

—Ostras, Marcos, siento llegar tarde. Te esperaba dentro de quince o veinte minutos —me disculpo.

Él sonrío con expresión un poco culpable.

—Llevo un tiempo intentando corregir algunas malas costumbres. La de llegar tarde es una de ellas.

Nos sentamos a la mesa. El camarero en seguida se acerca y también le pido una cerveza.

—¿Cómo estás? —me pregunta en cuanto nos quedamos solos.

—Bien, bien —contesto. Es una de esas respuestas que das cuando no tienes suficiente confianza con la persona con la que hablas. O con lo que ya no tienes esa confianza. Con lo que llegué a conocer a Marcos, me parece raro y triste que ahora nos pase esto.

—¿Y tus padres y tu hermana?

—Bien... Bueno, Celia tuvo un accidente de moto hace unas semanas y nos dio un buen susto.

Marcos abre mucho los ojos y se interesa por su estado. Cuando estábamos juntos se llevaban bien. También con mis padres, que sufrieron un buen desengaño cuando se enteraron de lo sucedido.

—¿Y sigues contenta en el trabajo? —me pregunta después.

Asiento, pero después le hablo del cargo que estoy ocupando de forma temporal. No sé por qué, también acabo compartiendo con él las dudas que me han surgido estas últimas semanas: ¿quiero quedarme dónde estaba antes o quiero ascender o, incluso, estar en un trabajo directivo? Marcos sonrío.

—Los dos sabemos que cuando te pica el gusanillo irás a por todas. Así que imagino que dentro de un tiempo tendrás tu propia empresa y estarás haciendo la competencia a Eventos Luxe —aventura.

—Bueno, no sé si aspiro a tanto —río.

—Puedes aspirar a lo que quieras, Carla —replica Marcos, que de repente se pone serio.

Por su expresión, creo que ya sé qué viene a continuación.

—Oye... —Se frota las manos contra los tejanos en un gesto nervioso—. Sé que las palabras nunca serán suficientes, pero quería disculparme por lo que pasó. Lo siento mucho, de verdad. Sé que metí la pata.

Alzo las cejas.

—No es la pata lo que metiste donde no tocaba, Marcos.

Qué bruta soy, lo sé. Pero a ver, el tío me puso los cuernos con todo lo que se meneaba, admitido por él mismo. ¿Por qué debería ser amable al respecto?

Él hace una mueca, como admitiendo que se ha ganado el comentario, aunque le siente un poco mal.

—Sí, vale. En cualquier caso, lo siento.

Asiento, porque es lo único que soy capaz de hacer ante sus disculpas. Las oigo, pero no sé si puedo aceptarlas. Nuestra relación era cerrada. Era algo que en conversaciones habíamos dejado claro. Y yo confiaba en él. Por su manera de ser, nunca se me habría ocurrido sospechar que me estaba mintiendo de esa manera. Así que cuando Celia me enseñó esas fotos que habían aparecido en una revista del corazón, y cuando después lo confronté y él lo confesó todo, quebró de forma irremediable mi confianza en él. Mi corazón también, claro.

¿Puede perdonarse algo así? Yo creo que no. Puedo aceptar que él se arrepienta y puedo seguir con mi vida sin rencor por lo sucedido, ¿pero perdonarlo? No, no creo.

—Desde que... —se interrumpe un instante para buscar la palabra adecuada— rompimos, he pasado por una temporada difícil.

—Pero ya estás mejor, ¿no? Leí la entrevista que te hicieron en...

—Carla, solo era una entrevista, ya sabes que todas son puro postureo —me interrumpe—. ¿Crees que en una entrevista diría que fui un imbécil y que eché de mi vida una de las mejores cosas que tenía?

Me quedo inmóvil y parpadeo varias veces mientras proceso sus palabras. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Me di cuenta en seguida, Carla. Fui un cabronazo, lo sé. Y cuando me di cuenta, ni siquiera supe por qué me había comportado así, como un... adolescente salido. Porque eso es lo que hice.

Hace una pausa durante la que no digo nada. Noto que no ha terminado, pero es que además me he quedado sin palabras.

—No he estado con nadie más desde entonces —dice, secando del todo mi pozo de palabras. Yo había dado por sentado que había seguido con su ritmo habitual de folleteo—. Y durante todos estos meses te he dejado espacio porque sabía que lo necesitabas, pero...

Hace otra pausa y coge aire.

—Sé que es atrevido por mi parte, sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, pero... Te echo mucho de menos, Carla. Ojalá me dieras una segunda oportunidad.

Me quedo petrificada en la silla. Ostras, yo venía preparada para sus disculpas, pero no para esto.

Las primeras palabras que acuden a mis labios son «Ya estoy con alguien», pero no son ciertas, ¿no? Al menos no del todo. Y Marcos lo sabe, porque el día que nos encontramos en el *escape room* le dije que Héctor y yo solo estábamos probando el lugar por trabajo. No sé si ese día me creyó, pero supongo que fueron palabras suficientes para que entendiera que tenía vía libre para hacer su... petición.

Una segunda oportunidad con Marcos...

No tardo mucho en darle una respuesta. Y, diez minutos después, salimos juntos de la cafetería.

Héctor

El martes, el humor de Carla es inversamente proporcional al mío. Ella parece de muy buen humor y yo estoy de un humor de perros.

¿Por qué parece tan contenta? ¿Es porque ayer se vio con Marcos? ¿Cuántas veces se han visto ya? ¿Se están acostando?

Me fastidia tanto no tener respuesta para estas preguntas que, a medida que pasan las horas, mi mala leche va aumentando. Pero no quiero que lo note, así que me esfuerzo por disimular y evito ser un ogro con el resto de los empleados.

Aun así, Carla nota algo.

—¿Va todo bien? —me pregunta un poco antes de la hora de comer.

—Sí, sí, solo estoy nervioso por la cantidad de trabajo —miento. Tengo el mismo de siempre. No; de hecho, tengo más, porque antes durante los fines de semana adelantaba cosas, pero desde que los paso con ella he dejado de hacerlo.

Ella asiente. Parece un poco decepcionada, no sé por qué, y es bastante evidente que no me cree, pero no insiste.

Hace un tiempo, unas pocas semanas, habría insistido o hecho algún comentario más al respecto. Sin embargo, ahora calla. ¿Es por Marcos? Tampoco tengo respuesta para esa pregunta, claro.

El miércoles es más de lo mismo. El jueves me siento al límite. No puedo más. Si está con Marcos, debería decírmelo. ¿Por qué no me lo dice? Es una cuestión de decencia, de educación, ¿no? Hay cosas con las que hay que ir con la verdad por delante. Ella, más que nadie, debería saberlo.

Al final de la jornada, me extraña no haber excavado un agujero en el suelo de tanto que he hecho repiquetear el pie. También empiezo a tener un dolor de cabeza bastante tremendo.

Carla entra en el despacho, sin llamar para variar, y deja encima de mi mesa una copia del programa de la fiesta que tendrá lugar mañana por la noche. Me dedica una sonrisa forzada y me da la espalda para salir del despacho.

—Carla.

Ella vuelve a girarse y me mira con expresión interrogante.

—¿Te estás acostando con Marcos?

Carla da un pequeño respingo y sus pómulos enrojecen un poco.

—¿Perdona?

—Que si te estás acostando con Marcos —repito, seco.

Carla frunce el ceño.

—Ya te había entendido la primera vez. ¿Se puede saber a qué viene esa pregunta?

—Contéstame, Carla.

Ella me mira con una mezcla de asombro y enfado. En vez de contestar, lo que hace es dar media vuelta y dirigirse a la puerta. La sangre me hierve porque asumo que va a huir sin dignarse a contestarme, pero no, lo que hace es cerrar la puerta con un portazo y vuelve a enfrentarse a mí.

—¿A qué viene esa pregunta, Héctor? —insiste.

—Sé que te has visto con él, el otro día te escuché hablar...

—¿Ahora te dedicas a escuchar mis conversaciones privadas? —me interrumpe, incrédula.

Me río sin humor mientras me pongo en pie.

—No te hagas la indignada, Carla. ¿Te das cuenta de que todavía no me has contestado? —la acuso.

—¿Desde cuándo te importa lo que haga yo entre semana? Nuestro trato era solo para los fines de semana, ¿no? —rebate ella, todavía sin contestar a mi pregunta.

—Sí, pero eso no significa que me parezca bien que te estés follando a varios tíos a la vez —le espeto.

Carla da otro respingo, como si la hubiese abofeteado. Se lleva las manos a los ojos y se los aprieta, creo que para contener las lágrimas. Le tiembla la barbilla.

Tengo un momento de debilidad. Durante unos segundos me pregunto si soy yo el que la está haciendo llorar porque me estoy comportando como un cretino atacado por el monstruo de la inseguridad. Pero no, no pienso ceder. Merezco saber si vuelve a haber algo entre ella y Marcos y no me retracto de mis palabras.

—Vamos a ver —dice con voz débil—. ¿Qué estás diciendo, Héctor? ¿Que quieres exclusividad? ¿Es eso? ¿Quieres una relación estable?

El pulso se me dispara, la presión en el pecho despierta y un sudor frío me cubre la espalda.

—No lo sé —admito en otro momento de debilidad.

—No, claro, porque cualquier día de estos te despertarás por la mañana y te darás cuenta de que echas de menos a las modelos con las que ligabas cada semana y querrás volver con ellas. Los dos sabemos que eso es lo que acabaría pasando —me espeta—. Eso suponiendo que no estés ya follando con ellas entre semana.

No puedo evitar reaccionar con todo mi cuerpo. Doy un pequeño paso atrás mientras hundo un poco los hombros.

—¿Eso es lo que opinas de mí? —Ni siquiera intento esconder que sus palabras me han herido.

Carla se va secando las lágrimas que no paran de brotar.

—¿Te sorprende? Has dejado más que claro que no querías nada serio. Solo nos lo estamos pasando bien, ¿no?

—Tú también lo has dejado más que claro. ¿Y en qué momento te he dado motivos para desconfiar de tanto de mí? —quiero saber.

Por unos segundos, parece que no sabe qué decir. Pero se recompone y vuelve a la carga.

—No es solo eso, ¿vale? También es que... —se interrumpe, vacila.

—Dilo —la reto.

Carla aprieta la mandíbula, levanta la barbilla.

—¿Qué pasó el 30 de mayo? ¿Quién murió? —pregunta.

Noto que me encierro en mí mismo. Es como si un caparazón me envolviera, protegiéndome

y atrapándome a la vez. Me asalta la presión en el pecho.

—Eso no es asunto tuyo.

—Exacto, no es asunto mío. Y por eso nunca me plantearía tener una relación contigo más allá de acostarnos. Me acabarás haciendo daño. Y no confías en nadie.

Sus palabras son duras, pero está llorando y eso me desconcierta. Sin embargo, estoy demasiado dolido y enfadado como para detenerme a pensar en ello.

—Mira quién fue a hablar. La que, en vez de pedir ayuda para superar una ruptura, fingió estar bien y estuvo a punto de caer en una depresión —contraataco. Carla abre mucho los ojos, asombrada—. Y sigues sin haber contestado a mi pregunta. ¿Te estás acostando con Marcos o no?

Ella me fulmina con la mirada unos instantes antes de responder.

—Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta conversación, Héctor. Ni yo quiero nada serio contigo ni tú eres carne de relación. ¡¿Así que por qué no te vas a la mierda y me dejas en paz?! —Empieza hablando con normalidad, pero acaba gritando.

Sale del despacho como una tromba, dando otro portazo.

—Carla —la llamo, pero solo me sale un gemido ahogado.

Estoy furioso con ella porque al final no ha respondido a mi pregunta y, además, me ha dejado aquí solo sin mirar atrás. ¿Y todas esas cosas que me ha dicho?

Me falta la respiración.

No puedo respirar y me estoy mareando.

Doy unos pasos hacia atrás a ciegas hasta que mi espalda choca con la pared. Me apoyo en ella y me deslizo hacia el suelo. La presión en el pecho aumenta.

Tengo que controlarlo, tengo que controlarlo.

Intento contar de cien a uno de tres en tres, pero no funciona. Las veces que he usado este recurso, Carla estaba conmigo y su voz me sirvió de ancla, y ahora no la tengo. Me digo que da igual porque no la quiero ni la necesito y, además, no quiero saber nada más de ella, pero sigue sin funcionar.

Maldita sea.

Unos minutos después sigo igual, una patética figura sentada en el suelo. Oigo el sonido suave de la puerta del despacho al abrirse y, al pensar que Carla quizá ha regresado, una absurda chispa de alivio me calienta el pecho.

—¿Héctor? —pregunta la voz de Max.

Mierda, no es ella.

No, es mejor que no sea ella. Estoy enfadado.

—Hec... ¡Héctor!

Oigo los pasos apresurados de Max, acercándose. Se arrodilla ante mí.

—¿Qué te pasa? No, espera, llamaré a emergencias.

Mientras lucho por respirar, le sujeto el brazo para detenerle.

—Ansiedad... —consigo farfullar—. Un minuto...

—Claro, claro, los que necesites.

Me aferro a él mientras lucho por ahuyentar de mi cabeza cualquier pensamiento sobre Carla y centrarme en contar y en respirar. El ataque va remitiendo lenta, muy lentamente, y cuando pasa me deja agotado, como siempre.

—¿Estás mejor? —me pregunta Max.

Asiento, con la cabeza apoyada contra la pared y los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado? Carla ha venido... —Se interrumpe cuando aprieto los labios y frunzo el ceño, pero algo lo empuja a continuar. Supongo que es la preocupación, porque Max es así, siempre se preocupa por los demás—. Estaba muy alterada, Héctor. Ha dicho...

—¿Qué ha dicho? —pregunto con la voz ronca.

—Que mañana regresaba a su puesto de trabajo habitual, sin discusión.

Aprieto los ojos, esforzándome por ignorar la presión en el pecho, el latido del corazón que se me acelera. No quiere trabajar más a mi lado. Bien, vale, es mejor así.

—De acuerdo —digo.

Sigo sin abrir los ojos, pero no necesito tenerlos abiertos para adivinar la expresión preocupada e interrogante con la que me debe de estar observándome Max. Tras unos segundos, no puede contenerse más.

—¿Qué ha pasado, Héctor? Para que te haya dado un ataque de ansiedad, tiene que haber sido grave.

—No tiene nada que ver con Carla —miento—. Hace tiempo que sufro ataques de ansiedad.

—¿Hace tiempo que sufres ataques de ansiedad?

Algo en la voz de Max enciende una alarma en mi cabeza. Abro los ojos, que mantengo entrecerrados porque la luz me molesta un poco. Mi amigo me está mirando consternado.

—No tenía ni idea. ¿Por qué... ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Desde cuándo los tienes?

No tengo ni energías ni ganas de hablar de ello. Niego con la cabeza y, aunque todavía no me encuentro demasiado bien, me obligo a moverme, a empezar a ponerme en pie.

—Da igual, Max.

—¿Cómo que da igual? Héctor, no puedes tomarte algo así a la ligera. ¿Has hablado con alguien?

—He dicho que da igual. Esto es cosa mía.

Mis palabras suenan más secas de lo que pretendía y Max se aleja un poco de mí, herido.

—Ya. —Se frota la cara, apretándose los ojos con fuerza, y después hace un gesto de frustración. Su pesar está dejando paso al enfado—. Vale, pues... No sé, Héctor, yo ya no sé qué más hacer. Mañana llegará el reemplazo de Carla, espero que al menos intente ser un poco amable con él.

Max abandona el despacho sin cerrar la puerta. Quiero llamarlo, pedirle que espere, que regrese, pero soy incapaz de hacerlo. Me limito a mirar cómo la única persona que ha sido una constante en mi vida se va, harto de mí. Sé que lo estoy perdiendo, que no hay vuelta atrás... y, aun así, no consigo reaccionar.

Me quedo de pie donde estoy, mirando la puerta como un idiota, en silencio. Solo.

Héctor

Esa tarde y buena parte de la noche me refugio en lo que siempre me ha servido de salvavidas: el trabajo. Me dedico a leer y responder correos electrónicos, a revisar informes, a avanzar presentaciones, a seguir concretando los recursos necesarios para llevar a cabo el superevento corporativo de las dos empresas americanas y decidir cuáles serán los primeros pasos a dar, hasta que estoy tan cansado que los ojos se me cierran y lo único que puedo hacer es dejarme caer sobre la cama y quedarme dormido al instante.

Cuando suena el despertador por la mañana, tengo la sensación de que solo he dormido diez minutos. Ni siquiera la ducha me despeja. Me apetece tan poco ir a la oficina que considero seriamente quedarme trabajando en casa. Pero me obligo a vestirme de forma adecuada, salir a la calle y caminar los diez minutos que me separan de Eventos Luxe.

Al entrar en el vestíbulo del edificio, me sobresalto al ver el gran reloj que hay colgado en la pared del mostrador de recepción: llego casi media hora tarde. No era consciente de ello. Me doy cuenta ahora de que también he olvidado revisar la agenda del día: ¿y si llego tarde a una reunión, o peor, he dado plantón a un cliente? Me falta tiempo para sacar el móvil y comprobarlo mientras subo en el ascensor. Respiro tranquilo; tengo reuniones, pero no empiezan hasta dentro de media hora.

Salgo del ascensor y camino hacia mi despacho con la mirada al frente, rápido, decidido a pasar por delante del departamento de Carla sin fisgonear si está en su puesto de trabajo habitual. He conseguido evitar pensar en ella, y ahora que he cometido el error de hacerlo me hierve la sangre otra vez. Sigo furioso con ella, pero cuando la vea o me cruce con ella ni siquiera haré el gesto de conocerla. Ya no existe en mi vida personal; es una empleada y punto.

Pero algo me distrae de mi misión de caminar mirando al frente. A medida que avanzo por el amplio pasillo y me cruzo con algunos empleados, todos me sonríen con más o menos timidez y me saludan, y yo me descubro devolviendo los saludos con un gesto de la cabeza.

Esto antes no pasaba. ¿Cuándo empezó a cambiar? ¿Y qué significa?, ¿que mis empleados ahora ya no opinan que soy un ogro?

Por culpa de esta distracción y de la chica tímida de *Marketing*, que me da los buenos días, me despisto y giro la cabeza justo cuando estoy pasando por delante del Departamento de Grandes Fiestas. A través de la pared acristalada veo el escritorio de Carla, en el que el ordenador está encendido, hay una taza de café a medias, su móvil desbloqueado y el caos habitual siempre que está trabajando. Pero ella no está.

Lo que siento no es decepción, sino enfado. Seguro que está tomándose un descanso fuera de las pausas oficiales en su jornada de trabajo. Es experta en hacer eso.

Me tienta ir a comprobarlo y dejarle las cosas claras, pero eso me haría perder el tiempo y ya llego tarde.

Al entrar en el despacho de dirección, un desconocido ocupa el escritorio de Carla.

No, no es el escritorio de Carla. Es el escritorio de mi asistente de dirección.

El desconocido parece no llegar a los treinta y llama la atención su cabello no muy corto, rizado y rebelde, que le da apariencia de un modelo que acaba de salir de la cama. Sin embargo, se salva porque el resto de su aspecto es pulcro y adecuado: su estilo de vestir es un formal casual más que adecuado para la oficina. Y su calzado es acorde y no me veo obligado a sufrir más zapatillas de colores chillones.

En cuanto el desconocido me ve, se pone en pie y se me acerca con paso decidido.

—Señor Bosch. Soy Cristian, su nuevo asistente —me saluda mientras me tiende la mano. Estrecha la mía con la fuerza justa—. Max me ha indicado que empezara a familiarizarme con el ordenador y su agenda. He visto que tiene una reunión en breve, ¿quiere que le traiga un café ahora o prefiere que antes hablemos de lo que necesita que haga hoy?

Estoy tan sorprendido ante tanta profesionalidad que tardo unos segundos en contestar.

—El café primero, ya hablaremos más tarde. El café que sea...

—Un cortado mitad café fuerte, mitad leche templada —me interrumpe con una sonrisa—. He podido hablar con Carla y me ha avanzado algunas cosas a tener en cuenta.

Algo debe sucederle a mi rostro ante la mención de Carla, porque su sonrisa flaquea.

—Le traigo el café ahora mismo, señor Bosch —dice, empezando a retirarse.

—Héctor.

—¿Perdón?

—Lláname Héctor, por favor.

Cristian asiente y desaparece.

Sé que, no hace tanto tiempo, a estas alturas ya habría llamado la atención a Cristian por su peinado. Y el resto del día habría seguido encontrando defectos a su trabajo. Admito que antes lo veía del todo justificado, pero ahora me parece que sería de imbéciles. O de ogros, como diría cierta persona. También un malgasto de energía; ya estoy bastante cansado. Además, no puedo poner objeciones al trabajo de Cristian. Es efectivo, educado y discreto. Por fin me han enviado un asistente digno.

O quizá los demás asistentes que he tenido también eran dignos, pero yo no les di una oportunidad.

Me da igual, no tengo ni tiempo ni energías para pensar en estas tonterías.

O en Carla, que consigue distraerme varias veces a lo largo del día, y eso que no la veo ni una sola vez. ¿Cómo es posible? Sé que está en la oficina porque en su escritorio hay rastros de su actividad, pero las veces que me muevo del despacho para ir a una reunión o para salir a comer, nunca está en su lugar. Es como si se hubiese convertido en un fantasma que, además, consigue ir poniéndome de mal humor con su no presencia.

Por su culpa, llego a la fiesta de esa noche de un humor de perros. Es la celebración del vigésimo aniversario de una conocida revista de prensa rosa y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ser cordial con sus responsables, que están muy nerviosos. En realidad, la celebración es una excusa para intentar reflatar el interés del público por la revista, que está en horas bajas y temen tener que cerrar.

El acto transcurre como debe, no hay incidentes, por una vez el servicio de bar es digno y los

clientes están más que satisfechos. Un poco después de medianoche, quedo libre como máximo representante de Eventos Luxe y me dirijo a la barra de bar a tomarme una última copa antes de irme a casa. Estoy agotado y quiero dormir, pero a la vez me da pereza regresar a mi piso.

Ahora que no tengo que estar pendiente de ningún cliente, no logro controlar los ojos. Se pasean entre la gente, buscando una media melena y unos zapatos morados. Por suerte, no los encuentran y alcanzo la barra del bar.

—Hola, Héctor —dice una voz.

Es Dunia. Ni me había dado cuenta de que me he colocado a su lado. No la había vuelto a ver desde el día que fingió ser mi ligue en esa fiesta para intentar quitarme de encima a Paula. De hecho, fue la primera noche que Carla y yo... No, no voy a pensar en eso.

Creía que la treta para que Paula se olvidara de mí había funcionado, pero hace unas semanas me pidió quedar con el pretexto de ayudarla a conseguir un trabajo con los de Mirage. No tardó ni diez minutos en proponer que acabásemos la noche juntos en la cama. Fui muy tajante con ella. Le dije que, para ser tan lista, le costaba mucho darse cuenta de que su insistencia rozaba el patetismo.

Muy desagradable e hiriente, lo sé, aunque era todo cierto. También le dije que ella y yo no tenemos nada en común y que como pareja nunca tendríamos sentido.

Parece que funcionó, porque no he vuelto a saber de ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta Dunia.

—Bien —miento—. ¿Y tú?

Intercambiamos algunas palabras más. Dunia y yo nos acostamos hace algunos años. Después de eso, nuestra relación ha sido buena. No de amistad, pero sí cordial. Me cuenta que lleva unos meses saliendo con un informático que ni pertenece ni quiere saber nada del mundo de la farándula y está encantada con él. Se la nota ilusionada y no puedo evitar sentir un poco de envidia. No sé de qué exactamente, pero la siento.

—De hecho, te dejo porque he quedado con él en un rato. —Me da dos besos para despedirse—. Cuídate.

—Tú también —respondo, dedicándole una sonrisa.

Dunia se aleja y la sonrisa muere en mis labios cuando veo quién había al otro lado de ella: el puto Marcos Carrasco.

Joder, ¿en serio?

Nos quedamos mirando un buen rato hasta que él toma un trago de su cerveza y yo observo a su alrededor. No, ni rastro de ella.

—Creía que Carla hoy trabajaba —digo, porque soy así de imbécil y masoca.

Durante unos instantes, Marcos parece confundido.

—Pues no tengo ni idea. Hace días que no hablo con ella.

Resoplo otra vez, ahora incrédulo. Claro, y yo me lo creo. Veo que Carla no le ha advertido que ya no hace falta esconder nada.

Sin embargo, mientras miro a Marcos con aversión, me doy cuenta de que en su expresión no hay asomo de engaño ni de burla. Está diciendo la verdad.

Y eso significa... ¿Qué significa?

Siento un escalofrío.

Creo que acusé a Carla de algo no había hecho.

A mi lado, Marcos abre mucho los ojos.

—Ostras, tío, tu cara es un poema. ¿Qué...?

Se interrumpe y, tras unos segundos, parece darse cuenta de algo.

—Oh. Oh. OH. El día que nos encontramos en el *escape room* me dijo que estabais allí por trabajo, pero sí que estáis juntos, ¿no? Bueno, estabais —deduce. Después parece confundido otra vez—. ¿Y por qué creías que esta noche estaría conmigo?

—Sé que os visteis a principio de semana.

—Ah, ya... —dice mientras su rostro se inunda de reconocimiento. Aunque pronto se convierte en algo parecido al remordimiento—. Ya, ese día. Oye, es cierto que el día del *escape room* no me acabé de creer eso de que no estuviésteis juntos, pero como ella no dijo nada...

—¿Qué pasa? —pregunto, porque de repente la sangre vuelve a hervirme.

—Pues que pedí a Carla que me diera otra oportunidad. ¿Sabías que estuvimos juntos un par de años?

A duras penas asiento, porque en esos momentos lo veo todo rojo de la rabia. Rojo a punto de estallar en llamas y carbonizar a todos los presentes en la fiesta.

—¿Y? —pregunto entre dientes.

—Me dio calabazas. De hecho, su respuesta fue «Ni de coña». —Ríe por debajo de la nariz sin ganas—. Qué bruta es, ¿eh?

Marcos añade que después Carla aún se quedó a charlar un poco más, pero una vez en la calle se despidió y adiós muy buenas. Pero yo no lo escucho demasiado porque mi rabia se ha desvanecido de golpe, brusca como un bofetón. Ahora sí, tengo la certeza de que acusé a Carla de forma injusta. De muy malas formas y, además, sin derecho porque, tal y como ella dijo, nuestro acuerdo se ceñía a los fines de semana.

Una profunda vergüenza y una horrible culpabilidad se instalan sobre mis hombros. Pesan tanto que no sé cómo consigo mantenerme en pie. ¿Cómo pude dudar de ella? Claro que le dio calabazas. Y suponiendo que hubiese decidido darle una segunda oportunidad, me habría avisado antes. A pesar de las estupideces que me dije a mí mismo, la conozco: Carla prefiere ir con la verdad por delante.

Incluso perdido en mi propia angustia, atisbo la pena en el rostro de Marcos.

—Lo siento —digo.

—Algo me dice que debo decirte lo mismo —replica después de observarme unos instantes.

Nos quedamos ahí, cada uno mirando su bebida, dos idiotas en silencio.

—Oye, ya sé que no es asunto mío, pero... Yo la perdí y sé que ya no tiene arreglo —dice Marcos—. Pero si crees que vosotros sí que podéis tener un futuro... no la dejes escapar. No tengo que hablarte de lo mucho que Carla vale la pena, ¿no?

Me limito a asentir y me voy sin despedirme. No creo que pueda soportar ni la pena en su expresión ni la presión en el pecho. «No la dejes escapar». No sabe lo que me pide.

No puedo hacer esto. No puedo.

Abandono la fiesta y entro en el primer supermercado 24 horas que encuentro para comprarme una botella de cola. Me voy a casa, donde me hincho a beber combinados con ron hasta que soy incapaz de tenerme en pie o, por fin, de hilar un pensamiento coherente. En algún momento vomito, no sé si dentro o fuera del inodoro, y me duermo a medio camino entre el baño y la cama. Patético, lo sé, pero me importa un comino.

Por desgracia para mí, el olvido que buscaba con tanta desesperación desaparece en cuanto despierto el sábado. Además, padezco una resaca histórica. Necesito el resto del día y buena parte del domingo para recuperarme.

El descanso obligado deja paso a la reflexión y acabo comprendiendo por qué lloraba Carla el jueves mientras discutíamos. Sí que siente algo por mí. Y yo, con mis estúpidas acusaciones, lanzadas de manera tan desagradable, la herí en lo más hondo.

Luego ella dijo esas otras cosas sobre mí. ¿De verdad las piensa? Bueno, en realidad no me importa. Solo sé que la echo tanto de menos que duele.

La echo de menos tumbada en el sofá conmigo viendo una película, echo de menos su risa y su sentido del humor malo, echo de menos su tozudez exasperante y su energía desbordante, incluso echo de menos sus zapatillas moradas de rebelde tiradas en el suelo del salón. Echo de menos besar su constelación de pecas.

Mi piso no tiene un problema de decoración porque mientras Carla estaba aquí yo no tenía ni una sola queja, era imposible estar más a gusto. El problema lo tengo yo, que me he enamorado de Carla. Y el jueves no solo la herí, también la decepcioné. Seguro que no esperaba que yo pudiese llegar a comportarme así.

Al mediodía ya no puedo posponer más lo que llevo tanto, tantísimo tiempo evitando.

Con pasos lentos me dirijo al despacho de casa, donde abro el cajón del último escritorio. Saco la pequeña caja que lleva tantos años ahí escondida. Mi inútil intento de olvidarla, de olvidar el dolor.

Cojo aire para darme fuerzas y la abro.

Carla

El domingo por la tarde, estoy hecha un ovillo en el sofá de casa. Podría decirse que llevo así desde el viernes, en cuanto acabé de trabajar.

A mi lado, Celia come palomitas haciendo tanto ruido que parece estar ensayando para armar más escándalo que una tormenta.

—Por el amor de Dios, mujer, deja de comer como una gorrina —me quejo.

En el suelo del salón y en las sillas que hay enfrente, Violeta, Nuria, Sonia y su novia Lara ríen por debajo de la nariz.

—Vosotras no os riais, que sé que me estáis dejando el suelo perdido de patatas fritas —las acuso. Llevan un buen rato masticando sin ningún tipo de cuidado.

—Si tanto te molestamos, nos llevamos los bombones y te dejamos en paz.

—No —digo, lastimosa, mientras abrazo la caja de bombones que me han traído hoy.

El viernes regresé a mi puesto de trabajo habitual en el Departamento de Grandes Fiestas. Aguanté el tipo sin echarme a llorar a golpe de evitar a Héctor. Desde mi escritorio controlo ambos extremos del pasillo de la oficina, así que cada vez que veía asomarse la punta de su nariz, me buscaba una excusa para desaparecer. Iba al baño, iba a por un café, iba a hacer fotocopias, iba a visitar a alguien o me metía debajo del escritorio a arreglar un supuesto problema con un cable del ordenador.

Al parecer, usé la excusa del baño demasiadas veces porque al final del día todos creían que tenía una buena gripe estomacal. Había corrido la voz de no usar el baño porque yo me pasaba el día perfumándolo y Mamen me libró de trabajar en la fiesta de esa noche. Como ya no contaban conmigo, tampoco sería un drama. Por más humillante que fuera, no me molesté en corregir a nadie porque la confusión me venía bien.

Esa misma tarde avisé a Celia y mis amigas de lo sucedido y por la noche las tenía en casa haciéndome compañía.

Esta vez he pedido ayuda y compañía y no he escondido que estoy más triste que una flor en el desierto. ¡Pero también estoy furiosa! ¡Menudo imbécil está hecho Héctor! ¿Quién se ha creído que es? Pero también estoy enamorada de él y me ha dejado hecha polvo. Ya le vale, cabronazo de principio a fin.

—Bueno, chicas, ¿creéis que ya le hemos dado suficiente tiempo? —pregunta Celia a las demás.

Yo levanto la cabeza, extrañada. ¿A qué se refiere? Llego a tiempo de ver cómo las otras

asienten con la cabeza.

—Carla, ven aquí —dice Celia. Intenta quitarme la caja de bombones, pero me niego a soltarla.

—Es mía.

Lo sé, lo sé, he sonado como una niña pequeña enfurruñada. ¡Pero me da igual!

Celia tira de la caja con fuerza. No pienso permitir que me la arrebate, así que paso de estar tumbada a estar sentada en el sofá. Vaya, parece que la fuerza que Celia ha perdido en la pierna rota ha pasado a los brazos.

—¿Has estado haciendo pesas o qué?

—No, Carla, es de pajar a Quique. ¿No ves que la escayola les pone las cosas muy difíciles? —suelta Nuria, la muy bruta.

El resto gemimos, Celia avergonzada y el resto horrorizadas. Una cosa es hablar de sexo, la otra es crear ciertas imágenes mentales que permanecerán en nuestra cabeza por siempre jamás, traumatizándonos.

—Mojigatas —nos acusa Nuria.

Celia le tira unas cuantas palomitas a la cara y después me mira.

—A ver, Carluchi, tienes que responder a una pregunta: ¿por qué no hablas con Héctor?

Abro la boca, entre desconcertada e indignada.

—¿Hablar con él? ¡Pero si no quiere saber nada de mí! ¡Ni yo de él!

Mi hermana y mis amigas no se cortan un pelo al contestarme.

—Mentirosa —dice una.

—Mentir es de patéticos —dice otra.

—No te pega mentirte a ti misma.

—Lamentable, Carla.

Joder, estoy empezando a arrepentirme de haberles pedido compañía y consuelo.

—Vaya mierda de consuelo que dais —espeto, molesta—. ¿Tengo que recordaros que me acusó de ponerle los cuernos cuando ni siquiera estamos en una relación?

Me acusó de eso y de otras cosas y, además, fue muy desagradable. Puede que yo también lo fuera. No estoy del todo segura. La discusión fue tan rápida y estaba tan alterada que el recuerdo se ha enmarañado en mi cabeza. Solo sé que fue muy fea, que Héctor me acusó de forma injusta, que me hizo llorar mucho y que es un gilipollas.

Celia me coge una mano y me la acaricia.

—Carla, cariño, ¿no te parece que esa acusación puede venir de alguien que está celoso?

—¿Celoso? ¿Quién?

—¿Quién va a ser? Héctor.

—¿Héctor? ¿De quién?

A mi alrededor, todas resoplan.

—¿Te estás haciendo la tonta o vas en serio? —me espeta Celia—. Héctor está celoso de ti y de Marcos, Carla, porque también se ha enamorado de ti.

Me quedo petrificada y creo que palidezco y enrojezco a la vez. ¿Es físicamente posible que suceda algo así? Puede que no, pero es la sensación que tengo.

—No, no creo que sea eso —digo, despacio, al cabo de unos segundos.

Más resoplidos a mi alrededor.

—¿Qué pasa, vais a convertirlos en caballos o qué? —les suelto.

—Carla, este tío te ha traído comida a casa dos veces que sabía que estabas mal. Te ha acompañado a hacer tus actividades preferidas. Te ha llevado de fin de semana a un parque de

tirolinas. Y ha reaccionado como el culo cuando creía que habías vuelto con Marcos. ¿Qué más necesitas que te digamos? —dice Violeta.

Yo tengo que apretar la mandíbula para no echarme a llorar otra vez. Es cierto que Héctor ha hecho todas esas cosas. Pero...

—Él no ha dicho que quiera ninguna relación. Al contrario.

—Ya, tú tampoco —replica Celia.

Durante un rato me quedo sin palabras. Pero en seguida me acuerdo de mi argumento principal.

—¡Pero es que no quiero nada con él!

—¿Por qué?

—¡Porque cualquier día querrá volver a su vida de ligón de siempre!

—¿Y te pondrá los cuernos con todo quisqui igual que hizo Marcos? —pregunta Celia.

—¡Sí, claro que lo hará! ¡Porque mi sensación es que no lo haría, pero como yo no sé juzgar a la gente, estoy equivocada y seré una cornuda otra vez! —estallo.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá, de repente agotada.

—Cariño, ¿el problema lo tiene él o lo tienes tú? —pregunta entonces Celia con suavidad.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin energías.

—Quiero decir que Marcos se aprovechó de tu confianza en él de la peor manera posible. Es normal que te vuelva a costar confiar en otra persona, pero no puedes permitir que la desconfianza sea tu nueva norma en la vida. Así no serás feliz.

Las palabras de mi hermana entran poco a poco en mi cabeza, como si las estuvieran dejando caer con un cuentagotas. Y, a medida que van cobrando sentido, recuerdo la pregunta que me hizo Héctor durante la discusión: «¿Y en qué momento te he dado motivos para desconfiar tanto de mí?».

Es una buena pregunta. ¿En qué momento? Pienso en él, en los últimos meses.

Héctor, que en cuanto ha sabido que tenía algún problema, por pequeño que fuera, ha venido a ayudarme. El día que creía que tenía gripe. El día del accidente, primero en el hospital y después en casa.

Héctor, al que vi rechazar a Paula con mis propios ojos. Es más, Sergio ha comentado más de una vez que lleva una temporada larga sin llevarse a casa ningún ligue.

Héctor, que pareció herido en lo más hondo cuando lo acusé de estar acostándose con otras mujeres y de que en el futuro seguro que me sería infiel.

Recordar su expresión herida es tan doloroso que tengo que cubrirme la cara con las manos, como si eso fuera a ayudarme a no verla.

Creí que la Carla de ahora había desaparecido, pero no era cierto. Evitar confiar en otra persona no es una lección aprendida, es consecuencia del daño que me hizo Marcos. Creía que lo había superado del todo, pero estaba equivocada. Marcos me rompió en muchas piezas que he conseguido recomponer, en parte gracias a Héctor. Pero faltaba la última, la de volver a confiar en mí misma para poder confiar en otra persona, en Héctor. Su pasado de ligón solo fue una excusa para mantenerlo alejado.

—Nunca me ha dado motivos para desconfiar de él. Si quisiera estar con otra mujer, iría con la verdad por delante —admito.

A mi alrededor, todas guardan silencio. Se me escapa un suspiro un poco dramático.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Nadie tiene tiempo de contestar porque suena el timbre del rellano. Ninguna de nosotras se mueve. Yo las miro y ellas me miran a mí.

—Consolar y hacer compañía incluye abrir la puerta. —Estoy demasiado cansada y demasiado a gusto en el sofá como para moverme.

—Nos da pereza movernos y es tu casa, ve tú —replica Sonia.

Me levanto fingiendo indignación y me dirijo hacia la puerta, intentando recordar si me tiene que llegar algún paquete. Diría que no. Aun así, al abrir espero encontrarme con un mensajero, y no con...

—Héctor.

Se me encoge el corazón al verlo. Está... A ver, para mí siempre está guapo, pero no parece encontrarse muy bien. Luce unas ojeras bastante tremendas, tiene los ojos enrojecidos y por cómo frunce el ceño adivino que tiene dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —pregunto.

Él asiente y después me observa. ¿Qué debe de estar pensando? Cuando habla, parece que le cueste un esfuerzo.

—¿Estás sola? ¿Podemos hablar?

—Podemos hablar —digo, ajustando la puerta de casa.

No sé qué quiere decirme y esto llega demasiado pronto porque yo necesitaba un tiempo para decidir mi siguiente paso, pero no pienso desaprovechar esta oportunidad.

Él me observa unos instantes. Respira hondo varias veces antes de hablar.

—Siento lo del jueves —dice al fin—. No tenía ningún derecho a hacerte esa pregunta. Y mucho menos de acusarte de nada. Fui un imbécil.

Los ojos me pican y se me humedecen ante su disculpa.

—Sabes que no estoy con Marcos, ¿verdad? Ni con él ni con nadie más.

—Sí, claro que lo sé. Solo... —Héctor suspira—. Me pudieron los celos.

Mi corazón late con fuerza. Por un lado, esperanzado ante esas palabras; por otro lado, temeroso, porque hay algo en la expresión de Héctor que no me gusta. Pero no permito que eso me frene y me lanzo a por todas.

—Estos últimos meses han pasado muchas cosas. Me han hecho darme cuenta de que todo lo que no decimos se nos queda dentro atascado, en el corazón, y se va convirtiendo en una bolita negra, llena de pesar, que al final explota y lo salpica todo —explico—. Debería haber sido sincera contigo, Héctor. Debería haberte contado lo que sentía en vez de dar por sentado lo que querías y lo que no querías o lo que harías o dejarías de hacer. Porque, al final, solo me llevó a decirte unas cosas que no te merecías. Lo siento.

—No te culpo —dice, forzando una sonrisa.

—Fue injusto. Di por sentado que harías lo mismo que me había hecho Marcos y... Me he dado cuenta de que tú nunca actuarías así.

Mientras Héctor vuelve a asentir, sus ojos recorren mi rostro. Lo siento como una caricia, me transmite su anhelo. Es el momento de dar el paso.

Lo hago físicamente. Empiezo a acercarme a él mientras empiezo a levantar la mano...

—Tengo que contarte algo.

Me quedo congelada donde estoy, no solo por sus palabras, también porque él ha retrocedido un poco. Espero a que caiga la bomba, sé que va a caer, pero Héctor ni se mueve ni habla. Veo que está luchando consigo mismo, que está buscando las fuerzas para hablar, así que espero.

Como si estuviera luchando contra una fuerza invisible, lleva la mano al bolsillo trasero de sus tejanos y extrae algo. Creo que es una fotografía.

—Cuando tenía veintiún años, a mi madre le diagnosticaron cáncer. Estaba muy avanzado y le dieron muy pocas esperanzas, pero intentaron ganar algo de tiempo con quimioterapia. Fue...

muy duro. Desde que yo era pequeño, habíamos estado nosotros dos solos. Era madre soltera y no tenía más familiares. Éramos ella y yo, nadie más —empieza a explicar—. La acompañé a todas las sesiones de quimio y allí conocí a... Allí conocí a Maite. Ella también recibía tratamiento.

Entonces Héctor me muestra la fotografía. Aparece él, con veintipocos años, junto a una chica que lleva la cabeza cubierta con una gorra de colores alegres. Pero eso no es lo que más llama la atención. Lo que llama la atención es que los dos van vestidos de novios y se están mirando, sonriendo. Hay tanto amor en esa mirada que se me empiezan a escapar las lágrimas. No es difícil imaginar hacia dónde va la historia.

—Nos casamos el día que cumplí veintitrés años. Hacía poco que su cáncer había regresado y el tratamiento no estaba funcionando y me prometí a mí mismo que la salvaría. Conseguiría el dinero necesario para pagarle una terapia privada, la mejor que hubiese. Así es como empecé con la organización de bodas y comuniones. Me maté a trabajar y arrastré a Max conmigo, pero... no llegué a tiempo. Maite murió dos años después, el 30 de mayo.

Estoy tan consternada que no puedo parar de llorar.

Héctor es viudo.

Siento tanto que haya pasado por algo así y, a la vez, lo admiro tanto que me enamoro un poco más de él.

—Lo siento mucho, Héctor —consigo susurrar.

Apoyo la mano sobre la suya y esta vez no la aparta. Es más, no tarda en aferrarse a mí con fuerza.

—Le fallé, Carla. La decepcioné.

—¿Qué? ¿Cómo ibas a decepcionarla?

—Porque no la salvé. —Su voz apenas es un susurro, pero destila dolor—. Y luego pretendí olvidarla, como si su recuerdo no viviese en mí. He ido de una mujer a otra durante años y sé... Sé que no estaría contenta conmigo. Estaría muy decepcionada.

Héctor me aferra la mano con más fuerza y con la otra me acaricia el brazo, el hombro, el cuello, y acaba apoyándola en mi mejilla. Cierro los ojos y suspiro ante el agradable contacto.

—Carla, te... Te quiero como la quería a ella, pero... No puedo volver a pasar por lo mismo. Sé que antes o después haré algo que te decepcionará otra vez, y decepcionarte es lo último que quiero hacer.

El corazón me late desbocado. Héctor me quiere. Héctor acaba de decirme que me quiere, pero que no quiere estar conmigo. Ironías de la vida, no hace tanto rato yo también estaba diciendo que lo quería, pero que no quería estar con él. Quizá en otro momento le vería la gracia, pero ahora opino que la vida se puede meter las ironías por donde le quepan.

Sujeto a Héctor por el antebrazo, porque temo que en cualquier instante se apartará.

—Héctor, no sabes si me pasará algo ni tampoco sabes si me decepcionarás. Y suponiendo que...

No termino la frase. Héctor se acerca y me besa las mejillas y los labios llenos de lágrimas. Yo me aprieto contra su cuerpo y me aferro a él en un intento de evitar perderlo. Sus besos saben a despedida.

De repente, se aparta de mí y empieza a retroceder.

—Lo siento —dice.

—Espera...

Héctor niega con la cabeza, me da la espalda y se aleja caminando con rapidez.

—¡Héctor!

Su negativa es tan firme que ni siquiera intento ir tras él. Lo observo alcanzar el final del rellano y desaparece escaleras abajo.

Se ha ido.

Yo me quedo ahí de pie, sola, apoyada contra la pared mientras me esfuerzo por respirar. Me quedo allí hasta que las voces de unos vecinos que se acercan me sobresaltan y me obligan a moverme.

Abro la puerta de casa. Justo ahí detrás están Celia, Sonia y Nuria. Nunca he dudado que estarían escuchando la conversación. Ya nos conocemos y sé que son así de cotillas. Otro día les recriminaría su falta de respeto hacia la intimidad de los demás, pero ahora agradezco no tener que contar lo que acaba de suceder. Lo único que tengo que hacer es dejarme rodear por sus brazos llenos de consuelo y llorar hasta quedarme sin fuerzas.

Héctor

A veces me gustaría tener un interruptor en la cabeza que me permitiera apagar mi cerebro a voluntad.

Necesito dejar de pensar.

A falta de interruptor, opto por emprender el camino de regreso a casa a pie. Camino y camino, observando las calles, los coches, la gente con la que me cruzo. Entro en un bar a tomarme una cerveza y sigo observando a la gente. Incluso me quedo un rato absorto en el programa del corazón que tienen puesto en el televisor que cuelga de la pared. Lo que sea por no pensar.

Al salir, me doy cuenta de que ya estoy muy cerca de casa. Demasiado. Paso por delante de un cine y entro a ver la primera película de acción que ponen. Es mala, pero las explosiones, las persecuciones y las palomitas que me compro siguen ayudándome a no pensar.

Cuando salgo del cine me siento suficientemente cansado. Ahora sí, me dirijo a casa, donde consigo no pensar mientras paso por el baño y me pongo el pijama. Me tumbo en la cama y, bendito sea el dios del sueño, me quedo dormido en seguida.

Cuando el despertador suena el lunes a primera hora y abro los ojos, lo primero que siento es la opresión en el pecho. La ignoro porque tengo que ponerme en marcha.

Ducharme, vestirme, ir a trabajar.

Llevo a cabo las dos primeras tareas. Después cojo la cartera, el móvil, las llaves de casa y el maletín con el portátil.

De camino a la puerta, la opresión en el pecho aumenta. También me cuesta un poco respirar.

Estiro la mano hacia el pomo y descubro que está temblando. No, espera. Todo mi cuerpo está temblando. Mi respiración es ruidosa.

Apoyo la mano en el pomo, pero no tengo fuerzas para abrirlo. Ni físicas ni mentales. No puedo.

Me alarma tanto ser incapaz de salir de casa que todo empeora. El temblor, la opresión en el pecho, la dificultad para respirar. La visión se me oscurece y las piernas me flaquean. Tengo que apoyarme contra la pared y me deslizo hacia el suelo.

Esto es malo. Los ataques de ansiedad siempre han sido desagradables, pero este es... Es el peor de todos, con diferencia. ¿No poder salir de casa? No me había pasado nunca.

La visión se me oscurece tanto que me asusto. Necesito ayuda.

El temblor de la mano es tan fuerte que a duras penas consigo sacar el móvil del bolsillo y marcar el número de Max. Sé que está enfadado conmigo, pero rezo para que conteste.

El teléfono suena. Una vez. Dos veces. Tres veces. Cuatro.

Mierda, creo que no contestará.

—Sí.

Cierro los ojos por el alivio de oír su voz. Se me escapa una respiración ahogada.

—Héctor, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Niego con la cabeza antes de conseguir hablar.

—No.

—¿Necesitas que llame una ambulancia?

—No... Ansiedad...

—Vale, vale, estoy a... ¿Estás en casa?

—Sí.

—Vale. Tardo diez minutos en llegar a tu casa. ¿Puedes esperar diez minutos?

No. Sí. No lo sé. Diez minutos es una eternidad, pero qué remedio. No veo que me quede otra opción.

—Sí —digo al fin, porque no doy para más.

—Vale. Ya estoy en camino. ¿Podrás abrirme la puerta?

Max se queda al teléfono conmigo hasta que llega a casa. Se me hace eterno, tengo la sensación de que tarda una hora, pero consigo ponerme en pie un momento y dejar la puerta un poco abierta para que entre cuando llegue.

Cuando lo oigo entrar en casa, empiezo a encontrarme mejor solo del alivio. Se arrodilla delante de mí y me aferro a él con desesperación. Es mi salvavidas. Su presencia y el contacto vuelven a ayudarme a controlar la respiración, a tranquilizarme poco a poco.

Es lento, muy lento, pero al fin puedo respirar hondo.

—Gracias.

—No me las des, Héctor —dice con suavidad. Me está mirando sin esconder la preocupación

—. ¿Qué ha pasado?

Mi primer impulso es responder que no ha sucedido nada en concreto y limitarme a pedirle ayuda para llegar al trabajo. Pero al pensar en cruzar la puerta de casa la opresión en el pecho y los temblores regresan. Joder.

Mi cuerpo y mi cabeza me obligan a sacar a la luz el pensamiento que, desde ayer, estoy intentando mantener escondido.

—No me veo capaz de ir a la oficina y pretender que Carla solo es una empleada más —confieso con voz débil.

—¿Y por qué tienes que pretender que solo es una empleada más? —pregunta, curioso.

—Porque no puedo estar con ella.

—¿Por qué? ¿Ella no quiere nada?

Sí que quiere. La visita que le hice ayer me lo confirmó. No sé qué demonios he hecho para merecerme el interés de Carla, pero no tengo ninguna duda. Y creo que nunca olvidaré su expresión rota cuando me separé de ella.

—No es eso.

—¿Entonces? ¿Por qué no puedes estar con ella?

—Porque me prometí que nunca le volvería a fallar a alguien como le fallé a Maite, Max. Y porque me prometí no volver a sufrir así.

Se esfuerza por controlar la expresión. Él sabe lo que fue. Estuvo a mi lado, siempre lo ha estado.

—Siento haber sido un mal amigo, Max. Siento haberte dado por sentado.

—No, no te permito entrar ahí. Venga, en pie.

Me obliga a levantarme y me lleva a la cocina, donde me hace sentarme en la isla. Me siento tan débil y tengo los ánimos tan bajos que ni siquiera le pregunto qué hace cuando empieza a curiosear por los armarios de la cocina. Pero al cabo de unos minutos tengo una manzanilla delante y él se está tomando un café mientras me observa.

—Tienes un aspecto horrible —dice al fin.

Yo le dedico una peineta y él sonríe.

—Oye, ¿recuerdas que después de separarme de Lucía yo también tuve ansiedad? —añade.

Asiento, aunque lo había olvidado. De hecho, incluso he borrado a Lucía de mis recuerdos. Nunca pensé que me alegraría de que un matrimonio terminara, pero cuando Max y Lucía por fin decidieron separarse, en mi cabeza celebré una fiesta. Qué mujer tan complicada, en serio. No digo que Max lo hiciera todo bien, pero lo llevaba por el camino de la amargura.

—Fui a unas cuantas sesiones con un psicólogo —prosigue—. Él me decía que la ansiedad es un semáforo en ámbar, una advertencia de nuestra cabeza para hacernos saber que hay algo que no está bien.

Ni siquiera intento esconder mi mueca escéptica. No veo cómo eso se me aplica a mí.

—Héctor, lo que tienes es miedo. Es normal y lo entiendo. Pero ¿no crees que quizá ha llegado el momento de dejar ir esas promesas de las que me hablabas? —dice Max—. Creo que son esas promesas las que te están haciendo sufrir todo lo que querías evitar. Y también creo que tu corazón lo que de verdad quiere es estar con Carla.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No la merezco. Y sé que... sé que acabaría fallándole.

—No, no lo sabes —replica—. Además, doy por sentado que quieres que Carla sea feliz, ¿no? ¿Ahora es feliz?

Su expresión desconsolada regresa a mi cabeza.

—No —me veo obligado a admitir.

—¿Por qué?

—Porque quiere estar conmigo —digo entre dientes.

Max me está manipulando, lo sé, y podría argumentar que a la larga Carla estará mejor sin mí, pero su táctica funciona: me siento culpable porque la estoy haciendo sufrir.

—¿Y no crees que Carla se merece que hagas el esfuerzo de revisar algunas cosas de tu vida? —pregunta ahora Max.

Me pican los ojos y parpadeo con fuerza. No sé qué he hecho para merecer la amistad de Max. Tampoco sé qué he hecho para merecer el... ¿puedo hablar de amor? No sé qué he hecho para merecer el amor de Carla. Pero están aquí, a mi lado, a mi alcance, y no quiero despreciarlos. Sin ellos, sé que me hundiré.

El problema es que estoy en un pozo. Si miro hacia arriba veo la salida, pero está lejos de mi alcance y no sé cómo alcanzarla.

Me froto la cara, frustrado.

—Tienes razón, Max. Pero no sé cómo hacerlo. No sé ni cómo empezar.

Me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Me dejas que te ayude?

—Claro —digo sin dudar.

—Pues vamos allá. Yo sí sé por dónde puedes empezar.

Carla

Héctor lleva toda la semana sin venir a la oficina.

El lunes, Max llegó tarde y reunió de urgencia a todos los jefes de departamento. Según nos contó Mamen después, les explicó que Héctor había tenido un problema personal, nada grave, y estaría unos días sin poder acudir a trabajar. Les pidió que tomaran las riendas de todos los proyectos que tienen entre manos sin contar con Héctor y que, si les surgía cualquier problema, acudieran a él. Sé que nadie tendrá la necesidad de hacerlo, porque si algo tiene Eventos Luxe es un equipo muy bueno y bien preparado. El único que no parece haberse dado cuenta es Héctor.

Después de que Mamen nos pusiera al día, me faltó tiempo para escribirle un mensaje preguntándole si estaba bien. Nuestra conversación del domingo todavía me pesaba en el corazón y sobre los hombros, como una losa de pesar. Obviamente, ya no estaba enfadada. Solo desolada. Y ahora también preocupada.

No me contestó.

El resto de la semana, durante las comidas todos le preguntan a Cristian, el nuevo asistente de Héctor, si sabe algo de él. La respuesta siempre es que no. Al parecer, esta semana se está limitando a atender sus llamadas y posponer las reuniones previstas. Hay mucha especulación sobre qué le puede haber sucedido al jefe. Ninguna teoría se acerca a la poca verdad que yo sé, que, por supuesto, me guardo para mí.

He tenido que contenerme para no llamarlo o plantarme en su casa. Teniendo en cuenta que no contestó a mi mensaje, su respuesta no escrita está clara: no quiero que nadie me moleste. Me trago lo mucho que me duele quedar al margen de su vida de esta manera y me concentro en el trabajo.

Sin embargo, el viernes no puedo más con tanta incógnita y preocupación.

A media mañana me planto en el despacho de Max.

—Hola, Carla —me saluda, amable como siempre. Al ver que cierro la puerta y me siento frente a él, añade—: ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Héctor está bien?

Por cómo me mira Max, adivino que lo sabe todo. Sabe lo que ha pasado entre Héctor y yo, sabe lo que pasó el domingo. Los ojos me pican y aprieto los dientes. Me niego a llorar otra vez. De tanto llorar empezarán a llamarme la Lagrimillas. O se me quedarán los párpados arrugados como pasas para siempre de tanta humedad.

—Le escribí un mensaje, pero no ha contestado —añade—. Y no he insistido porque no

quiero agobiarlo, pero... estoy preocupada.

—Está trabajando para estar bien —es la críptica respuesta de Max.

—No eres de mucha ayuda —me quejo, hundiéndome en la silla.

Me sonrío con afecto.

—Ten un poco de paciencia. Solo un poco más.

—Solo te falta desordenar las palabras y parecerás el mismísimo Yoda. No hay quién te entienda.

Ahora ríe con una carcajada, pero no tarda en mirarme con comprensión.

—Solo unos días más, ya lo verás —dice.

Yo me doy por vencida, pero no puedo negar que abandono su despacho un poco más tranquila. Si Max estuviera muy preocupado por Héctor, me lo habría transmitido de alguna manera.

Esa noche ceno en casa de mis padres con Celia y Quique. Por más que mi hermana dijera que quería tomárselo con calma, ahora que se han dado cuenta de lo que significan el uno para el otro se nota que están tan enamorados que solo les falta ir por el mundo soltando corazoncitos por la boca. Dentro de unos días, Celia volverá a trasladarse a su casa y algo me dice que la compañía de Quique allí será bastante permanente.

El sábado arrastro a Nuria y Sonia al parque de atracciones de la ciudad y el domingo por la mañana voy al gimnasio a una doble clase de *spinning*. Lo que sea por agotarme y pensar lo menos posible en Héctor. Y así me muevo por los días, entre el trabajo y manteniéndome muy ocupada. Pasan otras dos semanas, durante las que el calor del verano ya empieza a apretar, y, por más que diga Max, empiezo a pensar que Héctor no regresará jamás. Que venderá la empresa y se irá a vivir a otro país solo por no verme. Lo sé, puede que esté exagerando un poco, pero tres semanas dan para hacerse muchas teorías, ¿vale?

Una mañana recibo un mensaje de Celia.

«¿Me invitas esta tarde a una tarta de La Cabeza En Las Nubes?».

Respondo un discreto «Faltaría más», aunque lo que de verdad pienso es «Sí, por favor, sácame a la calle y distráeme».

Su respuesta es un gif de un minion dando un beso a cámara. Después, de unos minions bailando. Y, después, sigue enviándome gifs de minions haciendo el payaso.

«Estás fatal, tía», la acuso.

«Síííí. ¡Te veo allí a las cinco!», responde.

Encantada de tener algo que hacer, llego a mi nueva cafetería preferida un poco antes de las cinco. Me entretengo leyendo la carta de bebidas y mirando qué tartas tienen hoy. Tienen de chocolate, de plátano, de zanahoria y de pera, y tienen todas un aspecto delicioso. Qué desastre, necesito probarlas todas.

—Carla.

Al reconocer la voz, la carta de bebidas se me cae de las manos.

Tiene bastante mejor aspecto que el último día que lo vi.

—Héctor —digo, incapaz de esconder el asombro. No me puedo creer que hayamos coincidido aquí. Estoy tan aturullada que a continuación quedo como una idiota porque solo soy capaz de tartamudear—: ¿Qué...? ¿Qué...? ¿Qué...?

Nada, que no consigo terminar ninguna frase.

—¿Puedo sentarme? —pregunta él, interrumpiendo mi recital de tartamudeo (cosa que le agradezco mucho).

—Claro. Estoy esperando a Celia, pero...

Héctor hace una mueca de disculpa mientras se sienta.

—En realidad, ella ha sido mi cómplice en esto.

—¿Tu cómplice?

—La busqué en Instagram y le he pedido que te citara aquí.

Cada segundo que pasa estoy más alucinada.

—¿Pero por qué no me has escrito a mí?

—No sabía si querías verme.

Me quedo sin palabras.

Bueno, eso no es cierto. En realidad, pienso que cómo no iba a querer verlo si de repente el día me parece más luminoso y me estoy conteniendo para no saltar por encima de la mesa y abalanzarme sobre él para comérmelo a besos. Pero lo guardo para mí porque, después de nuestra última conversación, no sé qué esperar de esta.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Max me dijo que fuiste a hablar con él, que estabas preocupada.

—¿Cómo no iba a estarlo, Héctor? Después de...

Enmudezco cuando coge mi mano entre las suyas y me da un apretón con delicadeza.

—Lo siento —dice.

Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar, pero se detiene de golpe y se aparta, como si pensara que se ha excedido. En ese momento se acerca la camarera para preguntarnos qué queremos tomar, pero solo pedimos un par de cafés. Cuando se va, Héctor toma aire, preparándose para hablar.

—El día después de ir a verte a casa me preparé para ir a trabajar, pero fui incapaz de salir de casa. Tuve un ataque de ansiedad. El peor de todos —explica—. Llamé a Max y vino a ayudarme. Me convenció para... reenfocar algunas cosas en mi vida.

La camarera regresa con un café para cada uno. Le admiraría el tiempo récord en el que lo ha hecho, pero estoy demasiado pendiente de las palabras de Héctor. Me tiene con el alma en vilo porque todavía no tengo claro qué puedo esperar de este encuentro. No me atrevo a pensar nada, ni mucho menos a hacerme esperanzas.

—Estoy viendo a un psicólogo. Me está ayudando con la ansiedad. Y a darme cuenta de que, con la enfermedad de Maite, me cargué con una responsabilidad imposible de cumplir. Y me castigué cuando fracasé, pero era imposible no fracasar —dice. Lo acompaña de una mueca que evidencia que sabe que las palabras son ciertas, pero todavía no ha conseguido creérselas del todo—. Estoy en ello.

—Me alegra que hayas dado ese paso. Te irá muy bien.

—Estos días que no he ido a la oficina, no solo necesitaba encontrarme mejor, también necesitaba tomar distancia. Para intentar ver las cosas con un poco más de claridad. Siento no haber contestado a tu mensaje.

Me encojo de hombros, quitándole importancia. Si era lo que necesitaba, lo único que puedo hacer es respetarlo.

—Carla, te seré sincero. No sé cuándo me enamoré de ti exactamente, pero creo que fue bastante antes de darme cuenta. —Hace una pausa.

A mí me recorre un escalofrío. El hombre me tiene en ascuas. Ha vuelto a admitir que está enamorado de mí. Eso es bueno, ¿no?

No, no, ya no me atrevo a alimentar ningún tipo de esperanza. Ni siquiera una del tamaño de un grano de arena.

—Y cuando me di cuenta, lo vi como un problema. Pero estaba ciego, Carla. Fue una suerte

que entraras en mi vida. Me diste luz, me empujaste a avanzar. Llevaba mucho tiempo atascado en un lugar muy... poco saludable —continúa. Coge aire, como si se estuviera armando de valor. Yo estoy conteniendo la respiración—. Sé que tengo un camino largo por delante. Sé que no voy a estar bien de un día para el otro, pero... Carla, todavía no sé qué he hecho para merecerte y necesitaré tomarme las cosas con calma, pero... me haría muy feliz si quisieras acompañarme en lo que me queda de este viaje y en lo que venga después.

Me encantaría poder decir que, como respuesta, provoco una pausa digna de una película. La protagonista se queda seria, mirando al chico, que traga saliva. ¿Qué decidirá ella? ¿Oiremos latir sus corazones desbocados? ¿Podría ser más dulzona la música romántica?

Pero no puedo decirlo. No. Ni siquiera dejo pasar un microsegundo.

En cuanto Héctor termina de hablar, yo sonrío.

—Qué formal eres. —Me pongo en pie y le doy un beso por encima de la mesa—. Me encantaría.

Ahora Héctor también sonrío. Me sujeta para evitar que me siente y volvemos a besarnos, varias veces más, hasta que nos quedamos mirando como dos idiotas enamorados.

El momento, que debo decir que es bastante dulce, es interrumpido cuando un movimiento capta mi atención por el rabillo del ojo. Al mirar hacia allí, descubro que Celia, Nuria, Violeta y Sonia están en la calle, mirándonos. Las tres últimas nos están grabando con sus móviles; Celia ha soltado una de sus muletas y me muestra el puño con el pulgar hacia arriba mientras sonrío como una demente.

—No me lo puedo creer —farfullo—. La madre que las parió.

—¿Esas son tus amigas? —pregunta Héctor sin esconder el asombro.

—Son las lerdas de mi hermana y mis amigas, sí. Lo siento, hay cosas que vienen con el paquete.

Héctor ríe.

—Bueno, supongo que nadie es perfecto.

Por suerte, las locas del ventanal no tardan en irse. Yo acabo sentándome al lado de Héctor y nos fundimos en un abrazo y unos cuantos besos más llenos de ternura. No paramos de sonreír y de acariciarnos y de tocarnos, como si necesitásemos asegurarnos de que esto es real. Y lo es, vaya si lo es, y yo me siento pletórica.

Cuando conseguimos despegarnos, convengo a Héctor para compartir un par de trozos de tarta, aunque al final son cuatro porque no consigo decidirme por solo dos sabores. Mientras nos los comemos, que tardamos un buen rato, hablamos de las últimas semanas en la oficina.

—Max me ha contado que las cosas han fluido sin problema —dice Héctor.

—Sí, señor.

—No sé si tomarme bien que pueda funcionar sin mí. Eso significa que soy prescindible.

—No eres prescindible porque eres quien consigue muchos de los clientes y haces el seguimiento con ellos. Además de que alguien tiene que supervisar los proyectos más grandes. Pero tienes un equipo muy capaz en el que podrías delegar más.

—Ya. Mi psicólogo también quiere que trabajemos esa cuestión.

—Eh, no conozco a tu psicólogo, pero me cae bien. —Entonces recuerdo algo y no puedo evitar ponerme seria de golpe.

—¿Qué pasa?

—Vale, prefiero comentártelo ya y que lo tengas presente. Creo que los dos sabemos que como asistente tuya acabé trabajando a tu lado más de lo que en principio tocaría —explico—. El caso es que eso me hizo darme cuenta de que me gusta estar más arriba en la escalera de

decisiones...

—Buscaremos un cargo para ascenderte —dice Héctor enseguida.

—¿Qué dices? ¿Así como así? ¡Eso sería favoritismo! —exclamo, escandalizada.

—Sí, totalmente —asiente, muy serio.

Le doy una patadita por debajo de la mesa.

—No quiero favoritismos. Solo te advertía de que mi futuro profesional quizás no esté en Eventos Luxe. No quiero que te lo tomes mal.

—Sé que tu carrera profesional es importante para ti. Entiendo lo que es eso y nunca te pondría trabas. Haz lo que debas hacer, Carla. Pero, hablando como jefe, te diré que eres una buena empleada, no quiero que te vayas.

—Bueno, todavía no tengo nada claro. Ya veremos qué pasa.

Cuando nos terminamos las tartas, salimos a la calle.

—¿Te apetece dar un paseo? —propone Héctor.

—Suená bien.

Me tiende la mano para que se la coja. La miro, emocionada, y no dudo en corresponder el gesto. Lo aprovecha para atraerme hacia él y me agarra por la cintura. Nos besamos sin prisas, con ternura, incapaces de parar de sonreír.

—Había pensado invitarte a cenar, pero ¿quizá prefieres invitarme a tu casa? —dice Héctor.

Después sonrío como un supuesto seductor mientras alza las cejas un par de veces. Yo me parto de risa.

—Creía que querías ir poco a poco.

—Podemos hacerlo todo lo poco a poco que tú quieras —asiente Héctor, muy serio.

Yo empiezo a reírme, pero mi risa se evapora cuando me imagino haciendo el amor despacio con Héctor. Me estremezco solo de pensarlo.

—Olvida el paseo, olvida la cena. Vamos a casa.

Intento caminar, pero él no me suelta.

—Eh —dice, mirándome a los ojos—, te quiero.

Yo me derribo como la mantequilla al sol.

—Yo también te quiero, señor Bosch.

Lo sé, he jugado sucio. Pero consigo lo que buscaba: nos vamos directos a casa.

Esa noche, volvemos a olvidarnos de cenar.

Carla

El martes, a las ocho de la mañana y treinta minutos, estoy en la cocina de la oficina, arrinconada contra la encimera. Héctor me tiene aprisionada y se dedica a besarme el cuello. Yo suspiro y me dejo hacer, aunque...

—Deberíamos ser más prudentes, podría entrar cualquiera y...

Dicho y hecho, la puerta se abre de golpe y me da un susto de muerte. Intento apartar a Héctor, pero el tío parece haberse convertido en una pared. No se mueve ni un milímetro.

Por suerte, la persona que entra es Max.

—Hola, Max —lo saluda Héctor.

—Buenos días, pareja.

Nos dedica una mirada llena de afecto. Se nota que se alegra por nosotros. Pero después frunce el ceño.

—Creo que sería mejor que anunciarais al resto de los empleados que sois pareja en vez de que os encuentren enrollándoos en cualquier rincón —observa—. El jefe saliendo con una empleada será la comidilla de la oficina.

—Enviaré un correo a todo el personal —dice Héctor.

—¡¿Pero qué dices?! —exclamo horrorizada mientras Max se parte la caja—. ¿Cómo vas a anunciar una relación por correo electrónico?

Héctor se encoge de hombros; al parecer, no lo considera importante.

—Se nota que no trabajas codo a codo con ellos, ¿eh, jefe? —le recrimino—. Será mejor que me encargue yo.

Nos despedimos, voy a mi lugar de trabajo y me sumerjo en el ritmo frenético de la mañana. Un poco antes de comer las cosas se tranquilizan un poco y me parece que es un buen momento para dar la noticia.

Carraspeo. De repente estoy un poco nerviosa. ¿Cómo reaccionarán? Héctor ya no es el Gran Agrio, pero no se lo tomarán mal, ¿verdad?

—Perdonad —digo, alzando un poco la voz—. Tengo que contaros algo.

Mamen y el resto de mis compañeros de departamento me miran con curiosidad.

—Cuenta, cuenta —dice Álvaro.

—Veréis, eh... Debéis saber que el jefe y yo somos pareja. Oficial. Sí, somos novios y todo eso.

Esperaba caras de sorpresa. Caras de asombro. Incluso caras de incompreensión, porque, al fin

y al cabo, yo era de las criticaba al ogro de mi jefe y no me corté en quejarme cuando empecé a trabajar como su asistente.

Lo que no esperaba era que Lucía corriera hacia el cristal que nos separa del Departamento de Bodas y empezara a golpearlo.

—¡Venid! —grita.

El resto de mis compañeros cogen el móvil y empiezan a escribir mensajes como locos.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Nadie me contesta. Un segundo después, al fondo veo que, en su despacho, Sergio se levanta de su asiento como impulsado por un resorte.

—¿Qué?! —lo oigo gritar. Después pierde el equilibrio de tanto impulso que se ha dado y cae al suelo.

—En serio, ¿qué está pasando? —insisto cuando veo que Sergio se pone en pie, ileso.

Pero nadie me hace caso. En cambio, el despacho se llena de gente hasta que parece un hormiguero de tan lleno que está. El resto de la empresa está aquí y todo el mundo le está entregando billetes de diez euros a Sira, que los coge con una sonrisa. Sigo sin entender nada.

—Gracias, gracias... También acepto Bizum si no tenéis efectivo —va diciendo.

Sergio se me acerca con cara de consternación.

—¿Te has liado con el jefe y yo no me había enterado? —Casi parece dolido.

—Bueno, procuramos ser discretos —intento excusarme.

—¿Discretos? —pregunta Sira con cara de absoluto escepticismo.

Lucía me mira con los ojos muy abiertos.

—Hace semanas Sira empezó a decir que os habíais liado y nadie más estaba de acuerdo.

—A ver: Carla empieza a trabajar para él y, en vez de despedirla o seguir como siempre, el tío se vuelve amable. Dos más dos, gente —presume Sira, que sigue recogiendo billetes.

Entonces lo entiendo.

—¿Apostasteis a mis espaldas que estaba saliendo con el jefe? —pregunto indignada—. ¿Por qué no me preguntasteis directamente?

—Eso no es divertido —dice Sira—. Además, acabo de sacarme un pastón.

—No me lo puedo creer.

Sira me sonrío y me abraza.

—Eh, que nos alegramos un montón por vosotros.

De repente, todo el mundo se calla. Descubro que Héctor está en la puerta, con las manos en las caderas y cara de «¿Se puede saber qué está pasando aquí?».

Entonces me mira y sonrío, burlón.

—Era mejor escribir un correo electrónico —me dice.

—¡No es culpa mía si se han vuelto todos locos! —me defiendo.

—A ver si consigues que vuelvan al trabajo —dice, y se va, dejándome sola con el follón. El muy... En fin, sin comentarios.

—¡Venga, venga, ya habéis oído al jefe! ¡A trabajar! —grito.

Pero todos pasan de mí. Sira sigue recogiendo dinero con una gran sonrisa en los labios. Pero le flaquea cuando algo detrás de mí le llama la atención. Es Gabriel, que está leyendo algo en su teléfono con expresión sombría. Parece que acabe de recibir una de las peores noticias de su vida.

—Gabriel, ¿qué pasa? —le pregunta Sira.

—Es Andrea. Que se va a casar con Isaac.

Menuda cara pone Gabriel y menuda cara pone Sira ante la noticia...

Algo me dice que de aquí también sacaremos alguna apuesta.

Dos años después

Héctor

Estoy en la cama, abrazado a Carla. Es invierno, pero nuestros cuerpos entrelazados crean la temperatura perfecta y el edredón nos acaricia con delicadeza. Estoy tan a gusto que no quiero moverme de aquí en todo el fin de semana. No pienso soltarla.

Se me escapa un suspiro satisfecho.

Desde hace bastante tiempo me siento... en paz.

No ha sido fácil. Dejar atrás la ansiedad, el miedo a volver a fallar y a sufrir, permitirme disfrutar de la vida. No pasó de un día para otro. Fue un aprendizaje, con sus momentos buenos y sus momentos malos.

Y Carla siempre ha estado a mi lado.

Carla, Carla, Carla. Me tiene loco, me tiene feliz y me tiene a gusto con la vida.

Hace un año conseguí que se mudara a vivir conmigo. Se resistió porque le daba miedo que nos viésemos demasiadas horas al día. En la oficina, en casa... Pero nos salió bien. Además, desde hace seis meses ya no es empleada de Eventos Luxe. Ahora es una jefaza en el Centro de Ferias y Convenciones de la ciudad, donde se dedica a supervisar la organización de macroeventos a los que acuden miles de personas. Ya lo dije, que era una buena empleada. De hecho, intenté sobornarla con un aumento de sueldo y muchos masajes de pies para que no abandonara Eventos Luxe, pero tenía que seguir su camino profesional. Además, no he dejado de hacerle todos los masajes de pies que quiere.

La abrazo con un poco más de fuerza.

La quiero tanto que a veces me gustaría poder fusionarme con ella. Como las leyes de la física no nos lo permiten, lo acabamos solucionando con unas buenas sesiones de sexo, así que no me voy a quejar.

Estoy donde quiero estar y donde quiero seguir estando. Desde hace un tiempo tengo claro que quiero casarme con ella. Creo que ha llegado el momento de pedírselo.

—Carla.

—¿Mmm?

Entonces su móvil suena.

—Perdón —dice, y lo coge para ver quién es—. Oh, es Celia. Dime, Celia.

Al otro lado de la línea, oigo a su hermana hablar rápido. Carla se incorpora de golpe, liberándose de mi abrazo con brusquedad.

—Oh. Oh. Oh. Vale, vamos para allá —dice. Cuelga y se gira para mirarme—: Celia está de parto.

—¿De parto? ¿No faltan tres semanas?

—¡Lo sé, lo sé! ¡Pero ha roto aguas y tiene contracciones! ¡Tenemos que irnos!

Se levanta de un salto y empieza a vestirse, pero está tan aturullada que se pone un calcetín de cada, el jersey del revés y no consigue abrocharse sus queridas zapatillas moradas. Estas se las regalé yo.

—Carla. —Apoyo las manos sobre sus hombros para obligarla a sentarse en la cama. La ayudo a ponerse bien el jersey y le abrocho bien las zapatillas—. Lo único que podemos hacer nosotros es esperar noticias en la sala de espera.

—¡Pero si necesita algo quiero estar ahí! —exclama, poniéndose de nuevo de pie.

—Estarás, estarás —digo, empujándola para que se siente otra vez—. Pero no tiene sentido que llegues al hospital antes que ella y Quique.

Carla me coge la cara entre las manos, espachurrándome las mejillas de la fuerza que hace.

—¡Héctor, que vamos a ser tíos!

Yo sonrío porque está emocionada, asustada e histérica a la vez. Y la quiero tanto por existir y ser como es que no me contengo. Sonrío, le doy un beso y lo suelto:

—Cásate conmigo.

Ella parpadea varias veces, procesando mis palabras.

—Cásate conmigo —repito.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Vaya pregunta.

La empujo para tumbarla en la cama y me coloco encima. Ella ya está sonriendo.

—Vale —dice.

—¿Sí?

—Vaya pregunta.

Nos quedamos mirando, embobados y sonrientes. Confieso que nos pasa a menudo.

—Vamos a casarnos... —dice Carla—. ¡Oh! ¿Sabes qué? Conozco una empresa que organiza bodas, dicen que no está nada mal. Aunque también dicen que el jefe a veces va con el ceño así, muy fruncido, y parece un poco ogro. Se pone como loco si te ve comiendo chicle y es un loco de cruasán.

—No tienes piedad de mí.

—¿Para qué? Entonces la vida no sería divertida.

—Pobre de mí. El día que tengamos un hijo seguro que es tan impertinente como tú.

Sí, ese es otro tema sobre el que no hemos hablado demasiado. Alguna vez ha salido, pero ninguno de los dos sentía que fuera el momento. Pero últimamente también le he estado dando vueltas.

Carla abre tanto los ojos que resulta cómico.

—¿Quieres tener hijos? —pregunta.

Siento que palidezco un poco.

—Bueno, empecemos por uno. Luego ya se verá.

—Quieres tener hijos —sonríe ella.

—Quiero casarme y quiero tener hijos... contigo. Con nadie más.

Carla me acaricia la cara, los labios. Ella también está feliz.

—Te quiero —decimos a la vez.

—Madre mía, qué cursis nos hemos vuelto —lamento.

—No te quejes, que te encanta. —De repente, abre mucho los ojos y se reactiva—. ¡Me estás despistando! ¡Tenemos que ir al hospital!

Dos minutos después estamos saliendo por la puerta de casa, camino de dar la bienvenida a la nueva incorporación a la familia.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Todos los libros que escribo ocupan un lugar especial en mi corazón. Cada uno lo hace por un motivo distinto. Bien porque es el primero, o porque es el que más te ha costado escribir pero has conseguido sacarlo adelante, o porque te has encariñado especialmente con sus personajes.

Todo lo que no decimos lo hace por varios motivos. Es la primera comedia romántica que he escrito, algo que me apetecía hacer desde hacía mucho tiempo. Y es una historia especialmente personal para mí, porque la ansiedad es una vieja amiga mía. Se pegó a mí en la universidad (aunque en eso momento yo no sabía que lo que me pasaba se llamaba ansiedad) y desde entonces la he llevado conmigo.

Nunca he sufrido un ataque de ansiedad como Héctor, y solo he sufrido síntomas físicos una vez: el verano antes de firmar la hipoteca de un buen piso que pudimos comprar por una mezcla de chiripa y mucha ayuda familiar. Tenía tanto miedo de que sucediera algo y que todo se fuera al traste que, durante unas cuantas semanas, varias veces al día sentía una desagradable opresión en el pecho. Al menos en ese momento yo ya sabía qué me pasaba y a qué se debía. Si no, me habría ido directa al médico preocupada por mi corazón.

Tardé unos años en descubrir que lo que me pasaba se llamaba ansiedad. No estaba siempre en un estado constante de nervios y agobio, sino que pasaba temporadas mejores y peores. Pero fue un paso adelante decisivo el darme cuenta, en uno de mis malos momentos, de que no tenía por qué vivir así y que necesitaba ayuda externa. He visitado tres veces una psicóloga por ansiedad, algo que para mí ha sido clave para aprender a convivir con ella. Porque al final se ha tratado de eso, de aprender a reconocerla y a desmontar los pensamientos que la alimentan. Algunas veces consigo ponerle freno antes, y otras después, y así vamos haciendo. Paso a paso.

¿Qué ha provocado mis peores épocas? En la universidad, era la enorme cantidad de asignaturas y el pretender conseguir un excelente en todas. Más adelante, cuando estaba trabajando en un empresa, fue la brutal carga de trabajo y el pretender llegar a todo y además cumplir a la perfección. Durante la crisis económica del 2008 que se alargó durante tantísimos años, era el poco trabajo que teníamos y la facilidad con la que nos imaginábamos desahuciados y sin un duro (era muy fácil caer en eso, pero la realidad es que nunca estuvimos ni siquiera cerca de que eso nos pasara). Hay muchas cosas que lo pueden provocar, pero en mi caso es una constante el querer hacerlo todo bien, llegar a todo, cumplir a la perfección.

Mi psicóloga me decía que una de cada tres personas sufren ansiedad o depresión. ¡Una de cada tres! Es curioso lo común que es pero lo sola que te sientes cuando estás en una mala época (cosa que es una falsa percepción, porque normalmente tienes a gente a tu alrededor dispuesta a ayudarte en lo que haga falta). Quizás por eso cuesta tanto dar el primer paso de pedir ayuda. Eso, y que cuando estás en una de esas malas épocas te sientes mal por haber caído en ella.

Como si fuese culpa tuya. Pero resulta que no, que lo único que pasa es que soy así, o que simplemente es algo que me ha pasado.

Así pues, si te sientes de alguna manera identificada o identificado con algunas o todas estas palabras, ya lo sabes: somos muchos los que te oímos y te entendemos. No estás sola.

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento de todos: ¡Gracias por llegar hasta aquí! Sin las lectoras y lectores los escritores no somos nada, así que gracias por estar ahí. Espero que hayas disfrutado con la lectura de la novela y que te hayas reído y emocionado con la historia de Carla y Héctor.

El segundo agradecimiento es para H., Leo y Dídac, que tanto entienden y sufren lo que es tener una pareja y madre escritora. Gracias por apoyarme y tener una paciencia bastante infinita; también por las veces que, después de terminar de ver una película o de leer un libro, no puedo evitar ponerme a analizar los personajes, la estructura o cualquier otro aspecto que me haya llamado la atención.

Una curiosidad: este libro empezó a tomar forma mientras estaba de baja por el nacimiento de mi segundo hijo. Creo que, sin esos días de desconexión del resto del mundo, la historia de Carla y Héctor no habría llegado a ser lo que es.

También quiero agradecer infinitamente a H., mis padres, mi hermana y todas las amistades que siempre me han apoyado y comprendido en mis momentos de ansiedad. Y a Montse y Marta, las psicólogas que tanto me han enseñado sobre mí misma y sobre la ansiedad.

Y, finalmente, muchas gracias a Patricia García Ferrer por sus valiosísimos comentarios, que me ayudaron a acabar de encontrar a Carla del todo. A María Coco por su labor en pulir la redacción del libro (y ayudarme a descubrir que mi amor por los adverbios terminados en -mente quizás es un poco exagerado). Y a Nerea Pérez por entender tan bien la portada que yo tenía en mente.

¡AYÚDAME A LLEGAR A MÁS LECTORES!

Si te ha gustado el libro, ¿sabes cómo podrías ayudarme?

Es muy sencillo: escribe tu (¡siempre sincera!) opinión sobre *Todo lo que no decimos* en la tienda donde hayas comprado el libro.

De esta manera, me ayudarás a que más personas descubran mis novelas y a que yo pueda seguir escribiendo historias que te apasionen.

¡Muchas gracias!

Emma

TODOS LOS LIBROS DE EMMA COLT

Comedias románticas

Serie Eventos Luxe

Todo lo que no decimos

Suspense romántico

Serie Amores Imprevistos

Cuatro días contigo

Mi luna de miel contigo

Días de peligro contigo

Libros independientes

Secretos inconfesables

Desconocidos

MÁS INFORMACIÓN EN

www.emmacolt.com

SECRETOS INCONFESABLES - LEE UN FRAGMENTO



Descubre esta apasionante historia de suspense romántico

Lee los primeros capítulos a continuación

Jueves 14 de mayo, 21.33 horas

—He conocido a alguien.

Samuel utilizó la esquina de la servilleta para limpiarse los labios con cuidado. Después, volvió a doblarla bien para colocársela en el regazo. No le gustaba que quedara puesta de cualquier manera.

Utilizó esos breves instantes para reflexionar sobre las palabras de Lorena. Le llamó la atención cómo las había pronunciado. Soltándolas de golpe, como si llevaran tiempo acumuladas tras sus labios y ya no hubiera podido retenerlas más.

Había notado a Lorena extraña desde que se habían encontrado en la puerta del restaurante, pero no había dicho nada porque tenía la cabeza en el trabajo. Esa tarde habían conseguido encajar todas las piezas del homicidio del carnicero, que llevaba semanas dándoles quebraderos de cabeza. Y los descubrimientos finales lo habían dejado... atónito.

Sin embargo, ahora las palabras de Lorena requerían su completa atención. Al parecer, algo no iba bien. Pero como no le gustaba sacar conclusiones precipitadas, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, Samuel —soltó ella con un resoplido—. He conocido a *otra persona*.

—Yo ayer también conocí a alguien. El nuevo vecino del quinto. Es un señor mayor, muy agradable.

—Mierda. No empieces ahora con tu perfeccionismo. Sabes de sobras a qué me refiero —dijo Lorena, molesta.

—Pues no, no lo sé. Eres tan ambigua que podría sacar conclusiones equivocadas —dijo él, seco.

Samuel tenía muy claro lo que Lorena intentaba decirle, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Vale. He conocido a otro hombre, Samuel. En las dos últimas semanas, he salido con él varias veces. De hecho, en todas nuestras citas hemos acabado follando como si se acercara el fin del mundo.

Él retiró la servilleta de su regazo y la volvió a colocar encima de la mesa. Parecía que no hubiera llegado a utilizarla.

—De acuerdo. Entonces no hay nada más que decir —dijo con frialdad. Buscó a su camarero con la mirada y con un gesto rápido le pidió la cuenta.

Lorena no escondió su sorpresa.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que piensas decir?

—¿Qué quieres, Lorena? ¿Que te dé la enhorabuena por ser incapaz de ser sincera conmigo antes de ponerme los cuernos? ¿Por ser una mentirosa? —espetó él—. Has estado saliendo con los dos a la vez, ¿de verdad quieres que diga en voz alta lo que pienso de ti en estos momentos?

Ella forzó una sonrisa, pero solo consiguió esbozar una mueca triste.

—Técnicamente, no es cierto que haya estado saliendo con los dos a la vez —dijo—. ¿Eres capaz de decirme cuándo fue nuestra última cita?

—Hace unos días, cuando fuimos al cine. ¿Qué tiene que ver...

—Eso fue hace tres semanas.

Samuel frunció el ceño. ¿Ya hacía tres semanas que habían ido al cine? Hizo memoria y, sí, llegó a la conclusión de que Lorena tenía razón. Había estado tan concentrado con el trabajo que los días le habían pasado volando.

—Antes de nuestra cita anterior, ¿sabes cuánto tiempo estuvimos sin vernos? —dijo Lorena.

Samuel dudó. También habría dicho que unos días, pero ahora ya no se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

—Otras tres semanas —contestó Lorena por él.

—Vale, Lorena, nos hemos visto poco. Eso no justifica tus actos.

—Claro que no, pero... mírate, Samuel. Ni siquiera estás dolido porque esté rompiendo contigo y vaya a desaparecer de tu vida. Solo estás molesto porque no hice las cosas en el orden correcto, porque no te avisé antes de acostarme con otro tío.

—Eso no es cierto.

—No te mientas a ti mismo. Ni me insultes mintiéndome así. Si yo te importara de verdad, no dejarías pasar semanas sin verme. Pensarías en mí cada día, y no podrías pasar más de dos días sin tocarme —dijo ella con los ojos brillantes. De repente, había en ellos una desolación que antes no estaba—. No me llamarías solo cuando te apetece echar un polvo, o cuando puedes descansar porque dejas de pensar en tu trabajo durante dos minutos.

Él abrió la boca para replicar, pero no llegó a pronunciar nada. ¿De verdad Lorena creía que solo la llamaba cuando quería follar?

—Yo lo he intentado —dijo ella con la voz un poco rota.

Ahora él la miró sin comprender.

—Sé que necesitas tu espacio, que te gusta el orden y las cosas bien hechas, que prefieres llevar el control. He intentado darte todo eso, pero al parecer no lo he hecho suficientemente bien. O no soy yo a quién necesitas. —Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Lorena, que no se molestó en secárselas—. Siempre me ha maravillado tu capacidad de observación, pero me horroriza lo ciego que estás respecto a ti mismo.

Samuel no sabía a qué se refería, pero no necesitó preguntar porque ella misma se lo aclaró:

—Acabarás solo. Más solo que la una —dijo sin reprimir un suave sollozo—. No te gustará que te lo diga, pero te deseo de todo corazón que algún día aparezca alguien que ponga tu mundo patas arriba. Me habría gustado ser yo, pero... no ha podido ser.

Ahora sí, Lorena se secó las lágrimas con las manos. Se levantó y recogió su chaqueta y su bolso.

—Adiós, Samuel.

Y, sin esperar una respuesta, se fue.

El restaurante estaba a rebosar, con todas las mesas ocupadas y los camareros apresurándose de un lado a otro. A pesar de todo, gracias al aire acondicionado la temperatura del lugar era agradable en comparación al calor que todavía sufrían en la calle.

Samuel no tardó en divisar a su amigo, sentado en una mesa cercana a una pared. Mientras se dirigía hacia allí, lo observó. Tenía una cerveza delante, aunque ni la había tocado. Estaba ensimismado, y parecía preocupado. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, algo raro en él.

Samuel no se sorprendió especialmente. El final de verano de su amigo había sido muy movido. Y no parecía que las cosas se hubieran arreglado.

—Adam —saludó cuando alcanzó la mesa.

Este salió de su ensimismamiento y le sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos grises.

—Hombre, Samuel —dijo. Se saludaron con un apretón de manos.

—Disculpa el retraso, para variar nos ha salido trabajo en el último momento...

Adam echó un vistazo a su reloj y ahora sí que sonrió.

—Solo pasan cuatro minutos de las diez. Esto no es llegar tarde.

—Técnicamente, sí que lo es —insistió Samuel.

—Pero estás dentro de los cinco minutos de cortesía.

Samuel resopló, divertido, y no insistió. Con un gesto, llamó a un camarero que pasaba cerca de ellos.

—Como has llegado tarde y estaba muerto de hambre, ya he pedido un par de tapas. Espero que no te importe —anunció Adam.

Ahora Samuel rio. Cuando el camarero se acercó, pidió otra cerveza para él y añadió un par de tapas más a la petición de Adam. Era bastante comida, pero, entre los dos, se la acabarían.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —dijo Samuel.

Su amigo hizo una mueca que dejó bien claro cómo estaba. Era una de las cosas que le gustaba de él: su franqueza. Era directo, sin dobleces. En la breve época que ambos habían pasado en la unidad de Estupefacientes se habían hecho buenos amigos, y la amistad se había mantenido después, cuando cada uno había seguido su camino profesional. Samuel se había decantado por Desaparecidos y Homicidios, y Adam por Crimen Organizado.

—¿Las cosas siguen mal con Hugo? —preguntó Samuel.

Hugo era el amigo del alma de Adam, y hasta hacía solo unas semanas tenía que ser su cuñado: iba a casarse con la hermana de Adam. Pero después de que un caso se les torciera horriblemente y Hugo fuera secuestrado junto a una testigo, el tipo rompió el compromiso y Adam, que era ultraprotector con su hermana, montó en cólera.

—No, con Hugo todo bien. Ahora ya sí —contestó Adam—. De hecho, desde hace una semana él y Laura están juntos. Y está de un feliz que da asco.

—¿Pero te alegras por él?

—Sí, claro, eso solo que... No recuerdo haberlo visto nunca tan feliz con mi hermana. Quizá al principio, pero hacía mucho que no. No sé, es raro.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo está? —dijo Samuel, adivinando que ese era el tema que lo tenía tan preocupado.

Ahora Adam resopló.

—Está... está muy rara. Hizo el viaje de la luna de miel ella sola y volvió... es que no sé ni cómo describirlo. Volvió más fuerte, pero no está bien —explicó—. Creo que me esconde algo.

—Bueno, ya es mayor de edad, ¿no? Tiene derecho a tener sus secretos.

—Me gustaría ver tu cara si te pasara a ti.

Samuel no contestó, porque en ese momento les trajeron las dos primeras tapas y su cerveza.

—Bueno, ya basta de mis lloriqueos —dijo Adam—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo está Lorena?

Samuel estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿Lorena? Lo dejamos en mayo.

Ahora fue Adam el que estuvo a punto de atragantarse.

—¿En mayo?! ¿Y por qué yo no me había enterado?

—La última vez que nos vimos querías matar a tu mejor amigo, así que no hablamos de otra cosa.

—Joder, me sabe fatal... ¿Estás bien?

—No podía estar mejor.

Adam lo observó con los ojos entrecerrados.

—Te dejó ella, ¿no? —aventuró.

Pillado. Samuel estaba orgulloso de su intuición, que en su trabajo le resultaba muy útil, pero la capacidad de Adam para leer a las personas no se quedaba atrás.

—Sí, me dejó ella. Y encima por el motivo de siempre —confesó Samuel.

—Ay.

Adam ya sabía a qué se refería, porque lo habían hablado varias veces. No era la primera vez que una mujer cortaba con Samuel con los mismos argumentos que Lorena. Que era un adicto al trabajo. Que solo pensaba en sí mismo y en su trabajo. Que no se entregaba en las relaciones.

Cuando pensaba en ello, lo afectaba y molestaba por igual. Él era así. No sabía ser de otra manera.

—No sé qué quieren que haga, ¿qué me compre otra personalidad? —bromeó, intentando esconder un pinchacito de dolor.

—Eso nunca.

Después de romper con Lorena, durante un tiempo le dio vueltas al asunto, y llegó a la conclusión de que vivía en una sociedad en la que las personas como él no encajaban. Las normas sociales y las costumbres dictaban que las relaciones de pareja tenían que funcionar de una manera muy concreta, pero no todo el mundo podía embutirse en ese patrón.

—Exacto. Y por ese motivo decidí unirme a tu club: huyo de cualquier cosa que huela a relación estable —dijo Samuel.

Adam siempre había tenido muy claro que no quería ningún tipo de compromiso sentimental. Y, a Samuel le sabía mal, pero debía admitir que no echó en falta a Lorena en ningún momento. La verdad es que le iba bastante bien y, a pesar de lo que dijera Lorena, no se sentía solo. Tenía su trabajo, sus amigos más cercanos, sus compañeros de trabajo, una familia que se quejaba de lo poco que le veían el pelo y esos ligues esporádicos que lo mantenían bastante satisfecho.

—Así me gusta, tío. Brindemos por ello —dijo Adam, muy serio, y levantó su botella de cerveza para hacerla chocar con la suya—. El amor está sobrevalorado. La gente es capaz de perder la cabeza por culpa del amor.

—Y que lo digas. —Las palabras de Adam trajeron a su cabeza el caso que, todavía meses después de resolverlo, seguía dejándolo anonadado—. Te pondré un ejemplo. El mismo día que Lorena tuvo el detalle de cortar conmigo, resolvimos el caso del carnicero. Era un tipo que apareció muerto en su carnicería. Era todo un personaje. Antes de poder señalar al culpable, tuvimos que descartar que no se tratara de un robo que había acabado muy mal, de una represalia por haberse acostado con las mujeres de tres vecinos distintos, de un ajuste de cuentas por cierto

dinero que debía a un conocido, o de otro ajuste de cuentas por haber robado dinero a un conocido con el que tenían que montar un negocio.

—La leche, menudo historial.

—Y, al final, ¿sabes quién lo había matado? Su cuñado —dijo Samuel—. Le pusimos delante todas las pruebas que demostraban su culpabilidad, pero el tío no soltó prenda de por qué lo había hecho. Y entonces hablamos con su mujer.

Samuel todavía recordaba esa conversación con pelos y señales. Al principio, la mujer se sorprendió mucho. Y después, de forma inesperada, se vino abajo.

—Lo hizo para protegerme —dijo la mujer.

Samuel escondió su sorpresa.

—¿Por qué necesitaba protegerla de su propio hermano?

Ella apretó los labios, luchando contra la necesidad de liberarse contando la verdad. Samuel, creyendo que sabía por dónde iban los tiros, intentó ayudarla.

—¿La maltrataba?

Ella negó con la cabeza.

—¿Abusaba de usted?

Otra negación.

—¿La había amenazado de alguna manera?

La mujer dudó, y finalmente asintió con la cabeza.

—¿De qué manera la había amenazado su hermano?

Después de largos segundos de duda, ella explotó.

—¡Iba a denunciarme! —explicó entre sollozos—. Hace... hace unas semanas atropellé a un ciclista y me di a la fuga... Yo, lo siento mucho, me asusté y... el hombre murió y yo... —La confesión de la mujer dejó a Samuel sin palabras. Pero lo que lo consternó de verdad fueron las siguientes palabras, pronunciadas al borde la histeria—: Mi hermano me notó extraña y acabé contándole lo sucedido... ¡Y me dijo que si no me entregaba yo a la policía, lo haría él! Mi marido no quiere que yo vaya a la cárcel... Intentó convencer a mi hermano para que no me denunciara, pero... ¿Puedo ver a mi marido, por favor? Necesito decirle que lo quiero mucho. No sé qué haría sin él.

Obviamente, los dos acabaron en la cárcel.

—Así que, ya ves —acabó de contar Samuel a Adam—, el tipo mató a su cuñado para evitar que su mujer acabara en la cárcel. Por amor.

—¿Pero eso es amor o estupidez? —preguntó Adam, que realmente parecía estar alucinando.

—No lo sé, pero no me entra en la cabeza que la gente llegue a cometer las estupideces más estúpidas por amor. Es absurdo —sentenció Samuel.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. No tiene sentido —lo apoyó Adam.

Unas semanas más tarde, llegó ese caso.

El que puso el mundo de Samuel patas arriba.

Miércoles 21 de octubre, 9.07 horas

La llamada lo encontró en el gimnasio, acabando su rutina de pesas.

—Samuel, a ti y a tu equipo os toca encargarnos de un caso importante. Han matado a Bernardo Rodríguez —dijo su jefe sin ni siquiera saludar.

—¿El de las tiendas de ropa?

—El mismo. Ahora os enviamos la dirección. Moved el culo para allá ya mismo.

—A la orden, inspector jefe.

—Por cierto, si no has desayunado, no lo hagas. Por lo que me han dicho, la escena del crimen es todo un espectáculo.

De camino al vestuario, Samuel llamó a Montse para que avisara al resto del equipo y se duchó en un tiempo de récord de cincuenta y un segundos. Los contó.

Le costó casi catorce minutos llegar en taxi a su destino. Concretamente, trece minutos y cincuenta y dos segundos.

Las oficinas centrales de Cool, el imperio textil creado por Bernardo Rodríguez, se alzaban en la zona alta de la ciudad, en el centro de negocios donde se instalaban las empresas más exitosas. O las que querían aparentar que lo eran. Era un edificio de cinco plantas, bastante nuevo y acristalado. Era difícil no fijarse en él de tanto que brillaba.

Varios coches de la policía y dos ambulancias estaban aparcados ante el edificio. La entrada principal, la lateral de emergencia y la del aparcamiento privado ya estaban siendo custodiadas por agentes uniformados. En la calle había decenas de personas reunidas en pequeños grupos. Algunas se arrebujaban en sus chaquetas y otras tiritaban con su insuficiente ropa de oficina. Todos ellos compartían la expresión de consternación, incluso miedo. Algunos lloraban, otros hablaban en voz baja, como si temieran molestar.

Un poco más allá ya se habían reunido unos cuantos curiosos. De hecho, mientras descendía del taxi, Samuel vio acercarse a toda velocidad una furgoneta de la Cadena 54.

—Mierda —maldijo, aunque ya debería haber imaginado que la noticia del asesinato de Rodríguez correría como la pólvora.

Mientras se colgaba alrededor del cuello la placa identificativa, se acercó con rapidez a la pareja de agentes uniformados que tenía más cerca. Les mostró la identificación y se presentó.

—Inspector Schwartz. —Les señaló la furgoneta de la Cadena 54—. Habrá que acordonar el edificio entero. Dentro de poco seguro que llegarán más.

Los agentes miraron el vehículo con expresión de fastidio.

—Supongo que no podíamos esperar otra cosa —comentó uno—. Ahora mismo lo hacemos, inspector.

En ese momento, Samuel divisó a Montse acercándose.

—Que ningún trabajador se vaya a casa, habrá que hablar con todos. Y si la prensa intenta hablar con ellos, los metéis en el edificio. No quiero que hablen con nadie salvo con nosotros. Sube en seguida que puedas. ¿Y dónde están David y Fran?

—Están llegando —fue la respuesta de Montse, que ya volvía a alejarse, esta vez a toda velocidad para repartir instrucciones.

Samuel entró en el edificio. En el vestíbulo había reunida bastante gente y reinaba la misma consternación que en la calle. Detrás del mostrador de recepción, dos paramédicos atendían a una mujer de unos treinta años. Estaba sentada en una silla y tenía la cara tan pálida que parecía haber visto un fantasma. Samuel ya sabía quién había encontrado el cadáver.

A su lado, una chica de apenas veinte años lloraba en silencio.

Ortega, una agente con la que había coincidido en varias ocasiones, se le acercó.

—Buenos días, inspector —saludó, dedicándole un indiscreto repaso de pies a cabeza.

Ese repaso confirmó a Samuel lo que ya sospechaba: si propusiera a Ortega ir a tomar una cerveza o un café, ella aceptaría.

Sin embargo, no se entretuvo a pensar en ello. Él nunca perdía la cabeza por líos de faldas ni nunca lo haría. El caso que tenía entre manos siempre era más importante.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

Como si no lo hubiera desnudado con la mirada, Ortega habló con absoluta profesionalidad. Señaló a la mujer que estaba siendo atendida por los paramédicos.

—Hoy, alrededor de las ocho horas y treinta minutos, la secretaria del señor Rodríguez ha entrado en su despacho y ha encontrado el cadáver de su jefe. Como era temprano estaba sola en la planta, y los de abajo han tardado un poco en escuchar sus gritos. Han llamado a Emergencias a las ocho y treinta y ocho minutos. Nosotros estábamos cerca y hemos llegado tres minutos después —se explayó Ortega, consciente de que Samuel siempre quería que le dieran todos los detalles. La agente apartó los ojos y su mirada se oscureció, como si la hubiera asaltado un mal recuerdo—. Lo de ahí arriba es una carnicería, inspector.

—¿Os habéis acercado al cadáver?

—Ni siquiera hemos entrado en el despacho. No ha hecho falta.

—Ya estamos todos —los interrumpió la voz de Montse. Acababa de entrar en el edificio seguida de David y Fran, que llevaban una cara de sueño considerable.

—Si todavía os estáis quitando las legañas, me vais a servir de poco —recriminó Samuel, medio en broma, medio en serio. No entendía que la gente no madrugase un poco para aprovechar bien el día.

—El día que tengas un bebé de cuatro meses que llora de noche y duerme de día, hablamos —espetó David, que no parecía llevar demasiado bien eso de ser padre primerizo.

—Yo hoy tenía el día libre, así que ayer salí. Y ahora tengo resaca —dijo Fran sin manías.

—Pues yo estoy estupenda —dijo Montse alegremente, con su buen humor habitual. Con la de cosas que veían en su trabajo, a Samuel le costaba comprender cómo conseguía Montse mantener su optimismo ante la vida—. Por cierto, los de la Científica llegarán en diez minutos. La jueza tampoco tardará en llegar.

—Quinta planta. Saliendo a mano derecha —informó Ortega al ver que se encaminaban hacia el ascensor.

—Gracias, Ortega —dijo Samuel.

Los cuatro entraron en el ascensor y Samuel pulsó el botón del quinto piso.

—¿Ya estáis saliendo? —preguntó Montse. A parte de un optimismo desmesurado, también tenía una indiscreción desmesurada.

—No es asunto tuyo —respondió Samuel, muy tranquilo.

—Ni están saliendo ni han follado. Ortega le ha mirado el culo con muchas ganas —dijo Fran.

—Además, olvidas que, después de Lorena, el jefe no quiere nada serio con nadie —apuntó David.

Joder, ya estaban otra vez metiendo las narices en su vida sentimental.

—No deberías haber dejado escapar a Lorena, jefe. Con lo caros que son los dentistas, vale la pena casarse con una —dijo Montse con una sonrisa socarrona.

—A ver si voy a empezar a abrir expedientes y procurar que os envíen a destinos donde lo más memorable que haréis será ayudar a viejecitos a cruzar la calle —amenazó Samuel.

Montse, David y Fran eran su equipo y eran casi como su familia, pero cuando metían las narices en su vida sentimental quería darles una patada en el culo.

Y encima no se tomaron su amenaza demasiado en serio, porque como toda respuesta recibió el sonido de varias risas suaves. Para hacerlos cambiar de tema, les transmitió la información que le había facilitado Ortega.

La puerta del ascensor se abrió. El pasillo estaba custodiado por otros dos agentes uniformados a los que también conocían. Ambos lucían una palidez poco habitual en ellos.

—Perea, Navarro —saludó Samuel.

—Señores —saludó la agente Navarro. Señaló una puerta abierta—. Es ese despacho de ahí. Tienen un baño justo en frente.

Ni Perea ni Navarro hicieron el gesto de acompañarlos hasta el despacho.

Samuel y su equipo caminaron decididos hacia la puerta que les habían indicado. Después de doce años en la Policía y cinco investigando homicidios, había pocas escenas del crimen que lo sorprendieran. Sí que lo afectaban, porque demasiado a menudo no comprendía por qué la crueldad humana, o la incapacidad de pensar en el daño que se está haciendo a otra persona, podía llegar tan lejos.

Esta escena logró sorprenderlo y asquearlo por igual. Soltó un resoplido.

Entró en el despacho. Como no era posible acercarse más, se quedó pegado a la puerta, dejando espacio para que su equipo también pudiera entrar y observar.

—Joder —fue la reacción de Montse.

—Virgen Santa —dijo David.

Fran aspiró ruidosamente.

—Voy a potar —dijo, y salió corriendo en dirección al baño.

Samuel no pensaba recriminárselo. No descartaba acabar usándolo él también. El olor a sangre se filtraba por los agujeros de la nariz y llegaba al cerebro con demasiada intensidad.

Montse, siempre preparada, sacó varias mascarillas de su mochila y las repartió.

Bernardo Rodríguez, o lo que quedaba de él, estaba sentado tras su escritorio. Apoyaba la cabeza contra la silla y los brazos colgaban por fuera de los reposabrazos, en una posición que hacía resaltar su prominente y redondeado abdomen.

Había sangre por todas partes. Mesa, suelo, paredes. Incluso en el techo.

Pero la visión de la sangre y su hedor no era lo que más impresionaba, sino el estado del cadáver. Alguien se había ensañado con el señor Rodríguez.

Tenía un profundo corte en la garganta que había sangrado mucho y había convertido su

camisa blanca en una mancha roja. El cuerpo estaba cubierto de cuchilladas. Las orejas habían desaparecido. Los ojos tampoco habían salido bien parados.

Escuchó a Fran regresar del baño y detenerse en la puerta. Cinco segundos después, volvió a salir corriendo. Ni Samuel, ni David, ni Montse dijeron nada, y eso que el sensible estómago de Fran solía ser motivo de guasa entre ellos.

Samuel consiguió apartar la mirada del cadáver y observar el despacho. Todo parecía en orden, excepto varios sobres que había en el suelo, cerca de la puerta. Supuso que la secretaria había entrado en el despacho del jefe para dejarle el correo de la mañana encima del escritorio y, al ver el cadáver y asustarse, había dejado caer los sobres al suelo.

Fuera del despacho, se escuchó el sonido de las puertas del ascensor al abrirse y varias voces que se saludaban. Las reconoció todas.

—Los de la Científica ya están aquí. Reunámonos en el pasillo —dijo Samuel.

Después de intercambiar los saludos correspondientes con los compañeros recién llegados, Montse, David y un pálido Fran lo rodearon.

—A falta de las primeras observaciones de Castell y su equipo, la primera impresión es que es un crimen pasional —dijo Samuel, sabiendo que su equipo interpretaría bien el significado de “pasional”. No tenía por qué ser un crimen amoroso, sino que podría tratarse de un familiar o un amigo muy cercano.

Los otros tres asintieron. Sobre este punto no había mucha discusión posible.

—Montse, averigua los nombres y direcciones de la familia más cercana de Bernardo Rodríguez. Me suena que era viudo, pero asegúrate. Mujer, pareja, hijos... Iremos tú y yo a darles la noticia y quiero ver cómo reaccionan. —Montse asintió—. David, encárgate de las imágenes de las cámaras de seguridad. Quizá tenemos suerte y hay alguna dentro del edificio, aunque no me lo ha parecido. A ver si podemos confeccionar un listado de todas las personas que han entrado y salido del edificio en las últimas veinticuatro horas. —Ahora fue David quien asintió—. Fran...

—Empleados —lo interrumpió éste.

Samuel lo fulminó con la mirada. Hacía tres años que trabajaban juntos y el chaval todavía no había aprendido que Samuel no soportaba que le interrumpiesen.

—Perdón... —dijo Fran como si se viera obligado a tener mucha paciencia. Samuel decidió no tenérselo en cuenta porque quería empezar a investigar cuanto antes.

—Fran, tú te encargarás de los empleados. Quiero una ficha para cada uno de ellos, con sus datos y las horas a las que llegaron y se fueron ayer. Aprovecha para preguntarles por su relación con Bernardo Rodríguez y cuándo lo vieron vivo por última vez.

—Qué mierda de tarea, pero a la orden, jefe.

—No me interesa tu opinión. Necesitarás ayuda. Llama a la oficina y que te envíen a alguien. Tratándose de Bernardo Rodríguez, el inspector jefe no te lo negará —dijo Samuel—. Yo iré a ver si la secretaria ya está en condiciones de hablar. En marcha.

Se separaron, cada uno perfectamente concentrado en su tarea. Esa era una de las cosas que más satisfacía a Samuel del equipo que tenía: en cuanto se ponían a trabajar, nada los distraía.

Aunque todavía estaba muy afectada, la secretaria fue capaz de contarle que solo hacía dos meses que trabajaba para Bernardo Rodríguez. Ella llegaba cada mañana a las ocho y quince minutos. Alrededor de las ocho y treinta minutos dejaba el correo de la mañana en el escritorio de su jefe, que solía llegar alrededor de las nueve si no estaba de viaje ni tenía alguna reunión fuera. El día anterior, la secretaria se fue a su casa a las cinco y cuarto de la tarde, y Bernardo Rodríguez estaba vivo. Parecía tranquilo y serio, como siempre. Al parecer, no era un hombre

que destacara por ser de trato especialmente agradable, pero era correcto.

Todavía debían confirmar toda esa información, pero de entrada Samuel se inclinaba por creer lo que la secretaria contaba. La intuición se lo decía, y Samuel sabía que podía fiarse de su intuición.

También habló con la chica joven que lloraba en silencio. Era la recepcionista, y llevaba dos días haciendo una sustitución. Apenas conocía a los trabajadores de la empresa y le habían dicho que no se preocupara, que nunca se intentaba colar nadie indeseado. Así que, según las palabras de la chica, cualquiera habría podido entrar en el edificio y ella no se lo habría impedido. También añadió, con bastante apuro, que la tarde anterior, antes de cerrar las puertas, había dado una vuelta por el edificio pero había omitido la planta de presidencia y el aparcamiento. Dio por sentado que el señor Rodríguez ya no estaría.

Montse no tardó en reunirse con él con la información requerida.

—Tenías razón, el señor Rodríguez era viudo. Sin pareja actual conocida. Sin padres que le sobrevivan ni hermanos. La primera mujer murió en un accidente de tráfico poco después de divorciarse y la segunda murió de cáncer hace algunos años —dijo, leyendo las anotaciones que había hecho en su bloc—. Tiene un hijo de la primera mujer, Iván. De la segunda mujer tiene una hijastra, Valeria Aguilar. El hijo tiene veintisiete años y todavía vive en casa del padre. Sin oficio conocido. Dicen que es un poco especial, sin especificar por qué. Y atención a lo siguiente: al parecer, la relación con la tal Valeria Aguilar es mala, hasta el punto que tiene prohibida la entrada en este edificio.

—Esto se pone interesante —dijo Samuel, arqueando las cejas.

—Tengo la dirección de la casa de Rodríguez, pero de la hijastra por ahora solo he conseguido la empresa donde trabaja. Siglo XXII, se dedican a la gestión de centros comerciales.

—Empezaremos por el hijo —decidió Samuel. Algo le decía que debían empezar por él. El detalle de la mala relación con la hijastra era llamativo, pero la descripción de un joven de veintisiete años, especial, que vivía con su padre y no tenía oficio conocido, requería su atención.

Sin embargo, nadie contestó al timbre de la lujosa mansión de Bernardo Rodríguez. Y el móvil de su hijo Iván estaba apagado. Montse no había conseguido más información que les diera una pista de por dónde buscarlo, porque en la empresa lo conocían muy poco.

—Vamos directamente a ver a la tal Valeria —dijo Samuel—. Por el camino llamaré a la jueza para que nos emita una orden de registro para la casa de Rodríguez. Con suerte la tendremos esta misma mañana.

—Valeria Aguilar, la oveja negra de la familia —dijo Montse—. Me pregunto cómo debe de sentarle ser la hijastra rechazada de uno de los hombres más ricos del país.

—Tiene números para estar un poco amargada —observó Samuel.

—Si no puede entrar en el edificio, seguro que Bernardo Rodríguez la tiene fuera del testamento. O quizá estaba a punto de desheredarla. ¿Hacemos una apuesta?

—Montse, no empieces con tus apuestas... —la amonestó Samuel—. Sabes que no me gustan este tipo de especulaciones.

Ella resopló.

—Eres tan correcto y tan perfecto que a veces das asco, Schwartz.

Miércoles 21 de octubre, sobre las 10.30 o las 11 horas

Valeria asomó la cabeza al pasillo y comprobó a lado y lado que no se acercara nadie.

Vacío. Tenía vía libre.

Abandonó su despacho y avanzó rápidamente en dirección al despacho de Julia. Sujetaba con mucho cuidado el pequeño paquete que llevaba en las manos.

Se detuvo justo antes de entrar en el despacho, pegada a la pared, y espió su interior. Julia estaba ante el ordenador, dando la espalda a la puerta. María Jesús, su compañera de despacho, no estaba, tal y como Valeria había previsto. Era su hora del cigarrillo matutino con su posterior visita al baño. Eso le daría unos minutos.

Con mucho cuidado, desenvolvió el delicado paquete procurando no hacer ruido. Del bolsillo extrajo los otros complementos con los que venía equipada y acabó de prepararlo todo.

Ya estaba lista.

Cogió aire y... entró en el despacho.

—Cumpleaaaaaños feliiiiiiiz... Cumpleaaaaaños feeeeeeeliiiiiz...

Julia hizo girar su silla para encararse hacia la puerta. La expresión entre sorprendida y contrariada se suavizó al ver a Valeria, solo a ella, sujetando el pequeño pastel con una vela encima. Esta acabó de cantar la canción y depositó el pastel delante de su amiga.

—Feliz cumpleaños, Julia —deseó, dándole un beso en la mejilla—. Ya sé que este año no querías ni felicitaciones ni celebraciones en la oficina, ¿pero cómo podía dejarte sin tu tarta de chocolate preferida y sin soplar al menos una velita?

La barbilla de Julia tembló y se le humedecieron los ojos.

—Ay, Valeria, eres un caso —dijo, emocionada.

Sin molestarse a contener el llanto, Julia la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

—¿Qué haría sin ti? —preguntó entre sollozos.

—Si sigues apretando así, lo descubrirás pronto —dijo Valeria con voz ahogada.

—Perdona...

Valeria dio otro beso a Julia, que seguía derramando lágrimas mientras observaba la pequeña tarta.

—Venga, pide un deseo y sopla —dijo Valeria.

—Que Daniel se muera hoy mismo fulminado por un rayo. Y que le duela mucho. Y que antes sea consciente de que se le ha caído la polla —dijo Julia como si ya lo hubiera pensado

antes, y sopló con tanta fuerza que la vela se apagó y cayó sobre el escritorio.

—Así me gusta, pensamiento positivo.

—Ay, ahora mismo no soy capaz de otra cosa — suspiró Julia mientras se secaba las lágrimas. Acto seguido cogió el pastel y lo mordió sin complejos, sin importarle que le quedaran los labios y la punta de la nariz cubiertos de chocolate.

Una semana y media atrás, Julia pidió permiso en el trabajo para llegar pronto a casa. Quería dar una sorpresa a su novio de casi siete años, que tenía unos días de vacaciones.

Vaya si lo sorprendió.

Concretamente, en la cama con la vecina del sexto segunda, una mujer de algo más de cuarenta años que estaba casada y tenía dos hijos. Valeria no veía qué importancia tenía la edad y la cantidad de hijos de la amante de Daniel, pero al parecer para Julia la tenía, y mucha, porque eran detalles que no paraba de repetir.

El descalabro pilló a Valeria en un momento en el que tenía sus propios problemas, que procuraba mantener bien escondidos, pero ayudó a Julia en todo lo posible: en su precipitada mudanza a casa de su madre, en el consuelo que necesitaba. También le habría gustado ser capaz de respetar su deseo de no celebrar su cumpleaños, pero fue incapaz de resistirse.

—Así que estabas aquí —las sobresaltó una voz.

Manuel, el jefe de nuevos proyectos, las observaba desde la puerta con una carpeta bajo el brazo. Bueno, concretamente la miraba a ella, a Valeria.

—¿Me buscabas? —preguntó ella.

—La reunión del tercer miércoles de cada mes, Valeria... —dijo Manuel con un suspiro—. ¿Cómo es posible que sigas olvidándote?

Valeria se cubrió la boca con las manos, horrorizada.

—¿He vuelto a olvidarme! ¿Se ha enfadado el jefe?

—Te he cubierto. He dicho que estabas acabando de cuadrar unas cuentas para que fueran a nuestro favor. Ya sabes que si se trata de pagar menos impuestos, el jefe te lo perdona todo —explicó Manuel.

Ella se relajó, aliviada y muy agradecida. No sería la primera vez que se llevaba una buena bronca por no acudir a una reunión.

—Muchas gracias, Manuel, de verdad.

Él no contestó, porque había dejado de prestarle atención. Tenía los ojos clavados en Julia que, ajena a su conversación, había seguido atacando su tarta de chocolate, relamiéndose dedos y labios.

Valeria sonrió. Desde que Manuel había entrado a trabajar en la empresa, era más que evidente que sentía debilidad por Julia. Era un tipo guapo, un auténtico trozo de pan pero muy seguro de sí mismo, y Valeria solo lo había visto tartamudear y sonrojarse ante Julia. Valeria nunca había dicho nada porque Julia estaba con Daniel, pero ahora las cosas habían cambiado...

—Bueno, pues voy a trabajar un poco. Al menos que parezca que estoy evitando gastos a la empresa —dijo sonriendo a Julia, que por primera vez en una semana parecía un poco feliz. Definitivamente, el chocolate hacía milagros.

Su amiga le devolvió la sonrisa.

—Eres un cielo, Valeria. Me has alegrado el día.

Manuel parecía haberse quedado petrificado observando a Julia, y Valeria prácticamente tuvo que empujarlo para poder salir del despacho.

—Dale un par de meses. Entonces podrás pasar a la acción —le susurró a sus espaldas.

Él dio un respingo y se giró un poco hacia ella, avergonzado.

—Yo no... ¿Cómo... —tartamudeó, con las mejillas encantadoramente sonrojadas.

Valeria le guiñó un ojo y emprendió el camino de regreso a su despacho, disimulando lo que dolía que Manuel nunca la hubiera mirado así. En realidad, ahora ya no dolía como antes, pero quedaban los restos del deseo de ser observada de esa manera. Nunca nadie la había mirado así, con ese... ardor. Ni siquiera sus dos exnovios. Y encima los dos la habían abandonado por el mismo motivo: porque era “demasiado”. Demasiado caótica, demasiado fuerte, demasiado feliz, incluso la habían acusado de ser demasiado frívola y superficial.

Pero, ¿qué querían que hiciera? Ella era así, no sabía ser de otra manera. No podía comprarse otra personalidad.

Sin embargo, lo que más dolió de esas rupturas fue que sus ex ni siquiera se habían dado cuenta de que no era ni tan fuerte, ni tan feliz como aparentaba. Solo sabía esconder bien sus miedos, debilidades y preocupaciones. Años atrás, tuvo que aprender a hacerlo por una cuestión de supervivencia.

Pero, al parecer, se había acabado convirtiendo en una mujer que asustaba a los hombres. O que solo la apreciaban como amiga, como Manuel.

Se sentó ante su escritorio con un suspiro. Había una cosa que no podía negar: era un auténtico caos. El desorden de su mesa lo atestiguaba. Suerte que a la hora de trabajar cumplía con creces (excepto en la parte de las reuniones que olvidaba anotar en la agenda), o la habrían echado de patitas a la calle mucho tiempo atrás.

Movió el ratón para que se desactivara el salvapantallas de su ordenador. En el monitor apareció la portada del periódico económico que estaba ojeando justo antes de ir en busca de Julia. En ese momento, la página se actualizó sola y el titular principal cambió.

Lo que leyó la dejó petrificada.

“Bernardo Rodríguez, asesinado”.

Tuvo que leerlo varias veces para asegurarse de que no se equivocaba con el nombre.

No podían referirse al marido de su madre. Seguro que era otro Bernardo Rodríguez.

Un sudor frío le cubrió la espalda, y no necesitaba un espejo para saber que había palidecido. Las manos le temblaban.

Sin conseguir controlar el temblor, guio el ratón para pinchar en ese horrible titular. La noticia solo contenía un párrafo porque era una exclusiva de última hora. Por ahora, la única información disponible era que Bernardo Rodríguez, propietario de la cadena de tiendas de ropa Cool, había aparecido asesinado en su despacho.

Valeria se cubrió la boca con una mano.

—Dios mío.

Iván.

“Iván, ¿qué ha pasado?”.

Se apresuró a coger su teléfono y tecleó un número. Ya tenía el dedo sobre la pantalla, dispuesta a pulsar el botón de llamada, cuando se detuvo.

Un momento.

Estaba siendo descuidada.

No debía precipitarse.

Nunca usaba su móvil para hablar con Iván. Para eso tenía su móvil secreto. Pero su móvil secreto estaba en casa, porque el día anterior lo había puesto a cargar y había olvidado cogerlo.

Sabía que, antes o después, la policía vendría a hablar con ella. Su mala relación con Bernardo no era un secreto, seguro que estaría en la lista de sospechosos y que, por lo tanto, revisarían sus llamadas. No podían encontrar nada que la vinculara a Iván.

Pero necesitaba hablar con él.

Se maldijo para sus adentros. ¿Por qué era tan desastre y había olvidado en casa el teléfono secreto el peor día posible?

No podía quedarse ahí lamentándose, tenía que ponerse en marcha.

Abandonó la silla como si quemara, cogió su chaqueta y se la puso mientras avanzaba rápidamente por el pasillo en dirección a las escaleras. Descendió los dos pisos con rapidez, pero sin que pareciera sospechoso.

—He olvidado el desayuno. Salgo rápido a comprarme algo para comerlo mientras trabajo —dijo a Carmen, la recepcionista—. ¿Necesitas algo?

—No, gracias, cielo.

Valeria le sonrió y abandonó el edificio. La cafetería más cercana, donde solían ir a desayunar, estaba a tan solo un minuto de la oficina. Entró allí y se acercó a la barra. Tranquilamente, como si no pasara nada fuera de lugar.

Echó un vistazo rápido al televisor. Si la noticia ya estaba en los periódicos, también estaría en televisión. Afortunadamente, ese día estaba apagado.

—Hola, Juan. Un bocadillo de salchichón, por favor —pidió al camarero que se le acercó—. Voy a hacer un recado mientras me lo preparáis, ¿de acuerdo? En seguida vengo a buscarlo.

—Claro, Valeria.

Abandonó la cafetería y caminó calle abajo, hacia la esquina. Ahora sí que se apresuró, sin llegar a correr. La cabina telefónica que buscaba no estaba precisamente cerca. Y aún podía considerarse afortunada de que todavía quedara esa cabina en pie tan cerca de su trabajo.

El camino se le hizo eterno, pero al fin llegó a su destino.

Y el teléfono marcaba línea. Definitivamente, estaba siendo muy afortunada.

Introdujo las monedas en la ranura y marcó el número secreto de Iván.

Al otro lado de la línea solo se escuchaba silencio.

Al fin, una voz contestó.

Teléfono apagado o fuera de cobertura.

—Mierda.

Decidió arriesgarse y marcó el número de Iván que tenía todo el mundo.

También estaba apagado o fuera de cobertura.

—Mierda y mierda.

Colgó el auricular, recuperó las monedas que el aparato le devolvió y emprendió el camino de regreso. Pasó por la cafetería, recogió el bocadillo y caminó hacia la oficina.

En la puerta había aparcado un coche que, a pesar de ser gris y no llevar distintivos, supo que era de la policía.

No se detuvo, pero se le puso la piel de gallina y aminoró un poco la marcha. Respiró hondo para darse fuerzas y entró en el edificio.

En recepción, delante de Carmen, había un hombre y una mujer que le daban la espalda.

—Ya estoy de vuelta, Carmen —dijo.

La recepcionista no contestó con su amabilidad habitual. Parecía incómoda. Preocupada.

—Estos señores han venido a verte, Valeria —dijo.

Ella se detuvo de golpe y arqueó las cejas, como si no tuviera idea de qué iba la cosa ni fuera capaz de imaginárselo.

—Ah.

El hombre y la mujer se giraron para mirarla. La mujer tendría unos treinta años, alguno más o menos. Cabello y ojos marrones, no era especialmente guapa pero sus rasgos decididos la

hacían atractiva. Observó a Valeria de arriba abajo con interés, como si estuviera valorándola.

Cuando posó los ojos sobre el hombre, Valeria dio las gracias por no sonrojarse nunca. Ella creía que los policías buenorros solo aparecían en las películas y las series de televisión. No era que este se pareciera a un actor de Hollywood, pero sus ojos azules, grandes, la dejaron mentalmente boquiabierta. También la nariz fina, los labios carnosos, la barba de tres o cuatro días perfectamente recortada. Llevaba el cabello castaño más bien corto, pero no tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Todo él transmitía tanta sensación de pulcritud y perfección que se sintió acomplejada. Ella era incapaz de plancharse bien las camisas, mientras que la ropa de ese hombre no tenía ni una sola arruga.

Tampoco parecía tener ningún músculo fuera de lugar, por cierto.

Mmm, quizá no debería pensar esas cosas del policía que no tardaría ni cinco minutos en añadirla a su lista de sospechosos. Si es que no lo había hecho ya.

—¿Es usted Valeria Aguilar? —preguntó la mujer.

—La misma —dijo Valeria, con una pequeña y afable sonrisa, que sabía que solo transmitía inocencia.

—Somos los inspectores Schwartz —dijo la mujer, señalando al hombre, mientras ambos le mostraban rápidamente su placa— y Coronado. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Valeria perdió la sonrisa, fingiendo que empezaba a darse cuenta de que no habían venido a visitarla para charlar del tiempo.

—Sí, claro... ¿Va todo bien?

—Si dispone de despacho privado, será un buen lugar donde hablar —dijo el inspector Schwartz con una voz que le puso la piel de gallina.

Al parecer su cabeza tenía claro que no debía dejarse impresionar ni despistar por cuestiones tan superficiales como una cara bonita y una voz, pero el resto de su cuerpo no. La piel de gallina fue seguida por un escalofrío y un cosquilleo que la recorrieron desde la raíz del cabello hasta la punta de los dedos de los pies. Sí, su cuerpo parecía sentir mucha curiosidad por el inspector Schwartz.

Era increíble. Y lamentable.

En fin. Iba a ignorar por completo todas esas sensaciones tan inoportunas. Necesitaba centrarse en fingir que todavía no sabía nada. Debía mantener la mentira que todo el mundo creía.

Lo que fuera por proteger a Iván.

Miércoles 21 de octubre, 11.27 horas

Dulce caos.

Esas fueron las palabras que acudieron a su mente cuando vio a Valeria Aguilar por primera vez.

Lo cual era absurdo, porque no había nada agradable en el caos. Samuel odiaba el caos. El mundo era un lugar desastrosamente caótico, y hacerse policía era la manera que había encontrado de aportar su granito de arena para intentar ordenarlo un poco.

Los problemas familiares eran una variedad de caos. Y ciertos tipos de problemas familiares solían dejar algún tipo de marca en la gente. Por lo poco que sabía de Valeria Aguilar, había esperado encontrarse a una persona o bien acomplejada, puede que incluso algo retraída, o bien endurecida y amargada.

Sin embargo, la mujer que tenía delante, que debía de ser cuatro o cinco años más joven que él, destilaba fortaleza y dulzura.

Y el caos.

Sin ir despeinada, se notaba que se había recogido el cabello negro sin preocuparse por si cada mechón estaba en su sitio. En su chaqueta había algunas delatoras arrugas, nada exagerado, pero que evidenciaban que Valeria Aguilar no tenía una percha en la entrada de casa. Y los bajos de los tejanos, doblados hacia fuera para compensar el exceso de longitud, eran ligeramente desiguales.

Pero había algo más.

Obviamente, ahora también destilaba preocupación. Todo el mundo se preocupaba cuando recibía una visita inesperada de la policía y le pedían un lugar en el que hablar en privado. Y bien que hacían. No solían ser portadores de buenas noticias.

Sin embargo, ese “algo más” no era la preocupación. Era otra cosa. Algo que no lograba identificar.

La voz cristalina de la mujer interrumpió sus pensamientos.

—Claro —dijo, contestando a su petición de hablar en un lugar privado—. Por aquí, por favor.

Al seguir caminando para precederlos hacia el ascensor, Samuel descubrió que la cola alta con la que la señorita Aguilar recogía su melena era bastante más larga de lo que había imaginado. El recogido prácticamente le llegaba hasta la cintura. Tenía el cabello espeso y fuerte. Brillante y sedoso.

¿En serio? ¿Espeso y fuerte? ¿Brillante y sedoso? ¿Qué demonios hacía fijándose en esa tontería?

Aunque se sintió un poco mejor cuando, de reojo, vio a Montse observar la melena de la señorita Aguilar con las cejas arqueadas y expresión impresionada.

La puerta del ascensor se abrió y la señorita Aguilar entró primero. Pulsó el botón del segundo piso y se situó en el fondo del habitáculo, pegada contra la pared. Les dedicó una sonrisa forzada y, en un gesto inconsciente, se cerró la chaqueta sobre el cuerpo, como si intentara protegerse. Después paseó la mirada por varios puntos del ascensor, pero sin mirarlos directamente.

Sí, ese era el efecto que solían provocar. Y ya les venía bien, porque así Montse y él aprovecharon para observarla.

Tenía la piel bastante blanca, con algunas pecas diseminadas por las mejillas y la nariz respingona. Tenía las facciones suaves, agradables, con una boca redondeada y sexy. Se preguntó qué aspecto tendrían esos labios alrededor de su...

Uooo, ¡¿en serio había pensado eso?!

Apartó la mirada y se obligó a centrarse. No estaba allí para admirar una cara bonita. Estaba allí para determinar si Valeria Aguilar era una posible sospechosa del asesinato de Bernardo Rodríguez.

SECRETOS INCONFESABLES



Un crimen sobrecogedor. Un policía de moral intachable. Una tentadora sospechosa rodeada de misterio.

El inspector de policía Samuel Schwartz nunca permitiría que nada se interponga entre él y su trabajo. Absolutamente nada, y mucho menos el amor. Hasta que cae en sus manos la investigación del asesinato de un poderoso empresario y conoce a su hijastra, Valeria Aguilar.

Valeria Aguilar, dulce, caótica, tentadora... y enigmática. Samuel sabe que ella esconde secretos, pero no logra frenar la atracción que lo empuja irremediamente hacia ella. ¿Será Valeria Aguilar su perdición?

Valeria Aguilar lleva muchos años guardando secretos relacionados con su padrastro. Por necesidad, ha aprendido a esconder verdades y sentimientos. Es muy buena en ello. Hasta que entra en su vida un irresistible policía de ojos azules, Samuel Schwartz, que parece ser la única persona capaz de ver más allá de lo que ella muestra al mundo. Valeria quiere contarle la verdad, pero no puede.

Son secretos inconfesables, secretos peligrosos que pueden acabar con la carrera de Samuel, que amenazan con romperles el corazón en mil pedazos a ambos y que ponen en peligro la vida de Valeria...

Disponible en [Amazon](#)